

MERCEDES PINTO  
MALDONADO

# QUINTO CULPABLE



# QUINTO CULPABLE

MERCEDES PINTO MALDONADO

Título original: Quinto culpable

Autor: Mercedes Pinto Maldonado

Diseño de portada y maquetación: Manuel Miranda Jiménez

Corrección: Ágata Vehí de la Paz

I Edición

© de Mercedes Pinto Maldonado

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la reproducción de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público

# ÍNDICE

[CAPÍTULO 1](#)  
[CAPÍTULO 2](#)  
[CAPÍTULO 3](#)  
[CAPÍTULO 4](#)  
[CAPÍTULO 5](#)  
[CAPÍTULO 6](#)  
[CAPÍTULO 7](#)  
[CAPÍTULO 8](#)  
[CAPÍTULO 9](#)  
[CAPÍTULO 10](#)  
[CAPÍTULO 11](#)  
[CAPÍTULO 12](#)  
[CAPÍTULO 13](#)  
[CAPÍTULO 14](#)  
[CAPÍTULO 15](#)  
[CAPÍTULO 16](#)  
[CAPÍTULO 17](#)  
[CAPÍTULO 18](#)  
[CAPÍTULO 19](#)  
[CAPÍTULO 20](#)  
[CAPÍTULO 21](#)  
[CAPÍTULO 22](#)  
[CAPÍTULO 23](#)  
[CAPÍTULO 24](#)  
[CAPÍTULO 25](#)  
[CAPÍTULO 26](#)  
[CAPÍTULO 27](#)  
[CAPÍTULO 28](#)  
[CAPÍTULO 29](#)  
[CAPÍTULO 30](#)  
[CAPÍTULO 31](#)  
[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[BIOGRAFÍA DE LA AUTORA](#)

[PÁGINAS DE LA AUTORA](#)

# CAPÍTULO 1

Todas las vacaciones que recuerdo hasta que cumplí diecinueve años comenzaron en Salomar al día siguiente de recibir mis calificaciones de fin de curso. Regresar a nuestro querido pueblo costero era para mi familia el sueño de todo el año.

Mis padres y yo vivíamos en pleno centro de Madrid y para ellos su residencia habitual suponía trabajo, prisas y estrés. Todo lo opuesto a Salomar, donde cada verano nos esperaba la tranquilidad, el esparcimiento y la diversión, a elegir según el estado emocional, con toda la libertad de quien es dueño de las veinticuatro horas del día.

Manuela y yo llegábamos antes que mis padres, casi siempre la última semana de junio. Mis padres, a causa de su trabajo, comenzaban sus vacaciones el uno de agosto.

Pero en el verano de 2012 ni mis padres ni yo teníamos prisa por regresar al chalé de la playa. Las vacaciones del año anterior habían supuesto para los Del Bosque una quiebra familiar de la que difícilmente nos recuperaríamos.

No obstante, y a pesar de que mi madre y yo le insistimos en que ese año era un grave error regresar a Salomar, mi padre resolvió que la mejor forma de superar la situación era retomar nuestras costumbres. Lo cierto es que él era el menos afectado; en gran parte, por su carácter desenfadado y resolutivo y por su natural manera de distanciarse de los problemas para afrontarlos con perspectiva.

\*\*\*\*

El Audi A6 recorría los últimos kilómetros de la autovía que desembocaba en la costa andaluza. A través de las ventanillas, mi madre y yo atisbábamos en la lejanía la cala que albergaba los mejores momentos de nuestras vidas, pero también el más amargo para mí.

Noté cómo se me aceleraba el corazón a medida que nos aproximábamos y la playa se abría ante mis ojos. No podía pensar, mi mente estaba colapsada a causa de una fuerte sensación de pánico. Comencé a sudar y sentí una imperiosa necesidad de bajar la ventanilla para respirar aire fresco, pero no la brisa salobre de Salomar. Ese verano, lo que antes percibía como un agradable y penetrante perfume marino, me parecía que iba a colapsar mis pulmones. Pero mi padre era ajeno a mi estado de conmoción y pulsó el botón que bajaba los cuatro cristales; aunque yo sabía que lo había hecho a propósito, como terapia de choque para todos, como hacía él las cosas.

—Guauuu... Ya no recordaba esta agradable sensación húmeda en la piel. Y este aroma... Tiembla, Salomar, los Del Bosque han regresado —dijo mi padre con un entusiasmo que no parecía fingido.

—Creo que voy a vomitar —susurré convencida de no poder retener en mi estómago los dos trozos de ternera que había ingerido en todo el día.

—¿Puedes aguantar un poco? Según este chisme, estaremos en la puerta de casa en cinco minutos. Asoma un poco la cara por la ventanilla como hacías de pequeña cuando te mareabas, siempre te dio resultado. Solo un poco, creo que ahora está prohibido.

Lo hice y, tras dos arcadas, arrojé sobre el exterior de la puerta mi exiguo almuerzo.

—Eso seguro de que está prohibido —fue lo único que dijo mi madre.

—Voy a parar —decidió mi padre.

—Ya no es necesario, puedo aguantar los minutos que faltan.

—Bien. ¿Estás mejor?

—Sí, algo mejor.

Pero no, no estaba mejor. Cada vez me sentía más débil e incapaz de pisar de nuevo las arenas de Salomar.

—Toma, bebe un poco de agua —dijo mi madre mientras me daba una botella de agua mineral.

\*\*\*\*

Después de que mi padre pulsara el botón del mando, las dos hojas del portón comenzaron a abrirse lentamente. Siempre nos había parecido un ritual maravilloso que nuestra residencia de veraneo nos diera la bienvenida de manera tan majestuosa y acogedora, como si extendiera dos grandes alas para abrazarnos. Sin embargo, ese 1 de agosto de 2012 me pareció que la casa abría su boca de una forma siniestra. Tuve la sensación de que ese verano pretendía engullirme. Entonces volví la cabeza hacia mi izquierda y el plácido sueño del pequeño Daniel me rescató de un desmayo.

—Hemos llegado, familia —anunció mi padre mientras los aromas del jardín inundaban el interior del coche.

Nadie le contestó. Ni mi madre ni yo nos sentíamos con ánimos de hacer ningún comentario. La tensión se palpaba en el vehículo.

—Mientras descargáis, voy a darle el biberón a Daniel y un buen baño. Pobrecillo, está agotado —fue lo único que dijo mi madre mientras abría la puerta del copiloto.

Entonces apareció Manuela en la entrada principal, nuestra querida Manuela.

—No puedo creerme que estéis por fin aquí. Qué alegría. A ver ese pequeñín —dijo mientras se aproximaba al coche—. ¡Pero si está criado! Qué lindo está.

—Tú sí que nos has dado una alegría. ¿Qué haces aquí? —le preguntó mi madre mientras la besaba con cariño.

—Llenaros el frigorífico y cocinaros algo para la cena. Además, estaba loca por ver al pequeño Daniel. Qué bonito está. Es igual que tú, Mariano.

Mi madre y yo nos miramos con perplejidad; el parecido entre mi padre y Daniel era inexistente.

—Me miras con muy buenos ojos, Manuela, pero creo que mi hijo es mucho más guapo que yo, gracias a Dios.

Manuela había comenzado a trabajar como interna en nuestra casa de Madrid cuando acababa de cumplir los dieciocho años. Yo solo tenía unos meses. En realidad, según su carné de identidad había nacido varón y se llamaba Manuel, pero ella siempre se había sentido una mujer y, desde luego, lo parecía. Mi padre me contó que, después de que un conocido le comentara que en casa necesitaban ayuda doméstica, llamó a nuestra puerta y pidió el trabajo. Decía que lo había conquistado su honestidad, que no había omitido ningún detalle de su vida personal; estaba viviendo en casa de una amiga después de que su madre la echara de casa cuando le confesó su homosexualidad. Fue contratada por dos semanas de prueba, pero ese mismo día mis padres supieron que se quedaría en casa hasta que ella decidiera marcharse. También pasaba los veranos con nosotros en Salomar, y fue allí donde conoció a uno de los pocos pescadores solteros que quedaban en el lugar, se enamoraron y se casaron a los pocos meses. Fue un escándalo en el

pueblo, su unión dio lugar a habladurías durante semanas. A Paco el Boquetes —llamado así porque se le daba muy mal coser los agujeros de su red y solía sacarla medio vacía de la barca—, no se le había conocido relación alguna en sus cincuenta años y la mayoría de sus colegas de pesca le hacían el vacío, convencidos de que era homosexual y temiendo las malas lenguas.

Que Manuela se enamorara y se casara también fue una sorpresa para nosotros que cambió, en buena parte, nuestra rutina familiar. Una semana antes de la boda, Manuela se fue a vivir a Salomar. Hacía ya unos meses que se encargaba de vigilar y cuidar nuestro chalé, y desde entonces una fría empresa se hacía cargo de la limpieza del hogar de Madrid. Desde que Manuela conoció a Paco el Boquetes no se le borraba la sonrisa del rostro; era realmente feliz.

En un acto casi reflejo, salí del coche y me eché en sus brazos, conteniendo las lágrimas. Fue como si de repente encontrara algo reconfortante entre el dolor lancinante que me aguardaba en aquel lugar desde hacía un año.

—¡Ay, mi niña! ¡Cómo te he echado de menos! —exclamó mientras me estrechaba contra su sujetador relleno de trapos.

—Y yo a ti, ni te lo imaginas.

—¿Estás más alta o me lo parece a mí?

—No he crecido desde los catorce años, Manuela.

—Pues entonces estás más delgada, y más mujer. ¿Y ese brillo en los ojos? —me preguntó sosteniéndome la mirada.

—Nada, que me emociona verte de nuevo.

—Bueno, vamos adentro que hay trabajo antes de la cena —nos interrumpió mi padre, temiendo que mis sentimientos se desbordaran.

Manuela era única y fantástica. En una hora todo estaba en su lugar, Daniel dormía comido y bañado, y la cena estaba servida.

—Yo ya os dejo, que mi Paco también querrá cenar —nos dijo antes de marcharse mientras se quitaba el delantal—. Si os viene bien, puedo venir este mes de lunes a viernes; mi Paco tiene a su madre muy malita en el hospital de Granada y la pobre mujer solo lo tiene a él para cuidar de ella. Se va los lunes muy temprano y vuelve los sábados. Qué vida esta...

—Nos viene de maravilla contar contigo estos días, ahora tenemos más trabajo que nunca. Gracias, Manuela —le contestó mi madre.

—¿Qué nos va a parecer, Manuela? Pues que estamos encantados y agradecidos —dijo mi padre.

—Ea, pues mañana temprano estoy aquí con mis cosas.

Cenamos en silencio, ni siquiera mi padre fue capaz de articular más de dos frases. Todos teníamos en mente el último verano y ninguno estaba dispuesto a compartir sus pensamientos. Aunque mis padres ignoraban los episodios más sórdidos que habían acaecido durante aquellos días de sol y playa. Y que la tragedia interior que suponía para mí regresar superaba con creces el miedo que ellos sentían ante la posibilidad de que volviera a ver a Raúl.

\*\*\*\*

Para la gente, nuestra relación era un amor de verano sin transcendencia, no solo porque nuestro romance había nacido a la orilla del mar de un pueblo acostumbrado a ver cómo sus veraneantes adolescentes vivían relaciones pasajeras; también porque nuestros mundos eran incompatibles. Raúl era oriundo de Salomar, había crecido entre campesinos y pescadores, gente

sencilla que vivía a más de cien kilómetros de cualquier capital. La inmensa mayoría de los niños nacidos en el pueblecito pesquero terminaban sus estudios cuando salían de la escuela, igual que él, que desde los catorce años trabajaba en un taller de reparaciones de vehículos del municipio vecino. Aunque su caso era algo distinto: le encantaba leer en sus ratos libres, había conseguido compaginar su trabajo con los estudios y estaba a punto de presentarse a la selectividad confiando en obtener una beca. Aun así, su formación pudiera parecer escasa y su personalidad, la propia de sus circunstancias y su medio de vida. Tanto los lugareños como los veraneantes veían a un muchacho apuesto que, al fin y al cabo, llegaba todas las tardes con las uñas negras de grasa a causa de su trabajo en el taller y que limpiaba los fines de semana con la sal del mar haciendo *windsurf* y pescando cangrejos y pulpos.

En cambio, yo era lo que vulgarmente podría decirse *una niña bien*. Hija de una popular fiscal del Estado y del dueño y fundador de un famoso gabinete de investigadores de Madrid. Nunca me había faltado absolutamente nada. Desde pequeña estudié en los mejores colegios privados y estaba a punto de entrar en la universidad. Como decía mi amiga Sonia: « Lo vuestro es un imposible, hija, pero disfrútalo mientras puedas. Qué coño ». Ella también era natural de Salomar. Era bastante ordinaria, aunque muy buena chica y la mejor amiga que he tenido.

El amor es así, te propina su estacazo sin valorar si hay alguna posibilidad de éxito. En mi caso, lo que rompió la relación no fue la diferencia social ni los quinientos kilómetros que nos separarían la mayor parte del año, sino la más vil violación, que a mí no me cabía la menor duda de que él había orquestado junto a sus amigos de la pandilla con premeditación, alevosía, nocturnidad.

## CAPÍTULO 2

Acostarme de nuevo en la cama en la que tantas lágrimas había derramado la última noche de las vacaciones anteriores, herida de muerte en el alma y con el cuerpo tan dolorido que me sentía hervir la sangre, me produjo un extraño frío, a pesar de que ya era casi media noche y estábamos a veintisiete grados. Hasta que por fin me venció el sueño después de un día tan intenso, pasé horas angustiada, acurrucada como un bebé asustado.

Frisando los veinte años, en medio del paraíso, con salud y una vida rodeada de caprichos, solo albergaba un deseo en aquellos momentos: no encontrarme con Raúl ni su pandilla en los treinta días que tenía que pasar en Salomar. No podría soportarlo. Desde hacía un año solo quería olvidar todo lo relacionado con aquella playa y, especialmente, borrarlo a él de mi memoria. Y allí estaba un verano más, pensando más que nunca en el único chico que había amado y con una intensidad dolorosa. Odiándome por ello; odiándome por ser incapaz de olvidar su cuerpo moreno sobre la tabla de *windsurf*; odiándome por ser incapaz de odiarlo. Sufriendo en secreto la vesania de seguir enamorada del hombre que había destruido mi felicidad y todas mis ilusiones. Era como si una parte de mí se negara a aceptar una realidad irrefutable: después de jurarme amor eterno, mancilló mi cuerpo con toda la crueldad. Era una perversión seguir soñando con el hombre que se me había revelado como el auténtico demonio. Creo que soñaba con el que me había enamorado hasta reducir mi mundo a él y que abominaba con toda mi alma la bestia que encerraba en su interior.

No le había contado a nadie lo ocurrido aquella noche de luna llena; solo lo sabíamos los cinco implicados y yo, a no ser que alguno de la pandilla de Raúl o él mismo se hubiese ido de la lengua, lo cual creía muy poco probable. Estaba convencida de que los cinco —Raúl, Simón, Manu, Víctor y Luis— habían hecho un pacto de silencio, porque cualquier filtración los hubiese llevado a un penoso y largo juicio y, con toda seguridad, a prisión durante bastantes años.

El 30 de agosto de 2011 pasó de ser el día más ilusionante de mi vida al más desgraciado. Desperté triste, había llegado el momento de las despedidas; un año más tendría que decir adiós a los días de playa, a las noches de arena y guitarra, a mis amigos y a Raúl. Me gustaba desde hacía tres estíos y ese había ocurrido el milagro.

Desde aquella trágica noche no había pasado un solo día en el que no recordara cada instante de lo ocurrido intentando encontrar una explicación; siempre llegaba a la conclusión de que, por alguna extraña razón, en mi fuero interno intentaba exculpar a Raúl. Pero era solo la necesidad vital de seguir creyendo que lo nuestro había sido auténtico y regresar a los momentos felices, como si todo lo que había ocurrido después hubiese sido una pesadilla que pudiese sacudirme con solo despertar. Eran intentos baldíos que terminaban en un amargo y solitario llanto por no hallar la manera de justificarlo. Él también había estado allí, mancillando con violencia el mismo cuerpo que días antes decía amar tanto. El hombre que tanto había amado no regresaría jamás; de hecho, ni siquiera había existido.

\*\*\*\*

Era miércoles sobre las diez de la mañana del 31 de agosto de 2011. Yo vaciaba el armario

para hacer la maleta. De vez en cuando se me escapaba alguna lágrima pensando en Raúl y en los nueve meses en los que no podríamos abrazarnos ni besarnos ni acariciarnos ni vernos sin que mediara una pantalla entre los dos. Con desgana e indecisión intentaba seleccionar entre la montaña de trapos y zapatos que había sobre mi cama qué ropa me sería útil en Madrid. Entonces Sonia empujó la puerta de mi habitación.

—Joder, ¿todo eso es tuyo? —dijo sin dar los buenos días.

—Eso parece. Si te gusta algo solo tienes que cogerlo.

Sonia se puso las manos en la cintura y se plantó a medio metro de mí.

—Mírame, creo que en cualquiera de tus camisetas cabrían al menos tres como yo. No sé qué coño coméis en Madrid para crecer como modelos. ¿Estás llorando? —me preguntó al advertir que tenía los ojos húmedos.

—Siempre me da pena marcharme, ya lo sabes, pero esta vez... Ufff...

—Ven aquí, so tonta —me dijo abrazándome con fuerza—. ¿No soy yo la que siempre llora cuando te marchas? Ah, que no lloras por mí. Ya decía yo. Lo sé, soy muy mala. Joé, qué rápido ha pasado este verano.

—Bueno, a ti todavía te queda septiembre.

—No es lo mismo sin ti. Pero vamos a dejar las penas, que todavía nos queda el día de hoy y yo vengo a otra cosa: creo que Raúl y los chicos traman algo para esta noche.

—¿Que traman algo? ¿Qué quieres decir? Desembucha, que tú sabes más de lo que parece.

—Es que no quiero jorobarle la sorpresa a Raúl, pero los he pillado en una conversación en Las cañas y la cosa promete. Tú ponte guapa esta noche y déjate llevar. No digo más. Venga, ponte el bikini y vámonos a dar un paseo con la bici mientras llega la hora del baño.

—Tengo que dejar la maleta hecha o no podré salir esta noche.

—Vamos allá, te ayudo —me dijo muy resuelta mientras pasaba las yemas de sus dedos pulgares por mis mejillas y arrastraba mis lágrimas.

Cinco minutos tardó en separar del montón las prendas que no debería llevarme. Con disposición y desparpajo, apartó las camisetas sin mangas, bañadores, pareos y chanclas, y la ropa que quedaba la dobló y la metió en la maleta con rapidez. Prácticamente, la preparó ella sola, apenas me dio tiempo a echarle una mano.

—Ea, pues ya está. Total, en Madrid no hay playa. Cámbiate y vamos a por tu bici, hace un día de escándalo.

—De acuerdo —le respondí, no muy segura de si la selección que había realizado con tanta habilidad era la adecuada. En Madrid no había playa, pero había piscinas y en septiembre todavía apretaba el calor. Pero en aquel momento pocas cosas me importaban.

—Espera, se nos olvida algo... —dijo mientras rebuscaba de nuevo en la maleta.

Sacó una camisa negra de gasa y un *minishort* a juego y volvió a hablar.

—Esto para esta noche, estás guapísima con este conjunto. Venga, vámonos.

Creo que de aquel día recuerdo cada minuto y cómo, a medida que pasaba el tiempo, todo cobraba intensidad. Cuando cruzábamos el porche para coger nuestras bicicletas nos encontramos a mi padre cargando bultos en el coche. Él tenía que marcharse esa misma mañana para poder incorporarse al trabajo al día siguiente.

—¿Has hecho tu maleta? —me preguntó mientras metía una mochila en el maletero.

—Sí, tranquilo, me voy con la tarea cumplida.

—Pues bájala, creo que todavía queda espacio.

—Venga, marchaos, ya la traigo yo —nos interrumpió Manuela, que llevaba horas recogiendo

la casa y ayudando a mamá con los preparativos del viaje.

—Gracias, Manuela. Nos vamos un rato con la bici. Nos vemos mañana en Madrid. No corras, papá.

Le di un beso a mi padre y nos marchamos sobre ruedas a recorrer la montaña que delimitaba la playa de Salomar por el extremo izquierdo. Siempre hacíamos lo mismo: casi todas las mañanas subíamos hasta la cima entre buganvillas, palmeras, chalés y aromas veraniegos y, una vez arriba, descansábamos un poco bajo un viejo olivo, donde aprovechábamos para charlar mientras Sonia se fumaba un cigarrillo, y luego bajábamos a toda velocidad, casi siempre cantando o retomando la charla a voces por el camino.

Esa mañana intenté por todos los medios que me revelara en qué consistía la sorpresa que Raúl tenía preparada para mí; pero fue en vano. Hasta llegué a pensar que en realidad solo sabía que me había preparado una sorpresa y nada más. También recuerdo que le pregunté por su familia.

—¿Qué tal tu madre?

—Llorando por los rincones, como siempre.

—¿Y tu padre?

—Removiendo la tierra del huerto, como siempre.

—Lo siento... ¿Y tú cómo lo llevas?

—¿A qué te refieres?

—Pues eso, a vivir sin tu hermano mayor.

—Bien, creo. Ya hace casi un año del accidente. Lo que llevo fatal es vivir con mis padres. Se han convertido en dos patéticos extraños.

—Es normal...

—Ya, ya lo sé. Bueno, tiene sus ventajas: no saben ni que existo y hago lo que sale del mismísimo.

—Qué bruta eres.

—He dicho mismísimo, ¿no suena fino?

—Vente a Madrid, puedes quedarte en casa hasta que encuentres trabajo; será fácil tratándose de ti. Podrías seguir estudiando y cumplir tu sueño de ser bióloga marina.

—No puedo, Ani, no soportarían que yo también los abandonara.

—Me entristece pensar que, con tus calificaciones, tu vida se reduzca a ver la televisión en invierno y poner copas en un chiringuito las noches de verano. Podrías hacer como Raúl: terminar el instituto y presentarte a la selectividad.

—¿Para qué? Estoy bien, Ani, no te preocupes por mí.

Así era Sonia, con un entusiasmo y una energía inversamente proporcionales a su tamaño. Medía un metro cincuenta y cinco y pesaba cuarenta y cinco kilos, y todo en ella era tan pequeño como su cuerpo: sus ojos, su boca, su nariz, sus manos... Todo menos su espíritu, inmenso como el mar que bañaba Salomar.

Era fuerte como las rocas que delimitaban su playa. Había crecido en un ambiente duro y tosco, estaba familiarizada con la muerte y el sufrimiento. Además, el destino había propiciado que se rodeara de jóvenes de escasa moral. Solo creía en su propia ley, quizá influida por su entorno, y se bastaba a sí misma para tomar las decisiones que le dictaba su conciencia. A veces me escandalizaba su manera de actuar, como cuando me incitaba a entrar en las urbanizaciones para bañarnos en las piscinas privadas con la única intención de demostrarme lo fácil que le resultaba mezclarse con los turistas de alto nivel. O cuando se colaba en fiestas o se sumaba a barbacoas de extraños como si fuera una más. Le gustaba provocarme, le encantaba demostrarme que ella se

saltaba las normas cuando le daba la gana.

En una ocasión, mientras nos bañábamos, nos robaron nuestras pertenencias: la sombrilla, las toallas, mis gafas de sol y el poco dinero que llevábamos. Se negó a denunciar el robo, aunque no albergó ninguna duda sobre quiénes habían sido. Al día siguiente apareció en la playa con lo que nos habían quitado.

—¿Cómo lo has recuperado todo? —le pregunté muy sorprendida.

—De la misma manera que nos lo quitaron. Esas tías son gilipollas, son dos hermanas que se dedican a robar por la playa a todo el que se mete en el agua y luego lo venden en los mercadillos. Tienen un garaje donde lo guardan todo. La cerradura es muy mala. Ja, ja, ja... Ya te digo, más tontas y no nacen.

—¿Es así como funcionan aquí las cosas?

—Sí. Esto es la ley del oeste, porque el cabrón de Salas es un corrupto de mierda y solo defiende sus intereses. Por cierto, mira qué gafas de sol más molonas.

—¿Se las has robado?

—Que se jodan. Por cierto, hablando del rey de Roma...

Cuando las dos mujeres pasaron a nuestro lado ella se puso en pie hasta casi rozarse con ellas, en actitud desafiante, mostrando las gafas y una sarcástica sonrisa.

Sí, ella tenía un alma pilla, pero un gran corazón. Y era de una lealtad perruna.

Muchas veces pensé que, si hubiese tenido la misma suerte que yo y hubiera crecido en una familia acomodada, Sonia habría podido triunfar en cualquier profesión. Era una chica inteligente, trabajadora, fuerte y habilidosa, pero había nacido en el lugar equivocado, muy alejada de su sueño.

Una mañana más, terminamos eliminando el sudor del ejercicio en el mar. Había calma chicha y el agua parecía casi sin vida. Unas pequeñísimas olas bañaban los guijarros con verdadera timidez, sin espuma, tibias y limpias como cristales. La transparencia de aquella playa después del agitado verano era un verdadero milagro. Me extrañó que los chicos no aparecieran, especialmente Manu y Víctor, ambos en el paro desde la crisis de la construcción; pero imaginé que estarían ayudando a Raúl a preparar la sorpresa de aquella noche, lo cual me producía cierto desasosiego. Nunca me cayeron bien los amigos de Simón y menos él; pero Raúl y Simón eran hermanos, además de los primos de Sonia, así que la pandilla entraba en el lote. Lo cierto es que me sorprendió que Raúl contara con la complicidad del grupo para impresionarme la última noche en la que estaríamos juntos aquel verano.

\*\*\*\*

Almorcé en casa con mi madre y, como de costumbre, aproveché para recriminarme que hubiese estado toda la mañana fuera y que me escabullera de las tareas domésticas, especialmente ese día que había que recoger un sinfín de artilugios para cerrar la casa hasta el año próximo. Como mi particular abogado defensor —mi padre— no estaba, se explayó a placer. Yo aguanté el chaparrón estoicamente, no me convenía un castigo precisamente esa noche. Después la ayudé a recoger la cocina y empaquetar los restos de alimentos del verano y regresé a la playa. No encontré a nadie de la pandilla, ni siquiera a Raúl, que solía aparecer sobre las seis cuando terminaba de trabajar en el taller. Así que aproveché aquella última tarde de playa del año para nadar, leer y tomar el sol; aunque era imposible ponerme más morena. Sobre las siete recibí un mensaje de Sonia: «Ya sabes, ponte guapa, esta noche tienes que estar espectacular. Nos vemos en

Las cañas, tengo que trabajar; no he podido cambiar el turno. ¡Me cago en el imbécil de mi jefe! Grrr...».

\*\*\*\*

Cuando llegué al chiringuito Las cañas donde trabajaba Sonia lo encontré incluso más concurrido que de costumbre; era como si los veraneantes quisieran despedirse disfrutando al máximo del último día de vacaciones. Por las noches solían acudir vecinos de los pueblos costeros atraídos por la belleza y la tranquilidad de la bahía, que esa noche era vestida por la luna con una hermosa luz. El mar estaba tan calmo que más que rielar parecía como si proyectara un espectral y gigantesco rayo.

En ese momento, Sonia portaba una bandeja llena de copas; al verme resopló con tanto ímpetu que levantó su espeso flequillo. Le sonreí con admiración; me parecía imposible que una criatura aparentemente tan delicada y pequeña pudiera sostener tanto peso y en perfecto equilibrio con una mano. Me acerqué a la barra y al momento apareció con la bandeja vacía.

—¿Dónde están los chicos? ¿Has visto a Raúl?

—Tranquila, vendrán dentro de un rato. ¿Una Coca-Cola?

—Espero que la sorpresa de Raúl merezca la pena. Me duele que precisamente el último día no haya ido a la playa ni para saludarme.

Media hora después aparecieron Luis y Simón, el hermano pequeño de Raúl.

Fue justo en ese momento cuando comenzó la destrucción de lo que hasta ese momento era mi vida.

Intuí cierto sarcasmo en la forma en la que me saludaron, pero lo atribuí a la actitud propia de quien posee una información privilegiada que no puede desvelar. Como así era, pero no la que yo imaginaba.

—¿Vais a decirme qué pasa con Raúl? No lo he visto en todo el día.

—Tranquila, danos diez minutos y te llevaremos con él. La noche promete, ya lo verás. ¿Nerviosa? —preguntó Simón mirándome de una forma extraña que yo no terminaba de comprender.

—Sí, sobre todo porque precisamente hoy no puedo llegar demasiado tarde a casa; mañana nos vamos temprano a Madrid.

Los dos olían a desodorante barato, de ese que se vende en los supermercados para enmascarar el fuerte olor producido por la explosión de hormonas. Aunque no parecía que se lo hubiesen aplicado después de una ducha, al menos Luis, cuyo aspecto era más propio de un obrero recién terminada su dura jornada: despeinado y con una camiseta mal lavada y arrugada.

Se bebieron dos copas cada uno con verdadera avidez, como con prisa. Con el último trago aún en la garganta, habló Simón.

—¿Nos vamos? —me preguntó.

—¿Adónde?

—Es una sorpresa, alguien te espera para... decirte algo importante.

—Te llevaremos en mi coche, serán cinco minutos, tranquila —apuntó Luis—. Por cierto, esta noche estás imponente.

En sus idas y venidas a la barra Sonia intentaba afinar el oído, entre la música y el barullo del local, para saciar su curiosidad.

—Nos vamos, prima —dijo Simón a Sonia mientras dejaba dos billetes de diez euros sobre la

mesa.

—Disfruta, Ani. ¿A qué hora salís mañana? —preguntó mi amiga con una bandeja en la mano llena de vasos.

—Supongo que sobre las nueve o las diez.

—Llegaré antes a tu casa y te daré el abrazo que esta mierda de bandeja me impide ahora. Venga, ya hablaremos.

—Hasta mañana —me despedí, y le di un beso en la mejilla mientras ella me guiñaba un ojo con complicidad, segura de que me esperaba algo importante.

\*\*\*\*

Sí, tardamos cinco minutos en llegar a la pequeña cala que albergaba una de las dos inmensas rocas que delimitaban la playa de Salomar. Durante el camino ambos hicieron un par de comentarios vulgares acerca del momento que me aguardaba, dando por hecho que iba a tener sexo con Raúl. Eran observaciones propias de dos chicos toscos, aunque el tono que empleaban seguía pareciéndome demasiado irónico.

Simón estacionó el coche en la falda de la roca, muy cerca de la orilla, a unos pasos de la pequeña cala.

—Vamos a dejarte en Calachica, pero antes tenemos que vendarte los ojos. Órdenes de Raúl. Te ayudaremos a cruzar al otro lado y te dejaremos con él —me informó Luis mientras sacaba un sucio fular del bolsillo trasero de sus vaqueros.

Cuando la ilusión por lo venidero comenzó a tornarse desconfianza y recelo ya no veía la luna rielar en la playa. Me hallaba amordazada y maniatada. Todo sucedió muy rápido: Luis me vendó los ojos, me cogió del brazo para guiarme al otro lado y, treinta pasos después, varias personas me inmovilizaron y me metieron una esponja seca y amarga en la boca para que no pudiera gritar.

Al principio me resistí con todas mis fuerzas y una valentía impropia de quien se sabe acorralado por fieras enormes y despiadadas. Fue una defensa primitiva, meramente instintiva y que de ninguna manera podía mejorar mi situación; muy al contrario: cuanto más me resistía, más violentos se volvían. Cuando dejé de forcejear inútilmente ya estaba completamente desnuda sobre la arena e invadida en lo más íntimo por una de aquellas bestias. A partir de ese momento me quedé inmóvil, abandonada a la suerte y creyendo que iba a morir.

Fui violada cinco veces y por cinco hombres: Simón, Luis, Manu, Víctor y Raúl. Por este orden. No hablaron entre ellos y solo pude escuchar sus gemidos, gruñidos, jadeos, resoplos y suspiros de alivio. Pero supe quién estaba sobre mí en cada momento, aunque solo fuese por el olor que desprendían, su complexión y el tono de sus jadeos. Todos parecían hallarse completamente ebrios y drogados. No tenía ninguna duda de que Raúl había sido el quinto porque a Simón se le escapó una simple frase: «Toda tuya, Raúl».

Justo cuando el chico de mis sueños me puso una de sus grandes manos en el pecho, perdí el conocimiento. No pude soportarlo, era demasiado atroz.

No existe en el diccionario una palabra que pueda describir cómo se siente una mujer en esos momentos. Ni combinando las más dolorosas podría explicar qué ocurría en mi interior mientras mis supuestos amigos de pandilla desahogaban sin el menor reparo sus instintos más animales sobre mi cuerpo. Y lo cierto es que, a pesar de que ya han transcurrido seis años, tampoco podría contarle ahora con un mínimo detalle sin romperme por dentro.

Quedé derruida, literalmente, como si hubiese estado atrapada en el epicentro de un gran

incendio y, contra todo pronóstico, despertara entre las ascuas, segura de que aquellas quemaduras de primer grado permanecerían para siempre en mi cuerpo y que las brasas que habían quedado dentro jamás se apagarían.

Desperté vestida. Tal vez me creyeron muerta y trataron de borrar en parte las huellas de su crimen. Quizá pensaron que, si me encontraban vestida, nadie sospecharía de los verdaderos motivos de mi muerte y creerían que simplemente había ocurrido algún tipo de accidente después de tener sexo libremente con ellos. Lo cierto es que bajo la inmensa luna de aquella noche todo parecía en su lugar. Nada a mi alrededor: ni la mordaza ni la cinta con la que me maniataron ni el fular... Nada. Sobre la arena de Calachica solo me hallaba yo, envuelta en el silencio de la madrugada y el vaivén de las olas, que de repente habían despertado con furia.

\*\*\*\*

Me dolía hasta la última fibra de mi cuerpo: la boca y la garganta por los gritos ahogados, el pecho de tanto manoseo, las piernas de tanto tiempo soportando peso, la espalda de los golpes contra los guijarros que había semienterrados en la arena, el vientre a causa del río de lava que no podía contener y que quemaba mis muslos... Y el alma; el alma me dolía a rabiar. Aun así, un mero instinto de supervivencia me obligó a incorporarme y hacer un esfuerzo para pensar.

Se habían ocupado de cada detalle para que pareciera que me había desvanecido de repente; incluso tenía mi bolso colgado a modo de bandolera, como lo llevaba por costumbre. Temblando, hurgué en él torpemente hasta encontrar mi móvil. Eran las 4.35 horas de la madrugada. Calculé que había permanecido inconsciente unas cuatro horas. De inmediato pensé en mi madre; no tardaría mucho en levantarse, especialmente ese día, que tenía un largo viaje por delante. A pesar de la fuerte conmoción que sufría, conseguí reflexionar unos instantes y sopesar si lo acertado era hacerle una llamada para que fuese a recogerme. No lo hice, no recuerdo el motivo exacto; creo que en un principio me sentía incapaz de verbalizar lo que había vivido y me hubiese resultado imposible soportar el mínimo reproche en un momento en el que el solo hecho de respirar era para mí una proeza. Me hallaba al límite del abismo y sabía que mi madre me haría caer; ella no destacaba por su templanza en los momentos críticos.

También pensé en llamar a Sonia, pero para qué. ¿Cómo podría ayudarme mi amiga en aquellas circunstancias? Estaba sola, completamente sola con mi dolor.

Como un valiente soldado alcanzado en un bombardeo conseguí erguirme sobre mis pies y dirigí la mirada hacia mi amado mar mientras una podredumbre tibia resbalaba entre mis muslos. Ni siquiera habían usado preservativos. Me desnudé y caminé hacia el agua. No sabía muy bien si para lavarme, para purificarme o con la intención de no volver a pisar aquella maldita playa. No sentí frío esa madrugada del 31 de agosto, pero temblaba como un cachorro recién venido al mundo. En realidad, al introducirme en el agua no sentí nada. Aunque estaba dolorida y magullada por dentro y por fuera, mi dolor era mucho más profundo. Avancé impelida por una extraña brisa y me sumergí en el mar sin ofrecer resistencia ni advertir la marea, dejando que el destino decidiera adónde arribaría, como un mensaje en una botella.

\*\*\*\*

Pero ese no era mi último día. Escuché gritar mi nombre; parecía una voz surgida del fondo del mar, como una ensoñación. Y seguí caminando, casi levitando hacia el firmamento, segura de que,

tras aquella voz, me esperaba un mundo mejor. Pero la voz venía de la orilla: «¡Ani, por Dios, no me hagas ir a por ti, ya sabes que no sé nadar! ¡Aniii...!»). Al momento, alguien me tiró con fuerza del pelo obligándome a dar la vuelta. Era la buena de Manuela.

—Santo cielo, Ani, ¿qué estás haciendo? Dame la mano, vamos a la orilla —me ordenó temblando, sin soltarme el cabello y sin atreverse a dar un paso más; la resaca ya le llegaba a la cintura y temía que nos engullera a las dos.

—Manuela..., eres tú —balbucí mientras le extendía mi mano trémula.

—Vamos, vamos —insistía mientras tiraba de mí con la esperanza de que diera un primer paso hacia atrás.

Las olas que lamían la arena horas antes se habían convertido en peligrosas y espumosas lenguas. Con mucha dificultad, conseguimos atravesar el oleaje y llegar a tierra firme.

—¿Qué ha pasado, hija? Dios mío, estás helada.

Fue entonces cuando, por primera vez desde que me llevaran ambaucada a Calachica, rompí a llorar. Me abracé a ella y lloré como jamás en mi vida. Manuela estrechó contra sí mi cuerpo desnudo y, acariciando mi pelo mojado, calló unos minutos mientras yo desahogaba mi amargura.

—Venga, ya pasó, ya pasó —dijo al fin intentando que me recuperara del *shock*—. Tranquila, ya, ya... ¿Dónde está tu ropa?

Pero yo estaba desolada, así que ella miró a su alrededor y cogió la ropa que mi amiga Sonia había escogido esa mañana para mi cita.

—Tienes que vestirte, hay que salir de aquí antes de que la marea nos lo impida.

Optó por vestirme ella y yo me dejé hacer, temblando y sin dejar de sollozar.

Era cierto, de haber esperado solo unos minutos más nos hubiésemos quedado encerradas en la pequeña cala, las olas ya habían borrado el estrecho paso que daba a la playa de Salomar.

Una vez a salvo volvió a hablarme.

—Creo que deberíamos ir a urgencias, pero antes vamos a llamar a tu madre.

—¡No! No, por favor, no lo hagas, Manuela —hablé por fin—. Estoy bien, solo quiero volver a casa antes de que se despierte mamá. Llévame, por favor, llévame a casa. Es solo que... no debí beber tanto, pero ya estoy mucho mejor.

—Pero mírate, tú no estás bien, niña.

—Ayúdame, Manuela, si mi madre se entera de cómo me has encontrado... —Los sollozos ahogaron mi voz.

—De acuerdo. Menudo susto me has dado. Menos mal que me levanté a beber agua y me di cuenta de que aún no habías llegado. Me recorrí toda la playa y nada. Pero me encontré con tu amiga Sonia, que regresaba de trabajar, y me dijo que estarías aquí con ese chico; pensé que os habríais quedado dormidos. Jesús, no quiero ni imaginar lo que hubiese pasado si no llego a tiempo. ¿No vas a decirme por qué bebiste tanto?

—Ya no vale la pena, vámonos de una vez.

Tuvimos suerte, mi madre no se había levantado. A los quince minutos estábamos en casa, cada una en su habitación.

Fue entonces cuando, de alguna manera, volví a la realidad. Al verme entre mis cosas, al meterme en mi bañera, secarme con mi esponjosa toalla... Desnuda frente al espejo, no reconocí mi cuerpo; fue una sensación extraña, como un rechazo visceral a lo que había sido tan mío y tanto había cuidado. Me puse de perfil y, horrorizada, vi las huellas moradas que me habían dejado las piedras que había entre la arena. También tenía enrojecidos los muslos, el pecho y, aunque apenas se apreciaba, las muñecas y el rostro. En el labio inferior tenía una pequeñísima lesión que podría

pasar por un leve herpes. Casi me desmorono frente a aquella mujer rota. Me metí en la cama y me envolví con las sábanas después de cerrar la ventana y apagar el aire acondicionado, a pesar de que la noche era tórrida. Sentía un extraño frío que nacía de mi interior; notaba la sangre helada. En cierto modo, estar en mi dormitorio hizo que me sintiera a salvo, como si hubiese despertado de una espantosa pesadilla. Con una crucial salvedad: no había sido un sueño.

Recuerdo que al poco de acostarme mi madre entró en mi habitación.

—Ani, ¿estás bien? He escuchado correr el agua de tu baño y...

—Sí, estoy bien —la interrumpí fingiendo estar somnolienta y apartando con disimulo las lágrimas de mi rostro por temor a que encendiera la luz.

—Vale. No te levantes muy tarde, me gustaría salir hacia Madrid antes de las diez. ¿Qué haces tapada y con el aire acondicionado apagado? Por esta puerta sale fuego. ¿No estarás enferma? ¿Te lo enciendo?

—Ya te he dicho que estoy bien, mamá. ¿Podrías dejarme dormir?

Me libré de una segunda catástrofe de milagro. No hubiese podido contarle a mi madre lo ocurrido sin enloquecer. Creo que en aquel momento no habría sido capaz de hablar de lo sucedido con nadie, pero la última persona a la que hubiera recurrido habría sido a ella. Tenía una tendencia innata a dramatizar, a ver el lado oscuro de cualquier situación. Con ella cualquier tipo de conversación, incluso la más amable, te dejaba un sabor amargo. Y aquella ya hubiese sido en sí misma una tragedia. Jamás he necesitado tanto consuelo como durante aquellos días y entre las cualidades de mi madre nunca figuró la compasión. De cualquier manera, no habría podido hablar de lo ocurrido ni conmigo misma; ni siquiera era capaz de recordar la imagen más fugaz sin estremecerme de angustia.

\*\*\*\*

Permanecí durante unas tres horas en posición fetal, con las piernas muy muy juntas, intentando cerrar bajo llave lo que había ocurrido entre ellas, mientras las lágrimas me caían sin descanso como el agua de un grifo mal cerrado. Pero el sol ya se filtraba entre las ranuras de la persiana y mi madre había entrado un par de veces para despertarme. Había llegado la hora de levantarse y partir de aquel maldito lugar, como si fuese posible dejar sobre la playa el horror vivido aquella noche. Ya estaba sentada en la cama cuando la puerta se abrió por tercera vez.

—Vístete de una vez, ya está todo listo. Tienes quince minutos para desayunar. Por cierto, Sonia ha venido a despedirse, está esperándote en el jardín.

No encontré las fuerzas para contestarle y continué en mi cama, sin moverme.

—¿Se puede saber qué te pasa? ¡Vamos! ¿Has llorado? Venga, que en diez meses volverás a ver a ese chico. ¿Qué tienes en el labio?

No dijo nada más. Me miró con desaprobación, convencida de que mis lágrimas se debían a que añoraba a Raúl y que la pequeña herida en mi boca no era más que la huella que dejan los besos largos y apasionados en una despedida.

El día anterior había preparado mi ropa para el viaje, un vestido fresco y ligero que tal vez mostraba demasiado. De repente, sentía una necesidad imperiosa de tapar todo aquello de mi cuerpo que pudiera despertar la libido de cualquier hombre. Y también las magulladuras de mi espalda. Así que busqué en el armario y escogí un viejo vaquero y una amplia camiseta. Me recogí el pelo en una coleta, me eché un poco de maquillaje para disimular la piel todavía enrojecida y salí al mundo mientras mi corazón se desbocaba.

En la cocina no había nadie, pero a través de la ventana pude ver a mi madre y a Manuela metiendo los últimos bultos en el coche y a Sonia bajo el sauce hablando por su móvil. Levantó la mirada y me vio entre los visillos. De inmediato colgó y entró en casa.

—Joder, joder... ¿Qué te has puesto? —me preguntó mi amiga ojiplática—. Pareces una monja de campamento. Mírate, si eres yo en tamaño XXL... ¿Qué coño te pasa, tía? ¡Pues sí que te ha afectado marcharte esta vez! Eso de enamorarse es una mierda. Venga, ánimo, el verano que viene está a la vuelta de la esquina.

No pude contener algunas lágrimas, aunque sí el manantial que pujaba por salir.

—Ufff... Es un momento duro. Lo siento, no me encuentro bien —comenté sintiendo cada palabra en lo más profundo, pero con ninguna intención de desvelarle la verdad. Por muchos motivos, pero sobre todo porque lo que albergaba en mi interior era tan espantoso que no podría contárselo en unos minutos, y menos con mi madre y Manuela a unos pasos—. Perdóname, pero me gustaría estar sola. Ya hablaremos cuando llegue a Madrid, ¿vale?

—¿Vas a dejar que me vaya sin saber cuál era la sorpresa que te había preparado Raúl? Había oído rumores de que hasta te había comprado un anillo de compromiso que va a tardar un año en pagar.

—Ya te contaré, pero... no, no fue lo esperado. Dame un abrazo.

—Claro que sí, y todos los que quieras.

Se acercó de inmediato, se puso de puntillas y me abrazó con la fuerza de un oso durante un minuto. A pesar de estar dolorida por las magulladuras, me sentí algo reconfortada durante esos sesenta segundos.

—Joé, hueles como el armario de mi abuela.

—Es que esta camiseta llevaba mucho tiempo en el fondo del ropero.

—Cuídate, Ani, te veo muy mala cara y no parece que sea cosa de una resaca. Llámame en cuanto puedas y te apetezca. Oye, a por todas en esa universidad, eh. Buen viaje, amiga.

—Adiós, Sonia.

En aquel momento estaba segura de que era un adiós definitivo. De ninguna manera regresaría a aquel lugar. Tenía todo un año para encontrar la excusa adecuada y convencer a mis padres. Todo menos volver.

## CAPÍTULO 3

Durante los once meses que transcurrieron en Madrid no tuve contacto alguno con Sonia. No contesté a sus continuos mensajes ni a sus insistentes llamadas. De repente, yo era otra persona; no tenía nada que ver con aquella joven del último verano, espontánea, ingenua y enamorada. Sobre todo, me sentía incapaz de tener el más mínimo trato con nadie que tuviera relación con Salomar. Por otro lado, ¿qué le iba a decir? ¿Que la última noche sus primos Raúl y Simón y sus amigos me habían violado y que me había guardado el secreto por mera cobardía? No tenía sentido mi hermetismo, impidiendo que saliera expulsado lo que me estaba abrasando las entrañas. Pero el solo hecho de pensar el escándalo que supondría mi confesión en el pequeño pueblo me estremecía. Con seguridad, lo ocurrido saldría en todos los medios de comunicación: «La hija de la fiscal Ana Torres y del investigador Mariano del Bosque, violada en Salomar».

Nadie que no haya vivido la experiencia puede imaginar siquiera el destrozo interior que deja en una joven una violación. En mi caso, cinco, y por mi novio y sus amigos. Y nadie puede exigirle valentía en esos momentos. El tormento es tan hondo e intenso que ni siquiera soportas que una fugaz imagen de las dantescas escenas se cuele en tu mente. Solo recordar te rompe. ¿Cómo verbalizar lo ocurrido ante tus padres, amigos, abogados y jueces y sobrevivir con un mínimo de cordura? ¿Cómo soportar la presión social y ser objeto de miradas y todo tipo de rumores cuando ya estás enferma de tanta angustia y al límite de tus fuerzas? No, no, nada de aquello había sido culpa mía, ni lo ocurrido ni mi silencio.

\*\*\*\*

Supongo que fue Manuela quien le contó a Sonia que estaba en Salomar. Al minuto de entrar en la cocina para desayunar sonó el timbre del portero exterior. Fui a ver quién era y en la pantalla apareció su rostro. Algo en mi interior dio un vuelco. Fue como si de repente se me apareciese todo lo que había intentado olvidar en los últimos meses.

—¿Qué?, ¿también vas a evitarme ahora? Abre de una vez, joder —dijo Sonia por el telefonillo convencida de que yo estaba al otro lado dudando sobre si debía abrirle la puerta.

Pulsé y al momento mi amiga estaba en el jardín. Pero no corrimos a abrazarnos como en el primer encuentro de cada verano desde que éramos niñas. Nos quedamos plantadas la una frente a la otra, examinándonos.

—¿Qué tal, Ani? Te veo delgadísima y, la verdad, no te favorece.

—Es que ha sido un año duro. ¿Cómo estás?

—Muy cabreada desde hace un año, ni te imaginas cuánto. No sabes lo que me ha costado venir hasta aquí; pero tenía que hacerlo, me merezco una explicación. ¿No te parece?

—Mis padres han ido al mercado con mi hermano, estamos solas. ¿Desayunamos y charlamos?

—¿Tu hermano?

—Sí, contra todo pronóstico este año he dejado de ser hija única.

—Creo que la charla puede ser larga. Para mí un Cola Cao bien fresquito. —Fue su manera de aceptar la invitación mientras apoyaba su bicicleta contra la verja, dispuesta a seguirme hasta la cocina.

Mientras preparaba su Cola Cao y unos cereales para mí, a mi espalda, Sonia jugueteaba nerviosa con la tapadera del azucarero que había sobre la mesa.

—Los chicos te envían saludos —dijo para romper el silencio sin saber que estaba rompiendo mucho más de lo que imaginaba.

Sus palabras hicieron que me temblara el pulso y parte de los cereales cayeron fuera del bol. No le contesté. No podía ni quería hablar de mis verdugos.

—Ya veo que no soy la única a la que has borrado de tu lista de amigos.

Por fin le ofrecí su Cola Cao y me senté frente a ella con mis cereales.

—Nunca he dejado de ser tu amiga, solo necesitaba desconectar de todo esto. Y ya ves, aquí estoy un año más.

—Ani, no sé qué pasó entre Raúl y tú aquella noche, él no quiso contármelo. Solo dijo que se había acabado y no ha vuelto a hablar con nadie del tema, y tú... Tú te esfumaste. Debió de ser algo fuerte, pero ¿por qué me echaste de tu vida? Y los chicos, ¿qué tienen ellos que ver con vuestra historia? Todo ha sido un misterio desde que te marchaste. Es que no entiendo nada. Se supone que Raúl te había preparado una sorpresa, yo misma te vi marcharte ilusionada a su encuentro. Manu dice que simplemente le diste calabazas a Raúl, pero yo no me lo creo. ¿Qué pasó para que de pronto pasaras de su culo? ¿Qué coño de sorpresa te preparó? ¿Te hizo una proposición indecente o algo así?

—Estás haciendo demasiadas preguntas.

—¿Y vas a contestar alguna?

—No.

—Pues ya va siendo hora de que lo averigüe por mi cuenta, porque todo esto es muy muy raro. Vale que tuvieses una movida con Raúl y no quieras verlo más, pero ¿qué te he hecho yo?

—Nada, Sonia. Simplemente... es que no quiero tener contacto con nada que me recuerde a Raúl, solo es eso. De hecho, yo no quería venir este año. Me aterra la idea de encontrármelo por el pueblo o en la playa, pero mi padre se empeñó.

—¡Venga ya! Ese miedo patológico a encontrártelo no es por una simple pelea.

Sonia era muy lista, supo de inmediato que durante la noche de la maldita sorpresa había pasado algo más grave de lo que imaginaba.

—¿Sabes?, hablé con mi tía días después de que te marcharas y te negaras a cogerme el teléfono; mi primo no soltaba prenda y pensé que su madre podría saber algo. Me aseguró que Raúl no había salido de casa esa noche; es más, según ella, estuvo encerrado en su cuarto desde esa tarde durante dos días. Sé que no mentía, ella no es de esas.

—Ya...

—Vamos a ver, ¿acudió o no acudió Raúl a la cita?

Intentaba parecer fuerte, pero sentía que estaba a punto de derrumbarme. Escuchar el nombre de Raúl una y otra vez de la boca de Sonia y en el lugar donde tantas veces le había confesado cuánto me gustaba era demasiado real como para seguir conteniendo los últimos recuerdos de aquella playa.

—Hablamos en otro momento, acaban de llegar mis padres.

Le miré los pies y sonreí.

—Todavía llevas las deportivas que te regalé.

—Me encantan. Pero con estos cordones. Bueno, ¿nos vemos luego en la playa?

—La verdad es que no me apetece.

—¿Esta noche en Las cañas?

—¡No!

—¡Joder! Vale, vale. Me paso después de comer.

En ese momento apareció mi madre empujando el carrito de Daniel.

—Hola, Sonia. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y usted? Supongo que muy entretenida con el bebé.

—Desde luego, más que entretenida.

Sonia se levantó y antes de marcharse se quedó mirando a Daniel.

—Guuuuu... Es un niño precioso. ¿A quién ha salido con esos ojos tan azules? Enhorabuena. Me voy, tengo que ayudar en casa. Hasta luego, Ani.

No tuve valor para decirle que no viniera a casa ni esa tarde ni nunca más, tal vez porque lo cierto es que necesitaba una amiga.

\*\*\*\*

Aunque mi padre intentaba animarnos, en casa solo se escuchaban el gorjeo de Daniel y el ruido de las cañerías y los electrodomésticos. Cansada de tanta tensión, decidí pasear a Daniel por el jardín. Cuando se quedó dormido me fui a tomar el sol en la piscina mientras escuchaba música. Pero no conseguía evadirme de mi realidad.

La frescura de Sonia, aquella manera tan natural de intentar sacarme información y cómo había perdonado casi de inmediato mis reiterados rechazos a sus llamadas y mensajes molificaron mi coraza. Ya no me parecía un imposible abrir la puerta a la desdicha que guardaba en mi interior. La breve charla que habíamos mantenido en la cocina había supuesto un alivio para mí. Pero ¿sería mi amiga capaz de ser la guardiana de mi secreto? A esas alturas, transcurrido casi un año de verdadera tortura, la posibilidad de que Sonia se fuera de la lengua no me preocupaba tanto como seguir sufriendo en soledad.

Sonia era mi amiga de verano desde la más tierna infancia, gracias a ella mi manera de percibir el mundo se había enriquecido; gracias a nuestra férrea amistad pude ver más allá de mi castillo de princesas y conocer el otro lado de la luna. Yo vivía en un mundo sin problemas donde todo se solucionaba con dinero y con un padre que se encargaba de que no hubiese la menor fisura en mi felicidad.

Fui una buena estudiante, pero si alguna asignatura se me resistía allí estaba mi padre para buscarme el mejor profesor de apoyo. También tuve siempre muy buena salud, pero cuando me resfriaba o me dolían los oídos ahí estaban mis padres para buscarme el mejor médico. Fui una niña optimista y feliz, pero si alguna vez tuve un mal día mi padre me procuraba el mejor llevándome a un parque de atracciones o al teatro, o simplemente montando un karaoke en casa. Mis compañeras de clase lo adoraban.

Era Sonia la única que me hacía mirar más allá de mi burbuja. Paralelamente a mi vida de confort, en Salomar crecía mi amiga en unas circunstancias muy distintas a las mías: con unos padres atormentados, con paupérrimos medios económicos, en un lugar completamente aislado y solitario en invierno y sin posibilidades de cumplir uno solo de sus sueños, si es que se permitía soñar. Lo que demostraba su auténtica nobleza es que jamás se había aprovechado de mi privilegiada vida; nunca dejó que le pagara una simple Coca-Cola. Con el dinero que mis padres me daban para la semana hubiese podido evitar que aquella vez le cortaran la luz en casa, pero se negó rotundamente a que la ayudara. Al final fue mi padre quien se dirigió a la compañía de la luz para abonar los recibos atrasados. Sonia se enfadó muchísimo y me obligó a aceptar pequeñas

cantidades hasta que saldó la cuenta. Que admitiera como regalo mi vieja bicicleta fue una odisea; al final accedió porque sabía que terminaría en la chatarrería. Desde que su hermano murió en aquel accidente de tráfico, ella llevaba todo el peso de la casa. Sus padres, ya de por sí con tendencia a la tristeza, se sumergieron en una profunda depresión y la dejaron completamente sola.

Sonia era una superviviente que se había forjado a sí misma encajando golpes y, sin embargo, no abrigaba el más mínimo rencor hacia los que disfrutaban de mejor suerte. Tenía muchas cualidades; entre ellas, la lealtad. Ese día pensé que había llegado la hora de confiar en alguien y aligerar el peso de mi mochila.

\*\*\*\*

Tal y como me prometió, allí estaba. El timbre del portero tintineó poco antes de las cuatro de la tarde. Mi padre y yo estábamos recogiendo la cocina; mi madre había conseguido dormir a Daniel en los brazos.

—¿Quién llamará a estas horas y con este calor? —preguntó mi padre dirigiéndose al telefonillo de la entrada.

—Ya voy yo, creo que es Sonia —me adelanté mientras me secaba las manos.

Al pasar por el salón mi madre me miró con desaprobación, no sé si porque no le agradaba la visita o porque el timbre había interrumpido el sueño de Daniel.

—Tranquila, nos quedaremos en la piscina —le dije casi susurrando.

—No tengo que decirte que...

—Lo sé, mamá. Estoy fuera.

Como si nada nos hubiese distanciado durante aquel año, Sonia cruzaba el jardín agarrada a su bicicleta. Llevaba un bikini que debía de tener al menos tres veranos, un vaquero cortado deliberadamente a medio muslo y las deportivas que yo le había regalado. Aunque llevaba su lacio y largo cabello recogido en una coleta, el flequillo casi le tapaba los ojos. Sonia tenía un año más que yo; acababa de cumplir veintiuno y a mí me quedaban unas semanas para alcanzar los veinte, pero a cierta distancia parecía una niña de no más de diez. Nada en ella era exuberante y mucho menos voluptuoso, pero sí muy armonioso en su conjunto. Tenía el aspecto de una de esas pequeñas gimnastas rítmicas.

—¿Llego en mal momento? —me preguntó al ver que al salir al jardín había cerrado la puerta tras de mí.

—No, tranquila. Es que mi madre está intentando dormir a Daniel. ¿Nos vamos a la piscina?

—Perfecto. Me meto de cabeza, vengo muerta. Joder, qué calor.

—Solo se te ocurre a ti atravesar el pueblo en bici a las cuatro de la tarde en pleno agosto.

—Ya te digo, soy un caso. Iba a decirle a mi chófer que me trajera, pero es que me va la marcha.

—Desde luego, eres única.

—Por cierto, ¿te has sacado ya el carné? —me preguntó, seguramente recordando las veces que habíamos hecho planes para cuando yo tuviese coche.

—Lo siento, tendremos que esperar. Ha sido un año muy intenso.

—Me doy un chapuzón y me lo cuentas todo —concluyó, dejando la bici sobre el césped.

—Voy a por unos refrescos.

Mientras Sonia se bañaba y, como un alegre delfín, se sumergía una y otra vez en el agua, yo

entré por la puerta de la cocina y cogí un par de latas de Coca-Cola. En la casa ya reinaba un absoluto silencio, todos seesteaban al amparo del aire acondicionado.

Parecía dispuesta a estar un buen rato haciendo piruetas en el agua, así que me tumbé en una de las dos hamacas que había a la sombra del porche, a dos palmos de la ventana de mi dormitorio. Antes, abrí un poco la ventana para comprobar que todo seguía en calma y, desde aquella perspectiva, mi cuarto me pareció el más impoluto, perfecto y coqueto del mundo. Era el escenario de una verdadera princesa feliz, aunque yo me sentía una desgraciada Cenicienta.

Cuando salió del agua, Sonia se tumbó a mi lado y cogió su Coca-Cola. Sorprendentemente, guardó silencio mientras contemplaba los destellos de luz que el mar arrojaba más allá de los dominios de los Del Bosque.

La confesión que ella estaba esperando me quemaba en la lengua desde que la vi a mi regreso. Habían transcurrido once meses y no había sentido la necesidad de desvelar mi doloroso secreto hasta que ella se plantó ante mí. Creo que hasta ese preciso instante no había valorado nuestra amistad como se merecía.

Soy consciente de que seis años pueden parecer muy pocos en una vida, pero han sido suficientes como para percibir aquellos aterradores momentos con otra perspectiva; aunque he de reconocer que hasta que regresé a Salomar no comenzó mi sanación mental, en gran parte gracias a Sonia. De la misma manera que había desaparecido de mi vida por mi empeño en no querer desvelar los hechos durante casi un año, ella apareció cuando ya necesitaba hablar.

Sí, sé que mi obligación como buena ciudadana era denunciar los crímenes de aquellas bestias de inmediato; pero yo no estaba en las mínimas condiciones como para cumplir obligaciones porque me acababan de robar mis derechos más elementales, además de la fe en el ser humano. Llegué a sentirme culpable; culpable de haber sido tan ingenua; culpable de haber acudido voluntariamente a Calachica; culpable de que me violaran una y otra vez; culpable de ocultar mi calvario... Pero ahora sé que no soy culpable de nada. Simplemente estaba enamorada. Faltaba un mes para mi diecinueve cumpleaños y, hasta entonces, todo en mi vida había sido amable. Cuando desperté de madrugada en la maldita cala era un despojo, una moribunda. La poca vida que me quedaba la necesitaba para seguir respirando.

Aquella que aconseja denunciar los hechos inmediatamente y ser sometida a mil morbosas preguntas y a la exploración de su cuerpo después de que lo hayan profanado una y otra vez no sabe lo que se siente, o al menos no sabe cómo me sentía yo. Que el mundo ignorara los hechos, especialmente mis padres, me daba la oportunidad de regresar a una aparente normalidad y recuperar de alguna forma mi vida. Si en casa se hubiese sabido nada habría sido igual, ni siquiera aparentemente, y yo necesitaba tanto que todo siguiera en su lugar... Con eso me conformaba.

Pasado un año me sentía preparada para verbalizar lo ocurrido, al menos con mi buena amiga. Ese era el momento y así debía ser.

—Sí me esperaba una gran sorpresa esa noche —dije al fin, con voz queda, como si temiera que mis cuerdas vocales se desgarraran después de haberlas tensado día a día durante un año—; una sorpresa espantosa.

Sonia dejó sobre la mesa su bebida y se colocó de costado, haciendo reposar la cara bajo sus manos. Como si quisiera mirarme a los ojos con comodidad para transmitirme confianza.

—Cuando salimos de Las cañas, Luis y Simón me llevaron en coche hasta Calachica. Durante el camino comentaron entre ellos que me aguardaba una noche de grandes emociones en la que también habría sexo. Se reían de una forma extraña y grosera que me provocó cierta desconfianza.

Estaban colocados. Pero sabía que Raúl nunca permitiría que me pasara nada malo. Antes de apearme del coche me vendaron los ojos. Me dijeron que así comenzaba la sorpresa. Simón me cogió de la mano y me guio hasta la cala. Allí nos esperaban Manu, Víctor y Raúl... Se me ha acabado la Coca-Cola, voy a por un poco de agua; tengo la boca seca.

Sonia me cogió la mano y me miró muy seria y comprensiva.

—Deja de huir de este momento. Toma, bebe de mi lata.

—Está ardiendo.

—Sigue.

—Dios mío, no sabes cuánto me cuesta recordar... Me ataron las manos, me metieron una esponja seca en la boca y me amordazaron. Y después... después me violaron. Los cinco. El último fue Raúl, cuando le tocó el turno perdí el conocimiento.

Tras la última palabra de mi confesión, ambas rompimos a llorar.

—Joder, joder... Joder, Ani... —repetía mientras se levantaba para abrazarme y llorar conmigo —. Joder. Es horrible, horrible. No sé cómo has podido guardarte algo tan fuerte durante tanto tiempo. Nunca imaginé nada parecido... Qué hijos de puta.

—No se lo cuentes a nadie, por favor, Sonia, por favor.

—¿Quién lo sabe?

—Solo tú y yo.

—¿Y tus padres?

—No, no hubiese podido soportar los reproches de mi madre.

—¿Cómo puedo ayudarte? ¿Qué puedo hacer por ti?

—Nada, solo perdonarme por haberte apartado de mi vida este año.

—Qué tonta eres.

La hamaca era demasiado estrecha para albergarnos a ambas, pero la pequeñita Sonia consiguió hacerse un hueco entre mi cuerpo. Cogida a mi cintura y con su cabeza mojada en mi pecho, dejó que todas nuestras lágrimas brotaran.

Sé que mientras llorábamos se moría por hacer mil comentarios y preguntas, y que le costaba horrores creer que sus primos y sus amigos fuesen capaces de tal atrocidad. Estoy segura de que su mente pugnaba por encontrar una explicación que justificara lo inverosímil de mi confesión.

Raúl y Simón eran sus primos hermanos, vivían a pocos metros de su casa. Habían crecido juntos. Los habitantes de Salomar parecían una familia, pero es que Raúl y Simón eran su familia. Desde niña había compartido con ellos y su hermano fallecido todos los juegos infantiles imaginables. Manu, Víctor y Luis eran los chicos del pueblo con los que más se relacionaba; en realidad, los únicos, no había muchos jóvenes en Salomar. Aunque con Simón nunca había tenido una buena relación. Sonia me había comentado que había intentado propasarse con ella en varias ocasiones y que era un salido asqueroso. Pero para ella debía de ser duro siquiera imaginar que los cinco se pusieran de acuerdo para forzarme y violarme de una forma tan inhumana y brutal, y mucho más que su querido primo Raúl hubiese participado; a él siempre le había profesado un gran respeto y un cariño muy especial.

Así, abrazadas bajo el porche, nos quedamos un buen rato, hasta que nuestros ojos y el pelo de Sonia se secaron.

Nos estábamos quedando dormidas cuando apareció mi madre.

—Creo que estaríais más cómodas cada una en su hamaca —dijo observando la escena con desaprobación.

Las dos guardamos silencio. Sonia se levantó y, algo aturdida y avergonzada, se sentó en la otra

hamaca.

—Tu padre y yo vamos a llevar a la playa a Daniel. Tú deberías estudiar un poco —siguió a la vez que recogía la bicicleta de Sonia, que estaba sobre la rocalla aplastando las plantas.

—Prefiero estudiar por la noche —le contesté con cierta aspereza.

—Yo tengo que irme —apostilló Sonia, consciente de que en ese momento no era muy bien recibida.

Cuando mi madre se marchó, Sonia se dirigió a mí.

—¿Tu madre está un poco rara conmigo o solo me lo parece? ¿Seguro que no sabe nada?

—Te lo aseguro. No le hagas caso, últimamente se altera por todo. Supongo que ser madre después de los cuarenta no debe de ser fácil.

—Esta noche nos ha invitado mi tía a cenar en su casa por su cumpleaños. Joder, no sé si podré soportar compartir mesa con esos dos cabrones... Qué fuerte es lo que me has contado... —sacudió la cabeza y chasqueó la lengua como un muchacho—. Es horrible, es la mayor putada que pueden hacerle a una tía. Si no fuera porque te conozco, pensaría que te lo has inventado. Es que es increíble... No puedo ponerme delante de mis primos como si nada, no puedo.

—Por favor, Sonia, por favor —le supliqué mirándola compungida.

—Lo sé. Tranquila, me buscaré una excusa para no ir. No puedo, por ahora no puedo.

—Vendremos en un par de horas, Ani —dijo mi padre empujando el carrito de Daniel en dirección a la salida—. Haz caso a tu madre y aprovecha el silencio para estudiar.

Al momento salieron los tres por el portón de peatones.

—No sabes cuánto siento que hayas pasado por todo esto sola. Si me lo hubieses contado antes...

—Lo he hecho ahora y la verdad es que hace mucho tiempo que no me siento tan aliviada.

—Imagino que tu primer año en la universidad no ha sido lo esperado.

—Un desastre.

—Ya. Bueno, me marcho. ¿Quedamos mañana en la playa? No me apetece mucho venir muy a menudo a tu casa.

—No puedo, Sonia. Solo pensar en encontrarme...

—Piénsalo, son ellos los que harán todo lo posible por esconderse; saben que estás aquí. Te aseguro que no te encontrarás a ninguno de esos cobardes. Hijos de puta... —despotricaba a la vez que colgaba la toalla que había usado en el tenderete. Una escena que me retrotrajo a veranos pretéritos y me reconfortó, como si fuese la confirmación de que todo podía volver a su lugar.

—Vale, te llamo mañana y quedamos.

—Bien. Estudia, no quiero ser la responsable de que no consigas tu sueño de ser periodista.

Se vistió, cogió su bicicleta y se marchó.

Por primera vez en un año, sorprendentemente conseguí centrarme en mis estudios sin esfuerzo durante dos horas, y otras tantas aquella noche.

## CAPÍTULO 4

Hacia varios años que Raúl me atraía de una forma incomprensible teniendo en cuenta que solo lo veía en verano y la insalvable distancia que parecía separarnos en todos los sentidos. Por mi posición social y el lugar donde residía la mayor parte del año, yo tenía muchos jóvenes a mi alrededor capaces de hacer realidad los sueños de cualquier chica de mi edad. Me invitaban a sus celebraciones de cumpleaños, muchas en lujosas mansiones a las que asistían los chicos más guapos, preparados y ricos de Madrid. Compartía con ellos excursiones, días de fiesta, conversaciones e incluso viajes organizados por el instituto. Ninguno de ellos consiguió echar de mi corazón a Raúl por más que lo intentó.

Pero fue durante aquel verano de 2011 cuando supe que me correspondía y mis sentimientos, largo tiempo reprimidos, se desataron. Llegamos a Salomar el 23 de junio bien entrada la noche. Nos esperaba un largo verano de sol y playa. Yo estaba pletórica. Al día siguiente era domingo y ninguno de los chicos trabajaba, así que quedamos en Las cañas a medio día. Cuando llegué al chiringuito, Raúl estaba en la barra conversando con el camarero encargado del turno. Creo que nunca me había parecido tan atractivo como en ese momento. Su imagen era la del típico windsurfista californiano, a pesar de haber nacido y crecido en aquel pequeño pueblo del sur: alto, pelo largo y rubio por el sol, ojos azules, piel morena y cuerpo musculado. Nadie hubiese apostado a que era un descendiente de pescadores de Salomar que había terminado trabajando en un pequeño taller de coches.

Emocionada, recorrí los quince metros que nos separaban.

—Hola, Raúl —lo saludé con timidez.

—Hola, Ani —me correspondió mientras nos besábamos en las mejillas y yo me sentía estremecer al rozar su piel—. Me alegra verte de nuevo por la playa, es como si quedara inaugurado el verano en Salomar. Estás estupenda, solo necesitas un poco de sol.

—Tú, sin embargo, ya estás moreno —dije lanzándole una mirada algo atrevida a sus fornidos brazos.

—Sí, ya sabes que en la costa tropical el verano nunca se va del todo. ¿Qué tal por Madrid? Me ha dicho mi prima que aprobaste la selectividad con muy buena nota. Me alegra que puedas estudiar periodismo.

—Sí, la verdad es que estoy muy contenta. ¿Y por aquí cómo va todo?

—Nada nuevo. Sal, grasa y mis libros cuando puedo, ya sabes —me contestó haciendo alusión a sus tres ocupaciones: el surf, el taller y leer.

—¿No iban a venir los chicos?

—Les he pedido que vengan más tarde, quería estar un rato a solas contigo para hablar.

Apenas pude contener la emoción que me embargaba. ¿A solas? ¿Conmigo? ¿Para hablar? Eso solo podía significar una cosa: que Sonia tenía razón, yo también le gustaba y tal vez quería salir conmigo.

—Vale —acerté a decir.

—¿Nos sentamos o prefieres dar un paseo por la playa?

—Prefiero pasear.

—Nos vemos luego, Pedro —se despidió del camarero.

Cuando pisamos la arena ambos nos quitamos las chanclas y las dejamos a unos metros del chiringuito. Noté la tierra tibia, el verano estaba en ciernes y a esas horas el sol no había tenido tiempo de penetrar los guijarros.

En la playa había sombrillas salpicadas aquí y allá, casi todas ocupadas por guiris de cierta edad y alguna familia que disfrutaba el domingo junto al mar. Todavía faltaba una semana para que comenzaran a llegar los veraneantes. Con todo, Salomar nunca destacaba por la masificación de bañistas en su playa.

—Hace un día precioso —le dije para romper el hielo.

—Sí, todavía se puede pasear a estas horas sin morir de calor. Y hay calma chicha, me parece que hoy no podré coger la tabla. Ani...

—Dime.

—He pensado mucho en ti durante este invierno. La verdad es que me gustas desde hace tres veranos. Pero eras demasiado joven y yo un poco loco, ya sabes... No quería que fueras una más. He esperado todo este tiempo para decirte que me gustaría salir contigo.

Yo apenas respiraba, miraba cómo mis pies se hundían en la arena a cada paso mientras una marea templada inundaba mi cuerpo.

—Yo también he pensado mucho en ti durante este invierno, y el anterior, y el otro —susurré sin levantar la vista, convencida de que mis mejillas debían estar encendidas.

—Vaya... Qué alivio.

—No me creo que Sonia no te haya dicho que me gustabas.

Entonces me cogió la mano, justo antes de recorrer el pequeño paso que llevaba a Calachica. Sentí como si de repente compartiéramos el mismo torrente sanguíneo, que corría por nuestras venas como una estampida de búfalos. Hubiese jurado ante todos los dioses que los dos estábamos igual de enamorados: locamente y para siempre, como dicen todas las canciones de amor.

—Bueno, han pasado muchos meses desde que nos vimos la última vez; no sabía si estabas saliendo con algún chico.

—Tu prima y yo hablamos mucho por teléfono, te lo hubiese comentado. —Quise dejar claro que él estaba apostando a caballo ganador.

—¿Nos sentamos? —me preguntó cuando llegamos al cobijo de una roca.

Me soltó la mano solo un momento para darme libertad de movimiento y me acomodé a su lado.

—Sé que no va a ser fácil. Imagino cómo se lo tomarán tus padres cuando se enteren de que estás con un Puertas. Pero estoy dispuesto a esforzarme para ganarme su respeto. Estoy ahorrando y espero ir pronto a la universidad... Joder, Ani, qué bonita y dulce eres —musitó mientras se aproximaba a mi rostro.

Y me besó en los labios. Pero no como lo había visto besar a otras chicas mientras yo me moría de celos. Fue un beso suave, lento y tierno. Y después me atrajo hacia él para que me recostara sobre su pecho mientras me acariciaba el cabello.

—Eres mi sueño, Ani.

\*\*\*\*

Ese fue el comienzo de un verano en el que mi corazón y mi cuerpo despertaron. Calachica se

convirtió en nuestro nido de amor. Íbamos cada noche, siempre que la marea no nos impidiera acceder. Recuerdo que en una ocasión el agua nos cerró el paso y tuvimos que desnudarnos y meternos casi hasta los hombros mientras manteníamos nuestra ropa en alto para que no se mojara. Después secó cada centímetro de mi cuerpo con su camiseta para que no humedeciera mi ropa al vestirme y mis padres no me hicieran preguntas cuyas respuestas podrían comprometerme.

Todo fue tan poco a poco..., tan despacio y sincero, que hacía imposible pensar que terminara de un modo tan violento y pavoroso. Nunca se propasó, jamás se saltó mis límites ni me pidió nada que yo no deseara tanto como él. Aunque he de reconocer que el día anterior a la fatídica noche, tras discutir y romper con él llevada por los celos, me sentí algo presionada y me mostró una parte de su personalidad que desconocía.

El jueves, dos días antes de regresar a Madrid, lo llamé por teléfono nada más levantarme. Estaba muy inquieta y triste; la despedida, en ese verano de 2011, iba a ser la más difícil. Él ya estaba en el taller.

—Buenos días, Ani —me saludó al descolar.

Ni *cariño* ni *princesa* ni *mi niña* ni nada. La conversación empezaba mal. O tal vez yo estaba especialmente susceptible.

—Hola. ¿Te pillo mal?

—Un poco, estoy debajo de un camión que debe de pesar diez toneladas.

—Lo siento. Es que me desperté pensando en ti y...

—Tengo que dejarte. Hablamos luego. Por cierto, esta noche he quedado con unos amigos en La Morralla; han venido a pasar un par de días en el *camping* y no tenemos otra ocasión para vernos. Estaré un rato, después podemos quedar. No te importa, ¿verdad?

—No, tranquilo.

Y le colgué. Claro que me importaba, naturalmente que me molestó que a dos días de mi partida prefiriera quedar con unos amigos a estar conmigo. Ni siquiera me dio la opción de ir para presentármelos. Tuve la desagradable sensación de que yo estaba dando mucho más que él en nuestra relación; de que se lo estaba poniendo muy fácil.

Aunque su círculo más íntimo lo formaban los chicos que habían nacido en aquella playa, con quienes también compartía los inviernos, Raúl era un joven muy popular en Salomar, sobre todo por su físico y su destreza para los deportes acuáticos. No tenía un carácter especialmente abierto, pero sí poseía una amabilidad natural y era muy fiel y generoso con los amigos y conocidos. Durante la mañana reflexioné sobre mi reacción y comprendí que tal vez estaba dramatizando, sobre todo después de hablar con Sonia.

—Venga, Ani, no deberías cabrearte por eso. Son unos amigos que conoce desde hace años con los que ha participado en varias competiciones de *windsurf*. Seguro que a él tampoco le ha hecho gracia que hayan venido precisamente hoy.

—No sé, Sonia, no entiendo por qué no me ha invitado a ir con él.

—Igual lo ha hecho por ti, sabe lo tímida que eres. Anda, déjate de chorradas y vete a la playa, yo salgo ya.

Raúl no me llamó en todo el día y por la noche quedé con Sonia para dar una vuelta por el paseo. Cuando llegamos a la altura del bar La Morralla no pude evitar volver la vista hacia la terraza buscando a Raúl y a sus amigos.

Y lo vi besándose con una chica deslumbrante tan *rubia windsurf* como él.

No dije nada, ni siquiera a Sonia; me quedé paralizada durante unos segundos y seguí caminando. Mi amiga hablaba por su móvil y no se percató de la situación, aunque sí de mi estado

de ánimo.

—Joder, estás insoportable, Ani. Anda, ámate. El invierno pasará en un pispás, y más este año que vas a la universidad. Cuando quieras darte cuenta estás otra vez morreándote con Raúl en Calachica.

—Creo que es mejor que lo dejemos —le dije con el corazón encogido.

—¿Qué? Tú estás hoy muy idiota.

—Esto no va a funcionar, me parece que para Raúl solo he sido un rollo de verano. Voy a romper con él esta noche, eso si se digna a llamarme.

—¡Virgen Santa de la playa de Salomar! Menudo día me estás dando. Deja de decir tonterías. Anda, vamos a tomarnos algo en Las cañas a ver si te tranquilizas.

No me dio tiempo a entrar en Las cañas con Sonia. Justo antes apareció él y me propuso pasar un rato en Calachica y hablar a solas.

Nos sentamos a dos metros de las olas y antes de que Raúl dijera una sola palabra hablé yo.

—Hemos terminado, Raúl.

—¿Cómo? ¿Es cierto lo que estoy escuchando?

—No saldrá bien, es así de simple.

—No puedo creerme lo que estás diciendo. Has hablado con tus padres, ¿verdad? Como si lo viera, esto es cosa de ellos. Qué fácil se lo has puesto...

—No —lo interrumpí mirándolo por primera vez directamente y luchando por que la luz de sus ojos no me encandilara de nuevo—, mis padres ni siquiera conocen mi decisión.

—Ani, ¿te estás escuchando? No voy a renunciar a ti tan fácilmente, no puedo. Ven aquí —casi me ordenó mientras me atraía hacia su pecho.

Intenté zafarme, pero sus fornidos brazos me lo impedían. Parecía realmente sorprendido, inocente de todo, mas yo pensaba que estaba representando la mejor de las actuaciones.

—Déjame, por favor. Te he visto esta noche besando a esa chica...

—Oh, Ani... Entiendo. Era un juego inocente.

—Me voy.

—No puedes hacerme esto, déjame que te explique.

—¡Suéltame! —le ordené.

—No voy a soltarte así como así.

—Suéltame o me pondré a gritar.

Entonces relajó los brazos y pude escapar. Inmediatamente me levanté y salí de Calachica a paso ligero y llorando sin consuelo.

Más tarde, hablando con Sonia por teléfono hasta la madrugada, comprendí la situación; el mismo Raúl se lo acababa de explicar: aquellos chicos y él estaban jugando a la botella. Según le había contado, en un principio se negó a besarla, pero insistieron y pensó que tampoco era para tanto. «Una tontería que me ha costado el amor de mi vida —le dijo—. Pero esto no puede terminar así».

Cuando al día siguiente mi amiga me comentó lo de la sorpresa, la creí inocentemente, pensando que Raúl estaba intentando reconquistarme. Pero cuando la noche acabó comprendí que simplemente estaba preparando la peor de las venganzas en el mismo lugar donde lo había rechazado veinticuatro horas antes.

## CAPÍTULO 5

Pasé la mañana ayudando a mis padres con Daniel y estudiando durante un buen rato. Mi padre se mostró natural, como siempre, pero mi madre parecía esquiva y molesta por la rapidez con la que había recuperado algunas de mis costumbres. Se me erizaba el vello cuando pensaba en cómo reaccionaría si conociera la verdad.

Después de comer llamé a Sonia y quedamos en la playa; pero no en el lugar de siempre, estaba a unos metros de Las cañas y peligrosamente cerca de Calachica. Cogimos las bicicletas y recorrimos casi toda la bahía hasta llegar al lado opuesto de donde dormitaban todos nuestros recuerdos.

—¡Tú en bañador! ¿¡Dónde has dejado tus diminutos bikinis!?! —exclamó cuando me quité la camiseta.

—Me siento más cómoda.

—Perdona, pero ese bañador de vieja es de todo menos cómodo. Pero si estás más delgada que nunca, ¿qué problema tienes de repente?

—Bueno..., es que prefiero no dar motivos para que me miren.

—Pues vas a conseguir todo lo contrario, eso no se lo pondría ni mi abuela. ¿Nos damos un baño?

—Vamos.

Nadamos un buen rato y, ya tumbadas sobre nuestras toallas, empezamos a conversar.

—¿Los has visto? —le pregunté, temerosa de la respuesta.

—No, conseguí escaquearme del cumpleaños. No dejo de pensar en... No he pegado ojo en toda la noche.

—Lo siento.

—¿Eres tonta o qué? Yo sí que lo siento. No sé cómo no me di cuenta. He repasado cada momento de aquel día y algo no me cuadra.

—¿Qué quieres decir?

—Los escuché hablar, ¿te acuerdas? Llegué cuando la conversación estaba terminando, por eso solo sabía que Raúl te estaba preparando una sorpresa. No tiene sentido que Luis le estuviera diciendo algo así como que no se preocupara, que ellos se ocuparían de prepararlo todo en Calachica mientras él terminaba de trabajar. ¿De qué tenían que ocuparse mientras tanto?

—Pues estaba allí, Sonia, esperó su turno como los demás. Es posible que se estuvieran refiriendo a que ellos irían a por mí y que le avisarían si todo iba bien.

—Que no, coño, que no cuadra nada de lo que me dices. Conozco a Raúl. De Simón y esos mierdas me creo cualquier cosa, pero de Raúl... No me jodas, Ani, hablamos de Raúl... Además, mi tía me comentó que regresó temprano del trabajo y se encerró en su habitación.

—No le habrás contado...

—No, mujer.

—Sé que resulta increíble, pero tú lo has dicho: llegaste cuando ya habían terminado la conversación; es imposible que sepas lo que realmente hablaron.

—¿Cómo volviste a casa?

—Me encontró Manuela. Me echó de menos de madrugada y salió a buscarme antes de que mi madre se percatara de que aún no había regresado. De no haber sido por ella creo que ahora no estaríamos hablando. Me sacó del agua...

—Ahora que caigo, es cierto, esa noche terminé tardísimo de trabajar y me la encontré a la salida de Las cañas. Recuerdo que me preguntó por ti y le dije que seguramente estarías en Calachica con Raúl. ¿Ella lo sabe?

—No, conseguí engañarla.

—Joder, cómo no me di cuenta a la mañana siguiente de que tu aspecto no era cosa de una resaca. En parte me siento culpable por lo que has sufrido. Vivo a unos pasos de mis primos, hemos crecido juntos y yo te los presenté... No puedo creerme que nunca llegase a sospechar lo que tramaban. Tengo que hacer algo, tengo que conseguir que paguen por lo que te hicieron; pero no sé cómo hacerlo sin desvelar tu secreto. Hijos de puta... Esto no se va a quedar así.

—Sonia, por favor, no hagas que me arrepienta de habértelo contado.

—Tranquila.

—¿Podemos dejar el tema? Me vendría bien olvidarlo todo durante un rato. Cuéntame, ¿qué tal estás tú? ¿Qué hay de ese chico del supermercado que te gustaba?

—¿Dejar el tema? No puedo pensar en otra cosa.

—Por favor, hazlo por mí.

—Nos hemos hecho amigos.

—Vaya, lo siento.

—No lo sientas. Gracias a él he descubierto que en realidad no me atrae ningún chico o, al menos, no como a cualquier chica.

—¿Eres lesbiana?

—No lo sé. No intento evitar tu pregunta, de verdad que no lo sé. A veces pienso que simplemente no me interesa el sexo. No siento deseo sexual, pero sí soy capaz de enamorarme — me contestó tumbada bocabajo en su toalla, mirando al infinito, como reflexionando consigo misma mientras me hablaba.

—Pero si tú misma me has contado cómo te has liado con algunos chicos.

—Tres veces. Una en la fiesta de una compañera de colegio, creo que por encajar en el ambiente, y dos con un chico que me gustaba mucho; para hacerlo feliz, supongo. Las tres veces estaba bastante pedo. Nunca sentí nada, solo ganas de terminar y decepción.

—Tal vez te gustan las mujeres y no lo sabes.

Quería ayudarla a revelarme sus verdaderos sentimientos. Pensaba que, en realidad, estaba enmascarando su tendencia sexual y engañándose a sí misma o que no se atrevía a reconocerla ante mí. Reconozco que contemplé la idea de se sintiera atraída por mí y sentí miedo de perder su amistad.

—Sí, creo que las mujeres también me gustan, pero no las deseo. He leído en internet sobre la asexualidad y creo que soy una bisexual asexual. ¡Toma ya! Si yo creyera en Dios como tú me metería a monja de cabeza. Sería una monja cojonuda.

Respiré aliviada, mi amistad estaba a salvo.

—Si te sirve de consuelo, yo también soy asexual desde hace un año...

—Ha debido de ser un año jodido para ti. Me cuesta creer que tus padres no hayan sospechado nada.

—Han estado muy ocupados y preocupados. El embarazo y el parto de Daniel fueron bastante complicados... Ese pequeñín ha acaparado toda su atención.

—¿Y tú? ¿Cómo llevas lo de no ser la princesa de la casa?

—Yo ya no quiero ser princesa, solo quiero vivir en paz conmigo misma y dormir tranquila. Son contadas las noches en las que no me despierta la misma pesadilla.

Sonia no hizo ninguna pregunta. Sabía que, de haber querido, se la hubiese contado. Así que continuó con otro tema.

—¿Y qué tal en la universidad?

—Me matriculé, aunque apenas he aparecido por allí. Al principio entraba en las clases, pero después me quedaba en los alrededores o me metía en cualquier cafetería. Era completamente incapaz de centrarme y no tenía la más mínima motivación. He suspendido todas las asignaturas y mis padres se han empeñado en que apruebe en septiembre al menos tres. Ellos piensan que es debido al revuelo que ha supuesto el nuevo miembro de la familia justamente cuando empezaba una etapa tan importante en mis estudios. A veces pienso que tal vez debí de hablar con ellos... Pero ya es tarde, ahora sí que tendría a mi madre en contra; no quiero ni imaginar la que se montaría en casa. Tengo que superar todo esto sola. Bueno, ahora te tengo a ti.

—Haré todo lo que pueda para no fallarte nunca y vengarme de esos cabrones.

—Sonia...

—Tú no te preocupes por nada.

Era una de esas tardes en las que Salomar lucía en todo su esplendor. Tan cerca del mar, el levante nos refrescaba la piel. El agua estaba tan transparente que se veían los pececillos jugar. A no ser por las diminutas olas, la superficie hubiese parecido un limpio cristal con un ligero toque violeta. Había calma chicha, como aquel maldito día. Me sobrecogió pensar que tanta paz pudiera ser el presagio de una gran tormenta; como la de aquella maldita noche.

A pesar de haber comenzado el mes de agosto, no había demasiada gente a nuestro alrededor y el silencio y el calor nos indujeron al sopor.

Seguíamos las dos bocabajo, adormecidas, cuando decidí que era hora de darme otro baño. Levanté la mirada y, al otro lado de la carretera, lo vi. Mi corazón se detuvo durante unos instantes antes de comenzar a golpear con fuerza contra la arena. Enseguida se dio cuenta de que lo había sorprendido y se marchó por la calle que tenía tras de sí. Supe al instante que era Raúl, mediaban entre los dos unos cuarenta metros y pude ver su esbelta silueta con claridad, aunque parecía estar más delgado.

—Lo acabo de ver, Sonia, ha estado observándonos.

—¿Que has visto a quién? Joder, qué calor.

—A Raúl... Ha huido en cuanto se ha dado cuenta de que lo he sorprendido.

—Me parece que llevamos demasiado tiempo al sol y has sufrido una alucinación. ¿Cómo coño va a venir Raúl hasta aquí para observarte? No tiene sentido. Piénsalo: en primer lugar, todavía no ha salido del trabajo, no deben de ser más de las seis; en segundo, ¿cómo leches se iba a enterar de que estás aquí?; y, finalmente, ¿tú te crees que después de lo que te hizo ese tío de mierda va a arriesgarse a que lo veas? Joder, no puedo creer lo que estoy diciendo. Sigo pensando que él no es capaz de hacer algo así.

—Pues te digo que era él. Estoy completamente segura. Me tiembla todo el cuerpo. Sabía que no era buena idea salir de casa. Tengo miedo, Sonia.

Al momento vimos salir del callejón su viejo Ford Fiesta. Era inconfundible porque se notaba a la legua que estaba para el desguace y porque tenía una pegatina de una tabla de surf en la parte trasera.

—Pues sí, era él. ¡Será cabrón...! Qué tío, ha salido del trabajo y te ha buscado por toda la

playa. Hay que echarle huevos. A lo mejor solo quería verte. ¿Estás bien? —me preguntó acercando su cabeza a la mía.

—No, no estoy bien. Creo que voy a vomitar el corazón.

—Vamos a darnos un baño antes de que te dé un yuyu.

—No me siento capaz de ponerme en pie.

—Yo te ayudo, vamos, te vendrá bien. Llevamos demasiado rato al sol.

## CAPÍTULO 6

Durante dos días no salí de casa. Me aterraba la idea de encontrarme de nuevo con Raúl o con alguno de la pandilla. Ahora sabía que estaban al acecho, al menos él. Llegué a temer por mi vida. Pensé que tal vez querían intimidarme, como dejando claro lo que podría pasar si hablaba, y que me tenían vigilada. Para ellos debía de ser obvio que hasta ese momento había guardado el secreto y pretendían silenciarme. Al ver que Sonia y yo habíamos vuelto a vernos, y conociendo nuestra amistad, supondrían que lo ocurrido el 30 de agosto de 2011 ya era un secreto compartido al menos entre las dos. Llegué a pensar que mi amiga también corría peligro si no era capaz de mostrarse con naturalidad ante sus primos.

Antes de ir a trabajar a Las cañas, y aprovechando que era la hora en la que mis padres llevaban a pasear a Daniel, Sonia vino a casa para charlar un rato.

—Ten cuidado, Sonia, si se dan cuenta de que lo sabes por tu actitud ante ellos... Son capaces de todo, ni te lo imaginas. Sé que te echaré de menos, pero no sabes las ganas que tengo de regresar a Madrid. No me siento segura aquí.

—No digas tonterías. De acuerdo, son unos bestias, pero no se atreverán a más, estoy segura. De todas formas... —dijo una larga calada a su cigarrillo y me miró circunspecta—, deberías denunciarlos. Esto no puede quedar así.

—No puedo, por favor, no vuelvas a pedírmelo.

El móvil de Sonia comenzó a sonar.

—¿Qué pasa, tita? —preguntó directamente al ver el nombre de su tía en la pantalla.

La dejó explicarse durante treinta segundos y después la escuché exclamar con espanto.

—¿¡Qué!?! ¿Estás segura? No puede ser... Joder... Yo tengo que irme ahora a trabajar. Ya hablaremos luego, tita.

—¿Están bien tus padres? —le pregunté cuando colgó.

—Sí, sí. No te lo vas a creer: Manu ha aparecido muerto en su barca con una jeringuilla colgando del brazo. Lo encontraron unos veraneantes que paseaban en su yate.

No sabía qué decir, lo cierto es que me pareció una buena noticia; sorprendente, pero muy grata para mí.

—No sé de qué me extraño. Era de esperar, se metía de todo —continuó como si estuviera hablando sola—. Que le den. Oye, justicia divina, ¿no te parece?

—Si hubiese justicia divina, morirían uno tras otro bajo tortura.

—Joder, Ani, me das miedo. Pero, qué coño, tienes toda la razón.

—Es lo que siento.

—Me parece que no serás la única que se alegre de su muerte, creo que su madre podrá descansar al fin. No te imaginas lo que ha sufrido esa mujer... Ahora que lo pienso, ¿por qué todos mis amigos son tan sinvergüenzas? Es que no se salva ni uno. Me siento tan culpable por habértelos presentado... Creo que he sido una mala influencia para ti, no me extraña que tu madre me haya cogido manía. Si no te hubieses juntado con nosotros ahora serías una chica feliz. Tú perteneces a otro mundo.

—Deja de decir tonterías. Me parece que la noticia te ha afectado demasiado.

—Lo conocía desde pequeña, ¿sabes? Siempre estaba en casa de mi tía, idolatraba a mis primos. Nos dimos cuenta del problema que tenía el día en que mi tía lo pilló robándole en su dormitorio. Luego arrastró a sus vicios a todos los demás, menos a Raúl, o eso creo.

—Entiendo que en cierta forma te sientas triste, pero mientras tú hablas yo no puedo dejar de pensar en esa noche... Ni siquiera había tenido la decencia de darse una ducha.

—¿Dónde están esas niñas que hacían castillos de arena en la playa de Salomar?

En ese momento, Sonia me cogió la mano y me miró con los ojos anegados en lágrimas. Fui consciente de que, tras esos esfuerzos por reír conmigo y facilitarme la vida aquel mes de agosto, existía una muchacha que había dejado de soñar y de tener motivos para vivir, igual que yo.

—Supongo que se las llevaron las olas junto a sus castillos.

Estábamos en mi habitación. La ventana que estaba sobre el escritorio se hallaba abierta de par en par. Una brisa fresca y húmeda movía las hojas de mis apuntes y paliaba el calor del verano. Escuché un ruido en el jardín.

—¿Has oído eso?

—¿El qué? —preguntó mientras se enjugaba las lágrimas.

—Hay alguien ahí fuera.

—Creo que estás obsesionada, tu casa es una fortaleza.

—Hay alguien, estoy segura. Escucha...

Las dos pudimos oír unos pasos y luego vimos cómo los pinos que crecían apoyados en la valla del jardín se movían de una forma inusual.

—Es él, sigue acechándome.

—Eso no tiene sentido. Ha podido ser cualquier animal, un gato...

—A los gatos no se les escucha correr por el jardín. Ha sido él.

—Piénsalo, ¿qué motivo puede tener Raúl para vigilarte?

—No lo sé, pero es él. Por un momento, incluso he percibido su olor. Creo que ha estado detrás de la ventana. Nunca debí volver.

De pronto, escuché ruido en la cocina y salí para averiguar de dónde provenía. Era mi madre que se había olvidado del biberón de agua de Daniel.

—¿Qué hace Sonia en casa? —me preguntó sin disimular su desagrado.

—Me viene bien hablar con alguien de mi edad.

—En la universidad hay mucha gente de tu edad y nunca sales con ellos. No me gusta esa chica y menos sabiendo la relación que tiene con Raúl. Deberías estar estudiando. No quiero verla más por aquí...

—¿A qué tienes miedo, mamá? —la interrumpí levantando la voz—. No te preocupes, nuestro secreto está a salvo. Deja de meterte en mi vida.

—¿Que deje de meterme en tu vida? Te recuerdo que has sido tú la que le has dado la vuelta a la nuestra desde que decidiste acostarte con un mindundi.

Nunca me había hablado en esos términos. Me dolió y me enfureció que me impidiera tener contacto con mi amiga.

—No voy a dejar de ver a Sonia.

—Pues no será en esta casa. ¿Me has oído? Espero no encontrármela cuando regresemos.

Y se marchó dando un sonoro portazo.

Volví a mi cuarto con la ira en el rostro.

—¿Qué ha pasado? Te he oído discutir con tu madre. Seguro que ha sido por mi culpa. Yo creo que piensa que soy lesbiana y te estoy liando.

—No digas tonterías.

Sonia decidió dar un giro a la conversación.

—Hemos estado tan preocupadas y tristes que no te he dado una buena noticia. Ya tengo carné de conducir, me lo dieron ayer. Era una sorpresa. Aunque no tengo coche, me lo he sacado para poder llevar la fruta de mi padre al mercado. Él ya no puede conducir la vieja furgoneta, está perdiendo la vista.

—No puede ser, al final te lo has sacado antes que yo.

Mientras hablaba manipulaba su móvil.

—¿Qué te parece si vamos a por la furgoneta y escapamos de esta playa durante unas horas? Acabo de mandarle un mensaje a Marta y me ha dicho que me sustituirá esta noche en Las cañas.

—No hace falta, el coche de mi padre está en el garaje.

—No creo que tu padre me deje conducir su coche. Y no te cuento lo que diría tu madre...

—Que le den a mi madre y a todo. No vamos a pedirle permiso a nadie. Estoy cansada de ser una buena chica, de mi madre, de esta playa, de mi mierda de vida. Hoy necesito ser incorrecta y hacer una locura. ¿Qué me dices?

—Sabes que tus padres me van a prohibir entrar en tu casa después de esto, lo sabes, ¿verdad?

—Mi madre acaba de hacerlo. A veces siento que no puedo más y hoy es uno de esos días.

—¿Qué? Era de esperar, aunque no entiendo los motivos.

—Olvídala. Vámonos, olvidémonos de todo. De Raúl, de Manu, de toda la pandilla, de lo que me hicieron y de mi madre. Necesito un respiro. Con suerte, ni siquiera se darán cuenta. Casi siempre van caminando a todas partes, menos cuando hay que hacer mucha compra, y la hicieron esta mañana.

—No puedo, es demasiado arriesgado incluso para mí.

—Sonia, por favor.

—¿Y cómo vamos a dejarlo en su lugar sin que se den cuenta?

—Mientras duermen. Duermen como troncos, Daniel los deja agotados.

—De acuerdo. ¡Hagamos una locura por una vez! Joder, no sé si me gusta esta nueva Ani.

—Pues yo me estoy dando mucho miedo y me gusta. A tomar viento tanta obediencia y compostura. Vámonos antes de que regresen, no tardarán mucho.

—¿No vas a cambiarte? —me preguntó extrañada; estaba acostumbrada a esperarme mientras me arreglaba hasta perder la paciencia. Ella conocía a una Ani mucho más coqueta.

—¿Les pasa algo a mis vaqueros y a mi camiseta?

—A ti todo te queda perfecto.

\*\*\*\*

Dejé de lado todo por unas horas. Enloquecí. Solo quería olvidarme de mí misma y de mis circunstancias durante un tiempo.

Sí, Sonia sabía conducir; era una conductora diestra y prudente, pero en aquel momento mi cuerpo demandaba situaciones excitantes. Tenía una extraña sensación en el estómago que me incitaba a buscar el peligro sin importarme nada, ni siquiera mi vida. Hacía tanto tiempo que vivía sumida en aquella tortura... Fue una vía de escape, una locura para no perder la cordura.

Al subir al coche mi móvil se conectó y busqué mi música. En el equipo de sonido del Audi A6, Amy Winehouse comenzó a cantar *Valerie* y subí el volumen. Me sabía esa canción, me encantaba, y comencé a cantarla con ella, sin pudor, como si me hallara ante miles de fans.

—Joé, qué bien cantas. Qué envidia. Si no consigues terminar la carrera, coge un micrófono. Te harás rica.

—Han sido muchas horas de karaoke con mi padre, no es más que el resultado de mucha práctica.

—También hay que saber inglés para cantar *Valerie*. Siempre quise aprender inglés para poder entenderme con los guiris que vienen a la costa en verano. Soy una buena camarera, pero si supiera inglés tendría un trabajo mucho mejor pagado —me contaba sin apartar la mirada de la carretera.

—Estás a tiempo, ¿qué te lo impide?

—Tal vez lo intente este invierno. Ya tengo carné, podré ir a la academia Rocasmar. He oído mil veces esa canción, me encanta. ¿Qué dice?

—Es una historia de amor muy triste; aunque no tan triste como la mía. No creo que haya una historia de amor más triste que la mía.

—¿Adónde vamos? —me preguntó temiendo que se esfumara mi inesperado entusiasmo.

—¡A Marbella!

—¿Estás loca?

—Un poco sí, pero no hay que estar tan loca para ir a Marbella. Estamos a hora y media, antes de las once habremos llegado. Vamos a disfrutar de esta noche. Ayer escuché a mi padre decirle a mi madre que hay un bar de copas de moda donde hay música en vivo y van los famosos. Le he cogido la tarjeta del local, voy a buscar la dirección en el navegador. Somos mayores de edad, ¿qué nos lo impide? ¿Llevas el DNI?

—Sí.

—Yo también.

—Pero solo llevo cinco euros.

—No te preocupes, yo llevo de sobra; también les he cogido doscientos euros a mis padres, cien a cada uno. Seguro que ni se enteran. Esta noche pago yo y no acepto un no. *Valerieeee... Valerieeee... Valerieeee... Did you have to go to jail, Put your house up for sale, did you get a good lawyer? I hope you didn't catch a tan...*

En ese momento sonó mi teléfono móvil. Bajé el volumen de la música y descolgué.

—¿Dime, papá?

Sonia se puso muy tensa y redujo aún más la velocidad.

—Es que han venido unos amigos de la universidad que están de vacaciones por la Costa del Sol y hemos salido a dar una vuelta. No volveré tarde, pero no me esperéis despiertos. Dormid tranquilos. ¿Qué tal está Daniel?

—Estupendo.

—Hasta mañana, papá —me despedí en tono amable y sereno.

—¿Y ya está? —me preguntó Sonia con evidente preocupación.

—Parecía encantado de que saliera con los amigos de la universidad.

—Vamos a dar la vuelta, Ani, tengo un mal presentimiento. Si tu padre nos viera en su Audi camino de Marbella... Joder, ¿qué te pasa esta noche?

—Ya te lo he dicho: que no puedo más, Sonia. Sencillamente, no puedo más. Necesito una vía de escape o me volveré loca. Acelera o no llegaremos ni para el *after hours*.

—No sé si seré buena compañía, no puedo dejar de pensar en Manu... Tengo el móvil saturado de llamadas perdidas —comentaba mientras miraba la pantalla de su teléfono, que lo había dejado a la vista bajo el salpicadero.

—En estos momentos no podría tener mejor compañía. Venga, ayúdame a olvidar, aunque sea por unas horas.

—Tienes razón.

\*\*\*\*

El local estaba abarrotado. Por primera vez, mi aspecto generó más desconfianza en el portero que mi edad. Cuando entramos comprendí la razón: todas las chicas que había en el interior eran despampanantes y bellísimas. Una banda tocaba en el centro del recinto las mejores canciones del pop inglés. El sonido era impresionante. También por primera vez me pedí un güisqui en un bar de copas; esa noche necesitaba algo fuerte. Sonia se negaba a beber, pero casi la obligué a que se tomara al menos una copa y disfrutara del ambiente.

—¡Veinticinco euros cada güisqui! *Josdeputa...* ¿Cuántos años tiene? Debe de ser de la Edad Media. Flipo. En realidad, me alegro; a ver si se te acaban pronto los doscientos euros y nos vamos a casa —voceaba Sonia.

—Deja ya de quejarte. ¿Bailamos?

—Como salgas a la pista vas a ser el centro de todas las miradas. Lo digo por las pintas que has traído.

—Ja, ja, ja... Venga, vamos —resolví tirándole de la mano.

No estaba acostumbrada a beber y el alcohol me hizo efecto rápidamente. Una segunda copa fue definitiva. Sonia y yo bailamos como nunca durante tres horas. Cada vez que se nos aproximaba un chico le decíamos al oído que éramos lesbianas y nos divertíamos observando su reacción.

A las dos de la madrugada, Sonia se negó a seguir bebiendo y me amenazó con marcharse sola. Cuando salimos del local volví a verlo.

—O yo estoy demasiado pedo o ese que va calle abajo es Raúl. Dime que estoy demasiado pedo.

—En ese caso, yo también lo estoy. Sí, creo que es él. Qué coño, estoy segura, es Raúl.

—Me vigila, Sonia, me sigue a todas partes. Estoy cada vez más asustada. ¿Qué quiere ahora de mí? ¿Por qué no me deja en paz? Nos va a seguir hasta Salomar.

—Creo que él está más asustado que tú. Ya has visto cómo huye. Es un cobarde. Si esto sigue así, no vas a tener más remedio que denunciarlo, aunque sea solo por acoso. Venga, vámonos a casa, amiga.

—Sí, se terminó la fiesta.

Caminamos en silencio unos metros y recogimos el coche del aparcamiento. Ambas teníamos miedo y mirábamos todo el tiempo a nuestro alrededor por si nos seguía. En el interior del estacionamiento de vehículos nos sentimos como las protagonistas de una película de suspense, estábamos aterradas envueltas en la soledad y el silencio de una hora tan intempestiva.

Sin música, sin entusiasmo y con el pánico aún en las entrañas comenzamos el camino de regreso. Yo me había tomado tres copas y Sonia dos. Me sorprendió la prudencia con la que conducía mi amiga, habida cuenta de las circunstancias. Transcurridos unos minutos me percaté de que miraba con demasiada frecuencia el espejo retrovisor. Bajé el parasol para mirar atrás por su espejo. A pesar de la hora había un tráfico moderado. Casi todos los coches que circulaban terminaban adelantándonos, menos uno, que se mantenía detrás de nosotras a la distancia recomendada. Pero en plena noche y deslumbrada por sus focos resultaba imposible reconocer la

marca del vehículo ni leer la matrícula. Sonia se apercibió de mis sospechas.

—Nos está siguiendo, ¿verdad? —le pregunté con el corazón palpitante como la última vez que sentí a Raúl cerca de mi cuerpo.

—No lo sé, puede que sea otra pardilla como yo que acaba de sacarse el carné y...

—Por favor, Sonia. Es Raúl.

—Puede ser, no logro ver la matrícula, no está lo bastante cerca.

Entonces volví el rostro hacia atrás.

—Frena un poco —le ordené para obligar al vehículo a acortar la distancia y poder leer la matrícula.

—Es un Ford blanco y termina en cuarenta y ocho. ¡Es él, Sonia! ¿Qué quiere? ¿¡Dios mío, qué quiere!?

—Acojonarte, solo eso. Quiere que sepas que te sigue de cerca por si tienes intención de denunciarlo. No se me ocurre otro motivo. Lo estoy viviendo y sigo sin creérmelo. ¿Qué cojones le ha pasado al Raúl que conozco?

—O torturarme. O... está buscando una oportunidad para quitarme la vida. Sería la forma idónea de asegurarse mi silencio.

—Te digo yo que ninguno de ellos tiene huevos para hacer algo así, y menos Raúl. No ha matado una mosca en su vida. Pero si dejó de pescar porque después no podía comerse los peces... No, él no es así.

—Acelera.

—¿Qué?

—Acelera de una vez.

—¿Pero qué coño te pasa? En agosto la carretera de la costa está plagada de guardias civiles. ¿Quieres que terminemos soplando y que nos arresten? Ni siquiera llevamos la ele.

—Pisa el acelerador y perdámoslo de vista.

—Estoy pensando en mi madre. Si pierde a la hija que le queda en la misma carretera que mi hermano acabaré con su vida de puro sufrimiento.

—Pisa el acelerador o lo piso yo —insistí mientras aproximaba mi pie izquierdo a los suyos.

—Recuérdame que no vuelva a salir de copas contigo. Qué mal te sienta beber.

Al fin obedeció.

—Más.

—A tomar por culo. Vamos allá.

El Audi se puso a ciento cuarenta kilómetros en unos segundos y yo miré de nuevo hacia atrás para observar la reacción del Ford Fiesta, que fue inmediata.

—¡Qué cabrón! —exclamó Sonia, que por el retrovisor también vio cómo Raúl aumentó la velocidad.

—Pisa más fuerte y coge el primer desvío que encuentres, tenemos que despistarlo.

—Vale. Nos vamos a matar, pero de algo hay que morir.

—Nos pisa los talones. ¿¡Qué quieres de mí!?

 —grité, como si pudiera oírme, sin dejar de mirar hacia atrás.

Inmediatamente después, el Audi A6 se empotró contra uno de los árboles que iniciaban el desvío hacia Cabo Pino. Fueron unos segundos de aturdimiento, pero las dos estábamos bien gracias a los airbags y a que llevábamos un coche bastante seguro.

—¿Estás bien? —le pregunté a Sonia, que miraba con horror el árbol alumbrado por los faros.

—Creo que sí. Qué locas estamos.

—Bueno, parece que lo hemos despistado.

—Sal del coche por mi puerta. ¡Vamos, sígueme!

No pregunté. Obedecí sin pensar y la seguí.

En pocos segundos nos hallábamos ocultas entre los árboles. Sonia había visto cómo Raúl deceleraba para estacionar a nuestro lado.

—¿Qué pasa? —le pregunté sin apenas controlar los nervios.

—Shhh... Calla y mira. Cuando yo te diga, sígueme hasta el coche de Raúl.

—Vale.

Confíe en Sonia, había maquinado un plan con una rapidez pasmosa en una situación límite.

Lo vimos salir de su coche y aproximarse al nuestro; incluso se metió dentro. En ese momento, Sonia tiró de mí y en unos segundos estábamos en el Ford Fiesta e incorporándonos a la autovía.

—Vamos a matar dos pájaros de un tiro. Con un poco de suerte, ese hijo de puta tendrá su merecido.

—No entiendo nada.

—Piénsalo, es fácil.

—No puedo pensar, estoy temblando. No sé cómo puedes conducir con tanta calma después de lo que ha pasado.

—Yo tampoco. Alucino conmigo misma —decía con entusiasmo, realmente orgullosa de su plan. Su espíritu pícaro había asomado en la adversidad—. Tú y yo vamos a dejar este viejo Ford a cierta distancia de tu casa y nos vamos a la camita, y ese imbécil va a tener que explicar cómo ha empotrado el coche de tu padre contra un árbol. Mira, parece que la guardia civil ya se dirige a hacer su trabajo—apuntó al cruzarse con un coche de la autoridad con la sirena encendida—. Dos pájaros de un tiro, sí, señor: a él seguramente lo encerrarán durante un tiempo y tú y yo amaneceremos mañana como unas niñas buenas.

—¿Y si cuenta la verdad?

—Dudo mucho que se atreva, tendría que explicar por qué nos seguía y arriesgarse a que finalmente se sepa lo ocurrido el verano pasado. Yo creo que preferirá pasar por ladrón de coches antes que por violador. Que se joda el muy cabrón.

—No te entiendo. Tú misma has dicho que no crees que estuviera esa noche en Calachica.

—Pues si tengo razón, denunciará. No tiene motivos para callar. Así saldremos de dudas las dos.

—Yo no tengo dudas.

## CAPÍTULO 7

Seguimos el plan de mi amiga. A las cuatro de la madrugada estábamos cada una en su dormitorio como si nada hubiese sucedido. Por supuesto, ninguna consiguió dormir esa noche. En mi caso hubo un motivo más allá de las fuertes emociones vividas. Nada más meterme en la cama sonó el móvil de mi padre. Supuse que la guardia civil le estaba informando de que su coche había aparecido en Cabo Pino.

Al poco, mi madre entró en mi habitación para comunicarme lo que había pasado.

—Ani, despierta. Papá y yo tenemos que salir y tienes que ocuparte de Daniel. Mejor te vas a nuestra habitación y así duermes a su lado.

—¿Que vais a salir? ¿Qué hora es? —pregunté intentando parecer sorprendida y somnolienta.

—Las cuatro y media. Por lo visto, han encontrado el coche de papá cerca de Marbella. Venga, vete a nuestra habitación; Daniel duerme, pero pedirá su biberón en una hora.

—¿Han robado el coche de papá?

—Eso parece.

—Id tranquilos, ya me ocupo de Daniel —le dije levantándome de la cama.

\*\*\*\*

Todo transcurrió como Sonia y yo esperábamos, con la salvedad de que Raúl contó la verdad, pero ocultó nuestros nombres. Declaró que conducía por esa carretera cuando vio cómo el Audi chocaba contra un árbol; que cuando se detuvo y se acercó al vehículo accidentado no había nadie dentro y que, al volver para buscar su coche, este había desaparecido. El problema es que aquella mañana había estado merodeando alrededor de nuestra casa y los jardineros que trabajaban por la zona declararon asegurando haberlo visto saltar la valla. De hecho, avisaron de inmediato a mis padres, aunque estos no me dijeron nada para no inquietarme. A Raúl le iba a resultar complicado salir de aquel lío, pero de momento estaba libre.

Mis padres llegaron casi a la hora del almuerzo. Ya en la mesa, me sentí en la obligación de preguntar por el incidente, mostrando una ignorancia impostada.

—¿Se sabe ya quién robó el coche?

—Raúl. Parece ser que ese chico no se cansa de causarnos problemas —me contestó mi padre.

—¿Qué? —pregunté como si realmente estuviese estupefacta.

—El mismo. Él lo niega, pero las pruebas no dejan lugar a dudas —aclaró mi madre.

—Qué extraño... —dije pensativa y sorprendida por mi gran actuación—. Espero que lo encierren durante una buena temporada. No tengo mucha hambre, voy a darme un baño y después me pondré a estudiar. En cuanto me refresque os ayudo a recoger la cocina.

En cualquier otra ocasión mi madre hubiese insistido en que comiera algo más, apenas había tocado mi plato de espagueti a la carbonara, pero comprendió que el solo hecho de escuchar el nombre de Raúl me afectaba demasiado.

—¿Qué tal ayer con tus compañeros de la universidad? —me preguntó mi padre.

—Muy bien, estuvimos hasta tarde charlando. Son unos chicos estupendos.

—Me alegro.

\*\*\*\*

Ya en la zona de la piscina, lejos de las miradas de mis padres, llamé a Sonia para informarla de lo ocurrido durante la mañana.

—Hola, Sonia. ¿Dónde estás?

—En casa. Mi madre está con mi tía en la cocina, le está contando lo que pasó anoche. Le está diciendo que la guardia civil se llevó a Raúl arrestado por el robo de un coche, pero que lo soltaron; que él no fue, que su niño es incapaz de hacer algo así. Qué sabrá ella de lo que es capaz *su niño*... Estoy acojonada, creo que se ha atrevido a decir que nosotras íbamos en el coche.

—Tranquila, se lo ha montado muy bien para no tener que declarar que nos perseguía. Ha dicho que cuando se acercó al coche para ver qué había ocurrido estaba vacío y que luego no encontró su Ford. El problema es que los jardineros lo vieron esa mañana merodear por mi casa. Así que tiene muy complicado que lo crean.

—Ya... Oye, hace un momento estuvo en mi casa.

—¿Raúl?

—Sí, mi tía estaba aquí y vino a pedirle las llaves. No sabes cómo me miró cuando le abrí la puerta; me ha clavado los ojos como si fueran cuchillos, me temblaban hasta las uñas. Tengo un mal presentimiento, esto no va a terminar bien. ¿Qué estamos haciendo, Ani? Tienes que denunciar lo que te hicieron y acabar con esto.

—No puedo. No vuelvas a pedírmelo. Tengo que dejarte. ¿Vas a venir luego, cuando mis padres salgan a darle el paseo a Daniel?

—No lo sé, cada vez me cuesta más ir a tu casa. No quiero encontrarme con tus padres, especialmente con tu madre. Me parece que estoy en su lista negra. La verdad es que desconozco los motivos, aparte de que soy prima hermana de dos de los bestias que te... y que les he destrozado su flamante coche, pero ellos todavía no lo saben. ¿Qué tienen en mi contra? Siempre han sido muy amables conmigo.

—Estás obsesionada, no tienen nada en tu contra aparte de que me robas tiempo para los estudios. Estudiaré toda la tarde y después vienes antes de ir a trabajar. ¿De acuerdo? Estaré sola.

—Vale, pero me pasaré mañana por la mañana, esta tarde toca plancha.

\*\*\*\*

Me di un baño rápido y extendí mi toalla sobre el césped para secarme al sol. Con los ojos cerrados, pensando en lo ocurrido la noche anterior y con una fuerte resaca, sentí que alguien se sentaba a mi lado. Era mi padre.

—¿Estás bien? ¿Qué tal tu regreso a Salomar?

Me incorporé y me apoyé sobre los codos para mirarlo a los ojos.

—No, no estoy bien, pero lo voy soportando. Ya queda una semana menos para volver a Madrid.

—¿Qué tal con Sonia?

—Hemos recuperado nuestra amistad, es lo único bueno que me queda aquí.

—Me alegro. Espero que seas lo bastante prudente y sepas lo que haces.

—Lo sé, no tenéis que recordármelo todo el tiempo. Deberías hacerle caso a mamá y vender este chalé; hay mucha costa donde comprar otro.

—¿Has vuelto a ver a ese chico?

—No —le respondí con rotundidad, deseando que la conversación terminara ahí.

—De acuerdo. Entonces... —se dio un tiempo para formular la pregunta, intuía que le estaba mintiendo—, ¿hay alguna razón para que ese chico sospeche que Daniel es su hijo?

—Si vosotros no lo habéis dicho, ninguna. Ni siquiera se lo he confiado a Sonia. ¿Cuántas veces tengo que deciros que yo soy la primera interesada en que no se entere? ¡Lo odio! No te imaginas cuánto.

—Es un odio extraño —apuntó mi padre esperando que le diera una explicación a tan visceral respuesta.

—No resultó ser el hombre que esperaba, me decepcionó —le aclaré intentando recuperar el control—. Ya sabes que nuestra relación estaba más que terminada cuando supe que estaba embarazada. No sé por qué te has empeñado en regresar.

—Porque quería que tuvieras la oportunidad de asegurarte de lo que realmente deseabas.

—Pues no lo entiendo. No dejáis de advertirme que no diga que Daniel es mi hijo.

—Si estos días te han servido para decidir que no quieres volver a ver a Raúl, lo mejor es que no sepa que tiene un hijo y que te llesves el secreto a Madrid. Aunque por mucho que mamá y yo te digamos, la decisión de mantener a Daniel al margen de su padre es solo tuya. Quise que volvieras a esta playa porque me preocupaba que te hubieses apartado de él solo por agradarnos. Pensé que debías enfrentarte a todo esto y reflexionar sobre una decisión tan importante. No voy a negarte que a tu madre y a mí nunca nos gustó que anduvieras con esa pandilla del pueblo, y menos que mantuvieras una relación con uno de los Puertas, habida cuenta de la mala fama que tiene su familia en Salomar. Solo pensar que terminarás compartiendo la vida con él nos aterraba, especialmente a tu madre; ya lo sabes. Después de lo sucedido anoche, creo que ha llegado la hora de vender esta casa. Ese Raúl es mala gente y Daniel se merece una vida mejor.

—Siento mucho haberos hecho pasar por todo esto. Debí haceros caso. Estoy tan arrepentida...

—Nunca te arrepientas de haberte enamorado, eso te hace más humana. De todas formas, no podemos elegir de quién nos enamoramos. Tú has tenido suerte, te desencantaste a tiempo y, aunque no fuese su intención, te dejó el mejor regalo. Tienes toda la vida por delante para volver a enamorarte cien veces más.

—Puede que tengas razón, pero ahora me parece imposible.

—Estudia, Ani; tu hijo tiene derecho a que le ofrezcas lo mejor de ti. Y deberías pasar más tiempo con él antes de que sea consciente de que lo evitas.

—Te prometo que me esforzaré. No sé qué me ocurre, no consigo acercarme a Daniel; no me veo como su madre. A veces pienso si no hubiese sido mejor...

—No lo digas, ni siquiera lo pienses. Tomaste una decisión en su momento y ahora él está en el mundo. Ya no hay opciones, solo una: quererlo como se merece.

En ese momento mi padre me cogió la mano y me habló con mucha ternura y comprensión.

—Hoy ser madre soltera es muy normal, muchas mujeres incluso eligen criar solas a sus hijos. Además, tú nos tienes a nosotros para lo que necesites. No veas a Daniel como un mal recuerdo del pasado o como un obstáculo en tu vida, porque no lo es; lo que te impide avanzar está en tu mente.

—Puede que necesite algo más de tiempo.

—Claro que sí, el que te haga falta. ¿No vas a decirme lo que te hizo para que, de la noche a la mañana, te convirtieras en la princesa más triste del mundo? Nunca has tenido tendencia a la depresión; al contrario, siempre has sido capaz de encontrarle el lado positivo a las situaciones

difíciles.

—En eso nos parecemos.

—Tuvo que ser algo importante. Me gustaría ayudarte.

Por un momento, pensé en la reacción de mi padre si le contara los motivos de mi ruptura con Raúl. Su princesa, la razón por la que había aprendido a querer a mi madre, por la que trabajaba, luchaba, respiraba... Su princesa violada por cinco malas bestias... Se moriría de cólera o de pena, o de ambas cosas.

—No creo que sea bueno que un padre lo sepa todo sobre su hija. Déjame que me guarde algo para mí.

—Tienes razón. A veces se me olvida que ya eres toda una mujer y necesitas tu espacio. Voy a tener que darme un baño, no sé cómo puedes pasar tanto tiempo al sol. ¿Te animas?

Me levanté y, casi simultáneamente, los dos nos tiramos de cabeza a la piscina. Nadamos y jugueteamos durante un buen rato, simulando que todo era como antaño. Casi llegamos a creérnoslo.

Cuando entramos en casa, todavía mojados y dejando huellas húmedas por el piso, mi madre estaba terminando de recoger la cocina y Manuela planchaba una montaña de ropa en la habitación contigua.

—Déjalo, mamá, ya termino yo —le dije con cariño; la encontré especialmente cansada.

—Prefiero que atiendas a Daniel, esta tarde no termina de coger el sueño.

Ella no cejaba en su empeño de que creara vínculos con mi hijo.

Obedecí y me acerqué al carrito para moverlo un poco, con la esperanza de que fuera suficiente.

—Tendrás que cogerlo y mecerlo, está muy inquieto.

—Ya sabes que le cuesta dormirse en mis brazos.

—Inténtalo, venga.

Mi madre lo cogió y me lo dio.

—Estarás más cómoda en la mecedora.

Le hice caso y me senté con Daniel en los brazos, pero evitando clavar mis pupilas en las suyas. Me recordaba tanto a Raúl que no podía mirarlo sin que se me acelerase el corazón.

De algún modo, ella sabía lo que pasaba por mi mente.

—Pagaré por lo que ha hecho, me encargaré personalmente de que cumpla la máxima pena por su fechoría. No te imaginas cómo ha quedado el coche. El seguro nos dará esta tarde uno de sustitución.

Un fuerte escalofrío me heló la sangre. Pensé en lo equivocada que estaba. No, nunca pagaría lo suficiente su verdadero crimen.

## CAPÍTULO 8

A la mañana siguiente me quedé sola sobre las once y envié un mensaje a Sonia pidiéndole que se pasara por casa. No recibí respuesta, pero a los quince minutos sonó el portero y era ella. Le abrí y salí al jardín para recibirla.

—¿Se puede saber qué haces montando en bici y en chanclas? ¿Qué pasa con tus deportivas?

—Ni idea, no las encuentro. Es un misterio.

—¡Dios mío! ¿Qué te ha pasado en los dedos del pie? —le pregunté sorprendida al ver que tenía dos dedos del pie derecho desgarrados. Tenía unas heridas muy feas.

—Anoche me pillé el pie con el pedal yendo a Las cañas.

—¿Estás tonta o qué? ¿Es que no tienes otro calzado? Qué bruta eres.

—Bah, no es para tanto —comentó mientras dejaba su bicicleta apoyada en la rocalla—. ¿Qué tal todo por aquí?

—Igual. Creo que nadie sospecha que fuimos nosotras las que estrellamos el coche.

—Te dije que Raúl no diría nada. ¿Nos damos un baño rápido? Tengo que ir a hacer la compra. Vengo muerta.

Nos metimos en la piscina durante diez minutos y nos dimos otros cinco para secarnos al sol.

—Joder, es increíble todo lo que ha pasado —dijo Sonia de repente, poniéndose en pie y buscando su ropa para vestirse—. En fin, me voy o mi madre me echará la bronca.

—Vale. Cuídate esas heridas, no tienen buen aspecto.

Me pareció que esa mañana estaba algo cansada, harta de tanta desgracia y tristeza.

\*\*\*\*

Tras el accidente del coche transcurrieron un par de días en una calma tensa. En el garaje había de nuevo un Audi A6, pero gris en lugar de azul marino. Mis padres apenas paraban en casa. Entre la puesta en venta del chalé y el asunto del robo del coche estaban todo el día atareados. Aprovechando el buen tiempo, casi siempre se llevaban a Daniel, sobre todo porque mi madre todavía no confiaba en mí para dejarlo a mi cargo. No podría explicar bien los motivos, pero no me sentía madre ni deseaba serlo, así que, de alguna manera, mostraba cierto descuido intencionado cuando estaba con él.

Ya había echado de menos la menstruación antes de que Simón, Manu, Víctor, Luis y Raúl me violaran; aunque no creía estar embarazada. Cierta, llevaba mes y medio teniendo relaciones íntimas con Raúl y no siempre habíamos tomado las debidas precauciones, pero la posibilidad de estar encinta tan pronto me parecía muy remota. Además, no era la primera vez que tenía un retraso. Justo después de esa noche, la fatídica noche, comencé a sangrar y di por hecho que el retraso había terminado. Pero lo cierto es que volví a retrasarme y tres meses después, cuando ya estaba de diecinueve semanas, mi embarazo era innegable. Aunque yo ya lo sospechaba desde primeros de octubre, me negaba a creerlo y abrigaba la esperanza de que todo lo que me estaba sucediendo, incluidas las náuseas y los mareos, fuese fruto del estrés postraumático.

No se me notó hasta los cuatro meses porque, lejos de coger peso, perdí varios kilos durante ese tiempo. Pero, una vez transcurridos los primeros meses de embarazo, los cambios en mi

cuerpo fueron evidentes y una tarde mi madre decidió hablar conmigo.

Yo estaba en mi habitación simulando que estudiaba, porque lo cierto es que navegaba por internet visitando páginas sobre el embarazo, cuando escuché unos golpes en la puerta.

—Pasa, mamá.

Sabía que era ella, estábamos las dos solas en casa. Yo estaba sentada frente a mi escritorio y esa tarde mi vientre parecía especialmente abultado. Rápidamente me eché una manta encima para taparlo.

—¿Tienes un momento?

—Sí, claro. Dime.

Ella dio unos pasos y se sentó en la descalzadora frente a mí.

—¿No tienes nada que contarme?

—¿A qué te refieres? —pregunté por lo obvio.

—Estás embarazada, ¿verdad?

—No lo sé.

—Oh, Ani, ¿cómo has esperado tanto tiempo para contárnoslo?

—No lo sé. Lo siento, mamá, lo siento mucho. Es que... yo... no quería preocuparos...

Entonces rompí a llorar y mi madre se acercó para abrazarme.

—Dios mío, Ani, no quiero ni imaginar lo sola que te habrás sentido. Venga, tranquila, no pasa nada, estamos contigo. Tenemos que ir al médico cuanto antes.

—Lo sé.

—¿Sabes de cuántas semanas estás?

—No, no estoy segura.

—Bueno, eso lo dirá una ecografía. Escúchame —me ordenó cogiéndome la cara con las dos manos para obligarme a mirarla—, no te aflijas, estaré a tu lado pase lo que pase. ¿De acuerdo? Se acabó el sufrir todo esto en soledad. ¿Puedo hacerte una pregunta muy personal?

Supe que me iba a preguntar quién era el padre, aunque estaba casi segura de que se trataba de Raúl.

—No sé quién es el padre; bueno, no estoy segura —le respondí con toda sinceridad, aunque tenía claro que nunca le contaría los motivos de mis dudas—. De todas formas, eso ya no importa. No quiero saberlo. No tengo pareja ni quiero tenerla nunca en mi vida —afirmé entre sollozos que ahogaban mi voz.

—De acuerdo, ese bebé es tuyo y solo tuyo. Me parece bien.

—Pero es que... ¿voy a tenerlo?

—Yo espero que sí.

—¿Qué dirá papá cuando sepa que su princesa está embarazada? Lo voy a decepcionar...

—Shhh... Venga —decía acariciándome el pelo—, papá solo quiere que seas feliz y hará lo posible para que siempre sea así, pase lo que pase.

Resultó que estaba de diecinueve semanas y media cuando visité al ginecólogo, justo en la mitad del embarazo. Ni mis padres ni yo contemplamos la posibilidad de abortar en ningún momento. Mi madre, por sus convicciones morales; mi padre, porque nunca se hubiese pronunciado sobre algo tan importante, que consideraba una decisión mía; y yo porque comprendí que ya era demasiado tarde; porque de haber dado fin a un embarazo tan avanzado hubiese matado a mi madre de un disgusto y, por qué no decirlo, mi conciencia tampoco me lo hubiese permitido.

Fue entonces cuando supe que mi vientre no portaba el fruto de una violación; que no era de Simón, ni de Manu, ni de Víctor, ni de Luis. Era el hijo de Raúl. Un niño que crecía sano, ajeno a

la tribulación de su madre. Un pequeño que dormía plácidamente dentro de mí mientras cinco bestias mancillaban a su madre de la forma más inhumana y cruel.

Pasada la primera impresión, todo fueron atenciones y comprensión hacia mí por parte de mis padres, mis tíos, mis abuelos y mis amigos. Tengo que reconocer que en ningún momento sentí rechazo alguno a mi alrededor, muy al contrario. Mi padre se encargó de acomodar la casa para que a su nieto no le faltara nada y creciera en un lugar seguro y confortable. Compró todo lo que ofrecía el mercado para un bebé y más: cuna, minicuna, bañera, cochecito, alfombrita de juego, dos sillitas para el coche... Y mamá se ocupó de procurarle la ropita, mucha más de la que podría ponerse: bodis, pijamas, pañales, ropita de salir, toquillas, mantitas, toallas...

Le pusimos el nombre de mi abuelo paterno, al que apenas conocí. Mi padre siempre decía que había sido el hombre más bueno y honrado que haya pisado la tierra. Daniel nació por cesárea el 7 de abril de 2012, con dos kilos y ochocientos veinte gramos y cincuenta centímetros. Un niño sano, rubio como el oro y con los ojos más azules que se habían visto en mi familia. De acuerdo, mi madre los tenía entre castaños y verdes y yo, color miel; pero de ese azul tan intenso... solo los Puertas.

Una vez recuperada de la intervención, aparentemente, mi vida continuó como la de cualquier joven soltera y sin ataduras. Mis padres fueron, en realidad, los padres de Daniel. Ellos le daban el biberón, lo cambiaban, lo dormían, lo llevaban al pediatra y lo acompañaban en las malas noches. No me exigieron nada que no le hubiesen pedido a una hermana mayor. Ambos sabían que padecía una complicada depresión posparto y no me juzgaban. Tampoco me hicieron preguntas comprometidas. Solo en un par de ocasiones mi padre me preguntó si había pensado en decírselo a Raúl; la primera vez, a los dos días de llegar a casa con Daniel.

—¿No vas a decírselo a su padre? Piensa que tiene sus derechos y deberes...

—No, nunca.

—Pero Daniel crecerá y algún día tendrás que contarle quién es, y él querrá conocerlo.

—Pues esperaré a que llegue ese momento.

\*\*\*\*

Una tarde más, intentaba concentrarme en mis estudios. Mis padres se habían ido con Daniel a la inmobiliaria que pondría en venta la casa y yo estaba sola cuando sonó el timbre del portero. Por la cámara vi a Manuela, aunque ya había escuchado el bramido de la moto que su marido le dejaba para desplazarse. A ciertas horas, de su casa a la nuestra el camino a pie era un infierno. Venía con una caja de tomates y pimientos frescos de su pequeño huerto.

—Qué ponientazo hace hoy, parece como si el mar quisiera tragarse Salomar; las olas casi llegan a la valla de nuestra casa. ¿Qué pasa, hija? ¿Estás estudiando? —me preguntó ya dentro de casa mientras se ponía el delantal de trabajo.

—Sí, al menos lo intento.

—Menudo revuelo hay en Peña Negra. Por lo visto, un hombre que estaba pescando se ha despeñado. ¿A quién se le ocurre subirse allí con este temporal? Que Dios lo tenga en su Gloria.

—¿Ha muerto?

—Eso dicen. Al parecer, se ha destrozado durante la caída. Madre mía, se me pone el vello de punta. Voy a planchar, que hay un cerro de ropa esperándome; después recogeré y pasaré la fregona. Anda, estudia. Ay, si yo pudiera comprar esta casa... —decía mientras se encaminaba al cuarto de la plancha.

Cuando regresé a la tarea sonó mi móvil. Era Sonia.

—Ani, Víctor ha muerto...

—¿Qué?

—Esta mañana se fue a pescar a Peña Negra y lo han encontrado hace un rato en el acantilado. Joder, Ani, ¿qué está pasando? Primero Manu, ahora Víctor... Esto ya no es justicia divina, es muy raro, no puede ser casualidad.

—Ufff... Me he quedado de piedra, no sé qué decir. Me lo acaba de contar Manuela, pero no sabía que se trataba de Víctor. Según parece, ha sido un accidente; el mar está muy revuelto hoy.

—Venga, Ani, Víctor conoce... conocía Rocagorda como la palma de su mano, ha pescado allí desde que era un niño y con temporales peores. No me creo que haya sido un accidente. Y después de lo de Manu... ¿Quién más sabe lo que pasó aquella noche en Calachica?

—¿Qué estás insinuando?

—¿Tú qué crees? Pues que alguien que sabe lo que te ocurrió se está tomando la justicia por su mano y no soy yo.

—Yo tampoco. ¿Tú se lo has contado a alguien?

—No me jodas, Ani. Sabes que soy una tumba, y mucho más con un asunto como este. Solo quedan dos opciones: que alguno se haya ido de la lengua con quien no debía o que el asesino sea uno de ellos, con lo cual solo podrían ser Luis, Simón o Raúl. Lo que tengo muy claro es que esos hijos de puta no se están suicidando por mala conciencia.

—Me estoy asustando mucho. Si alguien quiere callar todas las bocas, tú y yo también estamos en la lista. ¿Crees que podría ser Raúl? Tal vez la otra noche pretendía sacarnos de la carretera... ¡Dios mío!

Sonia se quedó en silencio durante unos segundos. Yo comencé a llorar.

—Ani... Tenemos que ser más listas y prudentes, la debilidad en estos momentos puede ser nuestra mayor enemiga. No salgas de casa y ten siempre la alarma encendida. Joder, esto parece surrealista. Venga, cálmate.

—Tiene que ser Raúl... No puedo creer que estuviera enamorada de él tanto tiempo sin darme cuenta...

Rompí a llorar amargamente. Daniel podría ser el hijo de un violador y un asesino.

—Ani, tienes que plantearte hablar con tus padres; ya no puedes seguir callada.

—No puedo, no puedo, Sonia.

—Si quieres conservar la vida, no tienes otra opción.

—¿No estaremos desvariando? Puede que simplemente hayan sido dos accidentes, una casualidad.

—¿Dos miembros de la misma pandilla que participaron esa noche en tu violación y que mueren con unos días de diferencia y, además, al llegar tú a Salomar? Yo creo que no contaban con que aparecieras de nuevo por aquí y alguien se ha puesto muy nervioso. Después de lo que te hicieron, no sé por qué te extraña tanto que alguno de ellos sea capaz de matar para callar todas las bocas. Tú no conoces el verdadero Salomar, Ani; tú solo vienes en verano, cuando todos los chiringuitos están abiertos y llenos de extranjeros. Cuando la gente se marcha esto es más penoso de lo que te imaginas. Todos regresamos a nuestra cueva y a intentar sobrevivir hasta el siguiente verano. Esto es como un cortijo, aquí sus habitantes son la ley y aquí han crecido esos cabrones. Intenta tranquilizarte y después piensa. Ha llegado la hora de buscar ayuda y la mejor la tienes en casa. Habla con tus padres y acaba con todo esto.

—Los voy a matar de tristeza —le aseguré entre sollozos.

—Son más fuertes de lo que piensas; lo superaréis juntos. Pero si se enteran por otras personas no creo que lo puedan superar. Es posible que la guardia civil empiece a investigar y se descubra todo. Puede que incluso nos interroguen. Lo siento, sé que todo esto te está haciendo polvo la vida... No te imaginas cuánto lo siento por ti. No salgas de casa, ¿vale?

—Vale. ¿Vas a venir?

—No creo que sea lo más prudente. Pero me tienes al teléfono para lo que necesites. Te llamaré luego. Cuídate, Ani.

\*\*\*\*

Al momento, Manuela entró en mi dormitorio horrorizada.

—Me acaba de llamar Paco. Dice que quien se ha caído por el acantilado es el hijo menor del Plátanos, Víctor. ¡Jesús, qué barbaridad! Hace unos días su amigo y ahora él. Qué cosas...

—Lo sé, me lo acaba de contar Sonia.

Manuela advirtió mis lágrimas.

—Ay, mi niña, no me acordaba de que siempre andabas con esos muchachos. Venga, hija, no te apures —dijo mientras se acercaba a abrazarme—. Eres tan joven... Se te pasará. ¿Quieres que te haga una tila?

—No te preocupes, Manuela, es que tengo el día tonto. Pero estoy bien.

—¿Seguro?

—Sí. Venga, vamos a seguir con lo nuestro.

Manuela se marchó a hacer unas compras antes de que llegaran mis padres, dejando la casa centelleante tras de sí. Ellos parecían ajenos al último suceso ocurrido en Salomar y no tuve más remedio que comentarlo durante la cena. Sorprendentemente, apenas hablaron de la trágica noticia. Supongo que no les apetecía charlar sobre uno de los amigos de quien días antes les había robado su coche y que, además, era el padre biológico de su nieto. Mi madre se limitó a hacer uno de sus agrios e inoportunos comentarios: «No sé cómo permitimos que te juntaras con esa chusma durante los veranos. Que descanse en paz junto a su amigo el yonqui». Desde luego, no era el momento de contarles lo que había llegado a hacerme esa chusma.

## CAPÍTULO 9

A primera hora de la mañana la guardia civil se presentó en casa. Yo todavía dormía, pero la conversación que llegaba desde el salón me despertó. Sigilosa, salí al pasillo para escuchar con claridad.

—Nos gustaría hablar con su hija, sabemos que conocía a los dos chicos muertos y también al joven que les robó el coche. Tal vez sepa algo que nos ayude. No estamos acostumbrados a tantas tragedias juntas en este pueblo y queremos descartar la posibilidad de que sus muertes hayan sido premeditadas.

—Hace un año que mi hija no ve a esos chicos, no creo que tenga nada que contarles.

—Solo serán unas preguntas. ¿Está ella en casa?

Reconocí su voz. Era Salas, conocido por todos en el pueblo como el Salido. Él y su compañero pasaban el tiempo recorriendo la playa de punta a punta, una y otra vez, y entrando en los chiringuitos. Era un tipo despreciable que utilizaba su uniforme para intimidar a las chicas y recibir todo tipo de favores por medio de amenazas. Él era la ley en aquel pueblo. Además, era pariente lejano de la familia Puertas. De repente, se me ocurrió que alguno de los cinco —especialmente Simón o Raúl, que eran los que tenían más trato con él— podría haberle contado su versión de los hechos sobre aquella noche. O tal vez Manu le había dicho algo antes de morir de sobredosis; todos sospechábamos que, de alguna manera, Salas les facilitaba la droga a todos... En unos segundos pensé en mil probabilidades.

Comencé a temblar sin control. ¿Qué preguntas? ¿Por qué a mí? ¿Habría dicho Raúl que fuimos Sonia y yo las que estrellamos el coche de mi padre? O peor aún, ¿se habría visto acorralado por la guardia civil hasta el punto de llegar a confesar lo ocurrido el verano pasado?

Entré de nuevo en mi habitación y me metí en el baño para refrescarme la cara y reponerme. Al momento mi madre llamó a la puerta.

—Ani, ¿estás despierta?

—Sí, sí, estoy en el baño —le contesté intentando aparentar normalidad.

Entró en mi dormitorio y me habló al otro lado de la puerta del baño.

—Ve al salón cuando termines, la guardia civil quiere hacerte unas preguntas.

—¿A mí? —simulé mi extrañeza—. Vale, me visto y enseguida salgo.

Con gran esfuerzo, me recompuse y salí dispuesta a dejar claro quién era el tipo del uniforme verde que había sentado en nuestro sofá.

—Buenos días —dijeron los dos casi al unísono.

—Hola, Salas —me dirigí por su apellido directamente al guardia civil más popular de Salomar.

—¿Ya conocía a mi hija? —preguntó mi padre con asombro al ver la familiaridad con la que lo trataba.

—Bueno, en este pueblo es fácil que conozca a la mayoría de los veraneantes que vienen cada año, especialmente a los jóvenes que frecuentan Las cañas y La morralla. Es mi obligación vigilar que los muchachos no cometan excesos, ya sabe.

Odiaba a ese tipo, todas las chicas que lo conocían lo odiaban. Ignoro de dónde saqué las fuerzas, tal vez de tanto dolor acumulado; pero no estaba dispuesta a concederle un mínimo de

dignidad a quien, con toda seguridad, no le hubiese importado participar en la bacanal que se montaron a mi costa los Puertas y sus amigos. Podría haberme amedrentado, la situación era especialmente delicada, y, sin embargo, de súbito hallé en mi interior una valentía que me era impropia. Sabía que era un cobarde. Todos los de su calaña solo muestran el coraje ante los más débiles.

—Sí, es cierto; especialmente cuida de las chicas, pone mucho empeño en registrarlas por si llevan droga. Él busca, y busca, y busca...

—¿Qué pasa aquí? ¿Qué quieres decir, Ani? —preguntó mi padre esperando que mi respuesta no confirmara lo que claramente había entendido. Mi madre no pestañeaba.

—¡Lo siento! ¡Lo siento mucho, papá! —grité rompiendo a llorar, en pie, delante de cuatro adultos que parecían horripilados ante un terrible monstruo—. No me encuentro bien.

Mi padre se levantó de su asiento y corrió a abrazarme, sin saber lo que estaba pasando, pero convencido de que debía estar sufriendo como nunca.

—Tranquila, ya está, ya está...

—Creo que hemos venido en mal momento —dijo al fin Salas poniéndose en pie. Su compañero de trabajo hizo lo propio sin articular palabra.

—Sí, es mejor que se marchen. Creo que conocen la salida —habló mi madre por primera vez.

—Venga, llora; llora todo lo que necesites. Pero vamos a sentarnos, ¿vale?

Me senté a su lado y lloré largo rato sobre su pecho. Mi madre miraba la escena conmovida y con Daniel en brazos.

—Creo que te vendría bien hablar con nosotros y contarnos lo que te pasa —dijo mi padre cuando me vio más tranquila.

—Es que... ese Salas es un mal tipo, nada más. Tranquilo, conmigo nunca se ha propasado. Pero verlo aquí sentado, dispuesto a hurgar en mi vida... Y luego está lo de Raúl y tu coche, y esos chicos muertos... No debimos volver, papá.

—Lo sé. Nos iremos en una o dos semanas, te lo prometo. Venga, vamos a desayunar.

\*\*\*\*

Sé que debí haber confesado ante mis padres en aquel momento, como si hubiese sido yo la que había cometido un crimen horrible; como si yo fuera la única culpable de todo lo ocurrido y no la víctima; pero todo el coraje que poseía lo había derrochado enfrentándome a Salas el Salido. De repente, me quedé sin fuerzas, como vacía. Y, de nuevo, como aquella noche, solo quería morirme.

Pasé casi todo el día en mi habitación, pero fui incapaz de concentrarme lo más mínimo ni para leer un solo folio de mis apuntes. Solo pensaba en la teoría de Sonia y deseaba que estuviera equivocada. De no estarlo, tenía toda la lógica que mi nombre figurase en la lista negra del asesino. Por la tarde llamé a mi amiga.

—No puedo estudiar, no me centro. Esta mañana estuvieron aquí Salas y Cristóbal. Están investigando las muertes de Manu y Víctor y querían hacerme unas preguntas. Al final me libré de ellos.

—Te lo dije. También han estado en casa de mi tía, los vi entrar a medio día. Seguramente habrán estado hablando con Simón, ya sabes que Raúl está en el trabajo. Que yo sepa, nadie lo ha detenido aún por lo del coche. ¿Has hablado con tus padres?

—No puedo, Sonia, no puedo. Regresamos a Madrid en una o dos semanas. Yo solo quiero recuperar mi vida y olvidarme de Salomar.

—Pues... lo siento, Ani, pero si esto sigue así y tú no te decides, tendré que hacerlo yo. Estamos hablando de tu vida, incluso de la mía...

—Ya lo sé. He dejado pasar tanto tiempo que cada vez me resulta más difícil hablar con ellos.

—¿Crees que no te entiendo? Joder que si te entiendo, pero alguien tiene que poner fin. Yo también estoy muerta de miedo. Hablamos de mi familia, de la gente de mi pueblo, mis vecinos, mis amigos... Cuando esto se sepa tú volverás a Madrid a seguir con tu perfecta vida, pero yo seguiré aquí, viviendo con esta mierda hasta que me muera. Yo no tengo unos padres como los tuyos ni un lugar al que escaparme para olvidarme de Salomar. Me parece que ya es hora de que dejes de pensar en ti misma.

No pude soportar la dureza de sus palabras y rompí a llorar por segunda vez en aquel día.

—Deja de llorar y arregla esto, Ani. Tengo que irme, me espera una noche larga en Las cañas. Ya me imagino a la gente hablando y especulando sobre la muerte de Manu y de Víctor... Además, este mes de agosto está el pueblo como nunca de veraneantes. Todo el mundo habla de lo mismo, y tú ahí encerrada en tu castillo de princesas... Ya hablaremos, te dejo.

—Hasta luego, Sonia.

El extraño frío que había sentido aquella fatídica madrugada en Calachica me invadió de nuevo. Como entonces, me acurruqué en la cama y me tapé con la colcha hasta el cuello, dejando que el agua recorriera libremente mis mejillas.

No era justo. Solo era culpable de incitar a Sonia a coger el coche de mi padre sin su permiso. No era justo que yo tuviera que hundir a mi familia por confesar los crímenes de otros. La víctima era yo y lo sería toda la vida. Estaba aterrada. Tenía miedo de que ocurriera un nuevo *accidente*; tenía miedo de que algún día tuviese que contarle a mi hijo que su padre era un violador y un asesino; tenía miedo de que mis padres no se recuperaran del golpe que les esperaba; tenía miedo de tener que hacer una *tournee* de declaraciones morbosas ante abogados y jueces; tenía miedo de salir a la calle y perder la vida y..., sin embargo, no me hubiese importado morir en aquel momento. No, no era justo, porque lo único que hice fue enamorarme de la persona equivocada. Mis padres tenían razón cuando intentaban persuadirme para que dejara de ver a Raúl. «No te conviene salir con ese chico, su familia no goza de muy buena reputación», me decía mi madre una y otra vez. «Pronto empezará la universidad, no te comprometas; diviértete, pero sigue libre. Tendrás tiempo para todo», me recordaba mi padre cada vez que me veía salir de casa tan ilusionada. Solo Manuela me comprendía y alentaba a su manera: «Madre mía, qué chico más guapo ese que viene a buscarte. ¡Qué ojos, qué ojos! Anda, hija, diviértete», comentaba cuando lo veía en la puerta esperándome.

\*\*\*\*

Mi padre me llamó para cenar ya bien entrada la noche. Golpeó mi puerta, pero yo me había quedado dormida, así que la empujó.

—Ani, es tarde, deberíamos cenar algo. Mamá ha salido con unas amigas y Daniel duerme. ¿Te encuentras bien? —me preguntó al verme envuelta en la colcha y sin el aire acondicionado encendido—. Aquí hace demasiado calor para estar tapada.

—Sí, estoy bien —le contesté aturdida—. ¿Qué hora es?

—Las diez y media. ¿De verdad estás bien?

—Que sí, papá. Dame dos minutos y voy a la cocina.

Era mi oportunidad, prefería que mi madre no estuviera y seguramente llegaría tarde; cuando

salía con sus amigas de la urbanización solía llegar de madrugada. Tenía que armarme de valor y hablar.

## CAPÍTULO 10

Sobre la mesa de la cocina encontré para compartir una ensalada Mariano, lo único que sabía cocinar mi padre, y unos filetes empanados que habían quedado del almuerzo. Él estaba cortando un poco de pan frente a la ventana.

—¿Daniel sigue dormido?

—Shhh... Ni lo nombres, qué tarde me ha dado; creo que le van a salir un par de dientes.

Dejó la canasta de pan en la mesa y se sentó frente a mí.

—¿Y esas ojeras?

—Me acabo de despertar, papá.

—Eres tan joven y bonita... No deberías vivir tan sola, tienes edad de salir y divertirte. ¿Qué te pasa con tu hijo? ¿Por qué no haces el mínimo esfuerzo por acercarte a él?

Era el momento, me lo estaba poniendo muy fácil.

—Supongo que porque no es un hijo deseado. Lo siento, trato de hacerlo mejor, pero es que...

Me sentía a punto de derrumbarme, la comprensiva actitud de mi padre me partía el alma. Lo adoraba desde niña, sentía verdadera devoción por él. Sabía que estaba a punto de clavarle una daga en pleno corazón.

—Deberías poner un poco más de empeño.

Mi padre comprendió que algo grave estaba a punto de acontecer por mi forma de mirarlo a los ojos.

—Papá, tengo que contarte algo importante; algo que te romperá el corazón. El año pasado, la noche antes de regresar a Madrid... fui violada.

Su reacción inmediata fue levantarse de la silla para abrazarme.

—No, papá, no me abrasces o no podré seguir hablando.

Dio un paso atrás y, dándome la espalda, frente a la ventana, se agarró a la encimera unos treinta segundos mientras sacudía la cabeza. Solo se escuchaba una especie de resuello. Ya había confesado, los detalles vendrían después; pequeñas puñaladas que lo rematarían tras la estocada que lo había herido de muerte.

Se dio la vuelta, miró hacia el techo con los ojos enrojecidos por la pena y la ira y después volvió a sentarse, en silencio, esperando el próximo golpe. Su forma de mirarme me estremeció.

—No sabes cuánto me duele hacerte pasar por esto.

—Ohhh... Ani, por el amor de Dios, ¿cómo puedes pensar en mi dolor? Llevas un año sufriendo la peor de las torturas... Qué ciego he estado... No puedo creérmelo, no puedo creérmelo...

—Me violaron cinco hombres... Papá...

Bajó la cabeza y la apoyó en sus puños, como si le diera vergüenza que lo viera llorar como un niño.

—Ufff...

—Lo siento, debí hacerlos caso y no juntarme con esa pandilla...

De repente, el dolor que transmitía su mirada se tornó ira.

—¿Qué quieres decir? ¡Santo cielo, Ani, qué estás diciendo!

—Fueron ellos, los cinco.

En ese instante ya no pude contener las lágrimas. Sentía cómo el corazón me golpeaba contra la

garganta una y otra vez con gran fuerza. Me ahogaba, pero tenía que seguir.

—¿Raúl también?

—Sí.

—Por eso no querías decirnos quién era el padre de Daniel, no podías saberlo... No puedo creer que hayas pasado por todo esto sola. Te he fallado como padre, no supe ver lo que estabas sufriendo...

—Sé que Raúl es el padre de Daniel, ya estaba embarazada antes de esa noche. Lo supe la primera vez que fui al ginecólogo y me dijo de cuánto tiempo estaba.

—¿Cómo se puede ser tan animal? ¿Qué clase de bestia inmundada es capaz de hacer algo así? Dios mío, cinco...

Entonces acercó su mano y cogió la mía con una dulzura impropia de un hombre tan fuerte y robusto como él.

—Ani, mi pequeña muñeca... Sé que has postergado este momento, pero sabes que ha llegado la hora de denunciarlos y hacerles pagar por lo que te hicieron. Lo sabes, ¿verdad? Yo estaré a tu lado, no pienso permitir que sufras ni un minuto más.

—Sí, lo sé. Pero... creo que alguien ya se está encargando de que paguen.

En ese momento cayó en la cuenta, mi padre era un tipo muy inteligente y, a pesar de estar desbordado por la situación, ató todos los cabos enseguida.

—Por eso estuvieron aquí esos guardias civiles... ¿Es posible que sepan lo que te pasó?

—No lo sé, papá, ya no sé qué pensar. Tengo miedo...

En ese momento dejé que me abrazara y me acariciara todo lo que quiso y yo necesitaba.

—Hay que decírselo a mamá.

—Eso es lo que más aterroriza.

—Yo lo haré. Déjalo todo en mis manos. Lo único que tienes que hacer ahora es cuidarte. Y..., bueno, no creo que te convenga seguir viendo a Sonia; al fin y al cabo, es la prima de esos indeseables.

—No, papá, Sonia no es como ellos, no ha hecho más que ayudarme y protegerme desde que volví y se lo conté. Ha sido Sonia la que me ha convencido para que hable con vosotros... —le expliqué suplicándole.

—Está bien, está bien.

—Hay algo más —de repente recordé el robo del coche y ya no tenía sentido ocultarle nada—. Fuimos Sonia y yo las que nos llevamos el coche, pero en realidad la incité yo. Estuvimos en Marbella y a la vuelta... Raúl nos perseguía y nos pusimos nerviosas...

—Sigue.

—Chocamos contra un árbol y, cuando vimos que el coche de Raúl se desviaba para detenerse junto al tuyo, salimos corriendo. Nos escondimos entre los árboles y esperamos a que se aproximara a tu coche. Lo hizo, incluso se metió dentro para buscarnos, supongo. Después huimos rápidamente en el suyo. Queríamos vengarnos, que lo cogieran con tu coche destrozado y lo encerraran por el motivo que fuere.

—No voy a reprocharte nada, ahora necesitas todo el apoyo que no has tenido durante un año. Ya solucionaremos ese problema.

—Por favor, papá, no te pongas en contra de Sonia, nada de esto ha sido culpa suya. Cometí una locura, me trastorné. Estar aquí de nuevo, tan cerca de esos... Solo quería olvidar por unas horas. Y ahora la he metido en un lío en el que jamás se hubiese implicado de no ser por mi insistencia. No sé qué me ocurrió. Estaba tan cansada, tan harta... Ese día vi a Raúl merodeando

alrededor de casa y me asusté. También discutí con mamá... Tenía que liberarme de tanta tensión o iba a explotar. Lo siento, no tengo excusa.

—¿Tiene carné?

—Sí, se lo acaba de sacar.

—Algo es algo. ¿Crees que seremos capaces de cenar?

—No tengo hambre.

—Yo tampoco.

—¿Un poco de helado de yogur?

—Vale.

Se puso en pie y se frotó los ojos como si con ello pudiera borrar la escena que acababa de vivir. Poco después se despertó Daniel demandando la siguiente toma. Yo quería atenderlo, era mi obligación y mi padre se hallaba demasiado afectado, pero sentía como si algo tirara de mí y me lo impidiera.

—Ya voy yo. ¿Le preparas tú el biberón? Dios mío, este pequeño Daniel come como tres bebés —dijo pasándose la mano por la cabeza de camino al salón, donde mi hijo lloraba desesperado en su minicuna.

## CAPÍTULO 11

La siguiente noticia no se hizo esperar. Al día siguiente, cuando todavía dormíamos los cuatro, sonó el teléfono. Era el jefe de la Policía local. Nos comunicaba que, dos horas antes, habían hallado muerto a Luis en la entrada de Las cañas. En un principio, parecía que la muerte era debida a una tremenda paliza. Habían llamado a casa porque tenían conocimiento de que yo formaba parte de su círculo de amistades y necesitaban formularme unas preguntas.

El desayuno fue más trágico aún que la cena de la noche anterior. Yo estaba todavía durmiendo cuando me despertaron los lamentos de mi madre. Tras la llamada de la Policía local, mi padre le había contado lo que había hecho la pandilla conmigo. Me quedé inmóvil durante un buen rato, pidiéndole a ese Dios que tenía tan abandonado desde que había hecho la comunión que me diera fuerzas para soportar la reacción de mi madre al verme o que me llevara con él de una vez. No soportaba más aquella carga.

—No debiste ocultarnos algo así —me dijo cuando aparecí en la cocina—. ¿Cómo has podido? ¿Qué hemos hecho mal, Dios mío? —se lamentaba una y otra vez mientras se acercaba para abrazarme.

Nunca fue una mujer muy afectiva. Era más bien arisca y distante, incluso con las personas que más amaba. Sé que cuando supo que yo estaba embarazada hizo un gran esfuerzo por mostrarse comprensiva. Era su deber de madre y lo había cumplido. Pero estaba segura de que la compasión que me mostraba en aquel momento era fruto de la insistencia de mi padre en que comprendiera cuánto necesitaba su apoyo en una situación tan dramática para una joven. No fue un abrazo totalmente sentido, más bien la abracé yo. Pese a mi sufrimiento, sabía que en ese momento ella lo necesitaba más; porque yo, más que un abrazo suyo, necesitaba urgentemente uno de mi padre. Él nos miraba roto de dolor, sabiendo lo que estábamos sintiendo. Nos conocía tanto como nos amaba.

—No te preocupes, papá y yo nos ocuparemos de todo.

Ella lloraba, pero a mí ya no me salían las lágrimas o, simplemente, me resistía a compartir mi sufrimiento con mi madre. Era una mujer conservadora, muy religiosa y estricta, y me había advertido en multitud de ocasiones que no anduviera en compañía de la pandilla más conocida de Salomar, y no precisamente por sus buenas acciones. Yo sentí que, en cierta manera, me creía culpable y que, si no hubiera mediado mi padre, seguramente su actitud habría sido muy distinta.

Tras el trágico momento, me informaron de la siniestra noticia del día: la muerte de Luis. Ya no se contemplaba la posibilidad de que las muertes de los chicos de la pandilla fuesen meros accidentes y la Policía, en colaboración con la Guardia Civil, se había hecho cargo de la investigación. Ya estaban informados de que, aunque ese verano me hubiese desmarcado, durante años yo había formado parte del grupo de amigos. De modo que los hermanos Puertas, Sonia y yo íbamos a ser vigilados con mucha atención, no solo por si estábamos implicados en las muertes de Manu, Víctor y Luis, sino porque también corríamos grave peligro y cualquiera de nosotros podría ser el siguiente.

—Si fuese posible, nos marcharíamos hoy mismo —afirmó mi padre visiblemente cansado, triste y preocupado—, pero nos han pedido que estemos disponibles hasta que se aclare algo este asunto. Supongo que quieren descartar que sepas algo... Tengo que preguntártelo, Ani, ¿tienes idea

de quién está detrás de esas muertes?

—No —le contesté sin más.

—¿Sospechas de alguien? ¿Tienes alguna información que podría ayudar a la policía?

—Lo único que podría ayudar es saber lo que hicieron los cinco aquella noche. En cuanto ponga la denuncia dispondrán de muchas pistas, supongo. Desde luego, si el asesino es un miembro de la pandilla tiene que ser Raúl o Simón. Solo hay que esperar a ver cuál es el próximo en caer—hablé como si estuviera expresando la teoría de un profesional en el tema. Por un momento, me distancié del asunto como si no tuviese nada que ver.

—No olvides que Sonia y tú también estáis en la lista de sospechosos por el momento —apuntó mi madre.

—Pues entonces caeremos también, ninguna de las dos somos las culpables de esas muertes. Tiene toda la lógica, el asesino es uno de los hermanos Puertas.

—¡No digas tonterías! —intervino mi padre horrorizado por mis palabras—. No te pasará nada, ¿me oyes? Estarás vigilada en todo momento, tu madre y yo nos ocuparemos de que nadie se atreva a acercarse a ti. Tenemos que marcharnos de aquí cuanto antes. Pero si pones la denuncia lo vamos a tener muy complicado.

—Yo ya no estoy tan segura de que denunciarlos sea lo acertado —dijo mi madre mirando al vacío.

—Yo tampoco —balbuceó mi padre.

—¿Qué queréis decir? —les pregunté sorprendida.

—Tanto tu madre como yo sabemos cómo funciona la policía y la justicia en estos temas. Si denuncias ahora, nosotros encabezaremos la lista de sospechosos; especialmente yo, que por mi trabajo tengo contactos con lo peor de la especie humana. Tenemos que pensar muy bien qué paso dar. No puedo creer lo que estoy diciendo.

—Yo estoy totalmente de acuerdo contigo, Mariano. En este momento la única que podría contar lo que sucedió el año pasado es Sonia. Hija, ¿crees que puedes confiar en ella?

—Sí, lo creo. Ella nunca me traicionaría, pero no sé si le parecerá bien seguir callando.

—Debiste confiar en nosotros antes que en ella. ¿Cómo es posible que le contaras a esa chica lo que nos has ocultado a nosotros durante un año?

—No es el momento de hacer reproches, Ana —salió mi padre en mi defensa.

—Oh, por favor, deja de protegerla, ya ves de lo que te ha servido consentirla tanto. Esto es una locura, una locura... Lo siento, estoy muy nerviosa.

—Si preferí hablar antes con una amiga que contigo fue precisamente por esto. Sabía que terminaría olvidando que yo soy la víctima y... ¡No tienes ni idea de lo que he sufrido! Quise morirme. No estaría viva si Manuela no me hubiera sacado del agua esa noche.

—¿Manuela? ¿Qué hacía allí Manuela? —me preguntó sin advertir la importancia de mis palabras.

Así era ella: eficaz, práctica y con una gran habilidad para olvidarse del problema y poder centrarse en la solución. Para mi padre y para mí, mi madre era nuestro contrapunto: nosotros el corazón y ella la cabeza.

—Se despertó y vio que no había llegado a casa; entonces salió a buscarme y me encontró en Calachica después de...

—¿Ella también lo sabe? —preguntó mi padre.

—No, pensó que mi estado era el resultado de una borrachera. Regresábamos a Madrid al día siguiente, así que no le costaría pensar que la despedida con mis amigos se me había ido de las

manos. Me traje a casa y nada más.

—Bueno, creo que deberíamos centrarnos —habló mi madre con su natural pragmatismo—. Esta mañana tienes que ir a la comisaría para contestar unas preguntas, así que tenemos que decidir si vas a contar lo ocurrido el año pasado y, por supuesto, si poner la denuncia o simplemente contestar a lo que te pregunten. Si nadie ha hablado, lo más seguro es que se centren en lo acaecido durante estos días y en si has tenido contacto con alguno desde que llegaste. Si decidimos no denunciar, debes estar atenta a las preguntas; puede que lo sepan y al final sea mejor contarlo que callar.

Me di cuenta de que confesarles a mis padres lo ocurrido en Calachica había sido un error. Ellos mismos me estaban aconsejando no denunciar. Lo único que había conseguido era desestabilizar aún más mi vida y arruinarles la suya. De pronto, eché de menos a mi hijo.

—¿Dónde está Daniel? —pregunté agitándome nerviosa en el sofá.

—Le pedí a Manuela que se lo llevara, necesitábamos hablar contigo con tranquilidad. Lo traerá a medio día —explicó mi madre.

—La decisión es tuya, Ani, ¿qué quieres hacer? —preguntó mi padre.

—No lo sé. ¿Qué pasará si al final descubren lo del año pasado? —pregunté mirando a mi madre; era ella la que, como fiscal del Estado, conocía bien la ley.

—Dudo que tenga consecuencias para ti, la víctima eres tú y la ley te protege.

—¿Y a vosotros?

—Nada si nadie se entera de que nos lo has contado.

—Pero Sonia me ha insistido en que si no os lo contaba iría ella misma a poner la denuncia. ¿Y si ella es la siguiente y yo pude haberlo evitado revelando toda la verdad? No sabemos quién es el asesino.

—Yo me encargaré de vuestra seguridad hasta que esto se aclare. Llamaré a varios de mis empleados para que os vigilen. Por supuesto, nos marcharemos en cuanto la policía no nos necesite aquí. Vamos a dejar pasar unos días y después decidimos si denunciar o no, no creo que en estos momentos pensemos con suficiente claridad. Hay que valorar todas las posibilidades. No me fio de ese Salas, un corrupto dentro de la Guardia Civil y familia del principal sospechoso... Tu confesión puede ser un arma de doble filo.

—Todo hubiese sido más fácil para vosotros si os lo hubiese contado aquella noche, ¿verdad?

—Probablemente, hija. Pero no tiene sentido torturarse con lo que ya no podrá ser. Ahora hay que salir de esto y apoyarnos entre nosotros para recuperar nuestra vida con la mayor normalidad, ¿de acuerdo?

—Sí.

—¿Alguien en Salomar sabe que Daniel es hijo de Raúl? —intervino mi padre.

—No, no, ni siquiera a Sonia le he contado que es mi hijo. Os lo prometí y lo he cumplido.

—Bien, en ese caso él está a salvo. No sabemos hasta dónde es capaz de llegar ese criminal.

\*\*\*\*

En la comisaría me esperaba Salas, cómo no. Estaba en su territorio y aprovechó su ventaja. Como se suponía que era un interrogatorio de rutina a una mayor de edad no necesitaba ni un abogado ni la compañía de mis padres. Me invitó con una amabilidad impostada a pasar a un cuartucho acorde con la poca relevancia de un pueblo como Salomar. Una vez a solas se quitó la máscara y se dirigió a mí en todo momento con sarcasmo y de forma déspota.

Sobre la mesa tenía un folio con apuntes y una grabadora ya encendida que no podía registrar su irónico y desagradable gesto. Después de las preguntas de rigor —mi nombre, dirección, edad...— comenzaron las importantes. Para que constara en la grabación, se dirigió a mí con el formalismo protocolario.

Mis padres me habían advertido de las posibles preguntas y de cómo debía contestar. Y así lo hice.

—Señorita Del Bosque, ¿ha tenido algún contacto con Manuel Soto, Víctor Rueda, Luis Sánchez, Raúl Puertas o su hermano Simón desde que llegó a Salomar el 1 de agosto de este año?

—No.

—¿Por qué motivo, después de tantos años de amistad, este año no ha visto a sus amigos?

—Ya no me interesa su compañía, supongo que la universidad me ha cambiado.

—Entiendo. En cambio, sí ha visto en varias ocasiones a Sonia Puertas.

—Es mi mejor amiga desde niña, es distinto.

Entré en aquella tétrica habitación con cierta entereza, pero a medida que me hacía preguntas la mirada de Salas se tornaba más inquisidora y comencé a sentirme intimidada. Era como si dispusiera de más información y en realidad supiera que el interrogatorio no valdría para nada, convencido de que no declararía lo importante.

Apenas ojeaba sus apuntes, se sabía de memoria las preguntas que debía hacer.

—¿Ha tenido usted algo que ver con las muertes de Manuel Soto, Víctor Rueda o Luis Sánchez?

—No.

—¿Tiene usted alguna información o sospecha sobre quién podría ser el posible autor de sus muertes en caso de que se confirme que fueron asesinados?

—Ninguna.

—¿Dónde estaba usted la noche del tres y la mañana del seis de este mismo mes?

—En casa.

—Ha respondido muy rápido.

—Es que solo he salido en un par de ocasiones para ir a la playa.

—¿Y no ha visitado el bar Las cañas desde que llegó?

—No.

—¿Por algún motivo?

—Tengo mucho que estudiar.

—Bien, pues nada más. Como sabe, deberá estar disponible durante unos días por si la necesitamos de nuevo. Puede marcharse. —Cogió sus folios y los golpeó contra la mesa para alinearlos mientras me miraba con una desagradable sonrisa.

No me despedí, correspondí a su mirada con un gesto de desprecio y me fui.

## CAPÍTULO 12

De regreso, en el coche de la aseguradora, mis padres me preguntaron por el interrogatorio y quedaron muy satisfechos. No parecía que hubiese que preocuparse por el momento.

Cuando llegamos, Manuela ya estaba en casa con Daniel en los brazos intentando dormirlo en la mecedora.

—Ya estáis aquí —susurró Manuela al vernos para no alterar a Daniel—. Creo que ya se ha dormido, voy a echarlo en su cuna y os preparo algo para almorzar. Luego me pondré con la plancha.

Manuela era una mujer extremadamente discreta, una de las cualidades por las que mi madre se había decidido a contratarla pese a que no le agradaba tener en casa a una interna que, en realidad, había nacido hombre. Pero nuestra empleada no tardó mucho en conseguir que su jefa olvidara lo que llevaba debajo de la falda. La verdad es que muchas mujeres hubiesen querido tener la feminidad de Manuela. Parecía realmente una mujer y era difícil sospechar lo contrario, excepto por su tono de voz y su fuerte complexión. Por supuesto, no preguntó por qué mis padres le habían pedido que se llevase a Daniel ni de dónde venían. Si sentía curiosidad, no lo demostraba en absoluto.

Lógicamente, al no estar solos en casa no hablamos sobre el tema durante todo el día. Después de comer, mis padres y yo nos retiramos a nuestros respectivos dormitorios y yo aproveché para contestar las tres llamadas perdidas que tenía de Sonia.

—Hola, Sonia —le dije taciturna cuando descolgó—. Lo siento, no he podido llamarte antes.

—No importa. Qué fuerte lo de Luis... Qué fuerte es todo esto —me dijo muy segura de que yo estaba informada—. No dejo de pensar en quién puede ser el asesino. Lo lógico es que sea uno de los que quedan, pero Raúl... Es que no me lo puedo creer. De Simón me espero cualquier cosa, pero de Raúl... Te digo yo que él no.

—Él también estaba aquella noche, participó como uno más y, supuestamente, estaba enamorado de mí. ¿Por qué te extraña tanto? Además, ha estado vigilándome y persiguiéndome.

—Te olvidas de que lo conozco desde pequeña. No me cabe en la cabeza este cambio de personalidad en un chico como él. Es que pienso en lo buen hijo que ha sido siempre... Es verdad que tuvo unos años golfos, ya sabes, las chicas no lo dejaban en paz y él se resistía poco. Pero de ahí a que se haya convertido en un violador y un asesino, ni hablar. Es como si fuese un Raúl diferente. ¿Qué coño está pasando, Ani? Tengo que hablar con él, esto no puede seguir así.

—Si hablas con él y descubres que sabes lo de Calachica, te convertirás en su próxima víctima. Además, no puedes contarle a nadie lo que sabes, tiene que quedar entre nosotras o tendré que denunciar. Se lo he contado a mis padres...

—Bien, me alegro. ¿Y?

—Piensan que, teniendo en cuenta lo que está ocurriendo, hay muchas razones para no denunciar ahora. Mis padres y yo seríamos los únicos que tienen un móvil para asesinar a esos animales. Además, está Salas de por medio; seguro que informaría rápidamente a los Puertos y pasaría a ocupar el primer puesto en su lista negra. A mí ya me da todo igual, solo quiero que esto acabe y regresar a Madrid.

—Pues yo pienso que estás en la lista tanto si denuncias como si no, y que denunciando estarías

más segura y sería más fácil pillar al *hijoputa* que está matando a todo el que le estorba. Pero si tus padres te han aconsejado que pases de la denuncia, quién soy yo para decirte lo contrario; ellos saben mucho más de estos temas. Joder, no dejo de pensar en quién será el próximo.

—Puede que no haya próximo, quizá sea un plan urdido por los hermanos y ya hayan liquidado a los posibles chivatos.

—No, no han acabado, quedamos nosotras.

—No pueden estar seguros de que te lo he contado. Además, son tus primos. No, la única que supone un peligro para ellos soy yo y, si no he hablado en un año, no tienen por qué pensar que lo haría ahora, a no ser que ponga la denuncia. Creo que es mejor no hacer ni decir nada por el momento. Total, ¿qué puedo conseguir yendo a contarle a Salas lo de aquella noche? Nada, solo removerlo todo y tener que declarar y recodar una y otra vez cada detalle. No puedo, Sonia, te aseguro que no me quedan fuerzas. Ahora que mis padres me apoyan no tengo ningún motivo para denunciar.

El solo hecho de imaginarme ante cualquier policía o letrado comentando los pormenores de aquella noche me estremeció y comencé a sollozar.

—De acuerdo, seguiré callada por el momento. Venga, tranquila, no empieces a llorar otra vez, sabes que me mata. Oye, te dejo, estoy viendo por la ventana que Salas y su perro faldero están llamando a la puerta. Hablamos luego.

—A mí me ha interrogado esta mañana. No digas nada, Sonia, por favor.

—Que no, que no, coño, relájate. Te llamo luego.

Poco después de hablar con Sonia vi, desde mi ventana, cómo mi padre se marchaba en el coche.

\*\*\*\*

Cuando se fue Manuela, ya anocheciendo, tampoco nos sentíamos con ánimos para conversar; en aquel momento solo había un tema que nos rondara por la cabeza a los tres y estábamos demasiado afectados como para retomarlos. Los tres nos sentíamos preocupados y tristes, creo que mi padre estaba más triste que preocupado. Así que encendimos el televisor y continuamos con la rutina diaria: la cena y darle el biberón a Daniel para después dormirlo.

Antes de acostarnos ya había un par de coches estacionados frente a nuestra casa vigilando nuestro sueño. Confieso que me alarmó mucho tan estrecha vigilancia; lejos de sentirme más segura, me hizo ser más consciente del peligro que corría.

\*\*\*\*

Metida en la cama, me disponía a telefonar a Sonia, que ya me había dejado una llamada perdida. Después de dos golpes suaves en la puerta, mi padre me pidió paso.

—Sí, pasa, papá.

—¿Cómo estás? ¿Puedo? —me preguntó señalando mi cama.

—Claro. Estoy asustada. Quiero marcharme a Madrid, es lo único que quiero.

—Pronto, muy pronto—me aseguró mientras me acariciaba la mejilla—. Aguanta un poquito, cariño.

Después me senté en la cama para ponerme frente a él; imaginé que quería charlar y le conté las últimas noticias que tenía.

—Salas y su compañero han visitado a Sonia.

—Lo sé, yo también le he hecho una visita.

—¿Tú?

—Sí, creo que ella también necesita protección. Si queremos que guarde silencio, lo mejor es que se sienta segura.

—No sé, a mí me parece que no tiene miedo. Si decide denunciar, lo hará sin pensar en lo que pueda pasarle.

—Ya me he percatado de que es una chica un poco insensata.

—Pues a mí me parece muy valiente.

—Vale, valiente. De cualquier manera, creo que es necesario que esté protegida durante unos días. La he avisado de que tendrá en la puerta de casa un coche hasta que este tema se aclare y le he dicho que se lo diga a sus padres si lo cree conveniente. Y que no hay problema en que sepan que los gastos corren de mi cuenta. Imagino que con todo lo que está pasando todos se sentirán más seguros.

—Si le dice a su madre que hay un coche en la puerta para protegerla, la matará del susto.

—Lo que la mataría de un susto sería que le ocurriera algo. De todas formas, su madre me ha visto salir cuando se ha despertado de la siesta; supongo que ya se lo habrá contado.

—¿Sabes que sus primos viven en su misma calle? Se van a dar cuenta.

—Mejor, no está de más que sepan que no estáis solas.

—¿Qué le ha preguntado Salas? ¿Te lo ha dicho?

—Nada que nos comprometa ni que induzca a pensar que sabe algo de lo ocurrido el verano pasado. Da la sensación de que Salas está deseando que esto se termine y se olvide. Es posible que lo sepa y esté encubriendo a sus sobrinos. No es la primera vez que me topo con agentes de la ley de esa calaña, pero es solo una posibilidad.

—Puede que tenga miedo de que, si se prolonga demasiado la investigación, salga a la luz lo que realmente hace en este pueblo y por qué va tanto a Las cañas y a La morralla.

—Ese no es problema nuestro, a nosotros lo que nos interesa es poder marcharnos lo antes posible. La venta de la casa ya está en marcha y nos enviarán el coche a Madrid cuando esté reparado. Si me veo obligado a volver para tratar sobre algún asunto relacionado con el robo, vendré yo solo; aunque no creo que sea necesario, el tema ya está en manos de mis abogados y se encargarán de todo. Con un poco de suerte, si no es totalmente imprescindible, no volveremos aquí jamás. Tenías razón, no debimos regresar. Lo siento mucho, hija, de verdad que lo siento.

Me abrazó con ternura mientras dos lágrimas asomaban a sus párpados y me dio un consejo al oído.

—Cuando volvamos, prométeme que irás a un psicólogo. Tienes que sacar de tu interior tanta rabia y tristeza.

—¿Y contarle todo lo que ha pasado? Pero...

—Tengo un amigo en el que puedes confiar totalmente. Tienes que hacerlo, Ani, tu hijo te necesita; no podrás aceptarlo hasta que superes todo lo que has vivido. ¿Me lo prometes? No sabes lo preocupado que estoy por ti.

—Te lo prometo, papá.

—Bien, bien. Saldremos de todo esto, ya lo verás, déjalo todo en mis manos —me decía sin dejar de abrazarme y acariciarme el pelo.

—Papá...

—Dime, princesa.

—Tú no tienes ninguna culpa, no hubieses podido hacer nada.

—Cómo me gustaría creer lo que me dices. Soy tu padre, soy el responsable de tu felicidad. Dios mío, ¿cuánto peso has perdido? Estás en los huesos. Dime que te cuidarás de ahora en adelante y que contarás conmigo para todo lo que necesites.

—Lo haré, papá, aunque solo sea para que dejes de estar tan triste.

—Te quiero, hija. Todo saldrá bien.

—Tú siempre dices que todo saldrá bien.

—¡Eh! ¿Es que alguna vez he estado equivocado?

—Nunca.

Se levantó dispuesto a marcharse, pero antes de cerrar la puerta se volvió para hacerme una última pregunta.

—Oye, Ani..., sabes que puedes hablar conmigo de todo lo que quieras. Lo sabes, ¿verdad? A lo mejor te vendría bien contarme lo que ocurrió esa noche, cómo te sentiste... Puedo soportarlo.

—No podrías, papá.

—Vale. Buenas noches.

Creo que mi respuesta lo entristeció aún más. ¿Qué puede haber más doloroso que aquello que tu propia hija piense que no podrías soportar? Lo cierto es que no era solo porque no quería hacerle más daño, también era una cuestión de pudor por mi parte. ¿Cómo iba a encontrar un mínimo de palabras que describieran tanto horror sin caer en la ordinariez, la vulgaridad y la grosería? Era mi padre, un hombre al que jamás le había escuchado una mala palabra y que siempre nos había tratado a mi madre y a mí de la forma más exquisita.

En cuanto cerró la puerta llamé a Sonia y me confirmó todo lo que me había contado mi padre. Hablamos hasta bien entrada la madrugada. Esa noche no tenía que ir a trabajar, la policía había cerrado Las cañas y acordonado los alrededores porque era el escenario de un crimen. De todas formas, después de haber hablado con mi padre no pensaba aparecer por allí hasta que todo se aclarara. Ella también tenía miedo.

—Piénsalo, Ani, esto no tiene pinta de solucionarse en pocos días. La policía no tiene ninguna prueba que le lleve hasta el asesino, así que sigue libre y nosotras seguiremos estando en peligro hasta que no lo cojan, especialmente tú —me decía para que reflexionara—. Es más, no creo que estés segura ni en Madrid. A ese tipo, seguramente Simón, no lo para nada.

—No podemos saber de qué pruebas dispone la policía. Es posible que tengan más información de la que pensamos.

—La Guardia Civil, seguro; ese Salas está en todos los fregados y tiene bien controlados a los sinvergüenzas de este pueblo. Lo que no tengo tan claro es que comparta su información con la policía.

—Creo que estamos desvariando.

—Ole tus ovarios; desvariando, dice. Como si no fuese un desvarío que hayan muerto tres de los cinco en una semana. Venga ya, amiga.

—Tienes razón.

—Oye...

—Dime.

—Daniel es hijo tuyo, ¿verdad?

—¿Por qué piensas eso? —le pregunté recordando las veces que mis padres me habían advertido que no le contara que Daniel era mi hijo.

Pero dió por hecho que mi pregunta era un sí, lo tenía muy claro desde el principio.

—Lo sabía. Déjame que adivine quién es el padre. A ver, ¿Raúl? Joder, tía, si es enterito a él. En casa hay fotos de cuando tenía unos meses y no puede parecerse más. Lo sé desde que lo vi.

—¿Por qué no me habías dicho nada antes?

—Estaba esperando a que tú me lo contaras, supuse que tendrías tus motivos para ocultármelo. Pero te digo una cosa: como mi tía se lo encuentre en el pueblo algún día va a pensar que su hijo ha vuelto al pasado. Hasta he calculado las fechas y está claro que aquella noche ya estabas embarazada. Eres una valiente, yo hubiese abortado sin pensarlo una sola vez.

—Cuando estuve segura del embarazo era demasiado tarde. No sé, fue todo tan raro y tan horrible... No sabes lo sola que me sentía.

—Si te pones a llorar, te cuelgo.

—Cuelga de todas formas, estoy muy cansada.

—Normal, son casi las cuatro de la mañana. Buenas noches, amiga.

—Buenas noches.

## CAPÍTULO 13

El llanto de Daniel irrumpió en mi habitación como una galerna. El sol ya iluminaba mis sábanas cuando abrí los ojos sorprendida.

—Tu hijo no deja de llorar, cogió una barraquera a las seis de la mañana y todavía no ha parado. No sé lo que le pasa, pero no puedo más, Ani, no puedo más —decía mi madre mientras lo ponía a mi lado sobre la cama—. Tu padre se fue esta mañana muy temprano, no me preguntes adónde, y no he podido ni ir al baño. No sé cómo puedes dormir con el escándalo que está armando. Tienes que sobreponerte y ocuparte más de él. Estoy agotada.

Me froté los ojos y observé la escena con sorpresa, mi madre no solía perder el control con facilidad. Estaba desbordada. Tenía energía para ocuparse de Daniel, pero no para lo acontecido en los últimos días. Emocionalmente estaba al límite. La miré con comprensión durante unos segundos y advertí que también ella había adelgazado; el pijama que el año anterior le quedaba justo ahora le colgaba como en una percha, tenía el pelo descuidado, hacía demasiado tiempo que no se ponía unas mechas y en su rostro asomaban unas ojeras que yo no recordaba haber visto nunca.

—Vale, mamá, vale, yo me ocupo. Dame un segundo para refrescarme la cara —dije en tono alto, Daniel seguía llorando sin control.

—No consigo calmarlo, creo que le están saliendo los dientes —me explicó ya más tranquila, como arrepentida de su actitud tan agresiva.

Metí el dedo índice en su blanda boquita y, efectivamente, en la encía inferior se notaban dos puntitos duros. Él comenzó a chuparme el dedo y, de súbito, se calmó, sin dejar de morder y suspirar.

—Voy a por un gel que me recomendaron en la farmacia.

En un minuto volvió con la medicina.

—Anda, ve al baño, yo se lo unto.

—Vale, no tardo.

Cuando levanté la cabeza del lavabo y vi mi rostro húmedo en el espejo, tuve la extraña sensación de que la niña de papá y mamá se había esfumado de repente. No podría decir si me desagradó o me gustó esta nueva imagen que percibí de mí misma. Por un lado, me producía añoranza comprobar que mi ingenuidad había desaparecido, pero, por otro, me llenaba de esperanza sentir que, por primera vez, me creía capaz de afrontar mi maternidad con madurez. Mis padres tenían razón: Daniel era mi hijo a todos los efectos y, por mucho que me doliera ver en sus ojos los de Raúl, tenía que acercarme a él y, al menos, compartir con ellos su cuidado.

Mis padres eran todavía jóvenes. Mi madre tenía cuarenta y cinco años y mi padre cincuenta y dos. Con un poco de suerte, estarían a mi lado hasta que Daniel se hiciera un hombre. Sabía que jamás me abandonarían. Lo ocurrido en Calachica el verano anterior era algo que me había marcado para toda la vida y los claros ojos de mi hijo me lo recordarían cada día, pero había transcurrido casi un año y empezaba a sentir que podría vivir con ello y lo haría, por amor a mis padres y a ese pequeño inocente que no había pedido venir a este mundo.

La encontré con él en los brazos, al final se había dormido con el dedo de mi madre en la boca. A ella se le caían las lágrimas mirándolo. Algunas cayeron sobre las mejillas del pequeño.

—Ya estoy lista, mamá. Venga, vete a descansar, ya me quedo yo con él —le dije con cariño y comprensión mientras extendía los brazos para que me lo diera.

—Perdóname, hija, no sé lo que me ha pasado. Todo esto es... Es tan horrible lo que te hicieron... Yo... yo siempre pensé que este chiquitín había sido fruto del amor.

—Y lo fue, mamá. Lo que pasara después no cambia lo anterior.

—Eso me consuela, no sabes cuánto. Me gustaría poder contarle una bonita historia cuando me pregunte por su padre.

—Se la contaremos.

—Bien —musitó mirándolo derretida de cariño—. Creo que voy a echarlo en su cuna, me parece que seguirá dormido un par de horas. Está agotado. ¿Desayunamos?

—Voy preparando algo.

En contadas ocasiones mi madre me había mostrado su lado más vulnerable y sensible. Ella era la fuerte de la familia, la que ponía los puntos sobre las íes y nos obligaba a mi padre y a mí a poner los pies en la tierra. Mi padre era el que jugaba en la cama conmigo, el que me dejaba dar saltos en el sofá y me daba todos los caprichos, mientras ella intentaba recordarle sin éxito que no era mi abuelo, sino mi padre. Cuando supo que estaba embarazada, a pesar de estar en el mejor momento de su carrera como fiscal, pidió un año de excedencia sin pensarlo. Mi madre sabía lo que había que hacer en cada momento y lo hacía, y, a pesar de su seco carácter, nos mostraba el amor que nos profesaba sacrificándose siempre que era necesario.

Esa mañana se manifestó tal como se sentía: un ser humano tan lleno de amor como de tristeza, preocupación y cansancio. Y me tocaba a mí meterme en el papel que ella había abandonado. Preparé el desayuno, fregué los biberones y chupetes de Daniel, lavé su ropita, la tendí... No permití que Manuela me ayudara, por más que ella insistió. Esa mañana quería ocuparme yo de las cosas de mi hijo. Todo sin dejar de ver a través de las ventanas los dos vehículos ocupados que vigilaban la casa. Después de un café y una tostada, mi madre se quedó dormida en el sofá junto a la minicuna de Daniel.

Colaborar y hacerme responsable de mi hijo me hizo sentir bien. Era como si, por un rato, hubiese encontrado el sentido de mi vida, mi lugar en el mundo, lo que contribuyó a que dejara de sentirme como una víctima y me hizo olvidar durante unas horas.

\*\*\*\*

Papá regresó a casa a la hora del almuerzo. Se le veía aún más cansado que a mi madre. Mientras preparábamos algo para comer, quise romper su inusitado silencio.

—¿Qué has hecho durante toda la mañana?

—Ya sabes, arreglar papeles. Vender una casa no es cosa fácil. He estado resolviendo los temas de la baja de la luz, el agua, internet... Me gustaría dejarlo todo atado antes de irnos.

No sé exactamente por qué, pero no lo creí. Tal vez era porque no sabía mentir y, cuando lo hacía, en contadas ocasiones, evitaba mirar a los ojos. Y él siempre te miraba directamente a los ojos, aunque estuviera pelando patatas como en aquel momento. Su explicación tenía toda la lógica; en realidad, había que arreglar mucho papeleo en poco tiempo si queríamos dejarlo todo medio hecho y marcharnos pronto. Sin embargo, ocultaba algo. Su actitud hermética y opaca, tanto conmigo como con mi madre, me hizo pensar en los posibles motivos y por un momento me estremecí.

—¿Les ofrecemos algo de comer a esos hombres? —le pregunté mirando por la ventana.

—No te preocupes por ellos, pronto llegarán los relevos. Es su trabajo.

—¿A cuántos detectives te has traído de Madrid?

—Solo a dos, los otros son de la ciudad, viven a una hora de camino.

—Ah... Papá, ¿estás bien?

—He estado mejor, pero es normal que esté preocupado. Tranquila, todo va bien. Es que tengo la cabeza en mil cosas.

—Lo siento.

—Deja de decir que lo sientes, ¿me oyes? Tú no tienes por qué sentir nada de lo que está pasando, no tienes ninguna culpa —me interpeló en un tono demasiado brusco.

—Vale —le dije con cariño y dándole un beso en la mejilla—. Voy poniendo la mesa, mamá ya ha terminado de darle el biberón a Daniel.

Después de comer y ayudar a recoger la mesa y la cocina, volvió a marcharse con la excusa de que tenía que ir al taller para vigilar la reparación del coche. Durante el almuerzo estuvo tenso y los tres fijamos la vista en la televisión hasta que terminamos. Hacía un calor infernal aquel día y no parecía imprescindible salir de casa a esas horas.

\*\*\*\*

A la hora de la siesta me llamó Sonia.

—Ani, mi tía ha venido hace un rato y dice que Raúl se ha marchado de casa. Se ha ido, creo que huyendo de la justicia. La policía lo está buscando, tenía que presentarse esta mañana en la comisaría. La pobre está destrozada, tampoco sabe dónde está Simón.

—Bueno, pues parece que él mismo se ha señalado como el culpable, ¿no crees?

—No, no creo que sea el culpable, al menos no el asesino.

—¿Cuántas pruebas más necesitas?

—Tengo las pruebas, Ani, crecí con él, era incapaz de matar a una mosca. Vale, puede que, llevado por la ira, el alcohol y sabe Dios qué más, se envalentonara aquella noche en Calachica. Seguro que lo incitaron los demás; pero no, no puede ser capaz de matar.

—Ohhh..., Sonia, cómo puedes estar tan ciega. Yo estaba allí, ¿recuerdas? Él vio cómo me violaban una y otra vez y se reservó para el final. Si fue capaz de hacerme eso, es capaz de lo peor. No creo que haya que tener más sangre fría para matar que para dejar que unos amigos violaran como salvajes a la que decía que era la chica de sus sueños y rematar él la faena. Me parece que no lo conocías como pensabas. Y yo tampoco, a mí también me engañó. Ha huido porque seguramente sabe que le esperan muchos años en la cárcel. Sé que todo esto es muy duro para ti y para tu familia, pero es la realidad.

—Muy duro, Ani. No quiero ni pensar en el invierno que nos espera, somos la comidilla del pueblo. No es para menos. Y eso que no saben lo que los Puertas hicieron contigo el verano pasado... Pero lo sabrán. Si lo cogen, al final se sabrá todo y te llamarán para declarar. No sé si lo has pensado.

—Si tengo que declarar, lo haré, pero de momento voy a seguir los consejos de mis padres y tú también deberías hacer lo mismo. Ahora no sabemos dónde está y seguimos siendo su objetivo, al menos yo. Quédate en casa, allí estás más segura. Todo pasará antes de lo que imaginas, ya lo verás.

—De acuerdo. Es curioso, ahora eres tú la que me está consolando... Pronto te marcharás y... no sé cómo voy a soportar todo esto tan sola. Seguramente no nos volveremos a ver... Y dejarás de

cogerme el teléfono y de responder a mis mensajes. ¡Me cago en esa maldita noche!

—¿Estás llorando? Vamos, Sonia, no hay nadie tan fuerte como tú. Además, sabes que puedes ir a Madrid cuando quieras y el tiempo que quieras.

—No puedo dejar a mis padres solos. Además, ¿me imaginas un solo día viviendo bajo el mismo techo que tu madre? No te molestes, pero es un poco petarda.

La imaginé sonriendo con amargura.

—Encontraremos la manera.

—¿Me lo prometes?

—Prometido. Qué injusta ha sido la vida contigo, tú te mereces mucho más.

—Contigo también lo ha sido, amiga.

## CAPÍTULO 14

Estábamos cansadas, apáticas y hartas de estar encerradas y vigiladas. Para mi madre era una verdadera tortura tener el mar a unos pasos y no poder pisar la arena. En realidad, se suponía que ella no estaba en peligro y no tenía motivos para quedarse en casa, pero no quería dejarme sola ni tenía ánimos para disfrutar de la playa.

Papá seguía a lo suyo, yendo y viniendo con papeles y asegurándonos que nos marcharíamos muy pronto. Menos mal que Daniel parecía estar encantado con el hecho de tener dos cuidadoras y no nos daba mucha guerra.

Ese día hablé dos veces con Sonia. Nada nuevo en la primera llamada, ya bien entrada la mañana. Todo lo que se sabía de los Puertas eran chismes y conjeturas sin fundamento que corrían de boca en boca entre los oriundos del pueblo y los veraneantes.

—No sé, Sonia, tengo una extraña sensación, es como si intuyera que de un momento a otro todo terminará. Es esa calma tensa que anuncia un desenlace.

—Todos tenemos esa sensación. No tiene nada de extraño, han muerto tres y dos están desaparecidos, todo en una semana. Es obvio que la próxima noticia está al caer. En casa ni respiramos, como si estando callados el destino pudiese olvidarse de nosotros y dejara de hacernos putadas. Menudo gafe tenemos los Puertas, todo lo que tocamos se hace mierda. Mírate a ti.

—No digas tonterías.

—Anda que no. Imagínate cómo está mi tía, todo el día de su casa a la nuestra lamentándose. Cada vez que ve al tipo ese en la puerta se echa a llorar sin consuelo. Todo el tiempo está diciendo: «Ay, cómo puede alguien pensar que mis niños serían capaces de hacerle daño a mi sobrina, si son como hermanos». Joder, es que es muy fuerte todo esto para nosotros. Acaba de llegar. Ea, ya está llorando. Ufff... Si supiera lo que te hicieron a ti... Pobre... Ahí están ya las dos cuñadas en la cocina, haciéndose otra tila y llorando por sus hijos. Y mi padre a lo suyo. Lleva desde que amaneció enfrente de la tele viendo debates y echando cabezadas. Dice que no va a pisar el huerto hasta que ese tío no se vaya de su puerta; que lo riegue su hermano, que es quien tiene la culpa de todo por malcriar a sus hijos. Siempre se han llevado bien y de pronto no se soportan. No sé si podré aguantar así toda la vida.

—Cuánto me duele por ti todo esto. Me gustaría ayudarte, pero no sé cómo.

—No dejes de coger mis llamadas y de escucharme, eres la única que me recuerda que no estoy tan sola.

\*\*\*\*

La segunda llamada de mi amiga supuso el comienzo del fin; aunque un fin doloroso, largo y amargo.

Debían de ser sobre la ocho y media de la tarde. Mi padre aún no había llegado, mi madre leía en la terraza, Manuela recogía la ropa y yo vigilaba a Daniel mientras intentaba sin éxito centrarme en mis apuntes. Parecía que en casa solo hiciésemos una cosa: esperar a que mi padre nos diera permiso para hacer las maletas y marcharnos de una vez.

Cuando vi el nombre de mi amiga iluminarse en el móvil descolgué con cierta ilusión. Aquel denso silencio me estaba matando.

—Hola... —la saludé despacio y casi susurrando para no despertar a mi pequeño.

—Simón ha muerto —dijo con la voz entrecortada por el llanto—. No estaba desaparecido, estaba muerto, colgado de un olivo que hay en nuestro huerto.

—¡Dios mío! ¿Qué locura estás diciendo?

—Lo que oyes, Ani. Lo encontró mi tío hace un par de horas. No he podido llamarte antes... Puede que estuviese muerto desde esta mañana...

Sentí como si algo se me hubiese travesado en la garganta y durante unos segundos no fui capaz de articular palabra.

—Ani, di algo, por Dios.

—Es que es tan horrible... —contesté al fin.

—Eso no es todo, amiga...

—¿Raúl también? —le pregunté sollozando de espanto y observando el dulce sueño de mi pequeño, que de súbito rompió a llorar, como si una amarga pesadilla hubiese irrumpido en su mente. No la dejé contestar, necesitaba que alguien se ocupara del bebé para poder seguir con la conversación—. Espera un momento, voy a buscar a mi madre para que atienda a Daniel.

Con el móvil sujeto entre la oreja y el hombro, cogí a Daniel sumido en su llanto y me dirigí hacia el jardín. Entonces me topé con Manuela y una montaña de trapos.

—¿Puedes ocuparte de él un momento?

—Claro, hija. A ver, dame a ese pequeñuelo. ¿Qué te pasa, mi vida?

Por suerte, no advirtió mi tribulación y pude continuar hablando con Sonia.

—Ya está.

—No ha sido Raúl...

Sonia calló para sofocar su llanto, estaba destrozada.

—Tranquila, llora todo lo que necesites.

—Mi tío también ha muerto. Ha sido espantoso, Ani, espantoso. Lo han encontrado a los pies de su hijo, que colgaba de una cuerda como un animal. Parece que se ha pegado un tiro con su escopeta de caza. Se ha volado la cabeza.

Me senté y, en un acto instintivo, me llevé la mano al pecho como si mi corazón estuviese a punto de explotar.

—No puede ser...

—Lo he visto con mis propios ojos, Ani. ¡Por Dios Santo! ¿Cuándo va a acabar esto? No te imaginas qué escena más espantosa, no puedes ni imaginártela...

—No, no puedo imaginar lo que habrá supuesto para ti. Pero intenta tranquilizarte, ¿vale? Todo se arreglará, Ani, ya lo verás.

—¿Cómo puedes pensar que una tragedia familiar como esta pueda arreglarse? Todavía me tiemblan las piernas. Creíamos que se había ido y estaba a doscientos metros de aquí, detrás de nuestra casa... Han cerrado la calle y el huerto porque en media hora estaba todo el pueblo aquí curioseando. Esto está lleno de policías y guardias civiles, tu padre también estaba por aquí hace un momento hablando con Salas. Supongo que el detective que había en mi puerta lo avisaría antes que a nosotros de que algo estaba pasando. No lo sé.

—Tienes que ser fuerte, tu familia te necesita más que nunca. Venga, amiga, venga...

—Lo sé, pero en este momento me cuesta hasta respirar. No se me va de la cabeza la imagen de Simón colgado del olivo en el que tantas veces jugamos, con los ojos vueltos y la lengua... Y mi

tío a sus pies con la cabeza ensangrentada...

—Vamos, no te tortures pensando en eso, por favor.

—Tengo que dejarte, mi madre y mi tía están en el salón y no paran de gritar y llorar.

—Vale. Las oigo a lo lejos. Para lo que necesites, lo que sea, llámame. Ánimo, amiga.

\*\*\*\*

De repente, me quedé como vacía. Durante unos minutos no sentí ninguna emoción, como si me hubiesen arrancado el corazón y el cerebro. Permanecí sentada en el sofá mirando al vacío, como ida. Hasta que mi madre me zarandeó diciendo mi nombre.

—Ani. Ani, ¿estás bien? ¿Qué te pasa?

—Simón se ha ahorcado y su padre se ha pegado un tiro —dije con la mirada perdida.

—¿Qué? ¿Quién te lo ha dicho?

—Me acaba de llamar Sonia, ella misma los ha visto. Creo que papá está allí. Oh, mamá, si la hubieras escuchado...

Me abracé a mi madre y, una vez más, rompí a llorar sin consuelo. Manuela, mirándonos con el pequeño ya calmado en los brazos, no cesaba de repetir: «Madre de Dios. Madre de Dios...».

Pasado el primer impacto, las tres nos quedamos mirándonos sin saber muy bien qué decir. Hasta que mi madre expuso con mucho tacto la teoría que a todas nos rondaba por la cabeza.

—Bueno, pues con estas últimas noticias parece que todo llega a su fin.

—Dios te oiga, Ana —le contestó Manuela.

—Parece claro que el asesino era Simón y no ha podido soportar su mala conciencia. Tiene toda la lógica.

—¿Pero qué motivos podía tener ese joven para acabar con sus amigos uno a uno?

Mi madre y yo nos miramos con complicidad.

—Todos estaban metidos en negocios muy sucios, quién sabe por qué lo ha hecho. El mundo de las drogas es muy oscuro.

Yo no estaba de acuerdo. No todos estaban metidos en el negocio. Me constaba que Raúl jamás se había drogado, ni siquiera se había llevado un cigarrillo a la boca. De hecho, discutía constantemente con su hermano censurándole sus vicios. El crimen que había cometido Raúl era aún más horrible que vender o consumir drogas.

—Qué pena para esas madres. En fin, voy a dejar a este muñeco en su cuna y me voy a mi casa a regar el huerto. Me quedo a dormir, que mañana temprano llegará mi Paco. El lunes estaré aquí a primera hora, pero si me necesita solo tiene que llamarme —dijo mientras con todo el mimo acostaba a Daniel.

—No te preocupes, te llamaré si te necesito.

—Pues hasta mañana. Procurad descansar —se despidió antes de cerrar la puerta.

—No está tan claro que esto haya terminado, mamá. Raúl sigue por ahí...

—Lo encontrarán, pero eso a nosotros ya no nos importa. Nos marcharemos cuanto antes y daremos por terminado este amargo verano.

—¿Cómo puedes decir eso? Es el padre de Daniel y un criminal que anda suelto.

—Pero él no sabe que tiene un hijo, ¿verdad? Pues ya está. Aunque el asesino fuera Raúl, ya no corren el peligro de delatarse unos a otros. Cabe la posibilidad de que Simón, antes de suicidarse, acabara también con la vida de su hermano. Lo más prudente es marcharse cuanto antes. Estoy convencida de que si Raúl está vivo no se le ocurrirá decir lo que te hicieron. No creo que nada

nos retenga ya aquí. ¡En qué maldita hora se empeñó tu padre en regresar a esta playa, en qué maldita hora!

Tenía razón. Tanto si Raúl estaba vivo como si no, todo había llegado a su fin y, si estábamos en lo cierto y ninguno había hablado, los hechos ocurridos en Calachica seguirían siendo un secreto para aquel pueblo, excepto para Sonia.

\*\*\*\*

Mi padre llegó pasadas las once de la noche. Se le veía tan apesadumbrado como extenuado. Mi madre y yo fingíamos estar viendo uno de nuestros programas favoritos, pero ninguna de las dos podía dejar de pensar en lo acaecido aquella tarde.

Dejó las llaves sobre la mesa y nos saludó.

—Hola —dijo sin más.

—Hola, Mariano.

—Hola, papá.

—Os habéis enterado, supongo.

—Sí, Sonia llamó a Ani esta tarde. Es espantoso. Dice que has estado allí...

—Me llamó el vigilante que contraté cuando vio el revuelo —la cortó de inmediato, manifestando claramente su hartazgo—. Si no estáis muy cansadas, me gustaría que nos marcháramos esta misma noche. Creo que ha llegado la hora de pasar página y regresar a Madrid.

—Por mí no hay problema —dije con cierto entusiasmo, habida cuenta de la situación.

—¿Pero tú sabes qué hora es? Tengo que preparar un sinfín de cosas. Y a ti se te ve tan cansado...

—Estoy bien, conduciremos los dos. Y estaré mucho mejor cuando salgamos de este maldito pueblo. Si nos ponemos a la tarea los tres, estaremos en camino en un par de horas. Mañana llamas a Manuela y le dices que se ocupe de todo lo que dejamos aquí. Le pagaremos lo que haga falta para que nos envíe lo que queramos conservar. Lo demás se venderá con la casa. No puedo pasar ni una noche más en este pueblo, no pienso volver ni a punta de pistola.

—¿Y el coche?

—También lo pondré a la venta en cuanto esté reparado. Tampoco pienso volver a conducirlo.

—De acuerdo —cedió mi madre—. Pues vamos a la tarea. Esperemos que Daniel no se despierte mientras tanto. Ani y yo vamos haciendo las maletas y tú puedes ir recogiendo lo que se pueda estropear en la cocina.

—Vamos allá —dijo él fingiendo entusiasmo—. ¿Qué tal estás tú, cariño? —me preguntó al ver que tenía los ojos rojos e hinchados.

—Bien, con unas ganas terribles de marcharme.

—Todos estamos deseando regresar —apuntó mi madre levantándose del sofá—. Nos va a parecer mentira cuando lleguemos a Madrid.

## CAPÍTULO 15

Abandoné Salomar sin despedirme de Sonia, dejándola en plena noche cuando más me necesitaba. Durante el trayecto, en plena madrugada, no dejamos de enviarnos mensajes prometiéndonos que siempre nos tendríamos la una a la otra y que haríamos lo posible por vernos muy pronto.

La sucesión de tragedias no estaba totalmente resuelta. Aunque nuestra teoría tenía toda la lógica, lo cierto es que la investigación iba a continuar abierta durante un tiempo y que Raúl estaba huido, o simplemente desaparecido. Y mientras él estuviera en paradero desconocido yo no podría pasar página.

Cuando llegamos a Madrid ya lucía el día, que prometía ser uno de los más calurosos del verano. Nuestra casa estaba impoluta. La empresa de limpieza era realmente eficaz, como lo era Manuela, pero faltaban las flores por los rincones y en las macetas de la terraza, cuyas vistas te permitían arrancarle un pedazo a la ciudad con solo extender la mano. Fue reconfortante rodearnos de nuevo de las cosas que nos recordaban nuestra rutina, quitarnos el calzado y pisar el cuidado parquet, percibir el olor de la cera de los muebles y del papel de los libros, bañarse en la luz de la mañana que entraba por la cristalera... No había que esforzarse mucho para imaginar por un momento que no teníamos otra vida más que la que disfrutábamos en aquel momento. Pero era una ilusión. Lo cierto es que habíamos cambiado y que el natural optimismo de mi padre se había esfumado.

Durante aquellos calurosos días de agosto en Madrid solo pensaba que revelarles a mis padres mi secreto había sido finalmente el mayor de los errores. Si hubiese guardado silencio, ellos habrían vivido cada muerte como cualquier veraneante. Con algo más de perplejidad por mi cercanía con Sonia y su primo Raúl, pero con la suficiente distancia como para que no afectara a sus vidas. Tampoco se habrían visto obligados a pedirme que no denunciara los hechos. Y, lo más importante, no se estremecerían cada vez que imaginaban a cinco bestias violando a su hija.

A veces sentía que a mí me sería mucho más fácil vivir con lo ocurrido en Calachica que a ellos; ahora no solo sufría por mí, también lo hacía por mis padres. Y eso me causaba más dolor. Compartir el sufrimiento con las personas que más te aman debería aliviar una carga como la mía, pero lo cierto es que se multiplicó. Porque, por mucho que ellos intentaban aparentar normalidad, estaban profundamente tristes y resentidos. Para mí ya había transcurrido un año, había tenido tiempo de asimilar y aceptar que la nueva Ani viviría siempre herida. Pero para ellos era como si acabara de ocurrir y les resultaba imposible ocultar que estaban rotos por dentro.

La nueva situación me obligó a acercarme más a mi hijo. Mis padres estaban como faltos de energía y entre ellos se había alzado una especie de muro invisible que les impedía comunicarse con normalidad.

Papá seguía de vacaciones y estar tan ocioso en un Madrid que en agosto invitaba a permanecer en casa le hacía sentir como un animal enjaulado. Pasó los días encerrado en su despacho, leyendo y mirando su ordenador. A veces, cuando escuchaba el llanto desesperado de Daniel, salía y lo consolaba dándole paseos por la casa. Pero ya no le hablaba con el mismo entusiasmo, lo hacía como sin ganas, instalado en una desidia que llegaba a preocuparme.

Mi madre continuaba en su papel de abuela abnegada. Todavía le quedaban unos meses de la

excedencia que había pedido para ayudarme a criar a Daniel. Pero sus ratos libres los pasaba aislada. Se metía en la pequeña salita y allí veía sus programas favoritos, llamaba a las amigas o hacía crucigramas. Algunas tardes salían a pasear a nuestro pequeño, los únicos momentos que pasaban juntos.

Yo no conseguía concentrarme en mis estudios, la tensión que había en casa me asfixiaba y tampoco parecía que a mis padres les importara demasiado que no aprobara ninguna asignatura en septiembre y retomara mi carrera. Era como si tuviesen asumido que eran días de espera y había que matar el tiempo como fuere y aguantar, aunque en realidad no parecían esperar nada.

Lo que me había ocurrido era demasiado para unos padres y yo lo comprendía, pero a veces pensaba que se estaban extralimitando abrigando su dolor y que con su apática actitud ante la vida estaban aumentando mi sufrimiento. Hubiese preferido que se esforzaran en volver a la normalidad. Era lo que necesitaba. Pero resultó que eran ellos los que necesitaban ayuda para superar que su hija hubiese sido violada por cinco animales a pocos días de cumplir los diecinueve años.

\*\*\*\*

Sonia y yo hablábamos a diario varias veces, aunque procuraba que mis padres no se enteraran. No querían saber nada de Salomar. No les faltaban motivos, ni a mí tampoco. Pero yo seguía teniendo allí a mi mejor amiga y, enterrada en sus arenas, la única historia de amor que había vivido. Porque lo que había sentido por Raúl el verano anterior había sido real, aunque aún no conocía el monstruo que llevaba dentro. Era complicado ocultarle a mi madre todas las llamadas que nos hacíamos Sonia y yo, y a veces me escuchaba hablar con ella, aunque estuviera encerrada en mi habitación.

—Deberías dejar de hablar con Sonia —me decía cuando salía de mi habitación—. Tienes que salir con tus amigos de siempre y olvidarte de ese maldito pueblo.

—No puedes pedirme eso, Sonia no tiene la culpa de nada. Hablar con ella me hace sentir menos sola. Ambas nos necesitamos y nos apoyamos. No te imaginas el infierno que está viviendo. Además..., no sé si lo has pensado, pero ella es la tía de Daniel.

Mis últimas palabras le hicieron entrar en cólera. Fue como si de pronto hubiese sido poseída por la furia de un animal herido de muerte. Comenzó a hablarme aparentemente tranquila, pero por segundos fue elevando el tono y mudando el gesto. Pude leer en su rostro una suerte de sorprendida indignación.

—Así que su tía, eh... No te equivoques, Daniel no tiene padre, ni tíos, ni abuelos paternos. ¡Daniel solo nos tiene a nosotros! ¡Daniel es nuestro y solo nuestro! ¿Lo has entendido?

—Perfectamente, pero no voy a ceder en esto. Jamás dejaré que mi hijo crezca odiando todo lo relacionado con Raúl.

—Ahhh... Vaya... Así que ahora es *tu hijo* y el sobrino de *tu amiga*. Muy bien, pues a lo mejor es hora de que ejerzas como una verdadera madre.

—Pero ¿qué te ocurre, mamá? —le pregunté muy extrañada por su actitud.

—¿Que qué me ocurre? ¡Oh, Dios mío! ¿Se te ha olvidado todo lo que nos ha hecho esa familia? ¿Qué te ocurre a ti!?

Comprendí que mi madre simplemente estaba liberando tanta tensión acumulada y que debía retirarme a tiempo.

—No quiero mantener esta conversación. Déjalo ya, mamá.

—Oh, sí, vamos a dejarlo. ¡Vamos a dejar que esa gente siga entrando en nuestras vidas como si nada después de habernos destrozado!

—¿Qué está pasando aquí? Habéis despertado a Daniel —irrumpió mi padre en el salón con mi hijo en brazos—. Vamos a tranquilizarnos todos un poco, aunque solo sea por este inocente.

—Está claro que no debí contaros nada, hubiese sido más fácil para todos —dije mirando a mi padre—. Dame a mi hijo, yo volveré a dormirlo.

Por segunda vez lo llamé *mi hijo* en presencia de mis padres y creo que entendieron muy bien lo que significaba: ya no era la pequeña princesa, había madurado y empezaba a asumir mis responsabilidades y a tener mi propio criterio. De ninguna manera iba a dejar que manejaran mi vida a cambio de protección y ayuda, y menos en un momento en el que estaban demasiado sensibles para recomponer sus propias vidas. Hasta ese momento ellos habían sido el equilibrio y yo el caos, pero parecía que desde que habíamos llegado de Salomar las cosas habían cambiado.

—Creo que ha llegado el momento de que aceptes ayuda profesional para superar todo lo que has vivido. Hablaré con mi amigo, es muy bueno —me dijo mi padre mientras ponía a Daniel en mis brazos.

—Pues a mí me parece que os hace más falta a vosotros. Desde que os lo confesé no parecéis los mismos, estoy más sola que nunca.

—Podemos ir los tres —insistió.

—¿Y contar delante de vosotros y un completo extraño todos los detalles de... mi violación? No, gracias, creo que no estáis preparados y yo ya he salido escarmentada. A veces es mejor callar. Voy a intentar dormirlo, parece cansado —respondí ya dándome la vuelta.

\*\*\*\*

El veinte de agosto llegó un camión con todos los enseres que habíamos dejado en el chalé de Salomar. No imaginábamos todo lo que habíamos acumulado durante años y mi padre no pensó que fuese necesario un guardamuebles hasta que el transportista abrió las puertas del vehículo.

La buena de Manuela se había encargado de empaquetarlo todo. Cajas de todos los tamaños con un rótulo que anunciaba su contenido, nuestras bicicletas, los equipos de buceo, juegos de playa, sombrillas, hamacas, herramientas de todo tipo, el coqueto escritorio que me había regalado mi padre cuando comencé la primaria, el televisor, el equipo de música, el frigorífico, el lavavajillas... y todo tipo de electrodomésticos... Dieciocho veranos. Metimos todo lo que pudimos en la cochera y el resto en una de las habitaciones de invitados de casa y en un baño que no usábamos. No quedó ni un hueco libre. Ver todo aquello hacinado era una imagen desoladora. De alguna manera nos recordaba que, por mucho que quisiéramos dar un portazo al pasado, las vacaciones de nuestras vidas nos perseguirían para siempre. Mientras los transportistas metían todo tipo de objetos en casa, mi padre no dejaba de repetir que tenía que haberlo vendido todo.

## CAPÍTULO 16

Las autoridades encargadas de investigar los sucesos ocurridos ese verano en Salomar no volvieron a molestarnos. Y si lo hicieron yo no tuve noticia alguna. Parecía claro que estábamos fuera de toda sospecha. Tampoco Sonia disponía de mucha información. Según me decía, la investigación iba lenta y, en el pueblo, los rumores y todo tipo de teorías proliferaban con el paso de los días. En realidad, si sabía algo más procuraba ocultármelo para no hurgar en mi herida e intentábamos conversar más sobre el futuro que sobre el pasado. Fantaseábamos con la posibilidad de cumplir nuestros sueños, de ser lo que siempre quisimos. Me contaba cómo estaba el mar, qué temperatura hacía, la hora a la que se había levantado... Yo le decía que tenía que encontrar la manera de viajar a Madrid, que le iba a encantar la vida de la capital y tenía muchas ganas de enseñársela... Las dos evitábamos, en la medida de lo posible, aquello que nos hiciese llorar. Pero esa tarde quería contarme algo relacionado con el episodio más siniestro que se había vivido en Salomar.

Mi móvil sonó antes de lo habitual. Normalmente me llamaba sobre las siete de la tarde y eran poco más de las cuatro. De hecho, habíamos hablado hacía un rato.

—¿Qué pasa?, hoy es más temprano que de costumbre —le dije sin saludar.

—Ya. Es que necesitaba hablar contigo.

—Pues aquí me tienes.

—Ani... ¿Estás sola?

—Sí, tranquila, estoy en mi habitación tumbada en la cama. A estas horas en Madrid solo se puede estar reposando y bajo el aire acondicionado. En casa todos duermen, no te imaginas el calor que sigue haciendo aquí. ¿Qué te pasa? Dime. ¿A qué viene tanto misterio?

—Es que... no sé cómo decirte esto. He encontrado una carta sobre mi cama.

—¿Tienes un admirador? Pobre... Si supiera que contigo no se va a comer ni una rosca...—le dije intentando bromear, aunque sabía que el tema debía ser grave.

—Es de Raúl.

Me incorporé y guardé silencio durante unos segundos. Me costaba creer que volviera a tener noticias del causante de mis peores pesadillas.

—No sé si quiero saber más, creo que no me conviene...

—Escúchame, por favor, no cuelgues.

—No, escúchame tú a mí. Mi familia y yo hemos huido de Salomar para olvidarnos de todo cuanto antes. La única noticia que me gustaría recibir de Raúl es que está enterrado como su hermano y sus amigos.

—Tienes que leerla, Ani.

—¿Leerla? Lo que hay que hacer es informar a la policía de que ese criminal está en el pueblo y merodeando alrededor de tu casa, y espero que lo hagas.

—Pero...

Y le colgué. Antes de que el corazón terminara rompiéndome el pecho. Fue como volver a Calachica, a esa noche oscura tras el pañuelo, a los gritos ahogados por la esponja, a los guijarros clavados en mi espalda, a la más cruel indefensión mientras usaban mi cuerpo como un estercolero. Estaba vivo y seguía en mi vida, y yo sentí que su siniestra sombra me perseguiría el

resto de mi existencia. Si en algún momento me había hecho la ilusión de que todo había quedado atrás, se había desvanecido. No, no podía ni quería saber nada del más vil de los verdugos. Llevaba mucho tiempo intentando olvidarlo y, cuando no lo conseguía, me esforzaba por recordar al primer Raúl que conocí, el chico que me había enamorado y se había convertido en el padre de mi hijo, como si ambos no fuesen la misma persona. Pensé que tal vez mi madre tenía razón, tener contacto con Sonia era como seguir presa de una maldición.

Me encontraba tan afectada que, con el teléfono móvil aún en la mano, sentí el impulso de bloquear su número. Creí que era la única manera de terminar de una vez. Ilusa de mí, como si cortando una rama se pudiera arrancar un árbol de raíz. No lo hice. No porque no tuviera el suficiente valor como para bloquear su número de mi lista de contactos; no porque en aquel momento su amistad no me compensara lo suficiente como para mantenerla por encima de la estabilidad de mi familia, sino porque justo en ese instante recibí dos imágenes por WhatsApp. Eran las fotografías de las dos páginas de la carta de Raúl. Después me llegó un mensaje: «Ahí la tienes. Era mi obligación hacer que te llegara. Ahora haz lo que te salga de los ovarios: leerla o eliminarla. Adiós».

Sin darme tiempo a pensar, apagué el móvil, pero ni bloqueé el número de mi amiga ni eliminé las imágenes de la carta. Necesitaba relajarme y reflexionar con una lucidez que en ese momento no tenía.

\*\*\*\*

Todo el coraje que había ido fraguando en Madrid a medida que pasaban los días se esfumó de repente. Empecé a sentirme como la mañana después de que me arrebataran toda la dignidad. Regresé a mi papel de víctima, porque lo era por mucho que quisiera olvidarlo; porque era imposible distanciarse emocionalmente de la noche de Calachica. ¿Quién puede sobreponerse a algo así? ¿Quién puede huir de los episodios más oscuros de su pasado? Es imposible. Aunque se lo cuente a su psicólogo, lo comparta con su mejor amigo o lo confiese a sus padres. Solo consigues revivir una y otra vez lo que tanto necesitas olvidar, para terminar, día tras día, viendo el horror en los ojos de los que más amas. Si en algún momento consigues ignorar tanto dolor, al final un gesto, una palabra, una mirada en tu entorno lo volverán a despertar.

Como aquella madrugada, una vez más, volví a sentir un frío interior que me quebraba las vísceras. Lo que más quería y necesitaba era estar sola. Lancé el móvil al parqué y me acurrugué en la cama deseando escapar de una vida que volvía a ser insufrible para una joven a punto de cumplir los veinte años y que aparentemente lo tenía todo, pero en realidad carecía de lo más importante: ilusión. Solo quería dejar de pensar, dejar de sentir; pero no pude evitar volver a verme en aquella playa, con los muslos y el vientre encendidos y sucios, caminando hacia el negro mar para limpiar las huellas y la mugre y después entregarme a él.

Creo que me había hecho la falsa ilusión de que Raúl ya no existía, que había desaparecido para siempre, igual que el resto de la pandilla. De alguna manera, pensar que era imposible que alguno de los cinco volviese a cruzarse en mi vida me había ayudado a recuperar cierta estabilidad cuando llegué a Madrid. No existían. Se había terminado la pesadilla. Pero lo cierto era que, aunque hubiese sido así y los cinco estuvieran muertos y bajo tierra, en mi mente seguían vivos y la pesadilla aparecía tanto despierta como dormida.

El sueño me venció unas dos horas después de hablar con Sonia y, durante ese tiempo, mi mente me permitió cambiar el final de la historia en Calachica. No perdía la conciencia, conseguía

zafarme de la cinta que inmovilizaba mis manos, me sacaba la esponja de la boca, me quitaba la venda de los ojos y alcanzaba una piedra justo cuando Raúl estaba a punto de entrar en mi cuerpo después de que lo hicieran sus cuatro amigos. Entonces lo golpeaba en la cabeza una y otra vez, sin descanso, con todas mis fuerzas, hasta que sus sesos se desparramaban por mi pecho como gelatina caliente. Pero cuando ya estaba convencida de que había muerto, me levantaba, lo miraba y allí estaba, completamente desnudo sobre la arena de la playa, mirándome con el azul de sus ojos encendido como dos deslumbrantes faros en la noche, riendo, con su melena ondulada y rubia intacta. La sustancia gelatinosa que me cubría no era su cerebro. Eran los restos de la orgía que se habían corrido sus amigos en mi cuerpo. Era una imagen tan pavorosa que mi propio grito me despertó.

—Ani. ¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

Debí de gritar más de una vez, porque cuando me desperté mi padre ya estaba sentado en mi cama acariciándome el pelo. Yo estaba sudando y con las manos cruzadas sobre el pecho.

—Creo que sí —dije casi sin aliento—. Oh, papá...

—Venga, princesa, venga. Ha sido una pesadilla, ya pasó.

—No, no pasó, a veces pienso que no pasará nunca. Ha sido horrible, horrible.

—¿Quieres contarme lo que estabas soñando?

—No, no, no quiero volver a pensar en eso.

¿Cómo iba a relatarle a mi padre tan dantesca escena? ¿Cómo podría mantenerse entero mientras su hija le contaba que después de ser violada por cuatro fieras intentaba matar a la quinta a pedradas? Ni yo podría haberlo verbalizado ni él lo habría soportado.

—Dime que todo saldrá bien, dímelo, papá —le imploré mientras me brotaban las lágrimas.

—Todo saldrá bien, cariño. Todo saldrá bien.

—Vale, ya estoy algo más tranquila.

—Ani, he llamado a mi amigo, el psicólogo del que te hablé. Está dispuesto a verte mañana mismo. No ha sido fácil, está bastante solicitado y acaba de llegar de vacaciones.

—¿Qué le has dicho? —le pregunté alarmada.

—Nada, que me gustaría que hiciera un hueco para hablar contigo. Tú decides qué contarle. Solo te pido que vayas a esta primera consulta, solo eso.

—Lo haré por ti —le contesté, pero sin la mínima esperanza de que hablar con un desconocido me hiciera regresar a mis años más felices. Sobre todo, porque de ninguna manera pensaba contarle el motivo de mi tristeza.

—Bien. Gracias, hija. Oye, ¿qué hace tu móvil en el suelo? —me preguntó levantándose para recogerlo.

Me lo puso en la mano y yo lo dejé de inmediato bocabajo en mi mesilla.

—Mamá y yo tenemos que salir a hacer la compra, mañana me reincorporo al trabajo y me esperan unos días complicados. ¿Te encuentras bien como para ocuparte de Daniel?

—Claro.

—Está durmiendo en el salón. Le toca el biberón a las ocho y media, pero no lo despiertes si no te lo pide. Lleva todo el día muy inquieto— me informó antes de darme un beso en la frente y marcharse.

\*\*\*\*

Daniel durmió plácidamente hasta después de que llegaran mis padres con la compra. Durante

más de dos horas estuve sola, debatiéndome entre la decisión de eliminar la carta de mi móvil o leerla y dejar de torturarme. Encendí el móvil varias veces, pero luego me convencía a mí misma de que no me haría ningún bien tener noticias de Raúl, y menos de su puño y letra. Nada de lo que explicara en esa carta podría cambiar su tropelía. Era una tentación en la que no debía caer si quería distanciarme de la noche de Calachica.

Pero la curiosidad terminó por llevarme a echar un vistazo rápido a la primera imagen y leí las primeras líneas: «Mi queridísima prima Soni —él la llamaba Soni o Sonita, por lo pequeña, decía—: Me he atrevido a acercarme a tu ventana y dejarte esta carta porque necesito que seas mi cómplice y que me ayudes a comprender qué está ocurriendo. Estoy destrozado, no puedes imaginarte la soledad que siento al no poder compartir con mis padres el dolor que estarán padeciendo por la muerte de mi hermano. Todo lo que ha pasado durante estas semanas se escapa a mi entendimiento...».

No pude seguir leyendo. Su cinismo me parecía tan ofensivo que solo podía ser propio de alguien que había perdido la cabeza o que tenía doble personalidad. Esto último me cuadraba más; al fin y al cabo, yo había sufrido en primera persona al doctor Jekyll y al señor Hyde, al monstruo y al hombre. Sí, ante aquel desvarío todo era creíble, porque no era posible que un criminal pudiera encabezar una carta fingiendo ingenuidad e ignorancia con tanto descaro.

Dudé durante un buen rato de si era sensato seguir leyendo, pero finalmente me decidí y comencé desde el principio, yendo de pasmo en pasmo con cada una de sus palabras.

Mi queridísima prima Soni:

Me he atrevido a acercarme a tu ventana y dejarte esta carta porque necesito que seas mi cómplice y que me ayudes a comprender qué está ocurriendo.

Estoy destrozado, no puedes imaginarte la soledad que siento al no poder compartir con mis padres el dolor que estarán padeciendo por la muerte de mi hermano. Todo lo que ha pasado durante estas semanas se escapa a mi entendimiento.

Sé que los chicos estaban metidos en asuntos muy turbios con la complicidad de Salas. Por más que quise mantenerme al margen, no pude evitar conocer algunos de sus negocios. Cuando supe de la desaparición de Manu no creí que hubiese muerto de una sobredosis, era muy cuidadoso con ese tema; como en ningún momento pensé que Víctor se hubiese despeñado por el acantilado. Luego ocurrió lo de Luis y confirmé mis sospechas: había sido un ajuste de cuentas en el que incluso podría estar implicado Salas.

Al final todas las sospechas apuntaban hacia mí. Yo ya estaba en el punto de mira por el tema del robo del coche y Salas me llamó para interrogarme cuando ya estaba claro que sus muertes no habían sido fortuitas. Me dijo que me guardara bien las espaldas porque era el principal sospechoso. Tuve miedo, ya sabes cómo se las gasta. Estuve tentado de contarle que fuisteis Ani y tú las que cogisteis el coche y chocasteis contra el árbol, pero no pude. Llámame tonto, pero no quise que pasarais por lo mismo que yo. Ya sé que hubiese sido una dulce venganza después de la manera en la que Ani me dejó el año pasado. Te confieso que me afectó bastante, pero no pude, sobre todo porque tú eras la que conducías. No sé por qué estuve siguiendo y vigilando a Ani cuando llegó a Salomar. Tenía la necesidad de verla, de comprender por qué me había dejado de aquella manera tan brusca e inexplicable; aunque reconozco que el día anterior a su partida no me comporté como un caballero. En fin, tenía la esperanza de encontrar respuestas y creo que ya las tengo: mi comportamiento la asustó y decidió que no le interesaba una relación conmigo. No la culpo.

Pero todo esto ya es pasado, ahora solo pienso en mi hermano y en las razones que lo llevaron a quitarse la vida. No puedo creérmelo, es imposible que hiciera algo así, ¿por qué motivo? Creo que quienquiera que se ocupó de Manu, Víctor y Luis también mató a Simón y quiso que pareciera un suicidio para hacer pensar a la policía que, después de asesinarlos, no pudo con su conciencia y así salir libre. Ya sé que nunca nos llevamos como verdaderos hermanos, siempre estábamos a la gresca por todo, pero... ¿sabías que estaba loco por Ani? No soportaba que terminara saliendo conmigo y tuvimos muchas discusiones por ella. Ani, siempre Ani.

Pasara lo que pasara, Simón era mi hermano y no sabes cómo me duele esta tragedia, sobre todo por mi madre. Si puedes, dile que estoy bien y la echo de menos, pero que tengo que alejarme de Salomar y pensar qué voy a hacer con mi vida. Si te es posible, contéstame, escríbeme lo que sepas y deja tu carta bajo la vieja barca de mi padre.

Adiós, Sonita. Intentaré ponerme en contacto contigo cuando tenga oportunidad.

Un abrazo,

Raúl

Nunca me había sentido tan confusa. Acababa de leer la carta de alguien que parecía totalmente inocente de un crimen del que yo había sido víctima. Aquello solo podía tener una explicación: había escrito esa carta con la única intención de convencer a Sonia de que no solo no había participado en la violación múltiple de Calachica, es que ni siquiera conocía los hechos. Si convencía a su prima, a través de ella podría, quizá, convencerme a mí. Pensé que tenía miedo de que hablara, o de que ya lo hubiese hecho y pagara con muchos años de cárcel si llegaban a apresarlos. De hecho, era el único de los cinco que podía pagar por su crimen. Especulé con tantas posibilidades... Incluso con la de que pudiera ser inocente; pero era imposible. «Toda tuya, Raúl», le había dicho Simón justo antes de que me desmayara y sintiera el fuego de su cuerpo ya quemándome la piel. Él había sido el último, él me había rematado. Los cinco me habían herido y me habían dejado cinco lesiones abiertas y sangrantes. Puede que cuatro de ellas las recordara por sus cicatrices, pero la que me había dejado él sangraría toda mi vida.

No me importaba dónde estuviera Raúl, no quería volver a saber de él jamás.

Luego comprendí que Sonia mostrara una actitud tan distinta a la mía cuando leyó la carta. Era su primo favorito. Él la llevó al colegio cuando era pequeña, al cine, a su primera fiesta, le ayudó a hacer los deberes y la cuidó cuando su madre no podía, porque su hermano Lolo siempre andaba haciendo trastadas con Simón, que eran de la misma edad. Raúl le llevaba casi siete años y, según ella, siempre había sido un chico responsable y los padres de Sonia confiaban en él, lo que no ocurría con su hermano Simón. Me di cuenta de que había sido demasiado brusca con mi amiga y debía disculparme. Así que contesté su wasap: «Ya leí la carta. Perdona mi reacción. Lo siento mucho». Ella respondió enseguida preguntándome si podía llamarme por teléfono. Le dije que sí.

—Lo siento, Sonia, no quise hacerte daño.

—Ya lo sé, y comprendo tu reacción; pero tenía que decírtelo. ¿Qué hubieses hecho tú?

—No lo sé. Pero ya está, dejémoslo así.

—Pero la has leído. ¿No tienes nada que decirme? Sé lo que te cuesta hablar de Raúl, pero es que...

—Te entiendo, Raúl ha sido para ti casi un hermano; pero yo estuve allí, ¿recuerdas? Fui yo la que sentí su peso sobre mí antes de perder la conciencia, y fui yo la que escuché cómo Simón le

cedía el último turno. Y no sé si quiero seguir hablando de esto, me hace sentir que tu amistad me perjudica.

—No me importa, bueno, sí, qué coño, pero me arriesgo. Creo que debemos hablar de Raúl hasta comprender sin ninguna duda qué pasó realmente. Sigo pensando que algo no cuadra, y después de la carta de Raúl lo tengo más claro que nunca. Piénsalo. En realidad, no puedes asegurar que el último que te violó fuese él. No lo viste, no lo oliste, no pudiste comprobar quién fue. Solo te basaste en la frase que dijo Simón. ¿Y si fue una trampa? Sería muy propio de Simón. Esto tiene mucha más lógica que la absurda idea de que Raúl te violara y consintiese que lo hicieran los demás. Joder, Ani, ¿de verdad piensas que no conocía a mis primos? Al menos permítete dudar...

—Qué fácil le ha resultado convencerte con una simple carta —la interrumpí—. No sabes cómo me duele recordar aquella noche, de verdad que me duele decirte que... uff... cuando Simón terminó y le cedió mi... cuerpo, yo... —Me costaba explicarle el porqué de mi convencimiento, pero debía hacerlo—. Verás, en esos momentos en los que no ves, no puedes gritar y apenas puedes moverte, el recuerdo más intenso está ligado a los sentimientos. Supe que era él, no solo por la frase que dijo Simón. Antes de desvanecerme, noté que era el más corpulento. Sentí sus grandes manos sujetándome las piernas. Eran cinco y el quinto fue él. Nada me gustaría más que creerte porque, sobre todo, podría mirar a mi hijo sin estremecerme de dolor.

Comencé a sollozar, solo pronunciar el nombre de Raúl ya me hacía llorar y, aunque hubiese querido argumentar sin emocionarme, no pude.

—Ani, no sé quién fue el quinto, pero pondría la cabeza a que no fue Raúl y tengo que demostrártelo. Por él, por ti y por tu hijo. Y por mí misma, qué coño.

—No quiero seguir hablando de esto, me parece que no tendría que haber leído esa carta ni contestar a tu mensaje.

—Claro, esa es la solución: seguir agarrándote a tu teoría sin darle una oportunidad a Raúl. Sabes que siento más que nadie lo que te hicieron y te he apoyado y te apoyaré hasta el final, pero estaría bien que por un momento salieras de tu cascarón y pensaras en lo que todo esto está significando para mi familia y para mí. Yo también estoy sufriendo, Ani, y tengo la sensación de que no te importa. A mí no me queda nada, nada; solo hay tristeza y lágrimas a mi alrededor. Vivo con un padre que dejó de hablar hace tiempo y que se pasa el día frente a la tele pasándose el pañuelo por debajo de los párpados, y con una madre y una tía que no hacen más que contarse a lágrima viva lo desgraciadas que son. Y, para colmo, mi única amiga está demasiado rota como para escuchar mis problemas. Hay una esperanza de que no todo esté perdido, de no vivir tan sola, y por mis ovarios que voy a ir a por ella. Aunque dejes de hablarme. Me arriesgaré. Si al final tienes razón, me arrastraré a tus pies y te pediré perdón; pero si la tengo yo, iré a Madrid y me presentaré en tu casa para darte en las narices con las pruebas.

—¿Vas a contestar a esa carta?

—Sí, por supuesto que sí.

—Estás en tu derecho, y yo en el mío de no querer saber nada más. Adiós, Sonia. Por favor, no me llames ni me mandes mensajes hasta que no salgas de dudas y podamos volver a hablar como amigas de nuestras cosas.

—Vale. Adiós, Ani.

Me despedí de ella con el corazón encogido. Necesitaba a mi amiga más que nunca, pero su empeño en salvar lo que quedaba de su familia podría conllevar la destrucción total de la mía. Tuve la sensación de que cortaba el único hilo que todavía me unía a Salomar; una sensación entre

el alivio y la desazón. Tal vez con el tiempo retomáramos nuestra amistad, pero no en un futuro próximo.

\*\*\*\*

Mi primera visita al psicólogo supuso para mí una nueva experiencia, nada más. Mi actitud frente al doctor José María Infante fue hermética y estuve a la defensiva en todo momento. Mi psicólogo debía de tener unos sesenta años, era bajito, regordete y bastante mal parecido, pero tenía una mirada bondadosa y una voz amable, cercana y comprensiva.

Obviamente, en aquella primera cita trató de averiguar mi estado emocional y los motivos por los que había dado el paso de ir a su consulta. Aparentemente, no disponía de mucha información. Me preguntó si estaba cómoda, cómo me encontraba, si dormía y comía bien, qué tal era la relación con mis padres y mi hijo, si estaba allí libremente... Mis respuestas fueron todas muy neutras, las que daría cualquiera sin reflexionar demasiado. La sesión duró cuarenta y pocos minutos y, cuando terminó, mi padre estaba en la sala de espera para llevarme a casa. Él solo me preguntó si estaba todo bien, yo le contesté un sí desgano y ahí quedó todo. Eso sí, me hizo prometerle que asistiría la semana siguiente.

## CAPÍTULO 17

Septiembre nos dio la oportunidad de recuperar una aparente rutina. Yo comencé mis clases en la universidad, papá estaba volcado de lleno en su trabajo y mamá, aunque todavía le quedaban tres meses para regresar a su gabinete oficial, empezó a trabajar en su despacho de casa. Pasaba varias horas al día encerrada, estudiando y preparando los casos que tendría que retomar a la vuelta. Ante la nueva situación, mis padres y yo acordamos contratar a una niñera para Daniel. Después de varias entrevistas, elegimos a una señora inglesa con bastante experiencia como *nanny* en su país. Agnes resultó ser una persona encantadora y profesional. Decidimos que siempre le hablara a Daniel en inglés y así lo hacía, incluso le cantaba canciones en su lengua para dormirlo.

Aparte de la llamada semanal de Manuela para preguntar por la salud y decirnos, una vez más, que la casa había quedado impoluta después de pintarla y que no entendía por qué no se vendía, no tuvimos noticias de Salomar en todo el mes; ni siquiera un mensaje o alguna llamada de Sonia. Confieso que me dolía la ruptura de nuestra amistad. La echaba de menos y, de alguna manera, la había sustituido por el doctor Infante, quien, después de varias sesiones, consiguió que le hablara de los episodios más íntimos de mi vida, incluido el de Calachica, pero sin entrar en detalles por el momento.

Por otro lado, el hecho de que Sonia no se hubiese puesto en contacto conmigo también ponía de manifiesto que yo tenía razón: Raúl había sido el último en violarme y, por tanto, el más culpable de todos. «Si al final tienes razón, me arrastraré a tus pies y te pediré perdón, pero si la tengo yo, iré a Madrid y me presentaré en tu casa para darte en las narices con las pruebas». Estas habían sido sus últimas palabras y no, no había venido a Madrid para darme con las pruebas en las narices; aunque tampoco se había arrastrado a mis pies para pedirme perdón. De cualquier manera, tenía más que aceptados los hechos y lo único que necesitaba era encontrar la forma de digerirlos y volver a ser una chica normal.

Ni siquiera nos llegaron noticias sobre el estado de la investigación de las cuatro muertes ocurridas aquel verano, o al menos yo no supe, ni quería saber, absolutamente nada. Ignoraba si mi padre estaba informado. Nunca dijo nada en mi presencia ni yo le pregunté.

\*\*\*\*

Aconsejada por mi psicólogo y por mis padres, poco a poco empecé a relacionarme con los compañeros de la universidad. Incluso me animé a quedar con un grupo con el que solía compartir mesa en la cafetería. Entrado octubre, mi vida parecía que se encarrilaba. Lo cierto es que centrarme en mis estudios y llevar una vida ordenada me ayudó mucho emocionalmente. Pero seguía teniendo miedo a dormirme, las pesadillas formaban parte de mis noches. Todavía me costaba mirar fijamente a mi hijo y me daba pavor que algún chico se acercara a mí con la intención de cortejarme. Estaba segura de que ni las sesiones con mi psicólogo ni mi vida de joven universitaria ni tener amigos me harían sentir como el resto de las chicas de mi edad. A mí me habían arrebatado la posibilidad de ser feliz, al igual que a mis padres.

Me preocupaba que Daniel creciera en un ambiente tan falto de espontaneidad y alegría, en el

que la mayoría de las sonrisas eran casi forzadas. Claro que le hacíamos mil cucamonas al día; sin embargo, todas destilaban un hilo de amargura. No dejaba de recriminarme a mí misma el haberles contado a mis padres lo que me hicieron aquella noche. Estaba convencida de que todo habría sido más fácil para mí y para mi hijo si ellos hubiesen seguido siendo los de antes, mucho más alegres y positivos, especialmente mi padre.

\*\*\*\*

Hubo un compañero de la universidad que puso mucho empeño en invitarme a salir y lo consiguió. Era la pareja perfecta para mí. Estaba terminando la carrera y, además, cursaba un máster en periodismo digital y redes sociales. Un estudiante brillante, de buena familia, con cierto atractivo intelectual y con una sonrisa encantadora. Me conoció a través de su hermano, que estaba en el mismo curso que yo y que a su vez era muy amigo de una compañera con la que había entablado una bonita amistad. Este entramado de hermanos y amistades tenía bastante similitud con el que había vivido en Salomar y me daba verdadero pavor. Pero no era solo eso, cualquier hombre tenía la batalla perdida conmigo porque el solo hecho de sentirlo cerca me aterraba.

Salí con Héctor y resultó ser una grata compañía. No tardé mucho en darme cuenta de que yo era para él una *tapadera*. No le interesaba el sexo opuesto, solo quería callar bocas, especialmente la de su padre. Esto hizo que la relación fuese muy cómoda y provechosa para ambos.

A los pocos días de comenzar a salir juntos me invitó a comer a su casa. Sus padres y hermanos parecían encantados conmigo; no podían evitar el exceso de atenciones, como no podían creerse que por fin el primogénito llevara una chica a casa, sobre todo su padre. Nuestra relación era una impostura. También lo era la actitud de la familia de Héctor ante nosotros, pero a todos nos convenía.

—¿De verdad te compensa interpretar este papel día tras día? —le pregunté una tarde mientras cenábamos después de salir del cine.

—Sí. No será para siempre, solo hasta que me marche. Espero irme muy pronto a Londres para trabajar como becario en un periódico. Una vez allí, será más fácil poner fin a nuestra supuesta relación. Mi padre ya ha conseguido lo que quería: mostrarle al mundo que su hijo no es homosexual y que tiene una relación seria con una de las muchachas más bonitas de Madrid. Pues ya está. Además, me encanta estar contigo, ya lo sabes.

—A mí también me gusta estar contigo. Y mis padres te adoran, sobre todo por cómo tratas a Daniel. Y eres un buen partido —le dije guiñándole un ojo.

—¿Te casarías conmigo? Los tres formaríamos un buen equipo, ¿no crees?

Lo decía muy serio, pero completamente en broma. Tenía un humor sarcástico con el que daba salida a su dolor.

—Te confieso que me tienta protagonizar esa boda, estoy segura de que tus padres y los míos la convertirían en un gran acontecimiento social entre la burguesía madrileña. ¿Te imaginas? Pero ya sabes lo que dicen: no sacrifiques una buena amistad por un poco sexo. Compañeros de cama hay muchos, pero amigos, muy pocos.

—Ja, ja, ja... ¿Quién ha hablado de sexo? Te estoy ofreciendo un pedrusco en el dedo, un ático de ensueño en Madrid y una vida cómoda y segura. Ah, y lo más importante: te quitarías de encima todos los moscones que tanto te molestan, serías la señora de un Vidal —siguió bromeando—. Oye, Ana, ¿de verdad no eres lesbiana?

—De verdad que no —le contesté recuperando la compostura que me caracterizaba.

—Pues no lo entiendo. Una chica como tú, guapa, alta, de buena familia... Seguro que tu aversión a los hombres tiene que ver con el padre de Daniel. Tuvo que hacerte mucho daño.

Por mi sutil gesto de incomodidad, Héctor comprendió que había entrado en terreno peligroso.

—Debía de ser un completo imbécil. Si yo fuera hetero, pondría el mundo a tus pies para que no me dejaras nunca. No sé cómo caíste en sus redes, a mí me parece una chica muy lista.

—Tú también hubieses caído en sus redes sin pestañear —le contesté con manifiesta tristeza.

—Si se parece solo un poquito a Daniel, no tengo la menor duda. Debe de ser un tipo bastante atractivo.

—Lo es. O lo era, ni siquiera sé si está vivo.

—Tuvo que ser muy grave lo que te hizo para que decidieras renunciar al amor y al sexo. Es una vida incompleta y triste.

—Tú también vives sin amor y sin sexo y no parece muy triste —le dije intentando desviar la conversación hacia su persona.

—¿Qué te hace pensar eso? Tengo un amor clandestino que me satisface en todos los sentidos y que está dispuesto a dejarlo todo para irse conmigo a Londres.

—No puede ser... Déjame que piense... ¿Tu primo Arturo? ¿Cómo no me di cuenta antes? Claro, de ahí tu interés en estudiar en la biblioteca de la facultad donde da clases. ¡Pero si está casado y te lleva al menos diez años! Esa es una relación muy peligrosa.

—Sí —admitió—, somos primos, tendremos que pedirle dispensa al papa. Ja, ja, ja...

—Eres un caso único. ¿Y qué va a pasar con su mujer? La verdad es que me cae bien y, no te molestes, pero Arturo hace mejor pareja con ella que contigo —bromeé con él. A Héctor era imposible no seguirle las bromas.

—Te parecerá increíble, pero Eva lo sabe desde el principio. Incluso nos echa una mano para que podamos vernos y... ya sabes.

—Me estoy poniendo peligrosamente celosa.

—Ja, ja, ja... Tú sí que eres única.

## CAPÍTULO 18

Poco a poco fui creando lazos con Daniel. Aunque mis estudios no me dejaban mucho tiempo libre, procuraba atenderlo siempre que podía. Era un bebé precioso, despierto y, contra todo pronóstico, muy simpático. Reconozco que mis padres y yo lo consentíamos demasiado y, a veces, se mostraba algo caprichoso y cogía alguna rabieta para conseguir sus objetivos, como dormir conmigo o algún dulce a deshoras.

Me alegré de haber tenido la oportunidad de disfrutar de sus avances. Su primera palabra fue *mamá*, lo que me derritió el corazón, y empezó a caminar a los once meses. De ignorarme al pasar a su lado e incluso llorar cuando intentaba cogerlo, pasó a echarse en mis brazos con gran alegría cuando llegaba de la facultad y a despedirme con lágrimas por las mañanas. Me fui acercando a él poco a poco, sin ser consciente. Ese pequeño que conquistaba a todo el mundo con sus clarísimos ojos azules y sus rizos de sol, conmigo lo tenía muy difícil. Todo en él me recordaba a Raúl. Pero el muy pícaro parecía habérselo propuesto, y lo consiguió. Creo que también contribuyó el hecho de que mis padres empezaron a delegar en mí parte de los cuidados que demandaba un niño tan activo.

En su primer cumpleaños me volqué de lleno. Mis padres y yo le organizamos una fiesta por todo lo alto, tal vez para compensar la ausencia de su familia paterna. Mamá, papá, Héctor, mi abuela y mi tía por parte de madre, dos vecinas y yo fuimos los encargados de cantarle el *Cumpleaños feliz*. Qué tontería, como si tuviera conciencia de que no tenía padre. En realidad, éramos nosotros los que necesitábamos compensar las ausencias y olvidar, en un día tan especial, quién era su progenitor y cómo había destrozado nuestras vidas. Era un gran alivio comprobar que nuestro pequeño no añoraba a nadie que no estuviese a su lado a diario.

\*\*\*\*

Seguía visitando al doctor Infante, aunque cada vez con menos asiduidad. Después de casi dos años parecía que nos hallábamos en punto muerto. No avanzábamos, era como si mi psicólogo se hubiese encontrado con un muro infranqueable y no pudiese profundizar más en mi interior.

Pero aquella tarde me encontraba especialmente relajada. Acababa de terminar mis exámenes, estaba bastante satisfecha con mi trabajo y convencida de que aprobaría todas las asignaturas con buena nota.

Por otro lado, desde que Sonia me enviara la carta de Raúl no había tenido noticias de ninguno de los primos, lo que me hizo empezar a creer que mi pasado más oscuro había quedado atrás. Manuela seguía interesándose por nosotros, pero, al menos que yo supiera, se limitaba a saludar y a informarnos de los posibles compradores que pasaban por el chalé. Por alguna extraña razón, no conseguíamos venderlo.

—¿Qué tal, Ana? Te veo muy sonriente hoy. Me alegro —me saludó desde su sillón.

—Sí, esta mañana terminé el último examen del curso y me siento liberada, creo que aprobaré todas las asignaturas. Las últimas semanas han sido bastante estresantes.

—Estupendo, podrás disfrutar del verano y de tu hijo sin preocupaciones. Toma asiento —me invitó a sentarme frente a él—. ¿Tienes planes para las vacaciones?

—Pues no he pensado mucho en ello. Héctor se va a Londres en unos días, así que Daniel y yo tendremos que hacer planes sin contar con él.

—¿No te gustaría enseñarle el mar? Creo que ha pasado tiempo suficiente y estás más que preparada para pisar una playa. A Daniel le encantará.

—Si se parece en todo a su padre, seguro que sí. Espero que solo sea una cuestión de físico.

Don José María se percató de que era el momento de adentrarnos en mi interior, yo misma había nombrado al padre de Daniel sin que se me ensombreciera el rostro.

—Han pasado casi tres años, tal vez te apetezca que hablemos de lo ocurrido aquella noche con más detalle.

Al ver sus intenciones me puse algo tensa, pero me sobrepuse y me dejé llevar.

—Creo que puede imaginarse los detalles.

—Me refiero a cómo te sentiste antes, durante y después. ¿Qué es lo que más daño te hizo de todo lo vivido? Imágenes, palabras, sentimientos... ¿Qué es lo que más te cuesta superar y no te ha permitido volver a tener relaciones normales con otros hombres?

—Los cinco me infligieron un daño irreparable, pero que Raúl se reservara para el final... Que hubiese estado presente mientras sus amigos me violaban...

El doctor sabía que mi relación con Héctor era un paripé y que estaba a punto de marcharse a Londres con su verdadero amante. Eso fue algo que no me había costado confesar en una de nuestras sesiones y que a él, a pesar de tantos años de experiencia, lo había dejado perplejo.

De hecho, Héctor se marchó a Londres tres días después, cuando yo ya sabía que había terminado el segundo curso de carrera con buenas calificaciones. Un mes después, Arturo fue en su busca. Seguimos en contacto por teléfono. Nos llamábamos y enviábamos mensajes con frecuencia, pero ya no regresó, ni siquiera para Navidad. A esas alturas, la relación con su primo ya no era un secreto en su familia ni en la mía, así que era lo mejor; al fin y al cabo, su padre había conseguido lo que quería: que su hijo se paseara por Madrid con una chica durante una buena temporada y acabar con las habladurías. A veces me enviaba alguna fotografía para que viera cómo estaba cambiando físicamente. Sí, era mejor que no regresara, a sus padres les daría un bitango si lo vieran con su nueva imagen y él no estaba dispuesto ni a recuperar su corte clásico burgués ni a soportar las miradas asesinas de su familia.

Esperó unos segundos para hacerme la pregunta más delicada sin dejar de mirarme con actitud comprensiva y cercana.

—Me comentaste que perdiste la consciencia cuando escuchaste su nombre. ¿Qué recuerdas de aquel momento?

—Yo ya estaba sin fuerzas. Recuerdo que ya no podía pensar ni oponer resistencia. Con los dos primeros pude soportar el dolor...

Tenía que recordar lo ocurrido para seguir hablando, pero cada vaga imagen o sentimiento me obligaba a hacer una pausa. Mi terapeuta guardaba silencio con toda la paciencia que requería el momento.

—No podría decir qué me dolía. Todo. La espalda, la cabeza, el vientre, las muñecas, el interior de los muslos... Algo me ardía por dentro.

Sin darme cuenta comenzaron a brotarme las lágrimas. Hacía meses que no lloraba.

—Sí, sobre todo me dolían los muslos y el pecho. Sentía que me ahogaba y que en cualquier momento me tragaría la esponja seca que me habían introducido en la boca. Pero llegó un momento en el que ya no pude moverme. Fijé la mirada en una estrella y me dejé hacer como si fuese de trapo. Solo quería que terminaran antes de perder la vida. Lo curioso es que después

quise quitármela. Pero eso fue cuando supe que Raúl había sido el último y que había participado... Lo siento —dije mientras me secaba las lágrimas con los dedos—. Sí, eso fue lo más duro y lo que nunca superaré. Simón, el hermano de Raúl, fue el cuarto y luego le cedió el puesto a Raúl. Cuando me separó las piernas y se puso sobre mí... me desvanecí.

—Entiendo. Dices que tenías los ojos tapados y las manos atadas, y habías entrado en una especie de *shock*.

—Sí. Ya no me quedaban fuerzas, estaba al borde del colapso y desmayarme fue lo mejor que podía ocurrirme en un momento así. Me quedé inconsciente y dejé de sufrir, como si alguien me hubiese inducido el coma para no tener que padecer una horrible agonía antes de fallecer. Pero me desperté. La agonía vino después.

—No sé si lo has pensado, pero puede que durante los segundos anteriores a tu desmayo ya estuvieses delirando. No es nada raro, en momentos de alto estrés la mente puede confundir lo real con lo irreal.

—¿Qué quiere decir?

—Es frecuente que, en una situación tan traumática, la realidad no se perciba con exactitud. El sufrimiento es tan intenso que la información se archiva de una forma tan desordenada que después es difícil recordar con veracidad. Se llaman falsos recuerdos y, como te digo, es bastante común en situaciones como la que tú viviste.

—Le aseguro que fue tal y como lo recuerdo. Conocía a los cinco desde hacía años, supe en cada momento quién estaba... sobre mí. Pero en el caso del último, además, su hermano lo nombró. Primero fue Manu, luego Víctor, después Luis y, por último, los hermanos Simón y Raúl.

—¿Puedes recordar por qué los reconociste a pesar de que tenías los ojos vendados y solo habló uno?

—Por el olor, el peso, por la manera de jadear... Hoy tengo la sensación de estar siendo interrogada por un juez y no me está gustando.

—De ninguna manera te estoy juzgando. Bien, creo que debemos dejarlo aquí.

\*\*\*\*

Fue la primera vez que me permití dudar de si todo lo vivido y sentido aquella noche en Calachica era fiel a la realidad. Cuando recuperé la consciencia a la orilla del mar en plena madrugada me sentía sucia, mancillada, dolorida, traicionada y con una necesidad imperiosa de huir de un mundo en el que ya no creía. Pero en ningún momento puse en tela de juicio que mis recuerdos fueran reales.

Sabía que Manu había sido el primero. Era el más pequeño y huesudo de los tres y su nariz lo delató: afilada y aguileña, como una navaja sobre su rostro, que yo había sentido recorrer mi cuerpo mientras exhalaba con agitación aire caliente. Era él. Cuando noté mil alfileres en mi pecho, reconocí sin dudar la típica barba de Víctor, además de su olor a pescado muerto y sus manos grandes y llenas de callosidades debidas a su pasión por la pesca. Era él. A Luis lo había delatado su desodorante barato y sus jadeos, especialmente roncós, como su voz. Era él. A Simón lo reconocí por su voz, y a Raúl porque lo nombró su hermano, porque era el más alto y fuerte de los cinco y porque ya conocía su cuerpo. Pero lo cierto era que aquel Raúl no se parecía en nada al que había conocido ese verano: atento, amable, delicado, simpático, paciente y enamorado. ¿Era realmente él? ¿Era posible que Sonia tuviera razón? ¿Existía la posibilidad de que mi mente hubiese dado por hecho que eran cinco, que los cinco se conocían muy bien y que, lógicamente,

uno de ellos tenía que ser Raúl? ¿Y si Simón me había tendido una trampa para vengarse de su hermano por algún motivo que a mí se me escapaba? Tal vez estaba resentido con Raúl porque había logrado tener lo que él no había podido: a mí.

Pero entonces, ¿qué significaba el silencio y la desaparición de Raúl?

Dudar de mí misma, de lo que había dado por hecho desde aquella trágica noche, volvió a desestabilizarme. Pensar que existiera la mínima posibilidad de que hubiese arruinado la vida de Raúl por mi necesidad de unir todas las piezas del puzle me horrorizó. Aquel verano me robaron muchas cosas: la dignidad, la posibilidad de volver a enamorarme, la confianza en mí misma, muchas horas de sueño, la ilusión... Pero yo tenía algo que durante tres años me había pertenecido solo a mí: la verdad. Después de aquella sesión con el doctor Infante ni siquiera estaba segura de lo que había ocurrido. Cabía la posibilidad de además de víctima fuese verdugo; el verdugo de Raúl.

## CAPÍTULO 19

Transcurridos tres años desde la noche de Calachica y dos de haber roto todos los lazos que me unían a Salomar, conocer la verdad se me antojaba una quimera. Por otro lado, parte de mí prefería no remover el pasado. De acuerdo, era una disminuida emocional, pero había pasado página asumiendo que ya no era la misma. De alguna manera, había conseguido mucho más de lo que me parecía posible. Tenía algo importante para conservar el equilibrio: una tranquila rutina. Romperla sería como entrar de nuevo en el ojo del huracán.

Cada vez que pensaba en la posibilidad de que Raúl fuese inocente me convencía enseguida de que ya no podía hacer nada por él y que no tenía sentido torturarme. Pero era una idea recurrente, sobre todo porque tenía un hijo suyo. Enamorarme de nuevo de aquel atractivo windsurferista, por muy inocente que fuera, se me antojaba una utopía. Yo era otra mujer. Pero negarle a Daniel la posibilidad de crecer con su padre era algo muy distinto. Los años pasaban muy rápido, pronto me haría preguntas y yo ya no podría responderle sin mentir.

\*\*\*\*

Mi última visita al doctor Infante había supuesto una catarsis; hasta tal punto que había decidido que mi terapia psicológica había concluido, lo que disgustó enormemente a mis padres.

—Es obvio que este tiempo de terapia ha sido muy positivo para ti. ¿Por qué has decidido suspenderla de repente? —me preguntó mi padre con desazón.

—Porque ya está todo dicho, papá. Ha conseguido sacarme hasta lo que ni siquiera yo sabía de mí. El doctor ya ha hecho todo lo que podía, no tiene sentido volver. No necesito más terapia.

En ese momento no tuve el valor de decirle que lo que había sacado de mí no me había gustado y que me había hecho replantearme todo lo que había pensado de Raúl durante tres años. Solo quería pasar página de una vez, aunque sabía que lo que acababa de hacer era regresar a mi hermetismo y a vivir en soledad una duda que me atormentaría durante toda la vida: ¿Raúl era inocente o culpable?

\*\*\*\*

Después de mi última sesión con el psicólogo, sentía la necesidad de hablar con Sonia. Pero cada vez que decidía llamar a mi amiga terminaba arrepintiéndome, me aterraba volver a abrir una puerta que tanto tiempo me había costado cerrar. O que había creído cerrar.

Había perdido la concentración, aquella mañana no conseguiría sacar nada en claro de mis clases. Cuando salí de la facultad me senté en un banco del campus y saqué mi móvil del bolso. No me permití dudar y di un toque decidido sobre su nombre.

—Hola.

Fue un saludo seco, triste y desganado.

—Hola, Sonia.

Sentí una congoja que me oprimía el pecho. Ella guardó silencio; un silencio que me hizo sentir culpable.

—¿Querías algo? —me preguntó como quien insta a terminar cuanto antes a alguien molesto.

—Hablar contigo.

—No es buen momento, tengo que ir a la farmacia y está a punto de cerrar.

—¿Puedo llamarte esta tarde?

—Como quieras.

—Hasta luego, entonces.

—Adiós.

Su despedida fue como el saludo: triste, muy triste. En esa conversación tan breve me di cuenta de que tampoco Sonia era la misma. Seguro que tenía sobrados motivos para parecer tan deprimida y apática, pero era Sonia, la valiente e indestructible Sonia. Tenía que estar muy enfadada conmigo, pero yo la conocía bien; ella se enfadaba igual que reía y bromeaba, con toda la energía.

Había quedado en la biblioteca con una compañera para contrastar nuestros apuntes, pero después de almorzar en la cafetería de la universidad la llamé para quedar en otra ocasión. No tenía ánimos para nada.

\*\*\*\*

Ya en casa, decidí aprovechar que mi madre se había ido a pasar el día con la abuela y con Daniel para hablar con mi padre a solas. Él era mucho más accesible que ella y en los últimos meses parecía haber recuperado algo de su natural optimismo.

Lo encontré en su despacho, leyendo uno de esos informes que elaboraban los investigadores privados de su empresa. Llevada por la curiosidad, alguna vez había ojeado alguno y había tenido la sensación de que la humanidad escondía más podredumbre de lo que suponía.

—Hola, papá —saludé después de empujar la puerta.

—¡Hola! ¿Qué tal hoy en la universidad?

—Bueno, no ha sido mi mejor día, llevo unas semanas algo distraída. Se me pasará.

—¿Y eso? ¿Hay algo que debas contarme? —me preguntó en tono grave dejando el informe sobre la mesa.

Dejé mi carpeta y mi bolso junto al informe y tomé asiento frente a él.

—Es que... no estoy segura, pero puede que Raúl no estuviese presente cuando me violaron.

Su rostro se torció con un gesto entre extrañado y muy contrariado.

—Tendrás que explicarte mejor, no termino de entender a qué viene esto.

—En mi última sesión, el doctor Infante me hizo darme cuenta de que, tal vez, parte de mis recuerdos no fuesen tan fieles como pensaba.

—Ha pasado mucho tiempo, no creo que precisamente ahora tengas un mejor recuerdo que justo después de lo que te hicieron esos bestias.

—Ya, pero... Papá, nunca te he contado ningún detalle de lo que pasó y hay alguno que en realidad no está muy claro.

—Te escucho —dijo mientras apoyaba las manos en el reposabrazos del sillón y se recostaba en el espaldar intentando adoptar una postura cómoda.

—Supe quién era quién en cada momento y estaba convencida de que el último había sido Raúl, sobre todo por la única frase que escuché mientras... —Tragué saliva—. Simón, el hermano de Raúl, fue el cuarto. —Sentí que empezaba a desmoronarme al ver el brillo de los ojos de mi padre, que a duras penas conseguía mantenerse entero—. Cuando terminó...

—Tranquila, ¿vale? Puedes confiar en mí —habló casi susurrando.

—Cuando terminó dijo una frase que jamás olvidaré y de la que no tengo ninguna duda: «Toda tuya, Raúl».

Sabía que se moría por proferir mil insultos e improperios y así descargar el sufrimiento que suponían para él mis palabras, pero consiguió mantener la calma y aguantar las lágrimas.

—Entonces, ¿a qué vienen esas dudas? A mí me parece que estás bastante segura de lo que ocurrió.

—Ya, pero... justo cuando lo sentí encima de mí me desmayé. Creo que confié en esa frase y mi mente se convenció de que eran sus manos, su peso, su complexión... Ahora no estoy tan segura. Puede que estuviera equivocada, papá, y no podría perdonármelo jamás. ¿Y si he acusado injustamente al padre de mi hijo? ¿Y si ha huido siendo inocente?

Confesar ante mi padre lo que tanto me inquietaba desató en mí un mar de emociones que me hicieron romper a llorar. Él se quedó impávido, como si por un momento hubiese desconectado del mundo. Ni siquiera mi llanto parecía conmoverlo. Al minuto, reaccionó.

—Tú no has acusado a nadie injustamente. De hecho, no has acusado a ninguno. Creo que has malinterpretado las palabras de José María.

—No, papá, no las he malinterpretado, él solo me estaba ayudando a encajar las piezas del puzle. Tú no lo conocías, ni mamá ni tú quisisteis nunca saber quién era; pero yo sí. Ahora, después de hablar con el psicólogo y pasados estos años, soy capaz de reflexionar con más lucidez. Creo que la perspectiva que me ha dado el tiempo me está ayudando a comprender mejor lo que pasó y...

—Pues a mí me parece que te está ocurriendo todo lo contrario —me interrumpió con un tono demasiado brusco, habida cuenta de que su princesa estaba hecha un mar de lágrimas.

—¿Qué te pasa? —le pregunté después de enjugarme las lágrimas—. ¿No fuiste tú quien me recomendó insistentemente que fuese a ver al psicólogo? Y, además, estás enfadado porque he decidido terminar con la terapia.

—Perdona, hija. Lo siento. Es que nos ha costado tanto recuperar nuestra vida que verte así de nuevo me da tanta rabia... No sé si es buena idea volver al punto de partida y removerlo todo otra vez.

—Tenemos una nueva vida, más fría y triste, pero no la nuestra. Todos hemos cambiado.

—De acuerdo, pero nos vale.

Dejé de llorar, la conversación se había vuelto algo distante, con poca complicidad entre los dos, y la emoción no parecía tener cabida.

—Creo que no me estás escuchando. No te estoy hablando de nosotros, te hablo de un posible inocente y de tu nieto. ¿Y si algún día descubre que su padre no estuvo allí y que yo arruiné su vida por cobardía? Me sorprende que no estés a mi lado en esto.

—Muy bien, supongamos que acepto esa posibilidad más que remota. ¿Y qué? ¿Qué podemos hacer después de tanto tiempo?

—No sé, tú sabes de estos temas más que nadie. Podrías conseguir que alguno de tus detectives obtuviera información. Seguro que podrías encontrar a Raúl y lograr que hablara sin que sospechara los motivos, sé que has hecho trabajos mucho más complicados. ¿Podrías hacerlo por mí? Solo te pido eso. Si resulta que tú estás en lo cierto, se acabó.

—Tengo que pensármelo.

—Vale. Te dejo trabajar. —Di por terminada la conversación mientras recogía mis cosas para marcharme.

—¿Has almorzado?

—Sí, tomé algo en la cafetería de la universidad. ¿Y tú?

—También. Ani...

—Sí.

—Preferiría que no compartieras con nadie lo que hemos hablado. Tomaré una decisión pronto, pero por ahora tiene que quedar entre nosotros.

—Vale. Gracias, papá.

Estuve a punto de comentarle que esa tarde había quedado con Sonia para hablar por teléfono, pero pensé que podría ser un motivo de discusión y ya había sido suficiente.

\*\*\*\*

Una tarde más me costaba centrarme en mis estudios. Daniel no llegaría hasta tarde, así que puse algo de música y estuve buscando información en la red del extraño caso de Salomar. Sabía que todo lo ocurrido debía estar en internet. De hecho, durante semanas había sido noticia en la mayoría de los periódicos nacionales. Pero tenía miedo a recordar y, sobre todo, a ver fotografías que podrían causarme aún más daño. En una ocasión, Sonia me comentó que habían publicado una imagen de Simón colgado del olivo; no lo hubiese soportado. Simplemente, no quería saber más. Solo necesitaba olvidar. Pero esa tarde me encontraba fuerte y dispuesta, pensé que tal vez hubiese algún dato que podría ayudarme a despejar mis dudas.

Solo con escribir en Google los nombres de Simón y Raúl y el del pueblo costero aparecieron más de sesenta mil resultados. Periódicos digitales, webs, blogs... Todo tipo de portales de internet se hicieron eco de las muertes de la pandilla de Salomar. Incluso había vídeos de reporteros entrevistando a gente del pueblo. Sí, la imagen de Simón colgado del olivo sobre lo que parecía ser su padre también estaba. Rápidamente cerré la página, no era eso lo que buscaba. Ya tenía bastantes instantáneas dantescas archivadas en mi mente, incluso sin haberlas podido ver. Las había sufrido en mi propia piel.

Encontré muchas verdades y más mentiras, nada nuevo que me ayudara a salir de dudas. Excepto una especie de biografía del que durante un tiempo había sido el primer sospechoso y que había desaparecido sin dejar rastro, no se sabe si por miedo a que lo condenaran por los crímenes o para librarse del juicio del robo de un coche. Una cosa era segura, pensé, el coche no lo robó él.

El autor del artículo glosaba las aptitudes del joven desaparecido. Debía conocer muy bien a Raúl.

El joven Raúl Puertas Picón, desaparecido en Salomar hace unas semanas, era muy conocido en este municipio por su pasión por los deportes acuáticos y por ser un buen vecino. Con tan solo quince años ya consiguió el primer premio de *windsurf* en la Costa del Sol. Formó parte del equipo de baloncesto de su ciudad, con el que también logró varias victorias. Actualmente trabajaba en un taller de reparación de vehículos a la vez que preparaba su acceso a la universidad y, según su madre, siempre fue un estudiante brillante, pero decidió trabajar porque sus padres no podían pagarle los estudios. «Casi todo el sueldo lo entregaba en casa. ¿Cómo va a hacer algo así ni niño?», declaró hace unos días su afligida madre.

Los vecinos nunca olvidarán el día en el que arriesgó su vida tirándose desde un acantilado al mar embravecido para salvar a un veraneante de siete años. Generoso, servicial, amable, gran amigo y buen hijo son los calificativos que se repiten una y otra vez entre los ciudadanos de Salomar. Todos, sin excepción, hablan maravillas del joven apuesto que se encuentra en paradero desconocido. Nadie sabe si ha huido voluntariamente temiendo a la

justicia o ha corrido la misma suerte que el resto de su pandilla, pero la mayoría apuesta por la segunda opción. Porque aseguran que, si bien Raúl Puertas Picón tenía muchas cualidades, la más destacada era la valentía y que de ninguna manera habría decidido esconderse para no enfrentarse a la autoridad.

El artículo me conmovió. Era cierto, todo eso y más se podría decir del Raúl que me había enamorado hasta robarme cada uno de mis pensamientos y sueños. Sí, era generoso con todo el mundo; de hecho, del poco dinero que se quedaba de su sueldo después de darle a su madre gran parte y ahorrar algo, siempre sacaba para prestar a los amigos. Apenas se compraba ropa, era tan apuesto que con las camisetas y bañadores que le regalaban las casas comerciales de *windsurf* resultaba muy atractivo. Por la noche, una buena ducha, un vaquero y una camiseta limpia eran más que suficientes para que fuese el más guapo de sus amigos. Amable y sencillo, afectuoso, responsable, trabajador, comprensivo... Si esa noche participó en la orgía que montaron sus amigos a mi costa, debía de estar muy borracho o drogado. Aunque yo hubiese jurado que ni bebía ni se drogaba; al menos, nunca lo hizo en mi presencia.

En el lado derecho del texto había una fotografía de Raúl. No la conocía, supongo que el articulista la había rescatado de algún periódico. Era una imagen casi surrealista. Raúl aparecía con su traje de neopreno negro y agarrado a su tabla de *windsurf*. Alrededor, solo mar, cielo y arena. La instantánea la habían hecho cuando salía del agua, en alguna playa que debía de pertenecer a la provincia de Cádiz por el color dorado de la arena; recordé que él mismo me había comentado que era el mejor lugar que conocía para hacer *windsurf*. Un fuerte viento azotaba su cabello rubio y el sol iluminaba sus claros ojos. Se veía alto, atlético y sonriente. Se me antojó Poseidón, el dios de los mares.

No encontré ninguna información que no supiera o sospechara. La investigación concluyó que la muerte de los cuatro jóvenes había sido el resultado de un ajuste de cuentas perpetrado por una mafia muy conocida en la Costa del Sol en la que estaban directamente involucrados los cuatro. Simón era uno de los cabecillas y, según los resultados de la investigación, se había quitado la vida en un ataque de mala conciencia después de haber asesinado a tres de sus amigos de toda la vida.

\*\*\*\*

Pasadas las seis de la tarde decidí que era el momento de llamar de nuevo a Sonia. La telefoneé tres veces sin obtener respuesta. Después le envié un mensaje: «Supongo que estarás ocupada. Por favor, llámame cuando puedas. Besos».

No hubo respuesta ese día.

## CAPÍTULO 20

Creo que nunca he sido tan consciente de lo lento que puede llegar a pasar el tiempo como durante aquellos días. Ninguna noticia, ni de Sonia ni por parte de mi padre. Mientras tanto, llegué a obsesionarme con la posibilidad de haber acusado a Raúl injustamente. Pero no podía hacer nada más, solo esperar. Volví a llamar a Sonia en un par de ocasiones y no obtuve respuesta. Di por hecho que ya no formaba parte de su lista de favoritos, ni siquiera de su lista.

Hacia más de un año que tenía carné de conducir y mi propio coche, el mismo tiempo que había pasado esperando una respuesta de mi padre y la llamada de Sonia. Todos se empeñaban en enterrar el pasado y yo no tenía muy claro si desenterrarlo era lo más acertado, así que me abandoné al discurrir de los meses confiando en que el destino se encargaría de ofrecerme la información que necesitaba. Estaba cansada de vivir asida al pasado y refugiarme en mis estudios me hacía olvidar. Me dejé llevar por esa calma tensa en la que nos habíamos instalado mis padres y yo y que nos servía de alivio y refugio en nuestro día a día.

No obstante, no dejaba de pensar en mi amiga y en la posibilidad de que respondiera a mis preguntas. Más de una vez pensé que viajar a Salomar podría ser una manera de acabar con la duda que me torturaba. Pero tenía miedo. Miedo a enfrentarme a los escenarios más siniestros de mi pasado y a no ser bien recibida por mi amiga. De cualquier manera, si ni siquiera quería hablar conmigo por teléfono, lo más seguro es que mi presencia solo provocara en ella más rechazo.

Era sábado por la tarde y había quedado con una compañera de clase para ver una película. Nos citamos en la entrada del cine y decidí ir caminando y tomar un poco el aire; había estado estudiando desde muy temprano y un paseo me vendría bien.

Caminaba ensimismada, no pensaba en nada en concreto, estaba relajada y disfrutando de la agradable tarde. Atravesaba la avenida Menéndez Pelayo cuando, al otro lado de la verja que la separaba del parque de El Retiro, sentado sobre el césped y dándome la espalda, vi entre el verde de un gran árbol a un hombre joven cuya figura me resultó muy familiar. Aminoreé el paso con la intención de tener más tiempo para observarlo. Estaba a unos cincuenta metros de mí y, entre la sombra del gran pino, era complicado adivinar su silueta con claridad. Aun así, aunque no hubiese podido jurarlo, habría apostado a que era Raúl. «Qué tontería, Ani —me dije obligándome a recapacitar—, estás obsesionada; es un sinsentido que Raúl esté sentado en El Retiro a unos kilómetros de tu casa». Me detuve unos segundos para mirarlo mientras el corazón me golpeaba la garganta y las piernas apenas me sostenían. Fue entonces cuando aquel hombre se puso en pie y cogió la mochila. No podía ser él, era imposible, pero cómo se parecía. Misma altura, igual complexión, pero más delgado, idéntico cabello, aunque más largo... Llevaba un vaquero gastado y una sudadera azul. En pie se veía esquelético, pero era su estampa y en mi retina dejó una impronta que encajaba en el perfil del joven que tanto había amado y odiado en Salomar cuatro años atrás. Después de colgarse la mochila al hombro, se giró levemente para marcharse y fue cuando, presa de una extraña emoción, aparté la vista y reinicié la marcha acelerando el paso.

Llegaba tarde, la película empezaría en diez minutos y yo estaba a quince de la sala de cine. No podía dejar a Begoña plantada, así que me obligué a aumentar la velocidad, pero estaba tan turbada que no advertía el color de los semáforos en los cruces ni los viandantes que se cruzaban a mi paso, que me miraban perplejos cuando me rozaba con ellos por no estar atenta. Tan

enajenada estaba que me pasé la calle que llevaba al cine y tuve que dar la vuelta.

Llegué tarde a mi cita. No es que Begoña fuese una amiga íntima, desde que Sonia y yo dejamos de hablarnos no había vuelto a tener una amistad igual, pero era una buena chica de Torrelaguna, discreta, trabajadora y fiel, que se había ganado mi confianza con tesón y paciencia.

—Llegas tarde, ya me iba —me dijo cuando estuve frente a ella.

—Lo siento, es que iba distraída y me perdí un poco por estas calles —le contesté con la voz entrecortada.

—Pues ya nos hemos perdido quince minutos. ¿Estás bien? —me preguntó cuando advirtió la falta de naturalidad en mi gesto.

—Sí, creo que sí.

—Podemos cambiar la película por un café, si te parece bien.

—Me vendría genial.

De todas las opciones que me ofrecía el resto de la tarde, un café con Begoña era la más amable. No me apetecía volver a casa y encerrarme de nuevo en mi habitación a darle vueltas a la cabeza. Tampoco deseaba volver a caminar y menos sola.

Nos sentamos en la terraza de la primera cafetería que encontramos y pedimos nuestros cafés, el mío descafeinado; no tenía el corazón para más excitantes.

—¿Te apetece hablar de lo que te pasa? —me preguntó Begoña antes de encender un cigarrillo.

—¿Tan evidente es?

—Bastante.

—Es que... parece una locura, pero me ha parecido ver al padre de mi hijo en El Retiro.

—No entiendo bien por qué te extraña tanto, no sé quién es el padre de Daniel y nunca me has hablado de tu historia con él.

Éramos compañeras desde que tuve que repetir primero en la universidad. Siempre se había mostrado servicial y generosa conmigo. Begoña era una chica sencilla que había conseguido una beca gracias a sus magníficas calificaciones. Tenía un cerebro privilegiado, era capaz de memorizar casi a la perfección cualquier clase. Siempre me pareció que se infravaloraba. Se notaba que pertenecía a una familia humilde, pero lo cierto es que no sabía sacarle partido a su físico y era obvio que estaba llena de complejos y por eso llevaba siempre los rizos recogidos en una cola y vestía vaqueros y camisetas básicas o sudaderas. La verdad es que me inspiraba confianza, aunque nunca le había hablado de mi vida privada más de lo necesario, ni a ella ni a nadie desde el último verano en Salomar, salvo al doctor Infante y a mi padre.

Dudé un instante, pero finalmente decidí confiarle.

—Es un chico del pueblo donde siempre ha veraneado mi familia. Rompí con él hace casi cuatro años, antes de que naciera Daniel. Volví a encontrármelo al año siguiente un par de veces, pero ni siquiera nos saludamos. Seguro que ha sido una confusión, no tiene sentido que ande como un indigente por El Retiro.

—¿Por qué no te has acercado para asegurarte? Qué pregunta más tonta, perdona, es obvio que lo vuestro no acabó bien. Aunque tengo la sensación de que sigues sintiendo algo por él.

—No es eso, es que últimamente no dejo de pensar en que, quizá, haya sido demasiado injusta con él.

—Bueno, si no se ha interesado por su hijo en tanto tiempo...

—No sabe de su existencia, o eso creo —la interrumpí de inmediato. Por alguna razón, estaba justificando al que hacía unos meses consideraba el causante de todas mis desgracias.

—Eso cambia las cosas. Ana, puedes confiar en mí y contarme todo lo que quieras. No te

preocupes, una de mis cualidades es que sé guardar un secreto.

—La nuestra fue una historia de amor que terminó en tragedia, eso es todo. Pensar que hoy pude haberlo tenido a cincuenta metros... Qué tontería, eso es imposible.

—Por lo que me cuentas no parece tan imposible, solo tiene que estar vivo. Lo está, ¿no es así?

—Supongo que sí.

—Pues puede que fuera él. No sabes la cara que tenías cuando te he visto, debe importarte mucho. A no ser que le tengas miedo por algún motivo, me parece que lo tuyo fue amor de verdad. Qué envidia.

No, no fue miedo lo que sentí al pensar que fuese él, no experimenté lo mismo que cuando lo vi en la playa observándonos a Sonia y a mí. Fue otra clase de emoción, creo que mi corazón se desbordó de alegría. Hacía tiempo que contemplaba la posibilidad de que fuese inocente y que el Raúl del que me enamoré siempre había sido el mismo.

—Te aseguro que nuestra relación fue cualquier cosa menos envidiable.

—Deberías llamarlo por teléfono, creo que vuestra historia no ha terminado.

—No tengo su teléfono, pero de todas formas lo nuestro es ya un imposible.

—Eres la madre de su hijo —me recordó Begoña mientras apagaba su cigarrillo—, ese es un lazo que no se romperá nunca, para bien o para mal. Mis padres se separaron cuando yo era pequeña, se odiaban a muerte cuando él se fue de casa. Pero nunca se fue del todo, mi hermano y yo siempre seremos sus hijos.

—No sabía que tus padres estaban separados. La verdad es que sé muy poco de ti.

—Ya están divorciados y casados en segundas nupcias los dos. Ahora tengo un hermano y siete hermanastros. Si no fuera por mi beca, estaría trabajando de cajera en uno de los supermercados de mi padrastro igual que tres de sus hijos.

—Lo nuestro es distinto, fue un amor de verano que terminó mal y nunca supo que estaba embarazada.

—Pues eso es algo que tendrás que arreglar tarde o temprano.

—Supongo que sí.

Después, ella misma desvió la conversación hacia temas menos incisivos. Hablamos de la universidad, de los exámenes, de nuestras expectativas... Y a partir de aquella tarde comenzamos a tener una amistad más estrecha. Pasado un mes ya le había contado los episodios más escabrosos de mi pasado. Begoña sabía escuchar y, lo más importante, nada le escandalizaba. Dijera lo que dijera, me miraba serena y guardaba silencio, lo que hacía que me sintiera muy cómoda.

\*\*\*\*

Fue Begoña la que me animó a dar paseos por El Retiro por si volvía a verlo. Y ocurrió unos meses después. Begoña y yo caminábamos y charlábamos distraídamente cuando me quedé paralizada. Él estaba leyendo sentado en un banco, a algo más de distancia que la vez anterior, pero de frente y sin árboles que me impidieran la visión, lo que me dio la oportunidad de reconocerlo sin dudar.

—Es él, ¿verdad? —dijo Begoña al ver que me había detenido y miraba a un punto fijo.

—Sí —musité.

—¿Y qué hacemos?

—Marcharnos antes de que se dé cuenta de que estoy aquí —le contesté dándome la vuelta—. Dios mío, era cierto, está en Madrid...

Volvimos sobre nuestros pasos, pero Begoña me invitó a sentarme en un banco desde el que difícilmente podría vernos Raúl.

—¿No vas a saludarlo?

—¿Saludarlo? Si apenas puedo coger aire. No puedo. Es que... no sé, Begoña, no te imaginas lo confundida que estoy.

—Pues yo creo que la única manera de que te aclares es hablando con él. Por lo que me has contado, es posible que viva en la ignorancia.

—¿Y si es culpable? Antes tengo que hablar con mi padre, necesito que me ayude. Vámonos de aquí antes de que me reviente el corazón. —Y me llevé la mano al pecho mientras miraba hacia otro lado para esconder las dos lágrimas que resbalaban por mis mejillas.

—Tú sigues enamorada hasta las trancas. Venga, vámonos, sí.

Nos marchamos con sigilo. De soslayo pude comprobar que seguía allí, leyendo, ajeno a las parejas, grupos de amigos y familias que pasaban a su lado.

## CAPÍTULO 21

Esa misma noche, después de leerle un par de cuentos a Daniel, cantarle dos canciones y conseguir que al fin se quedara dormido, decidí hablar con mi padre. Mi madre ya se había ido a la cama, pero él solía quedarse hasta tarde viendo debates políticos. Estaba dormitando en el sofá, agarrado al mando del televisor.

—Papá —lo nombré bajito a dos palmos de su oreja.

—Mmm... ¿Qué hora es?

—Las diez y media. ¿Tienes un momento?

—Sí, claro. ¿Ocurre algo? —me preguntó incorporándose y restregándose los ojos.

—No, tranquilo. Quería preguntarte si has averiguado algo de lo que hablamos hace tiempo.

—La verdad es que no. He estado muy liado, puse a uno de mis empleados a trabajar en ello, pero también está con otros casos...

—Ya veo que no has puesto mucho interés —lo interrumpí con enojo.

—Es que no termino de entender tu interés por encontrar a ese...

—No te equivoques, papá, no lo estoy buscando. Lo que quiero averiguar es si estuvo aquella noche en Calachica. Son cosas distintas. De hecho..., sé dónde está.

Al escuchar mis últimas palabras irguió la espalda y, sin poder disimularlo, se puso tenso y me miró expectante.

—Sí, lo he encontrado. Sé que está en Madrid, lo he visto un par de veces en El Retiro.

—¿Has hablado con él?

Se le notaba cada vez más inquieto, como un niño al que hubiesen cogido en plena fechoría.

—No. Ni siquiera sabe que lo he visto. No fui capaz de acercarme, ni lo intenté. Qué podía decirle... Yo solo quiero saber la verdad. No puedo seguir así. Cuando creo que he recuperado cierta normalidad y me convenzo de que tendré que vivir con la duda sobre su inocencia, ocurre algo que vuelve a removerlo todo. Tengo que acabar con esta inquietud que me asalta cuando menos me lo espero.

—Déjalo estar, Ani, hay cosas que es mejor dejar atrás. Continuemos con nuestras vidas.

—¿Qué cosas, papá? Dime, ¿qué es mejor que no se sepa? Me estoy dando cuenta de que me escondes una información que me pertenece.

—¡Basta ya, Ani! —me gritó de una forma inusual en él. Lo cierto es que nunca había visto a mi padre perder los nervios de ese modo—. Todos hemos sufrido ya demasiado, especialmente tú. ¿¡Qué pretendes!?! Déjanos vivir en paz. ¡Ya está bien! Olvida a ese chico de una vez y piensa en tu hijo, en tus padres y en tu carrera.

Me quedé mirándolo con los ojos llenos de lágrimas y entonces se dio cuenta de que había sido demasiado duro.

—Lo siento, hija. Es que... estoy tan cansado... Necesito dejar todo esto atrás. ¿Lo entiendes?

—Creo que sí. Buenas noches, papá.

—Por Dios, Ani, intenta ponerte en nuestro lugar...

—Hasta mañana.

No le di el beso de buenas noches ni le concedí la oportunidad de justificarse. Me había hecho demasiado daño. Era obvio que la herida seguía abierta en la familia. Nunca nos recuperamos de

lo que había ocurrido en aquella cala. Una vez más, maldije el día en el que me había confesado a mi padre. De no haberlo hecho, al menos podría disfrutar del genuino optimismo que había perdido.

\*\*\*\*

Imaginé que había indagado en el caso por su cuenta, incluso mucho antes de que yo se lo pidiera. Mi padre era extremadamente curioso, por ello se dedicaba a la investigación. Lo que no podía entender era por qué me ocultaba lo que había averiguado. Tumbada en mi cama, todavía vestida, pensé en los motivos que podría tener mi padre para pedirme que pasara página. Tal vez tuviera razón y lo mejor fuera dejarlo todo tal y como estaba. Olvidar en la medida de lo posible. Quizá sus averiguaciones lo llevaron a confirmar que Raúl había sido el quinto y a saber qué más. Tal vez tenía miedo de robarme la esperanza de que Daniel no fuese el hijo de un criminal.

Pensé que solo Sonia podía sacarme de dudas y decidí volver a enviarle un mensaje: «Necesito hablar contigo, sé que Raúl está en Madrid. Por favor, llámame. Por favor». Con pocas esperanzas de que atendiera mis súplicas, puse mi móvil en modo vibración sobre la mesita y al poco me quedé dormida.

\*\*\*\*

Eran casi las once de la noche cuando me despertó el trotar del móvil sobre la madera.

—Sonia... Qué alegría recibir tu llamada. ¿Cómo estás?

A pesar de estar tan turbada por el repentino despertar, le contesté con verdadera alegría y agradecimiento por su llamada. Pero ella no tenía la misma actitud.

—Bien. ¿Estás segura de que Raúl está en Madrid?

Habló con una frialdad pasmosa, hasta tal punto que por un momento dudé de que fuera ella la que estaba al otro lado de la línea.

—Sí, yo misma lo he visto en un par de ocasiones en El Retiro.

—Estupendo. Es un descanso saber que está bien.

—Pensé que tú estabas en contacto con él.

—Lo estaba, pero hace mucho tiempo que le había perdido la pista.

—Entiendo. Sonia..., yo... necesito hablar contigo.

—¿No te parece un poco tarde?

No solo estaba resentida, en su voz se notaba la tristeza, el abatimiento, como si ya no creyera en nada. Además, era obvio que me había perdido todo el afecto y la confianza y que le resultaba una molestia conversar conmigo.

—Lo sé, pero... eres la única que puede ayudarme en estos momentos. Desde hace tiempo no dejo de pensar en que tal vez Raúl no estuvo aquella noche en Calachica. No encuentro la manera de salir de dudas y he pensado en que quizá tú sepas algo...

—No, él no estuvo allí esa noche. Ni siquiera sabía nada de lo ocurrido hasta que yo se lo dije. No sé cómo pude dejarme convencer por ti, si no te hubiese hecho caso ahora estaría en casa. Tú y tu pija familia le habéis arruinado la vida.

Sentí que me temblaba todo el cuerpo y no me llegaba el aire a los pulmones, como si de repente sufriera un profundo estado febril. La creí por primera vez. Su versión tenía mucha más lógica que la que yo había mantenido durante años.

—Yo estaba tan segura de... de que el quinto había sido él. Lo siento tanto...

Rompí a llorar sin consuelo. Noté como si cayera por un negro e interminable pozo.

—Pues no sé si hubo quinto ni quién fue y está claro que tú tampoco. Lo que sí sé es que esos cuatro hijos de puta no solo arruinaron tu vida, también acabaron con la de Raúl y la de mi familia. No fuiste la única víctima.

—Yo... no entiendo nada. ¿Por qué? ¿Qué daño les habíamos hecho?

—Estoy segura de que todo lo organizó mi primo Simón. Nunca superó que decidieras salir con su hermano en vez de con él. El muy cabrón... se ofreció para ayudar a Raúl a prepararte una sorpresa en la cala, pero en realidad la sorpresa os la estaba preparando él a los dos. Esa tarde le dijo a Raúl que tú ya no querías nada con él, que lo odiabas y que no querías volver a verlo jamás. Raúl se encerró en su cuarto ignorante de todo lo que estaban organizando esos animales. Los cuatro hicieron un pacto de silencio hasta que regresaste a Salomar el verano siguiente. Seguro que Simón se cargó a Manu, a Víctor y a Luis para evitar que hablaran. Lo que no sé es por qué se ahorcó después, no es propio de semejante cobarde.

A medida que hablaba yo me sentía cada vez más débil e incapaz de respirar. Las lágrimas me resbalaban por las mejillas como mansos regueros, como si nacieran de un manantial sin vida.

—¿Por qué no me lo dijo? ¿Por qué no me habló?

—Quiso hacerlo, pero no encontró el valor, convencido de que tú lo odiabas. Nunca dejó de quererte.

—Me matan tus palabras, Sonia, me matan. Yo estaba segura de que había estado allí esa noche. Hasta tal punto, que me desmayé cuando pensé que estaba sobre mí. Solo espero que pueda entenderme y perdonarme algún día. Sonia...

—Estoy aquí.

Su voz sonaba cada vez más indulgente, parecía que la dureza con la que había comenzado la conversación se iba disipando.

—Después de que me violara Simón..., yo estaba destrozada, desnuda bajo la madrugada, magullada, envuelta en los fluidos que habían dejado los cuatro. Ni siquiera usaron preservativos. Me besaron, me lamieron, me pellizcaron, me magrearon, me penetraron con violencia...

—Para, para... Para. Creo que me hago una idea y me hiere hasta pensarlo. Es la primera vez que lo describes de ese modo.

—Nunca he sentido tanta necesidad de que entiendas por qué pensé que Raúl había sido el último. Después de todo lo que me hicieron, aquella frase dicha por Simón, con toda la intención...: «Toda tuya, Raúl». No quiero justificar mi empeño en acusar a Raúl, es que necesito que entiendas y... si hablas con él, me gustaría que le hicieras comprender por si hay alguna posibilidad de que me perdone. Imagino cuánto debe de odiarme.

—No te odia, tranquila, todo lo contrario. Se siente responsable de lo que te hicieron. La última vez que hablé con él estaba destrozado. Supongo que se fue a Madrid con la esperanza de encontrarte a ti o a su hijo algún día.

—Dios mío... ¿Sabe lo de Daniel?

—Sí, se lo dije yo hace tiempo. Tenía derecho a saberlo.

—Esto no acabará nunca. Es todo tan horrible... Tengo que buscarlo, necesito hablar con él. Te prometo que lo haré, no pararé hasta encontrarlo.

—Te equivocas si piensas que vas a encontrar al Raúl del que te enamoraste. No es el mismo.

—Lo siento tanto...

—Ya. Debiste escucharme cuando insistí en...

—Lo sé, lo sé. ¡Por Dios, Sonia!, no me tortures más. ¿Qué más puedo decirte?

—Nada, ya da igual. Tengo que dejarte.

—Sonia.

—Qué.

—¿Hay alguna posibilidad de que volvamos a ser amigas? No sabes cuánto necesito en este momento tenerte a mi lado. ¿Puedo llamarte?

—Puedes. Venga, tranquilízate. Llámame cuando quieras. Adiós, Ani.

Se apiadó de mí. A pesar de que en poco tiempo su corazón se había convertido en una piedra, escuchar mi sufrimiento le llegó demasiado hondo. O tal vez seguía sintiéndose mi amiga.

## CAPÍTULO 22

Después de hablar con Sonia no vi a mis padres hasta el día siguiente a la hora de la cena. Como de costumbre, entre los tres preparamos la comida. El silencio de esa noche en la cocina era demasiado molesto, se notaba antinatural, impuesto, porque a ninguno de los tres nos apetecía conversar, aunque yo no iba a dejar pasar la noche sin decirles algo muy importante.

Daniel ya había cenado y estaba acostado. Nos gustaba que compartiera la mesa con nosotros, pero tenía una edad en la que no paraba ni un segundo y después del baño solía dormirse con facilidad en cualquier sitio, incluso mientras cenaba.

Ya sentados frente a unos lenguados a la plancha y una ensalada, después de que mi madre bendijera la mesa y antes de que ninguno hubiésemos pinchado en nuestros platos, decidí que era el momento de contárselo.

—Anoche hablé con Sonia —dije casi susurrando y mirándolos a los dos alternativamente.

Se quedaron paralizados, ambos tardaron unos segundos en reaccionar.

—¿A qué viene esto ahora, Ani? Pensábamos que este tema estaba acabado y archivado —dijo mi madre.

—Yo también lo pensaba, pero por desgracia no lo está. No sé si te lo habrá dicho papá, pero en los últimos días he visto a Raúl un par de veces en El Retiro...

—No puede ser... ¿Qué hace ese tipo en Madrid? ¿Qué pretende?

—Ya veo que no te ha dicho nada. No sé lo que pretende, no se lo he preguntado, ni siquiera sabe que lo he visto. Pero en realidad no es de eso de lo que quería hablaros —respiré profundamente y continué—. Ahora lo sé: Raúl no estuvo aquella noche en Calachica, él no me violó.

Mi padre soltó de un golpe la servilleta sobre la mesa y se recostó en el respaldo de la silla con la mirada descompuesta. No dijo nada, se quedó expectante ante la conversación que manteníamos mi madre y yo.

—¿Ahora lo sabes? ¿Y eso? ¿Qué ha pasado para que después de haber estado tanto tiempo segura de que fue uno de tus violadores ahora lo excluyas?

Me hirió el tono que empleó mi madre. Había sarcasmo y resquemor en cada palabra y, sobre todo, me dolió cómo entonó la palabra *violadores*, cuando había estado como prohibida desde el principio. Violación, violador, violada... fueron palabras que evitamos pronunciar en todo momento, como esos enfermos de cáncer que nunca nombran su enfermedad por miedo a estar llamando a la misma muerte.

—Ya os dije que me desmayé antes de... Dios mío, lo siento, es que... cuando su hermano dijo: «Toda tuya, Raúl»... estaba desgarrada... Simplemente lo creí y después perdí el conocimiento. Pero ahora sé que fue una trampa. Él no estuvo allí esa noche.

—¿Quién te lo ha dicho?, ¿tu amiga Sonia?, ¿su prima? Oh..., por favor, Ani, no cambiarás nunca; siempre dejándote llevar por el último que llega. Tú estabas allí, ¿recuerdas? Tú fuiste la que al despertar lo tuviste claro y la que lo creyó culpable sin dudar desde el principio. Esto no tiene sentido, esta pesadilla no terminará nunca. Deberías pensar por una vez en tu hijo...

—¿En quién crees que estoy pensando? ¿Por qué crees que me he atrevido a desdecirme de la acusación que he mantenido contra él durante años? Para mí hubiese sido más fácil olvidar, pero

Daniel crecerá y tiene derecho a saber la verdad.

—¡Santo Cielo! ¿La verdad, dices? ¿Qué verdad, Ani!? ¿A qué puñetera verdad te refieres? ¿A la que escuché de tus propios labios la primera vez que se lo confesaste a Sonia en nuestro jardín o a lo último que se te ha ocurrido después de hablar con tu amiga? ¿Cuál es la verdad, Ani? ¿Cuál! Porque yo me estoy volviendo loca y ya no lo soporto más.

—¿Qué estás diciendo?

—Fui a cerrar la ventana de tu habitación para que no se escapara el aire acondicionado y allí estabas, al otro lado, contándole a esa chica lo que te habían hecho esos bestias el verano anterior. Quise morirme mientras te escuchaba, cada palabra se me hincaba en el corazón como una puñalada. Las recuerdo perfectamente: « Me ataron las manos, me metieron una esponja seca en la boca y me amordazaron. Y después me violaron. Los cinco. El último fue Raúl, cuando le tocó el turno perdí el conocimiento». Eso fue exactamente lo que le dijiste a Sonia. Después de un año no dudaste ni un segundo de que Raúl había sido el último. También le dijiste que no nos habías dicho nada porque no hubieses podido soportar mis reproches. ¿Cuándo mentías, Ani?, ¿entonces o ahora? ¿¡Cuándo!/? —gritaba fuera de sí.

Mi padre y yo la escuchábamos sin poder contener las lágrimas.

—No hubiese podido mentir sobre algo así jamás. Siempre he dicho la verdad, al menos la verdad en la que creía en cada momento —me atreví a aclararle a pesar de que su cólera me asustaba.

—¿Y cuál será tu verdad dentro de un año?, ¿que todo fue un sueño? ¡Basta ya, Ani! ¡Olvídate de Salomar y de Raúl de una vez! —vociferaba enloquecida y moviendo las manos sin control.

—Serénate, Ana —intervino al fin mi padre—. Todos deberíamos tranquilizarnos, creo que no es momento de continuar esta conversación.

—No me pidas que me calle, Mariano, llevo demasiado tiempo callada y hoy no puedo más.

Los tres, cada uno a nuestra manera, estábamos demasiado alterados. Creo que jamás habíamos perdido los nervios como aquella noche.

—No voy a olvidarme de Raúl, no puedo permitir que por mi culpa el padre de mi hijo esté huido y viva como un indigente. Te pedí que me ayudaras a averiguar la verdad, papá, pero no sé por qué razón no lo has hecho. Si es cierto que tanto me queréis, tenéis que estar conmigo en esto. No podré continuar con mi vida hasta que Raúl vuelva a ser libre.

—Te recuerdo que ese joven, supuestamente, se marchó para no dar la cara ante la justicia por el robo de nuestro coche, y tenemos muy claro que él no fue... —apuntó mi padre con la voz rota.

—Yo creo que huyó porque pensó que, habiendo sido acusado del robo, lo más probable es que también lo culparan de los asesinatos. Pero nunca sabremos los motivos si no me ayudas a descubrir la verdad.

—Si la verdad sale a la luz, saldrá tu violación. Lo sabes, ¿verdad? —intervino mi madre.

—Ya no me importa declarar todas las veces que sean necesarias, estoy preparada. Lo único que quiero es que paguen los verdaderos culpables y vivir tranquila —balbucí mirando con tristeza a mi madre.

—Te recuerdo que, si estás en lo cierto, los culpables están más que muertos y enterrados. Esto es un sinsentido.

—No, mamá, el quinto está libre —afirmé intentando mostrar firmeza.

—¿Qué quieres decir? —me preguntó mi padre.

—Estoy segura de que el último que me violó ni fue Raúl ni ninguno de los anteriores.

—¡Dios Santo, Ani! ¿Cómo puedes estar segura de que no fue ninguno de los anteriores si hasta

hace poco estabas convencida de que era Raúl? ¿No te das cuenta de que en realidad ya no estás segura de nada?

—Raúl ni siquiera sabía que sus amigos me habían violado...

—¿Eso es lo que tiene que decir en su defensa ese malnacido? Qué torpe por su parte.

La conversación había llegado a un punto en el que, de continuarla, solo conseguiríamos hacernos más daño. Comprendí que todos estábamos demasiado afectados y lo mejor era retirarnos a nuestras habitaciones.

—Entiendo que estéis tan sorprendidos y que os cueste creer en su inocencia. No tiene sentido seguir discutiendo, la única manera de saber la verdad es buscándola. Papá, por favor, ayúdame a encontrarla. Solo tú puedes ayudarme a terminar con esta pesadilla. Por favor —le imploré llorando.

—El pescado está frío... No tengo hambre, me voy a la cama —fue su única respuesta.

—Ayúdame, papá.

—Estoy demasiado cansado.

—Yo también me voy a la cama —dijo mi madre—. ¿Te importa recoger tú?

—Claro —le contesté bajando la cabeza.

Después de que se retiraran a su dormitorio me quedé largo rato sentada ante mi frío lenguado, mirándolo a los ojos sin verlo. No había sido consciente hasta esa noche. Si no fue Raúl, ¿quién fue el último que me agarró las rodillas, me separó las piernas con ira y se echó sobre mí? No, no fueron ni Manu ni Víctor ni Luis ni Simón. De eso estaba completamente segura.

## CAPÍTULO 23

Durante un par de días se instaló en casa un silencio espeso y asfixiante que solo rompía la naturalidad e inocencia de Daniel. Él parecía crecer al margen de nuestra amargura y tanto mis padres como yo hacíamos lo imposible por que así fuera. Pero yo no podía dejar de pensar en su padre. El tiempo pasaba y nuestro pequeño rey crecía. Ampliaba su vocabulario por momentos, cada día nos sorprendía con una palabra nueva o con una peripecia inesperada. Recién cumplidos los cuatro años, parecía que tenía al menos cinco. Era un niño precioso y encantador que no tardaría mucho en hacer preguntas, las mismas que yo me hacía.

Hablé con Sonia en un par de ocasiones, pero, aunque se esforzaba por parecer cercana, nuestra amistad se había resentido y se mostraba hermética. Tal vez tanta amargura familiar le había robado la frescura o simplemente no podía perdonarme que en su momento no le hubiese concedido a Raúl el beneficio de la duda.

—¿Has vuelto a verlo? —me preguntaba nada más iniciar nuestra conversación.

—No. Lo siento.

—Tienes que buscarlo y hablar con él. No es justo, Raúl tiene derecho a conocer a su hijo y a regresar a casa.

—Lo he buscado por El Retiro, pero ni rastro.

—He pensado en declararme culpable del robo del coche de tu padre, pero Salas sigue siendo el puto amo de este pueblo y... no sé, no me fío de él. Creo que si aparezco por la comisaría con la intención de defender la inocencia de Raúl será peor aún. Pídele ayuda a tu padre. Tiene que ayudarlo, es lo justo.

—Hablaré con él de nuevo, pero... no sabes cómo está el ambiente en casa. Temo que volvamos a discutir y al final no sirva de nada.

—Maldita sea, Ani, ¿no te das cuenta de que la vida y la felicidad de un inocente depende de nosotras? ¿Hasta cuándo vas a esperar para denunciar todo lo que pasó?

—Lo sé. De acuerdo, tranquila.

—No vuelvas a llamarme hasta que no des un paso por él. Lo siento, pero si no haces algo, nuestra amistad no tiene sentido. Adiós, Ani.

\*\*\*\*

Era sábado por la mañana, mi madre se había ido a pasear por el centro con Daniel y mi padre estaba en su despacho. Mientras me tomaba el segundo café del día me decidí a hablar con él una vez más.

—¿Puedo pasar? —le pregunté empujando la puerta.

—Sí, pasa —me contestó con poco entusiasmo, intuyendo que la conversación no le iba a gustar.

Me senté frente a él y su triste mirada. Desde que regresamos a Madrid, sus ojos habían ido perdiendo poco a poco la frescura. Había envejecido demasiado rápido en poco tiempo. Sus canas ya no eran hilos blancos salpicando el negro y espeso cabello, que ahora crecía gris alrededor de dos grandes entradas en las sienes. Había perdido peso y masa muscular, y sus

manos se veían huesudas y blanquecinas.

—¿Vas a ayudarme? —le pregunté sin rodeos.

—No he hecho otra cosa desde que naciste. ¿Qué te hace pensar que no te estoy ayudando? Créeme si te digo que no dejo de pensar en la mejor manera de apoyarte.

—Pues yo tengo la sensación de que estás huyendo de la verdad. Es como si no quisieras saber lo que realmente pasó. Puede que temas descubrir que Raúl es inocente de todo y que yo vuelva con él. Sé que nunca te gustó para mí.

—Eso ya da igual.

—¿Cómo puedes decir eso? No, no da igual, está en juego la libertad de un inocente.

—Raúl puede regresar a Salomar cuando quiera, no le pasará nada. Tendrá que presentarse en comisaría y poco más. Ya no es sospechoso de los asesinatos de sus amigos. No van a encerrarlo por el robo de un coche.

—Desde luego que no, sobre todo porque yo estoy dispuesta a declarar la verdad. ¿Qué me estás escondiendo, papá?

Fijó la mirada al otro lado de la ventana y se quedó pensativo unos segundos. Después, sin volver la vista, me habló casi susurrando.

—Deja de hacer preguntas, Ani. Busca a ese chico si quieres y habla con él. Sé que sigue en Madrid, te lo encontrarás tarde o temprano. Pero deja de hacer preguntas, a veces es mejor vivir en la ignorancia.

—Tus palabras me están dando mucho miedo.

Retiró su mirada de la ventana y se acercó para cogerme las manos. Lo hizo con ternura, hacía semanas que no se mostraba así. Yo supe que intentaba protegerme y que lo único que quería era evitarme sufrimiento.

—Mi princesa... Sabes que daría la vida solo por verte sonreír. No sé si tu felicidad depende de que encuentres a ese chico y decidas que comparta la educación de Daniel contigo. Incluso puede que hasta forméis una familia. Te aseguro que para mí cualquier camino que te devuelva la alegría y la paz sería bienvenido. No, no tengo nada en contra de Raúl. Es más, con el tiempo me he dado cuenta de lo injustos que fuimos tu madre y yo al juzgarlo.

—Entonces... ¿ya sabes que él no me violó? —le pregunté muy sorprendida y sin apartar la vista de sus ojos húmedos.

—Sí, sé que él no estuvo allí esa noche. Lo sé desde hace tiempo. Lo cierto es que no parece culpable de nada más que de haberse enamorado de ti.

—Aunque no vaya a la cárcel, tengo que confesar que Sonia y yo fuimos las que robamos tu coche, es la única manera de limpiar su expediente y quede libre de toda sospecha.

—No será necesario. Solo necesita un buen abogado. Por otro lado, no creo que a Sonia le convenga que la metas en un lío así, su familia ya ha sufrido demasiado. Sé dónde se aloja Raúl desde hace unas semanas. Vive en un piso compartido con varios chicos en el Puente de Vallecas. Se gana la vida como puede, haciendo cualquier tipo de trabajo que no le exija dar muchas explicaciones para pagarse la universidad. Estudia Historia. Te daré su dirección. Si quieres, ve a buscarlo, pero, por favor, olvídate de todo lo demás. Tendrás que vivir el resto de tu vida sin saber quién fue el que te violó en su lugar y por qué te engañó su hermano Simón.

—¿Tú lo sabes? —le pregunté consternada, echándome a llorar.

—Si no quieres destruir nuestras vidas, incluso la de tu hijo, no vuelvas a hacerme esa pregunta. ¿Podrás hacerlo por mí?

—No lo sé, pero si tú me lo pides, lo intentaré. Te quiero, papá, y me duele verte tan triste.

Creo que eso que no quieres contarme te está matando lentamente —le dije mientras me lanzaba a sus brazos para consolarnos mutuamente.

—Si tú vuelves a sonreír, yo también lo haré.

—Vale. ¿Vas a darme esa dirección?

—Sí, pero es mejor que te lleve yo, no es un barrio muy seguro para una joven como tú.

En ese momento se oyó el cierre de la puerta de entrada y el llanto típico de Daniel cuando tenía sueño. Nos secamos las lágrimas e hicimos un gran esfuerzo para recomponernos y saludar a la abuela y al nieto con la mayor naturalidad. Antes de salir de la habitación, mi padre prometió llevarme esa misma tarde al piso donde vivía Raúl.

## CAPÍTULO 24

Durante el almuerzo mi padre le pidió a mi madre que esa tarde se ocupara de Daniel porque nosotros íbamos a salir para comprar un par de libros para mí y ver portátiles, el mío me estaba dando problemas. Supuse que le había mentido porque en aquel momento no le apetecía tener una discusión con ella y que le diría la verdad en mejor ocasión.

A las cuatro de la tarde estábamos aparcando a tres metros del edificio donde se suponía que vivía Raúl. Ni siquiera sabía si estaría en casa o me recibiría alguno de sus compañeros de piso, pero tenía que intentarlo.

—Hemos llegado —me comunicó mi padre con cierta tranquilidad mientras apagaba el motor del coche.

—Estoy algo nerviosa, ni siquiera sé si querrá verme. Después de todo lo que...

—Estoy seguro de que se alegrará. Te esperaré en aquella cafetería. —Señaló con el índice un pequeño establecimiento que había en la misma acera a unos treinta metros—. Llámame para lo que sea, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Pulsé el botón que anunciaba el piso 4º C como quien intenta meter el dedo en el fuego. Me temblaba todo el cuerpo, no solo por miedo a su reacción, es que estaba realmente emocionada. Supe, sin temor a equivocarme, que seguía tan enamorada como el último verano que pasamos juntos.

—¿Sí? ¿Quién es? —se escuchó a través del pequeño altavoz.

—Hola. Soy una amiga de Raúl. ¿Está en casa?

—¿Una amiga? ¿Cómo te llamas? —me preguntó una voz masculina.

—Ani... Soy Ani.

—Un momento.

Transcurrió un minuto de silencio que se me hizo eterno. Entraron un par de vecinos y ambos me invitaron a pasar, pero yo prefería esperar.

—Sube —se escuchó al fin, y a continuación el timbre de apertura.

El portal olía a orín y humedad, no había ascensor y mientras subía las escaleras tuve la sensación de estar adentrándome en la postguerra. Las paredes, el suelo, la baranda... Todo estaba sucio y descuidado, como la puerta del 4º C.

No me dio tiempo a llamar, la puerta se abrió en cuanto me planté frente a ella.

—Hola, Ani.

—Hola, Raúl.

Un cálido hormigueo invadió cada centímetro de mi piel. Me costó aceptar que no podía ni debía lanzarme a su cuello y besarlo hasta agotar mis fuerzas.

De no ser porque su mirada seguía teniendo el color del mar de Salomar apenas lo habría reconocido. Así, tan cerca, su delgadez me impresionó. Había perdido el moreno natural; tenía una larga, espesa y descuidada barba que acentuaba su aspecto demacrado; y su pelo, algo más oscuro por la ausencia de sol, necesitaba un buen corte. Vestía un viejo vaquero y una sudadera barata con capucha. Aun así, desprendía el mismo olor de siempre a playa cristalina.

—Supongo que quieres que hablemos. Preferiría hacerlo en otro sitio, este no es el mejor lugar

para una chica como tú.

Parecía sereno, su voz sonó tranquila y cercana, aunque no estaba segura de si su actitud era más bien la de alguien a quien ya pocas cosas le importan.

—Claro, sí, como quieras.

Después de cinco años habíamos cruzado un saludo y dos frases, una escueta y simple conversación que aparentemente carecía de emoción. Pero lo cierto es que yo no podría estar más turbada e intuía que él, a pesar de su actitud impasible, se sentía igual que yo.

Cerró la puerta y me invitó a bajar de nuevo, la escalera era demasiado estrecha y él descendió detrás de mí. Sentí su mirada en mi espalda y cómo las piernas me flaqueaban. Me sentía insegura, pensé que tal vez no me había puesto un vestido demasiado apropiado. Me recriminé por haber decidido perfumarme, en alguna ocasión Raúl me había dicho que mi olor natural era inmensamente más agradable que cualquier fragancia. Una simple ducha y un vaquero habrían sido lo más acertado.

Al salir del portal me indicó con la mano que camináramos hacia la derecha y me habló con la misma aparente serenidad. Demasiada, más que tranquilo parecía cansado. Y no tenía buen aspecto. Bajo la luz de una tarde plena de sol pude ver unas sombras moradas bajo sus ojos. Y sus labios, que yo conocía carnosos, se veían resecos.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté con timidez.

—Sí, tranquila, has tenido suerte, hoy estoy algo mejor y mis piernas me obedecen.

—¿Has estado enfermo?

—Sí, una gripe que se complicó, pero ya pasó —me dijo mientras caminábamos—. ¿Te parece que entremos aquí? —preguntó frente a la misma cafetería en la que me esperaba mi padre. Miré a través de los cristales y lo vi ojeando su móvil frente a una taza de té. Él también lo vio.

—¿Conoces algún otro sitio por aquí?

—Sí, vamos.

Caminamos un par de minutos en silencio y sentí la necesidad de decirle en dos palabras lo que tanto tiempo llevaba quemándome por dentro.

—Lo siento —musité con miedo.

Él siguió en silencio y pensé que ni siquiera me había escuchado.

—Lo siento, Raúl.

—Yo también. ¿Entramos? —me preguntó señalando a su derecha.

—Claro.

Estaba desconcertada, su actitud se me antojaba extraña. No parecía el Raúl que yo conocía, siempre enérgico y jovial. Aunque ya me había advertido Sonia, comprobarlo por mí misma me sobrecogió.

Los dos pedimos una infusión de poleo. Me acordé de los veranos en los que a esas horas de la tarde siempre pedíamos una Coca Cola. Habíamos cambiado, pero me reconfortó el hecho de que lo hubiésemos hecho al unísono.

Mientras nos servían las infusiones él dio unas vueltas al servilletero que había sobre la mesa como esperando a que yo rompiera el silencio, pero finalmente lo hizo él.

—Quiero conocer a mi hijo y participar en su educación. Los dos tenemos derecho a estar juntos. Estoy aquí por él.

Me rompió el alma. Por supuesto que entendía que después de enterarse de que era el padre de Daniel quisiera compartir la custodia, pero me dolió saber que me había excluido de su vida. Por sus palabras supe que había perdido el más mínimo interés por mí, él solo quería ejercer como

padre.

—Por supuesto, por mi parte no tendrás ningún problema.

—Quiero darle mi apellido y figurar en su partida de nacimiento como lo que soy, su padre — continuó, mirándome con una seriedad que me producía escalofríos.

—Es igual que tú.

—Eso me han dicho. ¿Cuándo puedo verlo?

—Cuando quieras.

—Hace una tarde estupenda, podríamos recogerlo y dar un paseo o llevarlo a algún parque.

Tenía muy claro lo que quería y obviamente no me incluía a mí. Me di cuenta de que los cuatro años que habían transcurrido desde su huida le habían dejado una profunda huella. Estaba resentido conmigo. Ninguno de los dos éramos los mismos.

—Claro, le encanta ir a un parque que hay cerca de casa. Pero... hoy tenía pensado hablar contigo. Han pasado tantas cosas...

—No supe lo que había ocurrido aquella noche en Calachica hasta mucho tiempo después. Había planeado para esa noche comprometerme contigo antes de que volvieras a marcharte. La idea era preparar una cena romántica en la cala... Pero mi hermano me dijo aquella mañana que tú le habías contado que no querías verme jamás en tu vida, que para ti todo había terminado. Sé que es difícil creer que estuve ignorante tanto tiempo, pero es la verdad. Desde que Sonia me lo contó, no he dejado de pensar en lo que te hicieron esos cobardes. Y solo imaginar que creyeras que yo... Dios mío, Aní, ¿cómo pudiste asegurar durante años que yo fui el quinto que te violó? ¿Cómo pudiste olvidar con tanta facilidad mi manera de quererte durante aquel verano?

—Yo... No tienes ni idea de lo duro que fue para mí, quería morirme. Tu hermano te nombró para darte paso cuando terminó de... Después sentí un cuerpo fuerte sobre mí y me desmayé. Todo encajaba. Cuando volvimos al año siguiente y vi que me perseguías, pensé que...

—Solo quería verte, buscar la manera de hablar contigo para tener la conversación que no tuvimos. Necesitaba explicaciones. Sé que la noche anterior mi comportamiento te asustó, pero tu reacción me parecía exagerada. Fue el invierno más largo de mi vida. Si hubiese sabido lo que te habían hecho, los habría matado con mis propias manos. Pero yo no lo hice, ignoraba lo que estaban tramando.

Una vez más, no pude contener las lágrimas. Me dolía que me hablara con tanto resentimiento y frialdad. Tuve la sensación de que entre nosotros todo se había perdido. La tragedia de Calachica nos había marcado para siempre. Los dos éramos inocentes y los dos estábamos pagando muy caro los crímenes de otros.

—Lo único que me consuela es que esas malas bestias ya pagaron con su vida.

—No todos, no sé quién fue el quinto —aclaré con la voz entrecortada por el llanto.

—Creo que nuestra conversación ha terminado. Me gustaría conocer a mi hijo.

—Por favor, Raúl, necesito que me entiendas —le supliqué, ignorando su insistencia en conocer a Daniel.

—¿Por qué piensas que no te entiendo? Te comprendo mucho más de lo que supones. Aunque no puedo ni imaginar lo que sufriste aquella noche sola, ciega, muda y sometida a las aberraciones de los que siempre creí mis amigos, la escena me tortura día y noche. Me siento tan culpable de todo... Ni siquiera lo sospeché. Después de aquello comenzaron a esquivarme y dejaron de contar conmigo para salir, incluso mi hermano, pero nunca pensé que su extraño comportamiento tuviera que ver contigo. Creí que estaban metidos en alguno de sus líos de drogas y que, como sabían mi postura ante sus trapicheos, simplemente estaban evitando que me enterara. Lo siento tanto...

Debió de ser horrible. Supongo que es una de esas experiencias que una mujer nunca supera. Pero nada de lo que diga o haga puede cambiar las cosas. El destino nos ha pegado fuerte y no somos los mismos. Me avergüenza solo mirarte, me avergüenzo de mis amigos, de mi hermano, de mi pueblo y de mí mismo.

Sus últimas palabras fueron un gran consuelo para mí. Al menos sabía que el hecho de que lo hubiese señalado como uno de los culpables no parecía lo más importante para él. Había puesto de manifiesto que lo que más le dolía era no haber evitado que me violaran. Busqué un pañuelo en mi bolso y me enjuagué las lágrimas sin dejar de mirarlo. No esperaba que aquel encuentro fuese tan triste.

—Siempre hay esperanza.

—Sí, es verdad, tal vez para otras cosas, pero lo nuestro...

—¿Por qué dices eso?

—Mírame, Ani, soy un hombre acabado a mis veintiocho años, sin ilusión ni posibilidad de estar con una mujer, y menos contigo. Aunque algún día me perdonaras, no podría tocarte sin pensar que mientras yo me lamentaba en mi cuarto como un imbécil esos animales te destrozaban la vida. ¿De qué podemos hablar ya? Es que... no quiero saber más, no lo soportaría.

—Pero eso es como castigarme a mí por lo que hicieron tu hermano y su pandilla. No puedes decirme algo así, es una condena demasiado injusta para ambos. No podemos dejar que destruyan el resto de nuestras vidas después de muertos.

—Me alegra saber que ya me has perdonado por dejarte tan sola, pero yo no puedo perdonarme a mí mismo y tampoco sé si podría olvidar que me creyeras capaz de hacerte algo tan horrible. Lo siento, siento tanto todo esto... Siento tanto ser tan débil y parecer la víctima cuando la única víctima eres tú... Es que me atormenta la sola idea de acercarme a ti. Lo único bueno de todo esto es nuestro hijo y por él estoy luchando desde hace tiempo. Necesito que me facilites verlo crecer. Te prometo hacer todo lo posible por ser un buen padre. Me repondré de todo esto, lo haré por él. Eres una mujer extraordinaria, encontrarás a un hombre que te merezca.

Mi corazón se desbordaba por momentos, yo también me sentía más culpable que nunca por haber desconfiado del amor que vivimos aquel verano. Mirando sus claros ojos me pregunté cómo pude siquiera imaginar que fuese capaz de un acto tan atroz.

—Es posible que lo encuentre, pero será imposible que lo quiera como a ti.

—Puede ser, dicen que nunca se ama de la misma manera. Encontrarás un amor aún mejor.

—Podemos intentar superar todo esto juntos...

—Por favor, llévame a conocer a mi hijo —me interrumpió mientras una lágrima tan limpia como sus ojos recorría sus huesudos pómulos.

—De acuerdo, déjame que haga una llamada.

Salí de la cafetería y ya en la puerta llamé a mi padre.

—Quiere conocer a Daniel —le dije cuando descolgó.

—¿Ahora?

—Sí, insiste, es lo único que quiere.

—¿Estás bien?

—No, papá, no estoy bien. Tengo que cumplir su deseo.

—Yo os llevaré. Os espero en el coche.

## CAPÍTULO 25

Cuando llegamos al coche mi padre y Raúl se dedicaron un saludo seco, nada más. El momento era tan delicado e inesperado que ninguno podía evitar que la tensión asomara a sus rostros. De una forma instintiva, me senté en el asiento de atrás con Raúl, como si mi padre fuese simplemente nuestro chófer.

—¿Has llamado a mamá? —le pregunté, aunque estaba segura de que lo habría hecho. Mi madre odiaba las sorpresas, y la de ese día superaba con mucho cualquier otra.

—Sí, pero no ha contestado. Estaría ocupada con Daniel. Supongo que estarán en casa, no me ha dicho que pensara salir esta tarde.

—No tiene que avisarla de mi llegada —intervino Raúl—, esperaré en la calle.

—Como prefieras —le contestó mi padre con alivio.

El olor de Raúl me recordó todas las cosas buenas que habíamos vivido. Tenía el aroma de Salomar impregnado en su piel. Olía a sal, a los plácidos atardeceres sobre la arena, a la espuma que lamía la playa... Olía a agua salvaje. Mi corazón se desbordaba mientras avanzábamos camino a casa. Después de años de rechazo en los que el dolor me había cegado, me sentía orgullosa de que Daniel tuviese un padre como él.

No, no me equivoqué enamorándome de Raúl. Siempre supe que él era diferente a sus amigos. Es más, ni siquiera fueron sus verdaderos amigos. Andaba con ellos más por la cercanía que tenían con Simón y porque él siempre se sintió responsable de su hermano y era una manera de vigilarlo. Además, todos compartían su pasión por el mar, cada uno a su manera.

A Sonia y a mí nos ocurría algo parecido: nos tratábamos con toda la pandilla porque formaba parte de la vida de Raúl y porque ella también era prima hermana de Simón. Lo cierto es que los verdaderos vínculos afectivos se crearon entre nosotros tres. Manu, Víctor y Luis no eran más que los compañeros de fechorías de Simón. A veces pensaba que Simón permitía que su hermano lo vigilara porque era la única manera de estar cerca de mí. Al principio solo lo sospechaba, pero después de la noche de Calachica lo tuve muy claro: Raúl era un estorbo para Simón, siempre censurando que se drogara y que bebiera tanto, pero sabía que si lo echaba de la pandilla dejaría de verme a mí. De hecho, también era una molestia para el resto de la pandilla, no solo porque desaprobaba constantemente sus excesos, también porque siempre se quedaba con la chica más guapa y porque era mejor que cualquiera de ellos en todos los deportes acuáticos que practicaban. Pero Simón era el cabecilla y, si él soportaba a su hermano, al resto solo le restaba aguantar.

Durante años se fue fraguando una rivalidad entre Raúl y el resto del grupo que desembocó en celos, envidias y resentimientos de todos hacia el hermano del líder. No era tan difícil pensar que, liderados por Simón, maquinaran un plan para vengarse; aunque nadie podría imaginar que llegaran tan lejos, por muy drogados y bebidos que estuvieran.

Pasado el tiempo, allí, en el coche de mi padre y a unos centímetros de él, me pregunté cómo pude creer que Raúl fuese capaz de hacerme tanto daño. Se había sentado en el extremo del asiento trasero, apurando hasta el último centímetro que le permitía la ventanilla para evitar el mínimo roce conmigo. Era como si de alguna manera quisiera dejar claro que su último deseo era volver a tocarme. Me dolió comprobar hasta qué punto los crímenes de otros habían destrozado nuestras vidas. Si las intenciones de Manu, Víctor, Luis y Simón eran robarnos lo que ellos jamás

vivieron, lo habían conseguido. Lo curioso es que yo me sentía más dispuesta que él a un acercamiento, tal vez porque para mí habían transcurrido casi cinco años y para Raúl todo era más reciente o, quizá, antes de conocer los hechos su vida ya estaba rota. Por otro lado, no sabía si durante el tiempo que estuvo ausente se habían sumado más tragedias a su vida. No debió de ser fácil salir de casa con una simple mochila.

Mientras me llegaba su aroma a agua, acudieron a mi mente tantos momentos de felicidad a su lado... El primer beso, suave, dulce y apasionado; el primer *te quiero*, susurrado, sincero y emotivo; el primer abrazo, tierno y conmovedor; la primera vez... Para mí él era el amor, ningún otro chico me había hecho temblar tanto con solo mirarlo.

\*\*\*\*

—Hemos llegado —anunció mi padre con formalidad—. Podéis bajaros aquí, yo voy a guardar el coche en el garaje, en esta calle no se puede aparcar.

El silencio fue nuestra respuesta. Bajamos del coche y Raúl se quedó parado en la acera esperando mis indicaciones.

—¿De verdad no quieres subir?

—No, creo que prefiero esperar aquí. Te confieso que estoy bastante nervioso, no todos los días se conoce a un hijo de cuatro años.

—Puedo imaginármelo. Tardaré lo menos posible.

Entré en el edificio. Yo también estaba muy nerviosa, la tarde había sido intensa y prometía serlo más aún.

Cuando llegué a casa mi madre estaba leyendo en el salón mientras Daniel veía sus dibujos animados favoritos.

—Hola, pequeño —saludé a mi hijo que, extasiado con la televisión, apenas me devolvió la mirada—. ¿Te apetece dar un paseo?

—Sí, sí, quiero dar un paseo —me contestó bajándose de su pequeño sillón.

—¿Qué es eso de un paseo? Este pequeñín tiene mucha suerte —intervino mi madre abrazándolo cuando mi hijo pasó por su lado ya dispuesto a marcharse.

—Me voy con mami a dar un paseo, sí, me voy con mami.

—¿Ya habéis terminado vuestras compras? —me preguntó mi madre.

—Papá está guardando el coche, ahora te explica. Vámonos, Daniel, nos están esperando.

—Huy, cuánto misterio. Déjame que te peine esos rizos, renacuajo.

Mi madre se llevó de la mano a Daniel al baño y en dos minutos estábamos esperando el ascensor, del que, con el mismo gesto serio, salió mi padre.

—Abuelo, abuelo, vamos a dar un paseo —dijo Daniel al verlo. Los dos se tenían verdadera adoración.

—Me parece estupendo. Pues venga, a disfrutar de ese paseo.

—Le he dicho a mamá que tú se lo explicarás todo, no tenía mucho tiempo para...

—Tranquila, yo lo haré —me interrumpió.

Por primera vez en esa tarde vi la felicidad en Raúl, el rostro se le iluminó al vernos salir del portal cogidos de la mano. Se quedó inmóvil unos segundos mirándonos, como si estuviese frente a una milagrosa aparición.

—Pues este es el pequeño Daniel. ¿No vas a saludar? —le pregunté a mi hijo, que miraba a Raúl con curiosidad.

—Hola.

—Vaya... ¿A quién tenemos aquí?

Raúl no pudo contener las lágrimas, estaba visiblemente emocionado y sorprendido, y consiguió emocionarme a mí también.

—Me llamo Daniel. ¿Y tú? ¿Eres un amigo de mami? Qué largo tienes el pelo y la barba.

—Me llamó Raúl. Sí, soy un amigo de mami —le contestó mientras se agachaba para ponerse a su altura y mirarlo frente a frente—. ¿Adónde te gustaría ir?

—¡Al parque!

—Me parece una gran idea, nos vamos al parque, claro que sí.

A Daniel, con la inocencia propia de su edad, le sorprendió la actitud de aquel extraño y así me lo hizo saber.

—Mami, tu amigo está llorando. Creo que le duele la tripa y necesita un jarabe, no puede ir al parque malito —me explicó con toda naturalidad.

—Ja, ja, ja... No, tranquilo, no me duele nada, al contrario. Estoy muy contento de poder ir al parque a jugar contigo —le aclaró Raúl cada vez más emocionado—. ¿Me enseñarás el parque? Es la primera vez que voy.

—Sí. Vamos —le contestó nuestro hijo dándole la mano con la intención de guiarlo.

\*\*\*\*

Durante la hora y media que estuvimos en el parque había cerca de casa yo fui una mera observadora. Daniel y Raúl se sintieron muy cómodos juntos desde el principio. Me resultaba casi surrealista verlos de repente jugando en el parque, como un padre y un hijo que jamás se hubiesen separado. Permanecí sentada en un banco todo el tiempo, sin intervenir. No hizo falta, Raúl manejó la situación sin ningún problema. Daniel se sentía encantado, subía y bajaba de un columpio a otro ayudado por su cuidador como si lo viese a diario. Yo también estaba feliz de que la vida me hubiese hecho un regalo tan inesperado. Había soñado tantas veces con aquella escena que, por momentos, tenía miedo a despertarme y que todo se desvaneciera.

Pero mi felicidad no era completa, parte de mí se sentía triste: no éramos tres, eran ellos dos. Definitivamente, desde que Raúl había sido informado de su paternidad y de lo ocurrido aquella noche en la pequeña cala, había decidido que estaría siempre al lado de su hijo, pero también tuvo claro que lo nuestro era cosa del pasado. Si en esa primera tarde que estuvimos juntos en Madrid tuvo la tentación de acercarse a mí, de ninguna manera me lo pareció. Lo cierto es que, a pesar de que la ilusión que le hacía estar con su hijo lo animaba a sacar fuerzas de flaqueza, se le notaba cansado. Parecía un hombre que acabara de sobrevivir a un largo tormento. Y así era.

No me creí del todo las explicaciones que me había dado del porqué consideraba nuestra relación imposible de recuperar; eso de que no podría acercarse a mí sin pensar en aquella noche me parecía un argumento flojo. Él era mucho más profundo. Algo me decía que, en realidad, no se considera digno de mí por no haber sido capaz de protegerme y prefería echarse a un lado y darme la oportunidad de encontrar un hombre que perteneciera a mi mundo, como él siempre decía. Todo el tiempo tuve la sensación de que había perdido la confianza en sí mismo y se infravaloraba. Que, al final, se había creído la teoría de mis padres: que éramos distintos en lo que más marca a un ser humano, la educación. Cuánto los odié por ello, sobre todo a mi madre. Jamás consiguió que creyera lo más mínimo en su absurda teoría de clases. Desde muy pequeña supe que el dinero solo servía para esconder las miserias propias de cualquier ser humano y que quien no lo tenía

simplemente se mostraba desnudo, tal cual era; no tenía la posibilidad de ocultarse bajo un traje de marca. De hecho, cuanto menos tenía una persona, más fácil me resultaba conocerla. Tampoco descartaba la idea de que Raúl tuviera otra relación, alguien que hubiese estado a su lado mientras yo lo culpaba del más vil de los crímenes; alguien que hubiese creído en él cuando más desolado estaba porque yo lo acusaba siendo inocente.

No me había dado cuenta de hasta qué punto Daniel se parecía a su padre hasta que pude observarlos juntos. Mi pequeño era el *miniyo* de Raúl. Mismo color y forma de pelo, ojos idénticos, ambos con extremidades largas y musculosas... Hasta la forma de reír y caminar. Me pregunté si mi hijo había heredado algo mío o de mi familia. De seguir creciendo así, sería un hombre igual de atractivo que su progenitor.

Al principio Daniel se mostró algo desconfiado, como tomándole el pulso a aquel nuevo amigo de mamá; pero no tardó mucho en abrazarse a él cuando caía del tobogán y en dejar de mirar hacia atrás buscando mi mirada cuando lo empujaba en el balancín.

De regreso a casa, caminando cogido a nuestras manos, Daniel se paró un momento y levantó la cabeza para mirar a su padre.

—Eres muy grande. ¿Cómo te has puesto tan grande? —le preguntó de repente, como si hubiese estado reflexionando sobre la altura de Raúl.

—Porque de pequeño me comía todo lo que me ponía mi mamá.

—¿El pescado también?

—Claro, el pescado también. Yo crecí muy cerca del mar y comía mucho pescado.

—Yo también me lo voy a comer siempre para ponerme tan grande como tú cuando sea mayor. La abuela dice que si me lo como todo, seré tan alto como el abuelo, pero yo quiero ser como tú. Yo nunca he visto el mar.

—Si lo has visto, cariño, es que eras tan pequeño que no lo recuerdas —intervine yo.

Era cierto, desde que con pocos meses lo llevamos a Salomar no habíamos vuelto a la playa, a ninguna. El mar nos recordaba los peores momentos de nuestra vida y preferíamos pasar las vacaciones en la montaña.

—Mamá, llévame al mar.

—¿Ahora?

—Sí, sí.

—Es muy tarde y mañana hay colegio, ya lo sabes.

—Solo un poquito —dijo gimoteando. El día había sido largo y estaba cansado.

—¿Tú sabes que el mar está muy muy lejos de aquí? —le preguntó Raúl.

—¿Cómo de lejos?

—Hay que ir en coche durante muchas horas, hay que salir de viaje muy temprano, así que hoy no puede ser, pero te prometo que yo te llevaré a ver el mar cuando no haya cole —le explicó Raúl. Después me miró un instante pidiendo mi aprobación, consciente de que se había tomado una licencia que necesitaba el consentimiento de los dos.

—Claro, iremos cuando llegue el verano para que te puedas bañar.

—Sí, y jugar con la arena, como mi amigo Rubén —iba diciendo ya más conforme con nuestra promesa.

Nos despedimos en la entrada de mi edificio, aunque fue más una despedida entre padre e hijo en la que Raúl le prometió volver al parque con él muy pronto.

—Dime cuándo puedo venir a recogerlo. No quiero trastornar su vida, supongo que es mejor que vayamos poco a poco, todos tendremos que adaptarnos... Especialmente él. No es necesario

que vengas con nosotros, si no te importa.

—Claro, como quieras —le contesté algo taciturna, me entristecía que me hubiese excluido de su relación con Daniel—. Pero... no sé, tenemos algunos asuntos de los que hablar, imagino que querrás legalizar tu nueva situación...

—Te llamaré mañana. ¿A esta hora te viene bien?

—Sí, es buena hora. Es tarde, hay que bañar a este pequeñajo y darle la cena.

—Supongo que sí, aunque no sé mucho de los horarios de los niños de cuatro años. Pero aprenderé —me dijo mirándome como pidiendo comprensión. Después se puso en cuclillas y se despidió de su hijo—. Lo he pasado genial contigo en el parque. ¿Te gustaría que fuésemos otro día?

—Sí, muchos días. Se me ha olvidado tu nombre.

—Soy papá.

—Ji, ji, ji... Te llamas como el papá de mami.

No lo había entendido, en su mente de niño no cabía que de repente tuviese un padre y simplemente pensó que ese era su nombre, el mismo que el de mi padre porque yo lo llamaba papá y mi madre a veces también.

—Eso es.

Le dio un beso y un abrazo y se marchó, no sin antes recordarme que llamaría al día siguiente.

## CAPÍTULO 26

Cuando llegué a casa encontré a mis padres algo serios, pero no parecían demasiado tensos. Me saludaron sin hacer preguntas. Mi madre se llevó a Daniel para darle un baño y mi padre y yo nos fuimos a la cocina para preparar la cena. Fue entonces, mientras preparaba una ensalada, cuando mi padre sacó el tema.

—¿Qué tal el paseo?

—Fuimos al parque —le contesté a la vez que ponía la mesa.

—¿Todo bien?

—Ha sido extraño, pero sí, todo muy bien. Raúl y Daniel han congeniado enseguida.

—Eso es estupendo. No pareces muy contenta.

—Bueno, me ha dejado claro que solo le interesa ejercer como padre. Imagino que tendrá pareja. No lo sé, no hemos hablado demasiado.

—¿Y eso te molesta?

—Nunca pensé que diría esto, pero sí, me molesta.

—Lo siento.

—Yo también. Después de todo lo que habrá sufrido durante estos años... En fin, qué otra cosa podría esperarse. En realidad, es muy generoso por su parte que no me haya recriminado nada. ¿Has hablado con mamá?

—Sí. Ya sabes cómo es. Al principio se ha puesto a la defensiva, pero después ha reflexionado y ha comprendido que Raúl quiera pasar tiempo con su hijo. Tampoco le queda otra opción, sabe que la ley lo amparará. Dice que lo ayudará a legalizar su situación, que no será muy complicado. Tanto ella como yo haremos lo que haga falta para que obtenga los derechos que le corresponden, es lo mejor para Daniel.

—Eso es genial. Será un buen padre.

—Seguro que sí. Aní...

—Sí —dije mientras buscaba el queso en el frigorífico.

—Cuando hables con él, dile que nos gustaría que viniera a casa y discutir sobre la manera de solucionar su situación.

—De acuerdo. Es curioso, debería ser un día feliz y en cambio siento como desconsuelo. Ha sido un día raro.

—Eres fuerte, superarás todo esto.

Al escuchar estas últimas palabras de mi padre, mientras miraba el interior del frigorífico como si encerrara todas las respuestas, me rompí y, dejándolo de par en par, me eché a sus brazos.

—No, papá, no soy tan fuerte. ¿Cómo pude hacerlo culpable durante tanto tiempo de algo tan horrible? No tenía motivos, él siempre fue respetuoso y atento conmigo —le decía derramando mis lágrimas sobre su pecho mientras, a lo lejos, se escuchaban el chapoteo y las risas de Daniel—. No sé si lo superaremos algún día. Si supieras... Él es un hombre triste, no sé cómo ha podido sobrevivir estos años vagando por ahí... Todo esto es espantoso.

—Venga, princesa, no soporto verte así. Todo pasará, ya lo verás.

—Ha dejado de quererme —le confesé sin consuelo.

—Ya veo lo que te pasa, te has dado cuenta de que sigues enamorada de él y no has sido

correspondida. Vamos, vamos, deja de llorar, no queremos que Daniel te vea así, ¿verdad? Y cierra ese frigorífico, esos pitidos me vuelven loco —bromeó un poco para suavizar el momento.

Sin separarme aún de mi padre, le di un pequeño empujón a la puerta del frigorífico y le dije una última cosa.

—Tenemos que ayudarlo, papá. Prométeme que lo ayudaremos.

—Te lo prometo.

Durante la cena mi madre actuó con aparente normalidad, como de costumbre, ocupándose de que Daniel comiera lo necesario. Después fui yo la que llevé al pequeño a la cama y le conté cuentos hasta que cayó vencido. Cuando salí del dormitorio de mi hijo, mis padres veían las noticias, cada uno en su sillón, como si fuese un día cualquiera. Normalmente yo solía acompañarlos un rato antes de irme a dormir, pero necesitaba estar sola, me urgía pensar en él en absoluta soledad. Parte de mí envidió la escena. A pesar de los malos momentos, ellos eran dos, siempre lo habían sido, se tenían el uno al otro y habían formado una familia, algo que yo nunca tendría. Seguramente, Daniel y yo siempre seríamos parte de aquel hogar y no tendríamos uno propio.

Me di una ducha pensando en él, me metí en la cama pensando en él, pasé la noche pensando en él y soñando con él y la playa donde lo conocí. Mi cabeza no me daba tregua. En vez de estar feliz porque padre e hijo se hubiesen encontrado, me sentía triste. Repasé una y otra vez todos los momentos que recordaba a su lado, una instantánea tras otra me hacían evocar cómo me estremecía nada más verlo y el sufrimiento que supuso para mí el convencimiento de que él también me había violado aquella noche. Siempre terminaba haciéndome la misma pregunta: si no fue Raúl, ¿quién fue el quinto?

Cansada de hacerme preguntas y dar vueltas entre las sábanas, decidí enviarle un mensaje a Sonia: «Buenas noches, Sonia. ¿Estás despierta? ¿Podemos hablar?».

En unos segundos mi móvil comenzó a vibrar.

—Hola, Sonia —la saludé melancólica.

—Hola, Ani. ¿Todo bien?

Me tranquilizó su tono, parecía que poco a poco volvía a estar más cercana.

—Sí, bien.

—Ya sé que Raúl ha conocido hoy a Daniel. Hemos hablado un buen rato, no sabes lo emocionado que estaba. Qué alegría, creo que estar cerca de su hijo lo ayudará a ver la vida de otro modo.

—Ha sido más que emocionante, todavía me cuesta creerlo. Se han entendido enseguida. Es genial. Me ha dicho que llamará mañana para volver a quedar.

—¿Tú estás bien? No parece muy animada a pesar de la gran noticia.

—Es que... ha estado tan distante conmigo...

—Entiendo. Es normal, qué coño. —Que dijera un taco en mitad de la conversación, lejos de molestarme, me agradó. Significaba que volvía a ser la misma conmigo—. Todo lo que ha sufrido le ha jodido mucho. Él no es el mismo. Tiene otra vida, otras amistades y otra manera de sobrevivir.

—Ya me lo imagino, aunque no quiso contarme nada sobre él cuando hablamos. Supongo que incluso habrá otra chica, un hombre como él... Es normal.

—No sabría decirte..., pero sería lo lógico. Yo de ti me olvidaría de mi primo como pareja, no creo que... en fin, ya sabes, desconfiaste de él durante cuatro años.

—No tienes que recordármelo, lo sé muy bien. Pero duele.

—Todos hemos sufrido demasiado, y vosotros especialmente.

—Sonia...

—Sí, dime, no te quedes callada, ya sabes que me pones nerviosa.

—Si él no estuvo en Calachica, ¿quién fue el quinto? ¿Estará vivo? ¿Seguiremos estando en peligro?

—Yo también me he hecho esas preguntas mil veces, y mucho antes que tú. Ha pasado mucho tiempo, Ani, a saber dónde cojones está. No creo que debas preocuparte por eso.

—No puedo evitarlo. ¿Qué tal todo en casa?

—Vamos tirando, asumiendo nuestra mierda de vida. Mi padre está bastante mal, tiene cáncer de páncreas y parece que ya no hay nada que hacer.

—No tenía ni idea...

—Ya, es que tampoco me has preguntado.

—Lo siento mucho. Ya veo que la vida ha decidido no darte tregua. ¿Está en el hospital?

—No, está en casa sedado día y noche. Nos hizo prometer que moriría en su cama. El médico del pueblo viene a diario a verlo y siempre nos dice lo mismo: paciencia y resignación. De eso mi madre y yo tenemos de sobra.

—Me gustaría que estuviéramos más cerca en estos momentos, las dos necesitamos una amiga más que nunca.

—No puedo creerme que no tengas ninguna amiga en Madrid.

—Sí, tengo amistad con Begoña, una compañera de la facultad. Es muy maja y se puede confiar en ella. Pero tú y yo hemos vivido tantas cosas...

—Nos tenemos, podemos llamarnos siempre que queramos. Me llama mi madre, tengo que dejarte. Seguiremos hablando. Chao, Ani.

—Adiós, Sonia.

## CAPÍTULO 27

Me llamó al día siguiente. Supuse que le habría pedido mi número a Sonia. Fue una conversación fría, él solo quería quedar para pasar el sábado con su hijo.

—Hola, Ani.

Se me aceleró el corazón con solo oír su voz.

—Hola, Raúl.

—¿Cómo está Daniel?

—Muy bien, deseando volver a verte. No deja de hablar de ti.

—Yo también lo estoy deseando. Verás, estaré ocupado hasta el viernes, pero me gustaría pasar el sábado con él. No quiero ser un problema, si tenéis planes o...

—No, tranquilo, el sábado está bien. Le encantará saberlo. ¿A qué hora quieres que estemos listos?

—Si no te importa, prefiero que salgamos los dos solos. Estaré cerca de vuestra casa por si te echa de menos o pasa cualquier cosa. Solo quiero llevarlo al parque y después comer juntos.

—Claro, como prefieras.

Que me excluyera en ese segundo encuentro con su hijo supuso para mí una gran decepción. Otra más. Era la prueba palmaria de que no me quería en su vida. Solo le interesaba Daniel. Es más, tuve la sensación de que me consideraba un estorbo, aunque al ser la madre de Daniel no le quedaba más remedio que consensuar conmigo cualquier decisión. Parecíamos una de esas parejas de divorciados que deciden llevarse bien por amor a los hijos.

—Gracias. Lo recogeré a las doce y lo llevaré a casa a las cinco. También me gustaría llevarlo al cine, pero no sé si es demasiado pequeño.

—Si la película es de dibujos animados, puede que aguante.

—Lo hablaré con él y si decidimos ir al cine te avisaré. Hasta el sábado entonces.

—Raúl...

Era tal mi desconsuelo ante su manera tan correcta y distante de hablarme que casi se me olvida algo importante.

—Sí.

—A mis padres les gustaría tener una conversación contigo. Nada por lo que preocuparte, al contrario. ¿Te importaría subir a casa el sábado cuando traigas a Daniel?

—Bueno..., sí, de acuerdo —dudó, obviamente no le agradaba la idea de sentarse a hablar con mis padres, pero cedió.

—Bien. Gracias. Hasta el sábado.

Colgué el teléfono desolada, con la certeza de que entre el padre de mi hijo y yo no volvería a haber la mínima complicidad.

\*\*\*\*

A las doce en punto del siguiente sábado salí de mi portal con Daniel cogido de la mano. Estaba ilusionado, la idea de pasar el día con su *amigo grande* —como él lo llamaba— le entusiasmaba. Había llegado la hora de contarle quién era en realidad Raúl, pero no encontraba la

manera de explicarle a un niño tan pequeño que su *amigo grande* no se llamaba papá, era su papá. Pensé que tendría que hablar con Raúl, lo más acertado era contárselo entre los dos.

Raúl ya estaba en la calle, bajo un sol de primavera que ya empezaba a calentar y anunciaba un día caluroso.

—¡Hola, Daniel! —lo saludó con verdadera alegría. Después se puso a su altura y le dio un suave abrazo—. Me alegra mucho volver a verte. ¿Estás dispuesto a pasarlo bien?

—Sí, sí, en el parque. Venga, vamos al parque. Adiós, mamá.

Daniel tenía verdadera prisa por repetir el buen rato que había pasado en el parque con su *amigo grande*.

—Pero bueno, qué prisa es esa. ¿No vas a darme un beso? —le dije simulando naturalidad.

Mi pequeño me dio un beso y Raúl se despidió de una forma aséptica, como quien despide al cartero. Yo quise morirme. «Nos vemos a las cinco, dejaremos el cine para la próxima vez o no llegaré a tiempo para hablar con tus padres. Si hay algún problema, te llamaré»; estas fueron las únicas palabras que me dedicó.

¿Dónde había quedado el *Hola, preciosa* con el que me saludaba años atrás? ¿Y aquellos expresivos y constantes halagos? «Hoy estás especialmente bonita». «Me encanta cómo te queda el color rojo». «Cómo me gusta tu forma de caminar». «No me mires así que ya empiezo a temblar». «Las chicas se tienden bajo el sol para ponerse morenas, pero a ti te busca el sol para hacer maravillas en tu piel»... eran algunas de las mil frases que escuchaba a diario de su boca.

Esa mañana parecía mucho más recuperado. Se había recortado el cabello y la barba y vestía una camisa, un jersey y un pantalón que parecían recién estrenados y realzaban su esbelta figura; seguramente se había comprado ropa para no desentonar al lado de su hijo. Mientras le hablaba a Daniel yo tenía el corazón desbocado. Después de comprobar que ya no existía para él, me hubiese conformado con un simple beso en la mejilla.

Me quedé parada en la acera y los vi marcharse cogidos de la mano y hablando jovialmente. Daniel se dirigía a él como si lo conociera desde que nació, y yo tenía la sensación de no conocerlo de nada. Desde luego, el hombre que mientras me hacía el amor en la playa dejaba un hijo en mi vientre no tenía nada que ver con el que se alejaba ante mí camino del parque. No, semejante transformación no podía tener la explicación que él me había dado: que no podría tocarme sin pensar en lo que me habían hecho sus amigos mientras él lamentaba mi pérdida en su casa. Tampoco tenía sentido que el hecho de tener otra relación lo obligara a estar tan esquivo conmigo. Tuve la intuición de que había algo más.

Cuando desaparecieron de mi vista recordé que Raúl no sabía cuál era nuestro piso. Tenía su número de teléfono, así que le envié un mensaje: «Cuando regreséis, solo tienes que llamar al portero; te estaremos esperando. Nuestro piso es el ático A». Después me sentí estúpida, él mismo me habría llamado para anunciar que habían llegado. No recibí respuesta, lo que me decepcionó aún más.

\*\*\*\*

Mis padres también habían quedado ese día para almorzar con unos amigos, así que para aprovechar el inusual silencio de aquel sábado decidí ponerme a estudiar. Se acercaban los exámenes finales y tenía mucho atraso. Pero me fue imposible, no podía dejar de pensar en Raúl y en que esa tarde vendría a casa por primera vez. Imaginaba cómo sería la situación, si le gustaría saber que mi madre estaba dispuesta a ayudarlo con sus problemas legales y si se sentiría cómodo

en el ambiente que había visto crecer a su hijo y del que él había estado excluido. Al fin y al cabo, mis padres y yo le habíamos ocultado desde el principio una información que le pertenecía por creerlo culpable de un crimen del que era totalmente inocente. Le habíamos robado la posibilidad de ver nacer a Daniel, de disfrutar de su primera sonrisa, de su primera palabra, de sus primeros pasos... Tenía derecho a estar resentido con nosotros.

\*\*\*\*

Mis padres llegaron a las cuatro y media aparentemente animados y con unos dulces para el invitado, parecían más que dispuestos a agradecer a Raúl. El reloj de pared del salón anunció las cinco de la tarde justo cuando sonó el portero. Tanta puntualidad casi me daba escalofríos, era como si Raúl pusiese todo su empeño en ser lo más correcto y respetuoso posible con nosotros. Tal vez tenía pavor a nuestras críticas o a que cualquier error que cometiera se volviera en su contra. Pulsé el botón sin preguntar, di por hecho que eran ellos. Cuando el ascensor llegó al ático yo ya estaba esperándolos en la puerta. Salieron hablando entre ellos con entusiasmo, Daniel estaba pletórico.

—Mami, mami, es mi papá, se llama papá porque es mi papá. Me lo ha prometido. Yo también tengo un papá. Mira —extendió el brazo para mostrarme lo que tenía en la mano—, es una excavadora, he jugado con ella en el parque. ¡Abuelo, mira! —exclamó con entusiasmo al ver a mi padre aparecer en el recibidor—. Me la ha comprado mi papá. Él es mi papá —continuó mirando a Raúl—, ¿lo sabías?

—Bueno, bueno. Ya veo que te lo has pasado genial y vienes cargado de buenas noticias —le contestó mi padre revolviéndole el flequillo. Después saludó al recién llegado—. Hola, Raúl. Pasa, estás en tu casa.

—¿Qué tal está, Mariano? —le preguntó Raúl como saludo de forma cordial y protocolaria y estrechando su mano.

Al momento apareció mi madre.

—Me alegra verte, Raúl —fue su saludo, que yo imaginé algo falso, aunque en realidad se había dirigido a él con agrado y ella no era de las que se molestaban en disimular en ese tipo de situaciones.

—Igualmente, Ana —correspondió extendiéndole también la mano, aunque lo normal dada la situación hubiesen sido dos besos en las mejillas.

Era como si quisiera dejar claro que quería mantener cierta distancia, pero no por ello parecer hostil. Pretendía poner de manifiesto desde el principio que el hecho de ser el padre de Daniel no significaba que tuviese intención de tomarse ningún tipo de confianza. Lo que no parecía muy claro era si lo hacía por respeto a mis padres o porque en realidad no le interesábamos para nada y solo quería ser afable con la familia de su hijo.

\*\*\*\*

La conversación se desarrolló en la misma línea, con respeto y corrección. Raúl se negó a tomar nada, solo pidió un vaso de agua, y los pastelitos quedaron intactos sobre la mesa del salón.

Fue mi madre la que inició la charla.

—Queríamos comentarte que te ayudaremos en todo lo que necesites para que retomes tu vida normal. Puedes regresar a Salomar cuando te apetezca, ya no hay cargos contra ti. Por supuesto,

también me encargaré de legalizar tu paternidad y de que Daniel tenga tu apellido lo antes posible. Todos sentimos lo que ha ocurrido durante estos años, pero ha llegado la hora de pasar página y poner cada cosa en su lugar por el bien de Daniel.

—Se lo agradezco —intervino Raúl sin mostrar sorpresa—. Ya me estaba ocupando de estos temas, pero seguro que con su ayuda e influencia todo será más rápido y efectivo.

—Raúl —habló mi padre—, quiero pedirte disculpas por nuestro comportamiento desde que conociste a nuestra hija...

—No hace falta, lo entiendo —lo interrumpió Raúl, como queriendo evitar que su disculpa supusiera un acercamiento—. Todos estamos de acuerdo en que ahora lo importante es Daniel.

Mientras ellos hablaban yo entretenía a mi hijo, ayudándolo a manejar la excavadora, con la que intentaba coger unos garbanzos que le había metido en una caja de zapatos para que jugara. Pero me sentía desfallecer por dentro, la situación me superaba; la actitud de Raúl me rompía el corazón. De no ser porque sus ojos conservaban el mismo azul del mar de Salomar, habría jurado que el hombre que había sentado en el sofá de nuestro salón no tenía nada que ver con aquel chico espontáneo y gentil que me enamoró.

—Imagino que querrás visitar a tu madre cuanto antes. Después de tanto tiempo... —siguió ella.

—Nunca he dejado de visitar a mi madre. De hecho, he estado en Salomar esta semana, mi tío Manuel ha muerto y necesitaba darles el pésame a mi tía y a mi prima. Pero se alegrará de que no tenga que entrar de noche y por la puerta de atrás.

Todos nos quedamos mudos, especialmente yo. El padre de Sonia había muerto y yo no me había enterado.

Obviamente, Raúl estaba dando muestras de tener más control sobre su vida del que imaginábamos. Había estado huido de la justicia, pero no desaparecido. Lo extraño era que Salas no estuviera al corriente. Si Raúl visitaba el pueblo con cierta asiduidad, tenía que saberlo y, por lo tanto, debería haberlo detenido. Ni a mis padres ni a mí se nos escapó que nuestro invitado tenía mucha más información de la que pensábamos.

—Siento tu pérdida —dijo mi padre.

—Lo siento —habló seguidamente mi madre sin poder evitar una expresión de sorpresa—. Bien, si te parece, en cuanto tenga toda la documentación te aviso para que la firmes y dejar todo en orden.

—Perfecto. Es hora de marcharme —concluyó poniéndose en pie—. Me voy, Daniel —se dirigió a quien realmente le importaba de nuestra familia—. Nos veremos muy pronto, ¿de acuerdo?

—Adiós, papá —respondió mi hijo sin levantar la vista de la pala de la excavadora.

—¿No vas a darme un beso?

Daniel se puso en pie y Raúl lo cogió en brazos para besarlo.

—Volveré la semana que viene. Pensaré en alguna película que nos pueda gustar a los dos e iremos al cine. Y esta vez no se nos olvidará la pelota y jugaremos todo lo que quieras.

—Sí, tengo que aprender a jugar al fútbol, es que el abuelo no sabe.

—Te enseñaré.

—Tengo que reconocer que el fútbol no es mi deporte favorito —apuntó mi padre mirando a su nieto con una sonrisa.

Dejó a Daniel de nuevo en el suelo con su juguete y se despidió de todos con la misma corrección con la que había saludado al entrar.

—Gracias por todo —miró directamente a mi madre—. Espero esa llamada. Hasta pronto.

—Te acompaño a la puerta —le dije yo.

—No es necesario. Gracias.

—Adiós, Raúl.

Su visita supuso para mí otra dolorosa decepción. En cambio, mis padres parecían aliviados, casi encantados.

—Bueno, parece que todo comienza a arreglarse para Raúl. Me alegra mucho que Daniel tenga relación con su padre, creo que es bueno para todos —comentó mi padre visiblemente satisfecho—. Teniendo en cuenta todo lo ocurrido, su generosidad ha superado mis expectativas. Parece más que dispuesto a pasar página. La verdad es que es un buen hombre y muy respetuoso, será una magnífica influencia para nuestro pequeño.

—Yo también lo creo —apuntó mi madre y se dirigió de inmediato a su nieto—. Jovencito, creo que es la hora de darse un baño. ¿Qué tal si dejamos esa excavadora para después?

—¿Puedo bañarme con ella?

—¿Una excavadora en el agua?

—Es verdad, es para la tierra.

## CAPÍTULO 28

Parecía que, por fin, después de años de tortura psicológica, todo iba por buen camino. Aunque ya nunca recuperaría la capacidad de amar ni la ilusión que Raúl había despertado en mí por el futuro, tenía mucho más de lo que hubiese imaginado tan solo unos meses antes: la posibilidad de ver crecer a mi hijo a salvo de tantas mentiras y oscuridad y junto a su padre. Hasta parecía que la tensión que se había instalado en casa desde que me quedé embarazada se iba esfumando. Mis padres se mostraban más afables entre ellos; la aparición de Raúl nos había aportado un toque de normalidad. Ya no había ninguna sombra sobre nuestras vidas; Daniel tenía un padre, como todos los niños, con el que nos relacionábamos con cordialidad.

Empezaba a resignarme y a asumir que, a pesar de mi juventud, sentimentalmente estaba amortizada y que solo podría disfrutar de la compañía de Raúl en mis noches de soledad, cuando ya metida en la cama imaginaba que regresaba a la arena de Salomar para volver a enredarme en sus brazos; como si nada más hubiese pasado; como si en Calachica solo hubiesen quedado besos y caricias. A dos palmos veía la transparente orilla y sus sensuales murmullos, y más allá su tabla de *windsurf*, testigo paciente de nuestro eterno cortejo.

No supe nada de Raúl en varias semanas, solo lo que contaba mi hijo cuando lo dejaba en casa los sábados, que únicamente hablaba de lo divertido que era pasar el tiempo con su padre. No sabía si tenía pareja, si trabajaba, si estudiaba, si seguía en aquel piso compartido con otros chicos, si había vuelto a Salomar... Nada. Solo que, por su aspecto, debía de estar bien de salud y no parecía estar pasando apuros económicos. Nada que ver con la imagen de aquel hombre que me encontré en El Retiro. Imaginé que haberse encontrado con su hijo le había devuelto las ganas de vivir y luchar.

También supe por mi madre que había estado un par de veces en su despacho y que pronto su situación estaría en regla. Me lo dijo de pasada, como si Raúl no tuviese ninguna relación conmigo; como así era en realidad.

\*\*\*\*

Una tarde, al volver de la universidad, encontré a mi padre cabizbajo frente a la ventana de su despacho. Era demasiado temprano para que hubiese regresado del trabajo y supe que algo grave había pasado.

—Hola, papá. ¿Qué estás haciendo en casa?

Él no apartó la vista del cristal para hablarme.

—Tu madre se ha marchado de casa. Tendrás que ir tú a buscar a Daniel al colegio, yo no me encuentro con ánimos.

Crucé el umbral de la puerta y me senté frente a él para obligarlo a mirarme mientras preguntaba por la extraña noticia.

—¿Que mamá qué?

—Que se ha ido de casa —afirmó sin volver el rostro.

Tenía los ojos enrojecidos, había llorado.

—¿Qué estás diciendo? ¿Qué ha pasado?

—No puedo tener ahora esta conversación —musitó mirándome por primera vez—. Hemos discutido y ha decidido marcharse unos días con tu tía Elena. No te preocupes, solo necesitamos un tiempo... Por favor, déjame solo y ve a recoger a Daniel o llegarás tarde.

—Pero... ¿cómo voy a dejarte así, tan solo y triste?

—Vete tranquila, lo único que necesito es estar solo. Estaré aquí cuando vuelvas con Daniel.

—Entiendo que lo que haya ocurrido sea cosa vuestra, pero no me parece justo que me dejes al margen.

Entonces él me miró implorándome silencio y soledad, y comprendí que era el momento de marcharme.

No fue fácil entretener a Daniel hasta la hora de dormir. Se empeñaba en que la abuela lo bañara y le diera la cena, y no pocas veces entró en el despacho de papá exigiendo juegos y mimos. Cuando por fin conseguí dormirlo, llamé a mi madre.

—¿Qué pasa, hija? —me preguntó nada más descolgar. Su voz me sonó distinta, estaba realmente triste y no se molestaba en disimularlo.

—¿Que qué pasa? A eso deberías contestar tú. ¿Por qué te has marchado así tan de repente y sin avisar ni despedirte?

—¿Tu padre no te ha dicho nada?

—No. Dice que son cosas vuestras, pero...

—Sí, es algo entre nosotros, deberías respetar nuestra intimidad.

Estaba perpleja. ¿Algo entre ellos? ¿Es que los dos se habían olvidado de que, hasta que llegó Daniel, siempre fuimos tres? Los conocía demasiado. En su relación nunca ocurría nada grave. A pesar de haber pasado por muchas situaciones complicadas, jamás se habían planteado siquiera pasar un solo día separados. Ellos formaban una de esas parejas que tienen asumida su unión hasta la muerte. Que mi madre hubiese abandonado su casa no podía ser una mera desavenencia matrimonial. ¿Tal vez una traición o una infidelidad? Imposible, por más vueltas que le daba nada apuntaba a que alguno de los dos tuviese una aventura.

—Tengo la sensación de que me estáis ocultando algo. Tu marcha me afecta directamente, tengo derecho a saber los motivos.

—¿Cómo está Daniel?

—Bien, no ha dejado de preguntar por ti. No me cambies de conversación, no te va a funcionar. Entonces se echó a llorar, estaba rota.

—Te dejo, Ani, ahora no me encuentro con fuerzas para hablar. Te llamaré mañana. Te quiero, hija.

No recordaba que anteriormente me hubiese dicho que me quería. Sabía que me quería, a su manera, con su carácter y tal como a ella la habían enseñado a amar, pero nunca hasta ese instante había sido capaz de pronunciar esas dos palabras ante mí. Aunque la llegada de Daniel pareció sacar su lado más tierno y de vez en cuando lo abrazaba y le decía: «Ay, lo que te quiero», lo que a mí me desbordaba el corazón.

\*\*\*\*

Al día siguiente todo seguía igual. Cuando me levanté me di una ducha y me dirigí a la cocina. Mi padre ya estaba listo para marcharse y Daniel desayunaba en su trona.

—Buenos días.

—Buenos días, hija. Tendrás que llevarlo tú al colegio, yo tengo un compromiso. Luego lo

recogeré yo, tranquila.

—De acuerdo. ¿Qué tal estás?

—Bien. No te preocupes tanto por mí, sobreviviré. Nos vemos esta tarde.

—Tenemos que hablar —le dije con seriedad mientras Daniel exigía más zumo de naranja.

—Tal vez más adelante. Hasta luego.

No podía seguir con aquella incertidumbre, de manera que en cuanto dejé a mi hijo en el colegio me dirigí al despacho de mi madre dispuesta a invitarla a un café.

\*\*\*\*

La encontré en su mesa de trabajo, pero no parecía que estuviera trabajando. Los dossiers estaban perfectamente alineados y amontonados a su izquierda y, frente a ella, el portátil lucía cerrado. Tenía el móvil en la mano, como si esperase con ansiedad alguna noticia.

Fuimos a tomar un café a un bar cercano y allí intenté que se confesara, pero todo fue inútil. Nuestro encuentro solo sirvió para que yo comprobara lo abatida que se encontraba y ella supiera que no estaba tan sola como imaginaba. Le pregunté cuándo pensaba volver a casa y su respuesta fue: «Ojalá lo supiera. No te imaginas cómo echo de menos a Daniel».

## CAPÍTULO 29

Pasado un mes desde su partida, mamá no había vuelto a casa, ni siquiera para recoger sus cosas. Tres días después, me envió un mensaje con una lista de ropa y algunas cosas de aseo y de uso personal y me dijo que cuando pudiera se lo llevara todo a casa de su hermana, y que si era posible fuese con Daniel y la avisara para estar allí.

Fue tanta la ilusión que le hizo ver a su nieto que a partir de entonces lo llevé cada dos o tres días. En ninguna ocasión conseguí que me contara qué había pasado. Ella se limitaba a jugar con Daniel y contarle cuentos mientras yo miraba la escena sin entender nada. Cuando llegábamos, mi tía solía saludar y desaparecía para dejarnos a solas. En una ocasión, con la excusa de ir al baño, la fui a buscar a su salita con la esperanza de que ella me explicara algo. Me dijo que tampoco sabía nada, que estaba tan perpleja con todo aquello como yo.

Mi padre también permanecía hermético. En dos ocasiones sentí tanta impotencia que llegamos a levantarnos la voz. Todo resultó inútil. «Acostúmbrate, Ani, es muy probable que esta sea nuestra vida de ahora en adelante», me dijo la última vez que discutimos.

Por otro lado, en aquellos días sentía más que nunca la necesidad de hablar con Sonia. La llamaba casi todas las noches y le contaba la extraña situación que había en casa. También estaba Begoña, en la que confiaba ciegamente, pero hacía meses que había comenzado a trabajar, salía con un chico y casi nunca estaba disponible. Nuestra amistad se estaba perdiendo a causa de su falta de tiempo.

—Es horrible, Sonia. ¿Qué más me pueden arrebatar? A partir de aquella noche en Calachica, cada vez que me resigno a vivir con una pérdida pierdo algo más.

—Pues ya somos dos, amiga. Está claro que nos ha mirado un tuerto. Que le den, esto es una mala racha que no podrá con nosotras.

—¿Una mala racha? No sabes cuánto te envidio, eres un ejemplo para mí. No sé de dónde sacas el optimismo.

—Yo tampoco. Me sale solo cuando hablo contigo, será para contrarrestar tanta pena.

—¿Has visto últimamente a Raúl?, ¿ha estado en Salomar? —le pregunté con la esperanza de que me contara algo sobre el hombre que venía cada sábado a recoger a Daniel y que apenas me dedicaba un saludo.

—Hace un par de semanas... Pero... Ani, no me hagas preguntas sobre él, no me pongas en un aprieto. Sé que recoge a Daniel todos los sábados, ya sabes que está bien, no hay más que verlo. Joder, ¿cuándo vas a entender que lo vuestro es pasado? Estáis bien así. Por el bien de Daniel, no lo estropees.

—Tiene pareja, ¿verdad?

—Déjalo ya, no sabrás por mí nada que no te diga él mismo. Te dejo, tengo que hacer la compra. Mañana hablamos.

—Ayúdame, Sonia. Ayúdame a comprender... —le imploré.

Pero ella me interrumpió en tono seco y firme.

—No puedo.

Y colgó, dejándome sumida en una mezcla de tristeza y desesperación que me acompañó gran parte de la noche, hasta que cerca de la madrugada conseguí conciliar el sueño. Al día siguiente

sería sábado y a las doce en punto Raúl llamaría al portero para que bajara a Daniel. Me saludaría con un frío: «Hola, ¿qué tal?», y se marcharía entusiasmado de la mano de su hijo como si yo jamás hubiese formado parte de su vida.

\*\*\*\*

Pero algo debió de ver en mis ojos aquella mañana para que a su frío saludo siguiera una pregunta.

—¿Estás bien? —me preguntó fijando el azul de sus ojos en mi rostro.

—No, la verdad es que no estoy bien —le contesté con toda sinceridad y sin esperar consuelo alguno.

Daniel supo que estaba melancólica por mi tono de voz y de repente se agarró a mi pierna y la apretó con fuerza a modo de abrazo.

—¿Estás triste, mamá?

—Nooo... Nada de eso —le dije arrepentida. Me agaché y correspondí a su abrazo con toda la ternura que hallé en mi maltrecha alma.

—Vente con nosotros, mamá. Vente al parque. Ya juego muy bien al fútbol —me imploró Daniel. No quería dejarme sola esa mañana.

—Mamá tiene cosas que hacer. Venga, vete con papá. Luego me cuentas lo que habéis hecho.

—Me parece que nuestro pequeño hoy no se irá sin ti.

*Nuestro pequeño.* Qué bien sonaron esas dos palabras en la boca de Raúl. Por un momento, creí que flotaba.

—¿Crees que podrías dejar tus quehaceres un par de horas?

—Claro, pero...

—Venga, hagámoslo feliz, hoy nos necesita a los dos.

Si por un momento pensé que le apetecía mi compañía, fue una vana ilusión. Todo lo hacía por Daniel, verlo afligido mientras se abrazaba a mi pierna lo enterneció.

—De acuerdo, vámonos al parque —dije mostrando una ilusión fingida pero que en el fondo de mi corazón sentía.

\*\*\*\*

Daniel se encontró en el parque con dos amigos y de inmediato nos ignoró y se puso a jugar con ellos. Raúl y yo elegimos un banco desde donde podíamos estar muy atentos a sus movimientos.

Sin apartar la vista de su hijo, Raúl me habló.

—Siento mucho lo de tu madre.

Extrañada, miré por un segundo su perfil, fijo en los juegos de Daniel.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he deducido por algunos comentarios de Daniel.

—Entiendo. Están siendo momentos difíciles en casa, se nota mucho su ausencia. Y mi padre... bueno, intenta disimularlo, pero es obvio que está destrozado.

—Es comprensible —susurró él.

—Jamás imaginé que mis padres pudieran separarse, eran el paradigma del matrimonio estable. Fue todo tan repentino... Una tarde llegué y mi madre se había marchado, sin más, sin motivos aparentes. No sé lo que habrá pasado entre ellos, ninguno quiere contarme lo sucedido.

—La vida nos depara muchas sorpresas. Mírame a mí, ¿quién iba a decir que terminaría viviendo en Madrid para poder estar cerca de mi hijo? Él ha sido la única sorpresa agradable que he tenido durante estos últimos años. Daniel me ha devuelto la ilusión. Es un niño fantástico. Tus padres y tú lo habéis hecho muy bien con él.

Sus palabras me hicieron estremecer. Daniel había sido la única sorpresa agradable en sus últimos años. Con toda claridad, quiso decir que desde que me conoció su vida había sido un calvario. No le faltaba razón. Él era un muchacho feliz en su playa, con su tabla de *windsurf* y bajo el eterno sol de Salomar. Se ganaba bien la vida en su taller, tenía amigos, una familia y era muy querido en su pueblo. También tenía sueños: quería ahorrar lo suficiente, ir a la universidad, abrir una escuela de deportes acuáticos... Lo hubiese conseguido, él tenía todas las cualidades para alcanzar sus metas: trabajador, disciplinado, honrado, constante y con un don especial para tratar con la gente. Incluso sacaba tiempo para estudiar inglés y lo dominaba bastante bien. Y era un hombre muy atractivo.

Pero todo se fue al traste por mi causa. No porque aquella noche unos salvajes me violaran, sino porque desde el primer momento yo lo señalé como el más culpable de todos. Si no hubiera dudado de su inocencia, tal vez lo hubiésemos superado juntos. Los dos fuimos víctimas: yo de unos indeseables y él de mi desconfianza, de su hermano y de sus amigos. Aun así, rotos y sin posibilidad de volver a tener una relación, Daniel nos había condenado a estar juntos toda la vida.

—No sabes cuánto siento todo lo que has sufrido por mi culpa. No sé cómo pude dudar de tu inocencia...

—No dudaste, Ani, estabas segura de que yo había formado parte de esa bestialidad aquella noche. Pero ya pasó y, por la felicidad de nuestro hijo, debemos continuar sin mirar atrás constantemente. Entiendo que para ti debió de ser una experiencia demasiado traumática como para analizarla con un mínimo de lucidez y no te culpo por ello. Estoy intentando archivar de una vez por todas los malos recuerdos y no sé si quiero tener esta conversación.

—Pues yo creo que no podré seguir adelante hasta que no sepa quién fue el quinto...

—¿El quinto? Qué más da quién fuese ese animal —me interrumpió bruscamente, de una forma instintiva. Tuve la sensación de que él lo sabía.

—Importa, a mí me importa. Yo fui la que sufrió la violación, tengo derecho a saber cada detalle. Cuando tu... hermano terminó y... te nombró como cediéndote su puesto...

—Ah, mi hermano... Mi hermano era un animal sin escrúpulos, un cretino, un resentido y un cobarde que prefirió quitarse la vida antes que pagar por lo que hizo. ¿Qué valor podían tener sus palabras?

Agachó la cabeza y escondió el rostro entre sus manos, como queriendo ocultar la vergüenza que sentía por llevar la misma sangre que Simón. Me di cuenta de lo mucho que había sufrido y de que la actitud fría y distante que manifestaba en mi presencia no era más que una coraza.

—¿Quién fue el quinto? Tengo la sensación de que tú sospechas de alguien —insistí a pesar de saber lo incómodo que se sentía. Pero Daniel lo liberó de tener que dar una respuesta.

—Papá, papá, ayúdame a subir en el tobogán grande.

—Claro. Vamos a ver si eres capaz de tirarte desde tan alto.

Cogió a nuestro hijo de la mano y, antes de encaminarse hacia el tobogán, me miró un instante para hablarme.

—Deberíamos quedar para hablar con tranquilidad. ¿Qué tal esta noche?

No pensé ni un segundo la respuesta.

—Perfecto. Después de acostar a Daniel, a las ocho y media estaría bien.

—Bien, a esa hora estaré en la puerta de tu edificio.

Los vi jugar un buen rato y después decidí dejarlos solos. Cuando me despedí hasta la noche, Raúl me preguntó si Daniel podía comer con él. «Te prometo que comerá sano», me dijo.

Poco antes de las cuatro el sonido del portero me anunció que padre e hijo ya habían llegado.

—¿Raúl?

—Sí, somos nosotros.

—Bajo enseguida a por Daniel.

—No es necesario, ya lo subo yo.

Ese simple detalle de no evitar pisar nuestra casa, como si fuera territorio enemigo, me emocionó. En realidad, ya estaba bastante inquieta pensando que esa noche estaríamos solos. Aunque habíamos quedado únicamente para hablar, era mucho más de lo que esperaba de Raúl en aquellos momentos.

Mi padre lo invitó a pasar, pero él se disculpó diciendo que tenía algunas tareas pendientes esa tarde y no podía entretenerse.

\*\*\*\*

Creo que hacía años que no ponía tanto esmero en arreglarme. Sabía que no era una cita romántica, pero quería estar perfecta para él. No sé cuánto tiempo estuve poniéndome y quitándome ropa y maquillaje. Cuando ya pensaba que había acabado, me parecía demasiado obvio mi empeño en seducirlo y volvía a buscar entre mis vaqueros y camisas y a lavarme la cara. Al final me decidí por un vestido suelto de pequeñas flores, una rebeca, unas sandalias sencillas, el pelo suelto y maquillaje casi invisible. De todas formas, nada de lo que me pusiera me daría seguridad.

Cuando salí de mi habitación me crucé con mi padre, que acababa de contarle a Daniel un cuento y darle las buenas noches.

—¿Vas a salir? —me preguntó extrañado.

—Sí, he quedado...

No sé por qué, pero no quise decirle con quién.

—¿Algún amigo? —Quiso saber más.

—Sí. No llegaré tarde, pero tendrás que cenar solo.

—No importa. Comeré algo de fruta y un yogur. Pásatelo bien, te hace falta distraerte un poco.

—Gracias, papá.

—Mmm... Hueles a gloria, princesa —dijo al darme un beso de despedida en la mejilla—. Venga, hasta mañana.

A las ocho y veintinueve minutos bajaba en el ascensor. Una cosa era llevar a Daniel a casa y otra muy distinta era recogerme a mí. Así me lo había dicho: «A esa hora estaré en la puerta de tu edificio». De todas formas, en esa ocasión lo prefería así. No me apetecía tener que dar explicaciones a mi padre, al menos, no por el momento.

\*\*\*\*

Me arrepentí de ir tan sencilla porque a mí me pareció que él estaba más atractivo que nunca. Hubiese jurado que Raúl no había dudado en acicalarse todo lo necesario para impresionarme. Pero tal vez no lo había hecho por mí, era sábado, quizá después tenía una cita. Lo cierto es que

saludó con normalidad, ninguno de los dos nos dedicamos halago alguno. Vestía una camisa blanquísima de manga larga recién planchada que realzaba su moreno natural, un vaquero oscuro con una correa marrón que acentuaba su esbelta figura y unos mocasines de piel. Obviamente, había recortado su rubia barba con esmero y los mechones dorados de su pelo brillaban incluso en el anochecer. Olía a agua, sal, azul y naturaleza salvaje. Olía como siempre, pero todavía mejor, incluso a más de un metro de distancia.

Sentí que se me aflojaban las piernas y se me aceleraba el corazón.

—Hola.

—Hola, Raúl.

—He pensado que podríamos tomarnos una cerveza en algún bar cercano. No tengo coche y no quiero hacerte caminar demasiado.

—Podemos coger el mío si te apetece ir a otro sitio —le comenté, e inmediatamente me arrepentí. Pensé que no había sido un buen comienzo recordarle una vez más que yo tenía mucho más de lo que él había soñado.

—Como quieras.

—Mejor caminamos, hace una noche estupenda.

Salvé la situación a tiempo, lo último que quería en ese momento era salir del garaje al volante de mi coche y con Raúl sentado a mi derecha.

—Perfecto. Tú conoces la zona mejor que yo, elige el lugar que prefieras.

Caminamos en silencio durante quinientos metros hasta llegar a un coqueto bar en el que normalmente había cierto silencio a esas horas. Era más conocido por su ambiente *pijo* a partir de las doce de la noche y sus precios no eran muy populares.

—Aquí encontraremos un rincón tranquilo.

—Es perfecto —me interrumpió.

Me conocía lo bastante para saber que me sentía un poco indecisa. Él era un hombre acostumbrado a administrar bien sus escasos recursos y solía elegir cualquier cosa pensando en su precio. Dos cervezas podrían costarnos diez euros. Para Raúl, un despilfarro. Pero también era una persona que sabía cuándo el valor estaba por encima del precio. Me hubiese encantado invitarlo a cenar, pero la idea de salir había sido suya y no lo permitiría.

Efectivamente, encontramos el lugar perfecto. Una rinconera tapizada en piel roja en el lado opuesto de la entrada, alejada de la barra, de los aseos y del resto de las mesas, de las cuales solo dos estaban ocupadas, ambas por parejas. El hilo musical estaba en el volumen adecuado y el encargado había elegido las canciones perfectas: baladas de los ochenta solo al piano.

Enseguida una joven nos sirvió nuestras cervezas. Yo me quedé mirándolo expectante, era él quien debía comenzar la conversación que nos había llevado hasta allí. Cuanto más lo miraba, más me convencía a mí misma de que era el único hombre que podría formar parte de mi vida. Durante el tiempo en que lo creí culpable, también sabía que no habría otro.

—Me duele tener que decirte esto... No, no fui yo el quinto, fue Salas —dijo después de beber un largo trago de su cerveza.

No podía creérmelo. No era posible que semejante indeseable hubiese mancillado mi cuerpo mientras yo estaba inconsciente. En ese momento mi mente abrió la puerta del desván donde había arrumbado mis peores recuerdos y comenzó a recrear escenas de aquella noche. Pensé que había aprendido a vivir con el pasado, que lo tenía bajo llave y que ya no podría manipular mi voluntad. Hacía más de un año que había dejado de visitar al psicólogo y las pesadillas habían quedado atrás. No es que hubiese olvidado lo ocurrido en aquella cala, eso era imposible, pero sí me creía

capaz de controlar lo vivido.

Yo estaba a punto de beber de mi vaso cuando Raúl nombró a Salas, pero la solté de un golpe y, en un acto reflejo, me rodeé el vientre con los brazos para intentar controlar el pequeño temblor que sentía en mi interior provocado por un repentino frío. El mismo que sentí aquella madrugada cuando me metí en mi cama.

—¿Estás bien? —me preguntó con verdadera preocupación—. Creo que no ha sido buena idea...

—Estoy bien —le contesté con la voz entrecortada.

—Pero... si estás temblando. ¿Quieres que te lleve a casa?

—¡No! —exclamé mirándolo con desafío y adoptando una postura más natural—. Necesito saberlo todo, tengo derecho a conocer cada detalle. ¿Cómo puedes estar tan seguro de que fue él?

—¿Quieres tomar alguna otra cosa? ¿Un vaso de agua? Estás pálida...

—No, la cerveza es perfecta.

Dicho esto, cogí mi vaso con una firmeza impostada y bebí casi todo su contenido sin respirar.

—¿Cómo sabes que fue él? —insistí, mirándolo entre el desafío y la locura.

Él supo lo que había significado para mí su confesión y que mis emociones estaban al límite. Entonces extendió su mano sobre la mesa esperando la mía. Yo se la cedí e intentó calmar mi temblor agarrándola con suavidad. Pero no pudo, porque sentir su piel después de tanto tiempo fue lo que terminó de romperme y me fue imposible contener las lágrimas.

—No te imaginas cuánto me duele verte así. Si estuviera en mi mano borrar de tu vida aquel verano... Lo siento tanto, Ani.

Lo sentía más cerca que nunca y me hubiese gustado que el hilo de la conversación fuese muy distinto, pero hablábamos de mi violación y del indeseable de Salas y yo necesitaba que me contara todo lo que sabía.

—Es imposible, nadie puede cambiar el pasado. Raúl, por favor, cuéntame todo lo que sabes y ayúdame, necesito saber todo lo que pasó. Tal vez así consiga digerir de una vez aquella maldita noche —le supliqué mientras el agua brotaba de mis párpados sin cesar.

—Al principio fue solo una sospecha. En cuanto supe lo que te habían hecho, pensé que el quinto solo podía ser él. Pero luego me lo confesó el mismo Salas, después de amenazarlo con denunciarlo.

—¿Denunciarlo? Pero ¿por qué?

—Como te digo, cuando Sonia me contó lo que te hicieron enseguida pensé que fue él quien se hizo pasar por mí. En realidad, fue un farol. Le mentí; le dije que mi propio hermano me lo había contado un día antes de suicidarse, que me había cansado de vivir escondido y que, si limpiaba mi nombre y el de mi familia, nadie sabría que él, mi hermano y sus amigos te violaron aquella noche en Calachica. Incluso le dije que tú estabas dispuesta a declarar. Confieso que me costó enfrentarme a él. Si mis sospechas eran infundadas, Salas podría encerrarme en cuanto me viera. Pero finalmente le hice una visita. Una noche lo esperé a la salida del bar de Curro, el garito donde se emborracha cada noche hasta que llega el verano y abren los chiringuitos de la playa. Estaba como una cuba. Le costó reconocerme cuando le salí al paso... Ani...

Dejó de hablar, parecía como si lo que estaba a punto de confesarme lo superara. A sus ojos asomó una tristeza tal que su claro azul se tornó gris. Hizo un intento de soltarme la mano, pero yo lo retuve.

—¿Qué pasa, Raúl? Nada de lo que puedas decirme puede ser más horrible que lo que he vivido.

—No podría decirte qué extraña fuerza me poseyó, pero cuando lo vi salir tambaleándose... sentí tanto asco... Lo esperé escondido en una esquina y cuando lo tuve frente a frente me lancé a su cuello. Al principio ni siquiera me reconoció, pero cuando comencé a insultarlo y amenazarlo mientras apretaba su cuello me dijo algo que me obligó a soltarlo: «Si me denuncias o me matas, esa zorra y su compinche pagarán por sus asesinatos», vociferó mirándome enloquecido. Le exigí que me dijera a quién se refería, pero no dejaba de reírse. Le grité que mentía y lo culpé a él de los asesinatos. Me contestó que tanto él como mi hermano Simón tenían coartada, que preguntara en el *pub* del puerto deportivo. Que si lo denunciaba saldría a la luz una verdad que no me iba a gustar. Entonces le pregunté si habías sido tú, me escupió y me aseguró que lo mejor para todos y especialmente para mí era que me olvidara y que volviera a desaparecer. Y se fue calle abajo dando tumbos y carcajeándose.

—Creo que empiezo a entenderlo todo —le dije mientras me enjugaba las lágrimas con las yemas de los dedos y lo miraba con una profunda melancolía—. Así que todo este tiempo has estado evitándome para no tener que acusar de asesinato a la madre de tu hijo. Imagino lo que sentías cada vez que me veías. No fui yo, siempre pensé que había sido tu hermano. ¿Cómo pudiste pensar que...? ¿Qué locura es esta? ¿Cómo hemos podido dudar el uno del otro hasta destrozarnos nuestras vidas? Te mintió, ese Salas no ha dicho una verdad en toda su vida. Es un maestro de la manipulación. Seguramente fue él quien los mató a todos.

—No pudo ser él, comprobé su coartada y era cierta. Las noches en las que murieron Víctor y Manu, tanto Salas como mi hermano estuvieron en el *pub* hasta después del amanecer. Ya sabes que uno de los camareros y socios es Óscar y somos muy amigos. Me aseguró que terminaron tan borrachos que tuvo que llevarlos a sus casas. Sé que no me mentiría. Además, le tiene muchas ganas a Salas, está harto de que lo amenace con cerrar el local si denuncia que lo usa para hacer sus negocios con las drogas.

—Pues yo no fui. Siento que dudes de mis palabras, pero yo no tuve nada que ver... Si te digo la verdad, me importa muy poco quién matara a esos animales, lo único que quiero es que Salas pague por lo que sí hizo. Mientras él esté libre, seguirá manejándonos a todos con sus mentiras y amenazas. Tenemos un hijo, Raúl... Ese Salas es capaz de cualquier cosa. Ohhh... Dios mío, ¿cuándo va a terminar esto?

—Ya no dudo de ti. Solo he tenido que mirarte a los ojos para saber que dices la verdad. Pero... hay más... Creo que tu madre sabe más que nosotros.

—¿Mi madre? ¿Por qué piensas eso? ¿Qué pasa, Raúl?

De pronto había pasado de la tristeza a la perplejidad, no podía creerme las insinuaciones de Raúl.

—No sabría decirte hasta qué punto está implicada en este asunto. Hasta ahora pensaba que simplemente te estaba encubriendo, tiene toda la lógica que una madre proteja a su hija, pero ahora...

—Nada de lo que me dices tiene sentido, estoy segura de que mi madre siempre ha estado al margen. De hecho, fue la última en enterarse de que me habían violado. ¿En qué te basas para pensar algo así? Es de locos.

—La madrugada en la que murió Luis la vieron salir del chiringuito, no hay duda de que era ella. También vieron cómo entraba en el Audi de alquiler estacionado en el paseo.

—Eso es imposible —le aseguré mirándolo fijamente con los ojos todavía húmedos—. Ya sabes cómo son en Salomar. Se habrán dicho tantas cosas...

—No es un simple chisme, Ani, ese alguien fui yo.

—Debes estar de broma, te repito que eso es imposible. ¿Qué iba a hacer mi madre de madrugada en la playa? ¿Y qué hacías tú allí?

—Estaba dando un paseo. En aquellos días no podía dejarme ver y echaba de menos nuestra playa, era la única hora en la que estaba desierta. En realidad, todavía no me había marchado; estaba escondido en una pequeña casa abandonada que hay en el cañaveral. Por eso pensé que el comisario se refería a ti y que tu cómplice no podía ser otra que tu madre, a la que yo mismo había visto esa madrugada. También vi alejarse del lugar a otras dos personas antes, pero todavía estaba demasiado lejos y no las reconocí. Sí diría que eran un hombre y una mujer por la altura y la complexión. Vi sus figuras desaparecer mientras se alejaban. Pero en el momento en el que tu madre salió de la terraza de Las cañas yo ya estaba lo bastante cerca como para verla con claridad, me había escondido detrás de una barca. Entonces pensé que las otras dos personas podríais haber sido tu padre y tú, o tú y alguien a quien tu madre hubiese pagado para darle la paliza a Luis. Aunque pensé que tu figura se veía demasiado pequeña al lado de tu acompañante. Cuando Salas me dijo que tenía pruebas, imaginé que alguna de vosotras se habría dejado algo, no sé... Luego me resultó tan extraño que de repente tu madre estuviera tan dispuesta a ayudarme... Era como si se sintiera en deuda conmigo y tuviese mucha prisa por dejarlo todo en orden para olvidar el pasado; era como si tuviese miedo de que hablara. Pero creo que ella no pudo verme. Es todo un poco extraño.

Entonces se hizo un silencio y yo no pude evitar pensar que la repentina separación de mis padres podría tener relación con lo que me estaba contando Raúl. Tal vez mi padre había descubierto que de alguna forma mi madre estaba implicada en el caso y ella se había visto obligada a marcharse.

—No sabes cuánto siento hacerte revivir aquella maldita noche. Ojalá todo hubiese quedado atrás y pudiésemos continuar con nuestras vidas. Lo primero y lo último que pienso cada día es cómo alguna vez pude considerarme amigo de semejantes animales. Desde entonces, ir a Salomar para visitar a mi madre es una tortura. Desde el autocar, antes de entrar en el pueblo se puede ver Calachica... De repente, se hace de noche en mi mente y te veo indefensa, luchando en la oscuridad... Lo siento tanto, Ani, tanto...

Ahora fue el mar de sus ojos el que inundó sus párpados, y a mí me desbordó el corazón.

En aquel momento sentía una fuerte sensación agri dulce. Por un lado, la herida que creía cicatrizada se había abierto en canal y sangraba como la primera vez. Saber que el quinto fue Salas y que mi madre, como poco, tenía conocimiento de mucho más de lo que imaginaba había supuesto un gran golpe. Pero, por otro, percibía que había recuperado a Raúl. Ya no estaba sola, ahora tenía a alguien que lloraba conmigo y que sentía mi dolor como si fuera suyo. Tuve la sensación de que estaba viviendo un nuevo comienzo.

—Yo también lo siento. ¿Qué vamos a hacer ahora? No podemos permitir que Salas siga libre.

—No te imaginas cuánto he pensado en todo esto. ¿Qué quieres hacer tú? ¿Estás dispuesta a confesar y que todo el mundo sepa lo que ocurrió en Calachica? Si denuncias saldrá a la luz toda la verdad, ya sabes lo duro que podría llegar a ser. Y ni siquiera sabemos qué hacía tu madre en la playa esa madrugada. Estoy cansado, Ani. Ahora que tengo la oportunidad de estar tan cerca de Daniel... No quiero ni pensar en cómo podría terminar todo esto. Pero, por otro lado, siento la necesidad de contarle todo y que se sepa de una vez la verdad.

—Tengo que hablar con mi madre, es posible que haya una razón para que estuviera allí.

—Estoy de acuerdo, tal vez ella nos aclare algo. Ani...

La manera en la que me nombró en ese momento me erizó el vello.

—Dime.

—¿Cómo puedes estar más bonita todavía después de estos años de tortura?

Cuánto había echado de menos sus halagos; su elegante manera de cortejarme; su sensibilidad y ternura.

—Lo realmente asombroso es que después de creerte un criminal vuelvas a estar tan cerca de mí. Creo que en aquellos días me volví loca, no razonaba, yo... Mi psicólogo lo llama falso recuerdo, ocurre con frecuencia después de un hecho traumático. Me estremezco con solo mirar atrás. Cuando desperté bajo aquel cielo tan negro sobre la fría y húmeda arena... Me dolía cada centímetro de mi cuerpo, pero sobre todo me dolía el alma. La última frase que escuché antes de perder la consciencia... se me quedó clavada como un puñal en pleno corazón. No razonaba, me agarré a los pocos datos que tenía... Yo solo quería morirme. Muchas veces pensé que no era posible que tú hubieses participado, pero luego me remitía a las únicas pruebas que tenía. Todos erais amigos desde la infancia, os conocíais entre vosotros mucho mejor de lo que yo te conocía, y fue tu hermano el que te dio paso. Si hubiese permanecido consciente un minuto más, posiblemente me habría dado cuenta de que no eras tú. No lo sé, la verdad es que, después de haber sido violada cuatro veces y haber luchado con todas mis fuerzas para librarme de aquella pesadilla, no hubiera podido razonar. Fue tan espantoso que mi mente optó por desconectarme para que dejara de sufrir. De hecho, creo que fue al escuchar tu nombre cuando no pude más.

—Vale, vale. Ya está, Ani. Aquello ya pasó, no tienes que justificarte, la víctima fuiste tú.

—No me estoy justificando, es que tengo la necesidad de que me entiendas. Ahora que hemos vuelto a encontrarnos, no quiero ni una sombra entre nosotros.

Entonces acercó su rostro al mío, despacio, como dándose tiempo para valorar si sería de mi agrado lo que estaba a punto de hacer. Entre nosotros se interponía la mesa y le ayudé a salvar la distancia aproximándome. Y ya no tuvo que esperar más. Cerró los ojos y me besó. Sentí como si una mariposa revoloteara en mis labios hasta conseguir colarse por mi garganta y agitar mis entrañas. Después acercó su boca a mi oreja y me susurró:

—¿Sabes de algún lugar donde podríamos tener algo más de intimidad? Me muero por abrazarte.

Luego me miró esperando una respuesta mientras me pasaba los pulgares por las mejillas para enjugar mis lágrimas. Yo le sonreí.

—Es curioso, resultaba más fácil en Salomar cuando éramos unos ingenuos adolescentes. ¿Qué tal un hotel?

—Sí, un hotel estaría bien.

\*\*\*\*

En realidad, no nos importaba el lugar. Salimos del bar de copas agarrados de la cintura y besándonos como si fuésemos a morir esa misma noche y se nos acabara el tiempo. Pedimos alojamiento en el primer hotel que encontramos. No consintió que pagara yo y no era momento de discutir. Solo sé que sacó ochenta euros del bolsillo y se los entregó al recepcionista sin dejar de mirarme. Supuse que ni siquiera tenía tarjeta de crédito. Por un momento pensé que en unos años se había convertido en un desconocido para mí; ni siquiera sabía si tenía trabajo. Seguimos abrazados hasta llegar a la habitación.

—No sé si soy la misma que dejaste en Salomar —le comenté después de que cerrara la puerta y me atrajera hacia sí agarrándome de la cintura con la intención de besarme de nuevo—. Desde

que me violaron no he vuelto a... Tengo miedo de decepcionarte; tengo miedo de que aquella noche se adueñe de mi mente y nos robe este momento.

—Mmm... ¿Estás cómoda entre mis brazos?

—Sí, mucho.

—Por el momento, es más que suficiente para mí. No te pediré nada que no puedas darme. Te he imaginado tantas veces así, pegada a mi pecho... Estoy cumpliendo un sueño, qué más puedo pedir esta noche. Dios mío, qué bien hueles, Ani.

—Tú también.

Raúl era un hombre inteligente y sensible, sabía interpretar a la perfección cada uno de mis gestos y miradas. No hizo falta que me preguntara a cada instante si quería que parase, hacía las pausas correctas y me dedicó las caricias perfectas hasta conseguir que mi mente solo albergara una imperiosa necesidad de entregarme a él.

A pesar de mi juventud, no era una mujer capaz de separar el sexo del amor y tampoco era fácil de enamorar. Tras la fatídica noche del 31 de agosto de 2011 supe que la única manera de volver a hacer el amor sería si ocurría el milagro de que Raúl fuera inocente. Y había ocurrido.

Ninguno de los dos dormimos esa noche. Pasadas las seis de la mañana decidí que era el momento de marcharme, mi padre era muy madrugador y no quería que se preocupara si se percataba de que no estaba en casa ni que me viera entrar al amanecer.

—Tengo que irme.

—Lo sé. Te acompaño.

Antes de salir de las sábanas y separar mi piel de la suya, lo miré como si contemplara mi primer amanecer.

—Gracias —musité con los ojos húmedos.

—¿Por qué? —me preguntó extrañado y comprensivo.

—Por perdonarme. Te quiero y, aunque te parezca una contradicción, nunca dejé de quererte. Incluso cuando te creí un criminal, una parte de mí te amaba. Todo este tiempo he vivido soñando con la posibilidad de recuperar lo que tuvimos en nuestra playa. Me siento tan culpable...

—Shhh... No hay nada que perdonar, la víctima fuiste tú. Yo tampoco dejé de quererte ni cuando supe que me creías culpable. Hemos sobrevivido a una prueba espantosa. Aquí estamos, dispuestos a continuar pase lo que pase. Deberíamos dar un portazo a ese episodio de nuestra vida.

Me separé de él con suavidad y me incorporé hasta quedarme sentada en la cama.

—No puedo, no hasta que Salas pague por lo que hizo.

—Es posible que en tu empeño de llegar hasta el final te encuentres con sorpresas desagradables. Por otro lado, tendrás que testificar y contar con todo detalle lo que pasó. Te apoyaré decidas lo que decidas, pero piénsalo.

—Tengo que hablar con mi madre. Lo haré hoy mismo.

—Tienes derecho a la verdad, espero que valga la pena.

—La verdad siempre vale la pena, aunque duela —le dije subiendo un poco el tono, algo perpleja ante sus dudas.

—Eso espero. Creo que me conoces lo suficiente como para saber que nada odio más que la mentira. Pero desde que supe que teníamos un hijo y pensé que tú podrías estar implicada... No sé si hubiese sido capaz de denunciarte de haber confirmado mis sospechas. Haceros algo así después de lo que has sufrido no habría sido nada fácil. Daniel se merece lo mejor, me gustaría que pudiéramos protegerlo de cualquier sufrimiento.

—Eso no es posible. Pero sí podemos ayudarlo a convertirse en un hombre fuerte, capaz de superar cualquier sufrimiento, siendo fuertes nosotros ante la verdad, por mucho que duela. Tengo miedo a las respuestas que pueda darme mi madre, pero las necesito para seguir adelante. ¿Qué habría sucedido si hubiera denunciado la violación? Me lo he preguntado tantas veces... Callé para no hacer daño a la gente que amo y, al final, mi silencio ha causado todavía más sufrimiento. Entonces no pude, me hubiese cortado la lengua antes de reproducir con palabras lo que me hicieron, sobre todo ante mi padre. Todo esto lo ha destrozado. Pero he cambiado. Sigo teniendo miedo, aunque soy más valiente.

—Ven aquí —dijo sonriéndome con ternura—. Ya te he dicho que te apoyaré en todo lo que decidas, es que... no quiero que sufras más. Por cierto, casi se me olvida. Hay algo que quiero darte desde hace años, justo desde el 31 de agosto de 2011. ¿Recuerdas que el día anterior me llamaste y te dije que estaba debajo de un camión y me mostré algo distante?

—Cómo olvidarlo.

—En realidad, esa tarde no fui a trabajar. Estaba en una joyería eligiendo un regalo para ti. Lo llevo en el bolsillo desde entonces.

Se levantó, buscó en el bolsillo de su pantalón y sacó una pequeña caja roja. Después la abrió ante mí.

—No sé qué decir, estoy tan emocionada... Es una preciosidad, Raúl.

—No más que tú.

Era un anillo de oro rosa con un diamante engarzado como si fuera el centro de una pequeña flor. Extendí la mano izquierda y él me lo puso en el dedo anular.

—¿Quieres casarte conmigo? No digo ahora, más adelante, cuando te sientas más...

—¡Sí, sí y sí!

## CAPÍTULO 30

Esa misma mañana le hice una visita a mi madre. Se extrañó al ver que no iba acompañada de Daniel. Era domingo y sabía que no tenía colegio.

—Hola, hija. ¿Dónde está Daniel? ¿Está enfermo?

—No, tranquila. Lo he dejado con papá, hoy me apetecía conversar contigo tranquilamente.

—Pasa a la salita, estamos solas. Así que conversar tranquilamente... No tengo que recordarte que lo que ha pasado entre tu padre y yo es cosa nuestra —iba diciendo delante de mí mientras caminábamos por el pasillo buscando la habitación más soleada de la casa.

Se le notaba envejecida en solo unos días. Incluso su caminar parecía más lento, como desganado. Estaba más delgada y había dejado de maquillarse y de elegir bien su ropa antes de desayunar.

—Siéntate, voy a por unos cafés.

—Te acompaño a la cocina. ¿Te encuentras bien, mamá? Te veo demacrada, como cansada.

—Teniendo en cuenta mi nueva situación, no estoy mal. Es que hoy no pensaba tener ninguna visita, tus tíos no regresarán hasta mañana y no me apetecía maquillarme para mí. Son las ventajas de la soledad, no necesitas estar impecable las veinticuatro horas. Tú, en cambio, estás radiante. Tienes un brillo en la mirada que no veía desde hacía mucho tiempo —decía ya en la cocina, que estaba justo al lado de la salita.

—He vuelto con Raúl —le dije sin más, no tenía motivos para ocultárselo.

Ante la noticia actuó con total normalidad. No reaccionó, se le daba muy bien disimular; pero yo sabía que en ese momento su cabeza era un hervidero de pensamientos.

—Era de esperar. ¿Con azúcar? —preguntó con el azucarero en una mano y la cuchara en el otro. Sabía que a veces lo tomaba sin azúcar, sobre todo cuando ya había desayunado.

—Con azúcar.

—¿No has desayunado todavía?

—No, la verdad es que...

—Es que ¿qué?

—He dormido poco y, cuando me desperté, Daniel y papá ya habían desayunado.

—Voy a hacerte unas tostadas. Estás cada vez más delgada.

—No tengo ganas.

—Pues tendrás que hacer ganas.

—Vale, solo una.

Mientras preparaba la tostada me hizo una pregunta, pero con cierta desidia, como si preguntara una trivialidad a un conocido.

—Supongo que has trasnochado porque estabas con él.

—Sí, hemos pasado la noche en un hotel —contesté siguiendo en mi línea sincera y valiente—. Por fin hemos hablado de todo lo que ha pasado durante estos años y nos hemos dado cuenta de que seguimos queriéndonos.

—Entiendo. ¿Mantequilla o aceite?

—Aceite.

—Me alegro por los dos, y sobre todo por Daniel. Quién iba a decir que al final terminaríais

juntos. Espero que todo salga bien.

—Yo también, no soportaría perderlo de nuevo.

—Venga, vamos a tomarnos esto en la salita —dijo con una bandeja en la mano dirigiéndose a la puerta.

Ya sentadas frente a frente decidí hacerle la pregunta que me había llevado hasta allí esa mañana de domingo.

—Mamá...

—Sí, dime.

—¿Qué hacías de madrugada en el escenario del crimen de Luis?

—¿Quién te ha dicho semejante tontería?

—Raúl. Te vio él mismo.

—Pues se confundió. ¿Qué iba yo a hacer allí a esas horas?

Su sorpresa ante mi pregunta era moderada, muy estudiada. Pero yo ignoré su negativa.

—No, no se confundió. ¿Tiene esto algo que ver con que papá y tú os hayáis separado? No me mientas, mamá, necesito saber la verdad antes de denunciar a Salas. Voy a contarle todo, ya no quiero vivir con esto. Necesito empezar de nuevo sin secretos, aunque solo sea por Daniel.

—¿A Salas? ¿Por qué?

—Porque fue el último que me violó. ¿Qué hacías allí? Sé que Raúl no me mentiría en algo así.

—Me sorprende lo rápido que has recuperado la confianza en él.

—No desvíes el tema, por favor. ¿Qué hacías allí?

Tomó un sorbo de su café, como dándose tiempo para contestar. Estaba segura de que sabía mucho más de lo que parecía. Tragó y bajó la mirada unos segundos buscando la respuesta adecuada; la estaba elaborando en su mente, supongo que para contar lo justo sin mentirme.

—Cuando escuché cómo le contabas a Sonia que te habían violado, días antes de que te decidieras a hablar con tu padre y conmigo, no podía creerme que hubieses guardado tanto dolor durante todo un año por miedo a hacernos sufrir. No te imaginas cómo me sentí cuando escuché de tu propia boca tu falta de confianza, especialmente hacia mí. Le dijiste a tu amiga que yo era la última persona a la que confiarías lo que te había ocurrido...

—Lo siento —le dije mientras ella hacía una pausa.

Lo sentía realmente. Pensé en lo triste que debía de ser para una madre que su hija no tuviese la suficiente confianza en ella como para compartir un dolor tan desgarrador y preferir vivirlo en silencio.

—Habría estado a tu lado sin dudarle; te habría apoyado con mi propia vida si hubiese sido necesario. Hasta que nació Daniel, tú y tu padre habéis sido lo más importante en mi vida.

—Lo sé, mamá. Sé cuánto nos quieres, pero te cuesta demostrarlo, es solo eso. Todavía no has contestado a mi pregunta.

—Después de escuchar tu confesión, no podía quedarme de brazos cruzados. Sentí la necesidad de hacer algo. Yo... yo solo quería saber cómo lo habían planeado todo y conseguir que pagaran por sus crímenes de alguna manera. Sabía que, si salía a la luz lo que te hicieron, tú serías la primera perjudicada, pero eran unos criminales y no era su único delito. Estaba convencida de que podría encerrarlos por otros motivos. No sé, creí volverme loca. Les puse un detective a cada uno día y noche, conocía todos los pasos que daban en cada momento.

—¿Papá lo sabía?

—No, no eran de su agencia, actué por mi cuenta. Aunque creo que algo sospechaba, pero prefirió no indagar. Por eso te pidió que lo olvidaras todo en más de una ocasión, creo que no

quería enfrentarse a la verdad. Ese fue mi mayor error, ocultárselo. Tuvo que enterarse por uno de sus investigadores, que conocía a uno de los que había contratado y se fue de la lengua. Al final lo descubrió y me preguntó. Lo que no pudo soportar es que se lo negara una y otra vez. Fue el día en el que me marché de casa. No quise involucrarlo, pensé que no me apoyaría...

—Creo que empiezo a comprender por qué se negaba a ayudarme a descubrir si Raúl era inocente: temía que descubriéramos más de lo que nos hubiera gustado.

—Fue así como obtuve información de primera mano de cómo fueron muriendo uno a uno.

—Sé por Raúl que Simón y Salas no pudieron asesinar a Manu y a Víctor, tenían una coartada muy sólida.

Se quedó un minuto pensativa, como si estuviera sorprendida y pensando la respuesta.

—Todos tenían deudas con la mafia que les proporcionaba la droga para que la distribuyeran por toda la Costa Tropical; seguramente Simón y Salas los culparon de quedarse con el dinero o a saber qué y lo haría algún matón de la organización criminal a la que pertenecían. Eran escoria. Estaban metidos en toda clase de negocios sucios con la complicidad de Salas. Dos de ellos incluso habían trabajado como sicarios. Los hubiese podido encerrar de por vida. Pero no hizo falta, se traicionaron unos a otros.

Estaba perpleja, no podía creerme el relato de mi madre. Sobre todo, me parecía imposible que hubiese tramado su venganza a nuestras espaldas.

—¿Sabías que Raúl no tuvo nada que ver en mi violación?

—Lo supe la misma madrugada que asesinaron a golpes a Luis. Media hora antes me llamó uno de mis informantes para decirme que había escuchado una conversación entre Salas, Luis y Simón en la que dejaban claro que Raúl ni siquiera sabía que te habían violado. En la misma conversación, Salas informaba a Simón de que lo habían visto por la playa en las últimas noches y le advertía que era peligroso que merodeara por el pueblo, que tarde o temprano descubriría la verdad y que había que eliminarlo esa misma noche. Fui a la playa para avisarlo. Pensé que había llegado tarde cuando vi que salían de la terraza del chiringuito dos personas... No pude reconocerlas, pero cuando vi el cuerpo de Luis supe que habían cambiado de planes. Parece ser que Luis no quería que mataran a Raúl y decidieron que eliminarlo a él era prioritario. Probablemente, a Luis sí lo mataron a golpes entre Simón y Salas. Después de que Simón se ahorcara todo había terminado.

—No puedo creerme lo que me cuentas. Todo es tan... enrevesado y extraño.

—Sí, este tipo de criminales son así, no tienen escrúpulos. Al final se traicionan entre ellos y se devoran unos a otros por cualquier motivo. Pagaron con la vida por lo que hicieron, para mí todo había terminado.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Y Salas? ¿No te parece que era precisamente él quien se merecía un castigo más que ninguno?

—Denunciar a Salas era exponerte a ti.

—Cualquiera de ellos podría haber contado lo que pasó si los hubieses encerrado por otros motivos.

—Ellos no tenían por qué saber que yo estaba detrás de todo, pero Salas sí. La misma mañana del asesinato de Luis me llamó para decirme que si se me ocurría ir a por él arruinaría mi vida, que tenía pruebas de que yo había consentido aquellos crímenes y que conocía a los investigadores que había contratado. Mis matones, dijo. Si denuncias a Salas puede que me enfrente a unos años de prisión. Si te digo la verdad, lo único que me dolería sería el sufrimiento que os causaría a papá, a ti y a Daniel. Hace tiempo que papá sospechaba que yo le ocultaba algo,

creo que incluso prefería no saber nada, pero hace unos días se enteró de todo por casualidad y ya no pudo hacer como si no supiera nada. No soportó que después de tantos años yo hiciera algo así a su espalda, que no hubiese confiado en él. Me dejé llevar por el odio, por la necesidad de vengarme sin que ninguno de vosotros sufrierais por ello. ¿Cuál es mi pecado?, ¿investigarlos para hacer que pagaran por lo que te hicieron? Yo no hice nada, solo callar mientras iban cayendo.

Mi madre rompió a llorar, pero sin aspavientos, con moderación y elegancia. Después de su confesión no sentía pena por su dolor. Nunca habíamos conseguido entendernos como una madre y una hija, pero en ese momento me parecía una completa extraña. Todo lo que había sido capaz de urdir en secreto era... era una locura. La miré impasible, sin la menor intención de consolarla.

—Debí denunciarlos en su momento, pero, como le dije a Sonia, no hubiese podido soportar lo que vendría después, sobre todo tus reproches y tu falta de comprensión —hablé consciente de que mis palabras la estaban destrozando, sentía que la odiaba y pensaba que se merecía lo que estaba padeciendo. Por mis mejillas también comenzaron a resbalar amargas lágrimas—. Ahora entiendo por qué te mostraste tan comprensiva y solícita cuando Raúl decidió ejercer como padre. Sabías que era inocente desde hacía cuatro años y que ya no habría manera de apartarlo de mi vida ni de la de Daniel, estaba en Madrid y no pensaba marcharse. En el fondo era una manera de limpiar tu culpa. ¿Cómo pudiste dejar que yo lo creyera culpable durante tanto tiempo? ¡Es el padre de tu nieto! No, mamá, cuando supiste lo que me hicieron y los verdaderos nombres de los culpables no denunciaste por miedo a las habladurías y a perder tu prestigio y posición social, no por evitarme sufrimiento. Siempre te importó más parecer que ser. ¿Sabes el sufrimiento que me habrías ahorrado si me hubieses contado que el quinto fue Salas? ¡He creído culpable a Raúl todos estos años!

Ella callaba mientras perdía la vista por la ventana que tenía a su izquierda y le seguían cayendo las lágrimas.

—Tienes razón, si hubiese sido una madre más cercana y comprensiva, las cosas serían distintas. Habrías denunciado y yo te habría apoyado hasta el final; es lo que hace una madre. Todo se hubiese aclarado desde el principio y también habrías tenido el apoyo de Raúl. Pero... he visto a tantas chicas destrozadas en los juzgados mientras tenían que responder a las más siniestras preguntas..., obligadas a recordar una y otra vez el episodio más horrible de sus cortas vidas... Ninguna mujer se repone de una violación, denunciando solo consigue que hurguen en su herida hasta destrozarla. Lo que sí les alivia y les ayuda a digerir el amargo trago es tener la comprensión incondicional de su madre. Te fallé, lo sé; te he fallado en lo fundamental desde que eras pequeña. Mi consuelo era que tu padre te recompensaba con creces.

No soportaba más estar allí frente a ella, no me creí sus lágrimas ni su pesar. Me sentía tan decepcionada como traicionada. Me levanté y me marché sin despedirme. Sin el más mínimo remordimiento. No se lo dije, pero lo que más me dolió de todo aquello fue saber que casi arruina la vida de Raúl con su silencio; nunca le pareció adecuado para una familia tan burguesa como la nuestra. Si finalmente lo aceptó, fue porque no le quedaban opciones. Podía entender su necesidad de vengarse, incluso su miedo a que salieran a la luz nuestros trapos sucios. Pero no le perdonaría jamás su frialdad ante un hombre completamente inocente y que casi destruyera la posibilidad de que educáramos juntos a nuestro hijo.

## CAPÍTULO 31

Durante un par de días no hablé ni con mi padre ni con Raúl de la conversación que había mantenido con mi madre. Sencillamente no podía, necesitaba asimilar su confesión; tenía que examinar mis propios sentimientos y valorar qué pasos debía dar. Y tenía que hacerlo sola. Quería mostrarme firme y decidida cuando hablara con ellos. En realidad, todo se reducía a una importante decisión: denunciar o no denunciar a Salas, asumiendo las consecuencias en ambos casos.

Ninguno de los dos me presionó ni me preguntó qué me pasaba, ambos me otorgaron el tiempo y el espacio que les pedí. El miércoles de la semana siguiente me quedé en casa durante todo el día y cuando llegó mi padre inicié la conversación que ambos esperábamos mientras Daniel estaba en el cumpleaños de un amigo.

Regresó a casa mientras me daba una ducha y cuando salí de mi habitación me lo encontré en la cocina preparándose un té.

—Hola, papá. ¿Qué tal el día?

—Nada nuevo, hija. ¿Y tú?

—Lo he pasado en casa, lo necesitaba. Creo que me ha sentado bien descansar.

—Me alegro.

—Papá, lo sé todo, me refiero a lo que hizo mamá para vengarse de la pandilla y por qué os habéis separado. El domingo hablé con ella.

—Lo imaginaba. ¿Te apetece un té?

—Me vendrá genial. ¿Cuánto tiempo hace que no te digo que te quiero?

—Mucho, pero mucho.

Dejó lo que tenía entre manos y me abrazó con fuerza. Después se separó y me habló con esa sonrisa que echaba de menos desde hacía tiempo.

—No sabes la alegría que me produce verte tan bien después de hablar con tu madre. No ha debido de ser fácil para ti enterarte de lo que hizo a nuestras espaldas. A mí todavía me cuesta creerlo.

—Lo he pensado y he decidido pasar página. No será fácil, pero es lo mejor. Cuando hablé con ella estaba decidida a denunciar a Salas, pero he tenido tiempo para reflexionar. Quiero que todo esto se acabe de una vez, necesito olvidar y ser feliz, y vosotros también. Pídele que vuelva a casa, estarás mucho mejor con ella.

—Vaya... Me sorprende tu actitud. No es tan fácil, todavía duele demasiado.

—Lo sé, a mí también me duele, creo que me costará tiempo perdonarla. Aun así, deberíais volver. Siempre me ha sorprendido tu capacidad para quererla más allá de su coraza; nadie la conoce como tú y nadie es capaz de entenderla tan bien. Si lo piensas, no hay un sentimiento más humano que la necesidad de venganza. Estoy cansada, papá, todos estamos cansados de vivir a remolque de lo que pasó aquella noche. Cada uno hemos librado esta batalla a nuestra manera. No sé cuántas familias superarían una prueba así. Por mi parte, se acabó. Lo único que quiero es ser feliz junto a Raúl y a mi hijo. Tú deberías hacer lo mismo.

—Es un buen hombre, te hará feliz.

Tomé unos sorbos de mi té y decidí que todo estaba hablado.

—Tengo que irme, Raúl lleva tres días esperando pacientemente una explicación y hemos quedado. ¿Te importaría recoger a Daniel del cumpleaños sobre las siete?

—Lo recogeré un poco antes, estaría bien hacerle una visita a su abuela. Vete tranquila, me ocuparé de él hasta que vuelvas.

—Le encantará ver a mamá. Pero no lo acuestes muy tarde, eh.

\*\*\*\*

Raúl me esperaba en el mismo bar de la última vez. Cuando llegué ya estaba sentado frente a un refresco. Al verme me sonrió con complicidad y después me dedicó uno de sus particulares halagos.

Me escuchó pacientemente, no dijo una sola palabra mientras yo le contaba todo lo que me había confesado mi madre el domingo anterior.

—Necesito olvidarme de todo, Raúl, pero no sé si tú podrías comenzar de nuevo sabiendo que Salas sigue libre.

Me cogió las manos y espero unos segundos para hablar.

—Salas murió el lunes, amaneció en su cama con dos balazos en pleno corazón. Seguramente, un ajuste de cuentas. Alguien decidió que ya era hora de hacer justicia y limpiar Salomar de esa basura. Se terminó. No sé si ha sido el destino o la justicia divina, pero todos han pagado.

—No puede ser... Pero... esto puede removerlo todo.

—No lo creo; según me ha contado un amigo guardia civil, nadie tiene ningún interés en sacar los trapos sucios del cuerpo. Si los que sabemos lo que pasó en Calachica no hablamos, todo quedará aquí.

—Estoy tan impresionada que no me había dado cuenta de que su muerte es una gran noticia. Sí, es la mejor de las noticias.

Me quedé como ida unos segundos, no sabía qué más decir. De repente, todo parecía tan fácil...

—Creo que es hora de pensar en nuestro futuro.

—Sí, nos lo hemos ganado. Raúl...

—Qué.

—No sé nada de ti: a qué te dedicas, si tienes trabajo o planes... ¿Qué has hecho durante todo este tiempo?

—Estudiar, trabajar y ahorrar un poco de dinero. ¿Qué te parece?

—No puede ser...

—No podía regresar a tu vida sin nada que ofrecerte. Te sorprenderá saber que estoy en tercero de Historia. No me va nada mal. Trabajo como camarero en un bar, pero lo dejaré pronto, la semana que viene empiezo a colaborar en un periódico digital como articulista y ganaré algo más que sirviendo cervezas.

—Nunca lo habría imaginado. Te vi tan desmejorado la primera vez.

—Ya te dije que acababa de pasar la gripe. La verdad es que tampoco he gozado de mucha salud; tal vez demasiado trabajo, preocupaciones y estrés, pero recuperarte ha sido sanador. ¿Y tú? ¿Qué planes tienes?

—Hace tiempo que me espera un trabajo como redactora en una televisión local, por algo hay que empezar. Creo que es hora de aceptarlo. Podríamos alquilar un piso, algo que se ajuste a nuestra economía. No sabes las ganas que tengo de que estemos juntos los tres.

—Empezaremos a buscar ese piso mañana mismo.

## CAPÍTULO 32

Después de años de dolor y tristeza en los que mis padres, Raúl y yo casi llegamos a perder la esperanza de alcanzar la felicidad, en unas semanas ocurrió el milagro. De repente, todos estábamos demasiado ocupados con nuevos proyectos como para mirar atrás. Ocurre, olvidar es posible. Lo que no podemos asegurar es si olvidaremos para siempre o solo por espacios de tiempo en los que en nuestra mente solo hay lugar para la ilusión. Todo es cíclico. Tarde o temprano, la naturaleza nos pondrá a prueba para seleccionar a los más fuertes. Nosotros acabábamos de superar una de las experiencias más trágicas imaginables, especialmente yo. Ahora tocaba disfrutar de las nuevas oportunidades que nos ofrecía el destino.

Mi madre regresó a casa. Durante los primeros días había cierta tensión entre mis padres, pero, contagiados de mi felicidad, no tardaron mucho en dejar a un lado sus rencores y ayudarnos a Raúl y a mí a construir nuestro nuevo hogar. Alquilamos un apartamento a quinientos metros de la casa de mis padres, ellos nos convencieron de que así les sería más fácil ayudarnos con la crianza de Daniel. Tenían razón, el pequeño necesitaba tenerlos cerca, a nosotros nos faltaría tiempo para amarnos y levantar un hogar de la nada con nuestro trabajo.

Nos ayudaron en todo hasta el final; hasta ese día en el que por fin dormiríamos los tres en nuestra propia casa. Esa tarde, mi padre no quiso marcharse sin colgar el último cuadro mientras mi madre y yo colocábamos ropa en el armario y Raúl estudiaba la aplicación de la cámara que debía estar instalada en la habitación de Daniel antes de acostarlo. Era curioso ver a mi padre subido en la escalera con el taladro en la mano; él, que siempre había contado con un *manitas* para las chapuzas de casa. Y es que quería estar; quería disfrutar de nuestra felicidad, ver las miradas que nos dedicábamos, nuestras sonrisas cómplices y nuestros besos fugaces, siempre escasos debido al pudor, pero espontáneos e incontenibles.

\*\*\*\*

La madre de Raúl vivió nuestro comienzo en la distancia, a golpe de teléfono. Tanto él como yo sabíamos que ya no podríamos demorar más el viaje que teníamos pendiente, sobre todo porque Daniel y ella tenían derecho a conocerse. Sabía que él esperaba con paciencia a que yo tomara la iniciativa. No quería presionarme, era muy consciente de que regresar a Salomar suponía para mí volver a un pasado donde había vivido lo mejor y lo peor de mi vida. Luces y sombras se plantarían ante mí nada más atisbar aquella hermosa playa y era difícil saber cuáles de ellas ganarían la partida en mi mente.

Era viernes, Daniel dormía hacía rato y Raúl escribía en su ordenador personal de segunda mano el artículo que debía entregar esa misma noche.

—Por Dios, Raúl, cómprate un ordenador; eres escritor, para ti es una herramienta de trabajo.

—Me va bien con este por el momento, necesitamos el dinero para cosas más importantes. Me gustaría que Daniel siguiera estudiando en ese colegio tan caro, se le ve contento.

—¿Por qué eres tan testarudo? Mis padres se lo dan todo a Daniel encantados. Déjalos que al menos gasten algo de su dinero en su nieto.

Yo estaba de pie detrás de él, acariciándole la nuca. Raúl volvió el rostro y me miró

comprensivo para contestarme.

—Me compraré otro ordenador, pero antes tengo que ayudar a mi madre a arreglar el tejado. Menos mal que llueve poco en Salomar, Sonia me ha enviado una fotografía de su dormitorio y el techo está a punto de venirse abajo.

Fue entonces, al escuchar a ese hijo tan preocupado por el bienestar de su madre, cuando me invadió un sentimiento de culpa que casi me hace llorar. En los dos meses que llevábamos viviendo juntos, Raúl había ido un par de veces a visitar a su madre. No era fácil para él, tenía que cruzar medio país y prefería viajar cuando tenía todo el fin de semana libre. Aunque escribía sus artículos en el tren para aprovechar el tiempo. Pero ni Daniel ni yo habíamos ido aún.

—¿Qué tienes que hacer este fin de semana? —le pregunté después de que me diera un beso y volviera a posar la vista en la pantalla.

—Estudiar, el miércoles tengo el examen de cartografía y estoy pegado. Pero llevaré mañana a Daniel a jugar al fútbol. Se lo prometí.

—¿Qué te parece si pasamos el fin de semana en Salomar? Creo que ya es hora de que Daniel conozca el mar. Hará un tiempo fantástico.

Esta vez dejó completamente su tarea y movió su cuerpo sobre la silla giratoria para mirarme con atención. El azul de sus ojos me pareció más intenso que nunca.

—¿Estás segura?

—Completamente.

—¿De verdad?

—Sí, sí, de verdad.

—Gracias.

Fue lo único que supo decirme, ni un comentario sobre lo que podría sentir a mi llegada o si el viaje podría significar un paso atrás en nuestras vidas. Nada. Ninguno de los dos queríamos iniciar una conversación que solo podría remover lo peor de nuestro pasado y enturbiar un viaje que debía ser la confirmación de que todo estaba superado.

—¿Te parece que vayamos en coche?

—Conduzco yo —dijo después de lanzarme un guiño, no se acostumbraba a mi manera de girar en las curvas.

—Hecho. Salimos temprano, voy a preparar algo de ropa para los tres.

—No te vuelvas loca metiendo ropa en la maleta, ya sabes que en Salomar con un bañador y unas playeras estás vestido todo un verano. Madre mía, suspenderé ese examen.

—Ja, ja, ja... Anda ya, esas cosas nunca les pasan a los estudiantes como tú. Aprobarás, no tengo la más mínima duda.

\*\*\*\*

Cuando despertamos a Daniel un sábado en pleno amanecer y le contamos que había llegado el día de conocer el mar y, lo más importante, a su abuela de la playa —como él decía—, se puso como loco. No sé cuántas preguntas fue capaz de hacernos por minuto hasta que por fin se quedó dormido media hora después de estar en carretera. Nos vino muy bien su entusiasmo mientras nos poníamos en camino, nos ayudó a olvidarnos de la sensación agrídulce que tanto Raúl como yo sentíamos y evitó que cayéramos en la tentación de echarnos atrás. Era inevitable la duda, la incertidumbre sobre mi reacción cuando nos adentráramos después de tanto tiempo en un escenario que significaba tanto para mí.

—Podemos ir a cualquier otra playa —me dijo en un momento en el que atisbó la duda en mis ojos.

—La abuela de la playa vive en Salomar y le hemos prometido a Daniel que hoy la conocería. Estoy bien, tranquilo.

Apenas hablamos durante las cinco horas de camino, solo cuando Daniel se despertaba y de inmediato nos volvía locos con sus preguntas, ansioso por llegar. No tardaba mucho en volver a dormirse. Pusimos nuestra música favorita y ambos anclamos la mirada en la carretera, cada uno absorto en sus pensamientos. Tampoco nos permitimos hacer comentario alguno sobre la llegada cuando paramos a tomar un bocadillo y un refresco, ni Daniel nos lo hubiese permitido.

Pasadas las doce del mediodía avistamos a pocos kilómetros los destellos plateados que arrojaba el mar y sentimos en la piel que el salitre ya nos daba la bienvenida.

—Ya estamos aquí. Creo que Salomar está todavía más lejos de Madrid que la última vez. El viaje se me ha hecho eterno. Pero es mucho más agradable a vuestro lado.

No pude comentar nada, era como si la garganta no me respondiera, pero no porque deseara salir corriendo y librarme de aquel reencuentro; no hubiese podido expresar si me estaba estremeciendo de alegría o de pena, o todo junto. No, no hubiese dado la vuelta por nada del mundo, estaba más que preparada para enfrentarme al pasado. Miré a Raúl, le sonreí con aprobación y luego suspiré.

A un kilómetro de entrar en el pueblo, desde una de las curvas se avistaba Calachica. Unos metros más arriba se veía la urbanización salpicada de chalés donde tantos años veraneamos. Nuestra casa seguía viéndose preciosa a lo lejos, rodeada de buganvillas y pinos. Sorprendentemente, todavía no se había vendido. Contemplé su pequeña playa sin recato, enfrentándome a ella casi con desafío. Me sentía fuerte, capaz de disfrutar de su belleza sin visionar en la arena nada más que dos jóvenes que aprendieron a amarse al vaivén de sus olas. Raúl redujo la velocidad para observar cómo la miraba.

—¿Qué? —le dije cuando lo sorprendí.

—Nada, que me muero por ver tu piel de nuevo bajo el sol.

—Y yo por verte sobre tu tabla de *windsurf*.

—El fin de semana promete.

En ese momento sonó mi móvil. Era Sonia, ella y su tía estaban ya desesperadas, querían saber cuándo llegábamos. La conversación despertó a Daniel y el fin de semana playero comenzó.

## CAPÍTULO 33

No hay palabras para describir lo que significó el reencuentro. Las emociones fueron tan diversas e intensas que, por unos instantes, noté que mi interior se nubló. Me quedé parada en la puerta de la casa de Raúl como si algo me agarrara con fuerza. Por suerte, entretanto Daniel fue el único protagonista. «¡Virgen Santa, pero si eres igualito a tu padre con tu edad!», fue lo primero que escuché como en la lejanía mientras recuperaba la consciencia. Creo que fue el olor de aquella casa lo que me causó esa conmoción, cuando se abrió sentí como si destapara el mismo mar. Olía igual que aquella maldita noche.

De repente, me encontré entre los brazos de Sonia; ni siquiera la había visto y ya me tenía agarrada con fuerza.

—Qué bien que estés por fin aquí, amiga, no sabes lo que significa para nosotros —me dijo al oído.

Tardé unos segundos en responder a su efusivo saludo, la recibí con los brazos caídos y mirando al vacío, pero creo que ella comprendió por qué. Sonia era una chica muy intuitiva.

—Para mí también, ni te lo imaginas. Me alegro de verte.

Detrás de mi amiga ya estaban su madre y la de Raúl esperando turno para saludarme. Las dos hermanas habían envejecido veinte años al menos, especialmente la madre de Raúl. Es cierto que la había visto cuatro o cinco veces durante los veranos que pasé en Salomar; las mujeres de su generación, nacidas en un pueblo tan pequeño y aislado, no se prodigaban por la playa ni el paseo para lucir su moreno. De hecho, daban la sensación de haber sido viejas siempre, aferradas a su papel de esposa de pescador, con sus batas a cuadritos o de pequeñas flores, las zapatillas de paño y el mismo corte de pelo año tras año, muy similar al de sus maridos. Ellas, además, se habían instalado en un eterno luto y las flores y los cuadros de sus vestidos eran negros y grises, como sus vidas. En realidad, ya eran viejas desde su juventud, pero a mí me parecieron ancianas y no debían de tener más de sesenta años.

—Me alegro mucho de verla, Adela —saludé a la abuela de mi hijo con verdadera emoción, ya recuperada de la impresión inicial. Después la besé en las dos mejillas y le di un abrazo sentido.

—Yo también, hija —respondió ella con la voz quebrada.

Después besé a su cuñada mientras veía a Raúl y a Daniel cruzar un pasillo que llevaba al patio trasero.

—¿De verdad tienes un barco en tu casa, papá? —le iba preguntando mi hijo muy excitado por la situación.

—Sí, de verdad. Ahora verás.

Y allí nos quedamos las cuatro, en medio de la pequeña salita que hacía las veces de entrada. La casa fue una de las primeras construcciones de Salomar y tenía una distribución antigua e incómoda, pensada para gente que vivía del mar y del huerto. No era extraño que el tejado estuviese a punto de derrumbarse. El patio era mucho más grande que toda la vivienda; incluso había un granero, un gallinero y un establo en el que se encontraba el pequeño baño de la vivienda. La verdad es que dentro de la casa no había espacio para construirlo. Esperaba que Daniel no me levantase a media noche para hacer pis, no debía de ser muy agradable salir al patio a esas horas. En el centro descansaba una vieja barca y un catamarán que Simón y Raúl le habían

comprado casi regalado a un turista inglés.

—Venga, sentaos —dijo al fin Adela después de unos incómodos segundos—, seguro que os apetece tomar una cerveza y algo para picar. He preparado algunos aperitivos, además del almuerzo. Espero que te gusten las migas con sardinas, Ani, aquí son muy típicas y dicen que me salen bastante ricas.

—Sí, ya las he probado algún verano, seguro que me gustarán. Muchas gracias, Adela.

—Al pequeñín le freiré unas patatas y le asaré una pechuga de pollo, eso les gusta a todos los niños.

—Es verdad, a él también.

Siempre había creído que la madre de Raúl ignoraba lo que había pasado en Calachica. Lo daba por hecho, era algo que no había salido a la luz y era un sinsentido que Raúl o Sonia se lo hubiesen contado; solo habrían conseguido aumentar su sufrimiento. Pero ese día advertí que debía de saber más de lo que imaginaba. No tenía sentido su excesiva amabilidad hacia mí habida cuenta de que su hijo pequeño había tenido que huir del pueblo por mi culpa. Es verdad que el hecho de recuperar a su nieto era suficiente motivo de alegría como para perdonarme, pero daba la sensación de que se sentía en deuda conmigo. Era como si estuviese pidiéndome perdón por lo que me había hecho su hijo Simón.

Nos trajo las cervezas y los aperitivos para Sonia y para mí y ella y su hermana se sirvieron un vaso de refresco de naranja. Josefa, la madre de Sonia, fue la más parlanchina: hablaba de temas triviales, del pueblo, de cuando no había turistas y en la arena solo se veían pescadores, pequeños barcos y redes... Se notaba que no razonaba con claridad, pasaba de un tema a otro sin ton ni son y repetía una y otra vez el mismo relato. Su hermana la amonestaba a cada instante y Sonia me miraba como pidiéndome compasión. Aquella señora que empezó a perder la cabeza cuando perdió a su hijo en la carretera, por supuesto, tenía toda mi compasión.

Adela, en cambio, era más callada y solo intervenía para recordarle a su hermana que esto o aquello ya lo había contado o para preguntarme si quería algo más y recordarme que aquella era mi casa. De vez en cuando sacaba un pañuelo del bolsillo de su bata y secaba sus ojos. Creo que de tanto llorar ya no había podido parar y dos finísimos hilos de agua caían constantemente de sus párpados.

Cuando Daniel irrumpió en la salita todo fue mucho más fácil para todos. Su abuela comenzó a darle todos los caprichos que tenía guardados desde que supo de su existencia y Josefa la secundó como si fuera una segunda abuela paterna. Raúl estaba feliz, radiante, encantado de que, de alguna manera, todo volviera a su lugar.

\*\*\*\*

Después de comer, Sonia, Daniel, Raúl y yo nos fuimos a la playa. Mi hijo tenía tantas ganas de zambullirse en el mar que tuvimos que tomarnos el café de un sorbo.

Recuerdo que cada vez me sentía más cómoda, sobre todo después de saber que Salas no podría aparecer con su moto por el paseo. Ninguno de los que me había violado hacía casi cinco años pululaba ya ni por aquella playa ni por el planeta y la familia de Raúl no podría haber sido más amable conmigo. Pensé que sí, que se podía comenzar de nuevo.

Raúl y Daniel estaban en la orilla jugueteando con la tabla mientras Sonia y yo charlábamos y tomábamos el sol. Por momentos parecía como si el tiempo no hubiese transcurrido y fuésemos las dos adolescentes de entonces a las que todo les hacía sonreír.

Entonces apareció Manuela. Cruzó los cien metros de arena ardiendo hasta llegar a nosotras a zancadas y exclamando con su ronca voz las ganas que tenía de vernos sin importarle las familias que había a nuestro alrededor.

—¡Qué alegría, Ani!

No tardé mucho en saltar de mi toalla y lanzarme a sus brazos.

—Yo también me alegro mucho de verte, Manuela.

—¿Cómo están tus padres, hija? —me preguntó cuando por fin nos separamos.

—Bien, te mandan muchos abrazos. Dicen que cuándo te vas a decidir a volver a Madrid, necesitan que alguien ponga en orden su casa.

—Ja, ja, ja... —rio a graves risotadas.

—Qué bien te veo. ¿Y ese pelo tan largo? —la adulé, a ella le encantaba.

—Mi Paco, que le gusta más una melena... Hija, no he podido venir antes. No te lo vas a creer, vengo de enseñar vuestro chalé, no sé cuántos guiris lo han visto ya y ninguno se decide.

—Me parece que ya no tendrás que enseñarlo más, creo que mis padres han decidido anular la venta.

—No me digas... Pues claro, si es que ya os veo allí con el pequeñín. Anda que no va a disfrutar en ese jardín.

—Sí, creo que volveremos a veranear aquí. El mar le ha encantado.

—¿Y dónde está el granujilla? Madre mía, qué guapa estás.

—Está allí con su padre —señalé a la orilla con el índice.

—Voy para allá a comérmelo a besos.

—Hola, Manuela, yo también estoy aquí —dijo Sonia sonriendo.

—Perdona, es que a ti te vi el jueves. ¿Qué haces, hija?

—Ya ves, aquí con mi amiga, quién lo iba a decir.

—Voy a ver si ese niño tan rubio que veo en el agua quiere darme un beso.

—Seguro que sí, es muy besucón.

Sonia y yo nos quedamos mirando cómo Manuela intentaba llamar la atención de Daniel sin tener que mojarse más arriba de los tobillos, ella estaba vestida. Reímos a carcajadas cuando la alcanzó una ola hasta la cintura. Al momento, Raúl sacó a nuestro hijo del agua para que saludara como es debido y Manuela comenzó a achucharlo y besarlo.

—Qué feliz se te ve, amiga —comentó Sonia mientras yo miraba divertida la escena.

Volví el rostro hacia ella y le contesté.

—Estoy bien, más que bien.

—Había perdido la esperanza de que Raúl y tú volvierais a estar juntos y formar una familia, y mira... Increíble. Nunca se sabe.

Hablaba con un toque de melancolía, como si no pudiese esconder que en parte mi felicidad le producía cierta tristeza.

—¿Cómo estás tú?

—Ha habido tiempos peores. Resignándome a la vida que me espera. Tiene sus ventajas, ¿sabes? Soy la niña mimada de mi madre y de mi tía.

—Creo que necesitas un amor en tu vida.

—Ja, ja, ja... Eres la caña, Ani. No sé si eres muy ingenua o es que te lo haces.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, olvídalo.

Ella siempre me hablaba de su sexualidad de una forma muy ambigua. Hasta ese momento no

tuve claro si era asexual, bisexual u homosexual. Lo cierto es que nunca pareció interesada ni por un chico ni por una chica. Era la típica amiga que escucha los amores de los otros como si fuera un confesor o un mero observador; nunca aportaba experiencias personales, como si eso de enamorarse no fuera con ella. Sin embargo, daba muy buenos consejos.

Esa tarde comprendí que sí, había sido una ingenua durante todos los años que llevábamos de amistad; entendí el porqué de su nostalgia cuando hablaba de mi relación con Raúl: por primera vez contemplé la posibilidad de que siempre hubiese estado enamorada de mí y me emocioné al imaginar cuánto habría sufrido en silencio. La acerqué hacia mí cogiéndola de los hombros y le di un tierno beso en la mejilla. Creo que por la manera de mirarla y besarla se dio cuenta de que por fin sabía quién ocupaba su corazón.

Mientras jugaban, la corriente había llevado a Raúl y a Daniel a unos cien metros de donde estábamos Sonia y yo, y a esa distancia habían salido del agua para saludar a Manuela, que se había entendido de inmediato con mi pequeño y se les veía jugar en la arena y hacer castillos mientras Raúl se perdía en el horizonte con su tabla.

Cada vez que volvía la vista para mirarlos no podía evitar ver el chiringuito Las cañas tras ellos y, más allá, la playa de Calachica.

—¿Podrías volver con Raúl a Calachica? —me preguntó Sonia.

—No lo sé. Tal vez. Nunca pensé que volvería a pisar esta playa y aquí estoy. ¿Tú has vuelto a trabajar en Las cañas este verano?

—Imposible. Pensé que podría, pero... cuando intenté entrar no pude evitar imaginarme a Luis en la puerta, destrozado a golpes y con la garganta abierta y sangrándole como si fuera un cerdo.

—¿Le abrieron la garganta? No sabía que lo habían degollado, no recuerdo que dijeran nada de eso en los medios de comunicación.

—Pues yo lo leí en alguno... No recuerdo bien —me explicó con evidente nerviosismo.

En ese momento Manuela ya estaba junto a nosotras. Daniel seguía en el mar con su padre.

—Eso lo has tenido que escuchar de alguna mala lengua de este pueblo. Se dijeron tantas cosas... —intervino Manuela, que nos había escuchado hablar de la muerte de Luis.

—Sí, seguramente.

Tuve la sensación de que entre Sonia y Manuela existía una complicidad propia de personas que guardan un secreto en común. Creo que fue por cómo Sonia perdió su natural seguridad cuando se percató de que había dicho algo que no debía y por la manera en la que Manuela la rescató de su desliz. Sabían más que yo, estaba segura, lo que me produjo una desazón que ya no me permitió disfrutar de una tarde que prometía ser agradable. Podría haberles preguntado directamente, una era mi mejor amiga y la otra me había visto crecer; pero de pronto me sentía excluida, lejos de sus vidas en Salomar. Al fin y al cabo, yo siempre había sido una turista en aquel pueblo. Ellas notaron mi cambio de actitud y pasado un rato en el que, sin éxito, intentamos hablar con normalidad de trivialidades, se despidieron hasta el día siguiente con la excusa de dejarnos solos a Raúl, a Daniel y a mí para que disfrutáramos de una tarde de playa en familia.

\*\*\*\*

Daniel estaba agotado de tanto intentar mantener un mínimo de equilibrio sobre la tabla y Raúl le propuso ir de pesca, lo que le entusiasmó. Solo había un lugar donde podría asegurarse de que nuestro pequeño consiguiera sacar un pez del agua con la pequeña caña que él había utilizado de niño: Peña Negra, una roca que se alzaba al lado opuesto de Calachica y que, a modo de pequeño

acantilado, cerraba la playa de Salomar.

Sentí un fuerte escalofrío bajo el sol que me abrasaba la piel. Fue en Peña Negra donde Víctor se precipitó al mar mientras pescaba aquel atardecer. Intenté negarme a ir con ellos, pero Daniel insistió en que los acompañara. En realidad, qué podría encontrarme allí, nada, el acantilado de siempre en el que tanto me había divertido con Sonia usándolo como trampolín. Me refugié en esos recuerdos y me sentí más dispuesta.

Fuimos a la casa de Raúl para recoger las cañas y ponernos un calzado adecuado, y después nos dirigimos en coche hasta Peña Negra y aparcamos a sus pies para continuar caminando por el escarpado peñón. Había un pequeño y accidentado camino que facilitaba las subidas y bajadas y por el que se llegaba a un hueco entre las rocas desde donde resultaba muy cómodo desplegar los aparejos de pesca y que se elevaba a unos metros sobre el mar. Era un recoveco bastante escondido y solo los asiduos del lugar lo conocíamos. Era perfecto para pescar, solo tenías que lanzar la caña y sentarte a esperar. Los peces picaban con facilidad. Un poco más arriba, a unos cinco metros, había una roca que solían preferir los pescadores más expertos porque era un saliente de la montaña más pronunciado y ni siquiera había que lanzar la caña para que el anzuelo cayera en aguas profundas, era suficiente con dejar caer el sedal. Desde allí había caído Víctor. Por supuesto, quedaba descartada para ir con un niño pequeño, era peligrosa. Me costó, pero al final me atreví a levantar la vista, aunque solo fuese para recordar las veces en las que Sonia y yo nos habíamos tirado al mar desde allí.

Mientras padre e hijo disfrutaban de su rato de pesca me dispuse a explorar un poco los alrededores sin alejarme demasiado. Era un atardecer sereno y hermoso y se me ocurrió buscar una buena perspectiva para hacerles algunas fotos con mi móvil a Raúl y a Daniel. Sin apenas darme cuenta, me encontré en la roca desde la que había caído Víctor. Fue entonces cuando atisbé, semiescondido entre las rocas, un objeto que me resultó familiar. Solo se veía la parte izquierda hasta el talón, pero reconocí la deportiva enseguida, sobre todo por el trozo de cordón que asomaba y que, aunque castigado por el tiempo, dejaba ver por alguna zona su color verde fosforescente. Temblando y con el corazón golpeando con fuerza contra mi pecho, me acerqué y tiré de ella para asegurarme de lo que estaba viendo. No tenía ninguna duda.

Volví sobre mis pasos y me detuve frente a Raúl.

—¿Qué es eso? —me preguntó extrañado al ver lo que llevaba en la mano—. ¿Qué haces con esa vieja deportiva?

—Creo que la policía no buscó bien en este maldito peñón. Es de Sonia.

—¿Qué quieres decir? Debe de haber cientos de zapatillas como esa, se le pudo caer a cualquiera.

—No, como esta no. Yo se las regalé, pero ella le cambió los cordones y se los puso verdes fluorescentes porque los que tenían eran rosas y no le gustaban. Son de un treinta y siete, su número. Bueno, le quedaban un poco grandes, quizá por eso se le salió al atascársele el pie en la roca.

—Bueno, habrá venido un montón de veces en este tiempo...

—Al día siguiente de morir Víctor vino a casa en bicicleta y en chancas, y cuando le pregunté por qué me dijo que no encontraba las zapatillas. Tenía un par de heridas en los dedos del pie derecho. Esta deportiva es del pie derecho. No se las volví a ver. Raúl..., Sonia y Manuela saben más de lo que cuentan. Nunca debimos regresar a este maldito pueblo.

Entonces Daniel vino hacia mí y, como solía hacer cuando me veía triste, me agarró por las piernas intuyendo que algo iba mal.

—Hablaemos luego, ¿de acuerdo? Estás asustando a Daniel. Suelta esa deportiva.

—Quiero irme a casa, a nuestra casa. Vámonos de aquí, Raúl.

Con gran habilidad, tiró de la caña, la dejó a un lado y se levantó para abrazarnos a Daniel y a mí.

—Nos iremos mañana. Venga, tranquilízate, seguro que todo tiene una explicación. Hablaemos más tarde. Vamos, es hora de regresar. Creo que nos vendrá bien un buen baño, ¿verdad, campeón?

—Sí, sí. Tengo hambre. Le dije a la abuela Adela que quería *pizza* para cenar y me prometió que me la haría.

—¿La abuela Adela haciendo *pizza*? Huy, huy... A ver qué tal le sale.

—Ella quería hacerme pescado, pero... —Torció la boca para expresar que no le gustaba.

—Vamos. Suelta esa zapatilla, Ani.

—Ni hablar, me la llevo.

Entonces cogió su mochila, la abrió y me la acercó.

—Vale, métela aquí; es posible que Sonia esté en casa cuando volvamos y no sé si debería verte entrar con ella en la mano.

—No me apetece... —Miré a Daniel y me di cuenta de que no debía escucharme terminar la frase. No me apetecía ver a Sonia, en ese momento era la última persona con la que quería encontrarme.

De vuelta a casa, en el coche, mi cabeza intentaba encajar las piezas del puzle. Cuando lo conseguía me horrorizaba el resultado.

\*\*\*\*

Sonia no estaba en casa de su tía esperándonos e imaginé el motivo: sabía que había metido la pata en la playa y me estaba esquivando. Lo que no imaginaba es lo que yo había encontrado en Peña Negra.

De ninguna manera iba a marcharme sin tener una conversación con mi amiga. Sabía que al día siguiente sería difícil, teníamos que recorrer quinientos kilómetros en coche y llegar a buena hora a Madrid. Daniel tenía colegio y debía acostarse temprano. De manera que saldríamos a mediodía y con suerte nos daría tiempo a llevar al pequeñín un rato a la playa.

Nos duchamos, cenamos una rica *pizza* y acostamos a Daniel. Cuando ya solo se escuchaba la televisión en la pequeña salita, mientras Adela dormitaba en un viejo sillón y Raúl hacía un par de llamadas a unos albañiles conocidos en el pueblo para concretar el arreglo del tejado, yo le envié un mensaje a Sonia: «Tenemos que hablar. ¿Tienes tiempo para ir a tomar algo en el paseo?». Tardó un buen rato en contestarme, aunque había leído el mensaje. Pensé que había optado por ignorarme. «Vale. Dame cinco minutos, ya estaba en pijama», escribió al fin.

—He quedado con tu prima. Estaré un rato fuera —susurré a Raúl para no despertar a su madre.

Él me miró con preocupación, temiéndose que aquella noche supusiera un nuevo quebranto en nuestra relación.

—De acuerdo. Intenta no trasnochar demasiado, mañana nos espera un largo viaje.

—Tranquilo.

Lo besé suave y tiernamente en los labios y salí a la calle a esperar a Sonia.

## CAPÍTULO 34

Fuimos a un bar de copas que había en el mismo paseo, a unos trescientos metros de la calle donde vivían los primos. Estaba muy concurrido, era sábado, hacía calor y esa noche había música en vivo; pero, por suerte, encontramos mesa en un rincón del patio interior que albergaba a la clientela. Pedimos un par de cervezas y comencé la conversación sin rodeos, tenía poco tiempo.

—Hoy he estado en Peña Negra, Daniel se empeñó en que su padre lo enseñara a pescar.

—Joder, cómo me alegra saber que lo estás superando todo. No tiene que haber sido fácil. ¿Te acuerdas cuando nos tirábamos al mar desde allí? Le echábamos ovarios, eh.

Ella sabía que no estaba allí para recordar nuestras locuras, pero intentaba aparentar normalidad.

—No lo superaré hasta que sepa toda la verdad. Pensé que la sabía, al menos lo importante, pero me he dado cuenta de que no tenía ni idea de lo que pasó con la pandilla realmente. ¿Te acuerdas de las deportivas que te regalé?

Se puso pálida, no pudo disimular el impacto que le había causado mi pregunta. Encendió un cigarrillo y me miró como diciéndome que a qué venía esa pregunta.

—¿Qué pasa con esas deportivas? Las perdí, creo que te lo dije.

—Deja de disimular, Sonia. Deja de mentirme, ya no tiene sentido. Te estoy dando la oportunidad de sincerarte conmigo, no me obligues a tratarte como una embustera.

—Las perdí, es la verdad.

Ignoraba la información que tenía y mantenía su postura mientras no escuchase algo que la obligara a confesar.

—Perdiste una.

Saqué de mi bolso la zapatilla envuelta en un trozo papel y se la enseñé.

—La encontré esta tarde en Peña Negra. Por el cordón, supe de inmediato que era una de las zapatillas que habías perdido y recordé que fue al día siguiente de morir Víctor cuando apareciste en bicicleta y en chanclas y te pregunté por ellas. Tenías heridas en los dedos del pie derecho. Esta zapatilla es de ese pie. Luego está lo de esta mañana... ¿Qué sabéis Manuela y tú que no queréis compartir conmigo? Solo hay una explicación para todo esto y espero que me la des tú.

Todo el tiempo la miraba fijamente, incluso cuando bebía de mi cerveza, quería estudiar cada uno de sus gestos.

—No deberías hacer tantas preguntas. Has conseguido un milagro, después de lo que has sufrido tienes a Raúl y a tu hijo contigo y se os ve felices. Vuelve a Madrid y olvídate de este maldito pueblo.

—En este maldito pueblo nació el padre de mi hijo y vive la abuela de mi hijo, estoy obligada a venir siempre que sea necesario. Cuéntame cómo murieron todos. Al principio pensé que había sido Simón, pero tenía coartada, me lo contó Raúl. Así que confié en lo que decía el informe policial: un ajuste de cuentas entre ellos y los que les proporcionaban las drogas que distribuían; que algún pez gordo se había ocupado de ellos; pero ahora... Dime si tuviste algo que ver o lo averiguaré yo misma.

—Fui yo. Yo metí una sobredosis en la jeringa de Manu, yo empujé a Víctor aquella noche y yo conseguí ayuda para matar a golpes a Luis. Simón se suicidó porque Salas lo estaba obligando a

cargarse a su hermano antes de que descubriera lo que te habían hecho y saliera toda la mierda. Se puso de droga hasta el culo y se colgó en el huerto de sus padres. Ya está, ya lo sabes todo. Cuando mi tío lo encontró colgando del olivo cogió su escopeta de caza y se voló los sesos.

Lo imaginaba, pero oírlo de su boca me sobrecogió. Me recosté en el respaldo de la silla y guardé silencio largo rato, mientras a las dos nos caían las lágrimas mansamente, como cae la lava de un volcán, despacio, pero arrasándolo todo a su paso. En aquel momento no sabía si la odiaba o la quería. Por un lado, gracias a ella podía caminar por el mundo con la seguridad de que nunca me encontraría con mis verdugos; pero, por otro... Dios mío, tenía ante mí a una asesina, una criminal capaz de matar con toda la frialdad.

—No puedo creerme que esté frente a la misma chica alegre, generosa y luchadora que conocí hace años. ¿Por qué?

—Porque no había otra manera de hacer justicia y de que vivieras tranquila. Porque... lo que te hicieron a ti también me lo hicieron a mí. Porque siempre te he querido mucho más de lo que imaginas. Porque, desde que lo supe, no podía soportar cruzarme con esas bestias por el pueblo. Y porque tú no fuiste la única y nadie los iba a parar. Salas era un corrupto sin escrúpulos que tenía contactos con lo peor de la Guardia Civil, todo el mundo lo sabía; tenía amenazada a la mitad de Salomar. Siempre tuve la sospecha de que mi hermano no se salió de la carretera, lo sacaron, seguramente los secuaces de Salas, puede que Simón. Sabía demasiado y estaba dispuesto a denunciar las malas artes de Salas. Cuando me contaste...

—¿A ti también?

—Sí, a mí también. Y a Manuela.

—No puede ser...

—Fue ella la que casi mata a Luis a golpes. Al fin y al cabo, tenía la fuerza de un hombre. No era su intención matarlo, lo sé porque se disfrazó de hombre para que no la reconociera. Solo quería darle una lección y demostrarle que no tenía tanto poder como creía. Cuando fui consciente de que no acabaría con él, terminé el trabajo degollándolo. Justo entonces apareció tu madre. Creo que lo sabía todo desde el principio; sabía que yo estaba detrás de cada muerte y no intervino hasta que creyó que aquella noche iría a por Raúl.

—Me mintió, corroboró la versión de la policía. Dijo que fue a Las cañas esa noche para avisar a Raúl, pero que ni siquiera reconoció a las dos personas que se alejaban del chiringuito. Os encubrió.

—Vimos cómo aparcaba a unos metros y luego salió como loca diciéndonos que paráramos, que Raúl era inocente. Casi despierta al todo el pueblo. Cuando vio que era Luis, se quedó un rato mirando la escena, mientras recuperaba el aliento, y después nos dijo que nos fuéramos a casa y calláramos para siempre. «Ninguna de las tres hemos estado aquí, ¿me habéis oído? Tienes que parar esto, Sonia, Raúl es inocente», fue lo último que dijo. No le contesté, ni Manuela tampoco, ella estaba en *shock*, temblaba y tenía la mirada perdida. La agarré del brazo y nos fuimos; luego nos siguió tu madre y la vimos entrar de nuevo en su coche.

—Debí denunciar. Fui una cobarde... Cómo he podido no darme cuenta hasta ahora de que tú... —Ahora lloraba sin ningún reparo, sin importarme que algunas miradas de alrededor se volvieran hacia mí, aunque la tenue luz no les permitiera ver con claridad y el volumen de la música ahogara mis palabras.

—¿Cuántas veces te pedí que denunciaras, Ani? Yo solo quería que otros se ocuparan de encerrarlos y poder vengarme. Pensé que tus padres te apoyarían y, teniendo en cuenta el trabajo de tu madre, tenía la esperanza de que Salas no pudiera meter sus narices y se hiciera justicia de

una vez. Pero tú insistías en dejarlo pasar y yo... yo no podía permitir que siguieran paseándose por el pueblo como si nada. Me hicieron lo mismo que a ti, en el mismo huerto donde se ahorcó Simón al día siguiente de que me contaras lo que te habían hecho. Sabían que habías regresado, que nos estábamos viendo y que podíamos ponernos de acuerdo para denunciarlos. Me amenazaron con volver a hacerlo o algo peor si se me ocurría hablar. «Nos ocuparemos de que no abras la boca, bollera de mierda. Y ahora vamos a por la maricona de Manuela», dijeron mientras se abrochaban las braguetas. Te lo pedí insistentemente, sabía que tú te marcharías, pero yo tendría que vivir entre ellos el resto de mis putos días. Lo de Salas tuvo que esperar, pero ya está hecho. Que les den a todos y se pudran en el infierno.

—Salas... ¿A él también?

—Además de un hijo de puta, era idiota y un borracho. Me costó encontrar el momento; lo había intentado varias veces, pero el miedo me paralizaba. Al final me lo puso muy fácil. La otra noche lo pillé como una cuba, no podía ni andar. Le cogí su arma, le disparé y salí corriendo.

—No salgo de mi asombro. Jamás imaginé que fueses capaz de hacer cosas tan horribles.

—Yo tampoco.

—¿Qué va a pasar ahora?

—Lo que tú decidas. A mí ya me da todo igual menos mi madre. Si tú quieres, todo terminará aquí. Si decides destapar todo, creo que no veré la luz en toda mi vida y no sé cuánto tiempo encerrarían a Manuela y a tu madre.

—Cómo pudiste... ¿Qué clase de persona eres? ¿Cómo puedo saber que no volverás a tomarte la justicia por tu mano? Me niego a que mi hijo crezca sin creer en la justicia. ¿Cómo voy a esconderle un secreto así cuando sea mayor?

—Debiste haberlo pensado antes, fuiste tú la que no creíste en la justicia.

—Tienes razón.

—Lo siento, nada de esto es culpa tuya.

—Es que tengo la sensación de estar frente a una extraña. Ya no sé quién eres.

Me miró comprensiva. Sabía que debía estar destrozada por dentro y entendía el horror que me producía tenerla frente a mí después de escuchar su confesión.

—Si te digo la verdad, yo tampoco sé quién cojones soy, pero no voy a negarte que ahora me siento más segura que antes. Siento tanto o más que tú todo lo que ha pasado, sufro pesadillas cada noche. A veces me despierto sintiendo el aliento de esos animales en mi cara, noto el olor a alcohol y a maría con tanta intensidad... como aquel día en el que me violaron. Entonces enciendo la luz buscándolos para enfrentarme a ellos y solo me encuentro a mí misma sudando, engarrotada y aterrada. Pero enseguida recuerdo que ya no están y respiro aliviada. Veo a Víctor caer al mar, la garganta de Luis... Pero me consuela saber que ya no podrán violarme de nuevo, ni a mí ni a ninguna otra chica. Ahora puedo caminar por Salomar sin miedo, aunque me visiten en sueños. Si decides contar todo, lo entenderé.

—¿Que sabe Raúl de todo esto?

—No lo sé.

—No me creo que no haya sospechado de ti.

—En las pocas ocasiones que tuvimos la oportunidad de hablar me pareció que sospechaba de todo el mundo, incluso de ti y de tu madre. Pero no hemos vuelto a sacar el tema desde que estáis juntos.

—Estaba en la playa la madrugada en la que murió Luis, él mismo me dijo que vio a dos personas y luego a mi madre.

—Lo sé, yo también lo vi a lo lejos, pero dudo que pudiera reconocernos a Manuela y a mí; estábamos bajo los juncos del chambado, había mesas y sillas delante de nosotras y poca luna. Creo que nos marchamos antes de que pudiera vernos con claridad. ¿Se lo vas a contar?

—Por supuesto, no podría guardarme un secreto así y vivir a su lado. Tengo que irme, estoy segura de que estará despierto esperándome y mañana tiene que conducir muchas horas.

Al levantarme me di cuenta de que tenía los músculos entumecidos de la tensión, noté como si fuese un duro cartón desplegándose y sentí un dolor sordo en el pecho.

—Adiós, querida Ani.

Tuve la sensación de que se despedía para siempre, de que estaba a punto de cometer una locura. Creo que dio por hecho que la delataría y, antes de enfrentarse a la justicia y provocarles más sufrimiento a su madre y a su tía, prefería quitarse la vida. Lo vi en la melancolía de sus ojos, en su gesto de derrota y resignación y en la manera de declararme por primera vez su amor llamándome *querida*. Lo supe.

No podía permitirlo, hubiese sido demasiado para todos. Hice un esfuerzo y me compadecí de todo lo que había sufrido para olvidarme de sus crímenes.

—No te despidas así, volveremos a vernos pronto. Tranquila, no seré yo quien hable. Cúidate, querida Sonia. Prométeme que me llamarás cuando llegue a Madrid.

Ella sonrió aliviada y me lo prometió.

\*\*\*\*

La madre de Raúl nos había cedido esa noche su cama de matrimonio para que estuviésemos más cómodos. Allí lo encontré, leyendo mientras me esperaba.

Cerré la puerta tras de mí y me tiré en sus brazos.

—Eh, ¿qué pasa?

—Fue ella, Raúl. Fue Sonia quien los mató a todos. Menos a tu hermano, él se suicidó.

No dije nada más, no pude, ni él tampoco. Esperó a que le contara lo que su prima y yo habíamos hablado, pero no hizo ninguna pregunta. Comprendió que no era el momento. Permanecimos abrazados hasta que la claridad comenzó a abrirse paso entre las varillas de la persiana y nos pusimos en marcha deseosos de regresar a nuestro hogar.

## CAPÍTULO 35

Daniel se quedó profundamente dormido a los cinco minutos de sentarlo en su sillita. De vez en cuando lo miraba a través del espejo retrovisor y comprobaba que su carita tenía la expresión propia de quien se había ausentado completamente del mundo. Yo perdía la vista por la ventanilla, también ausente. Una fuerte desazón no me abandonaba desde la noche anterior.

—¿En qué piensas? —me preguntó Raúl desviando fugazmente los ojos de la carretera para mirarme.

—Creo que no pienso, solo intento apartar de mi mente imágenes espantosas.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Qué quieres decir?

—¿Vas a denunciar lo que ha pasado?

—¿Para qué?

—Si no lo haces tú, lo haré yo.

Lo miré con asombro.

—¿Por qué?

No dijo nada más hasta coger un desvío y parar en un área de servicio.

—Porque no podemos seguir viviendo de espaldas a la justicia. Porque no estoy dispuesto a que mi hijo crezca pensando que es mejor ocultar la verdad que enfrentarse a ella. Porque te quiero demasiado como para vivir el resto de nuestras vidas a la sombra de tu tristeza. Debemos tener confianza en la ley, no todos son como Salas.

—Pero... ¿sabes lo que pasará con tu prima?

—Me lo puedo imaginar.

—Dios mío... ¿Y mi madre? ¿Y Manuela? Haremos mucho daño a personas que queremos.

—Cada cual debe hacerse responsable de sus actos. Ani, piénsalo, ambos fuimos las víctimas inocentes en todo esto; si callamos pasaremos a ser cómplices. Es suficiente motivo para denunciar. Pero está Daniel... No sabemos si hay más gente que sabe quiénes son los implicados, alguien podría hablar y terminaríamos siendo juzgados. No, no quiero ser ese tipo de padre para mi hijo; no quiero vivir con miedo. Mañana mismo hablaré con tu madre, espero que entienda mi decisión y que nos ayude. Esto tiene que terminar.

Comencé a llorar sin consuelo, aunque ahogando los sollozos para no despertar a Daniel. Estaba sobrepasada, cansada, hastiada de una historia que parecía no tener final. Pero, sobre todo, estaba muy triste por Sonia, por Manuela y por mi madre. Especialmente por Sonia, le esperaban muchos años de prisión.

—De acuerdo —musité después de un suspiro—, hablaremos con mi madre y denunciaremos.

Aunque en un principio me enfadó que Raúl no respetara mi decisión y la frialdad con la que afrontaba los años de prisión que le esperaban a la que consideraba una hermana, no tardé mucho en agradecerle su determinación y su honradez. Lo cierto es que era una de las cualidades que más valoraba de él. Estaba acostumbrada a vivir con personas que valoraban más *el qué dirán* que la verdad y nunca me sentí cómoda con esa sibilina manera de esconder la basura para no sufrir por las habladurías. En especial, mi madre y su familia eran expertos en guardar secretos y huir de los escándalos. Pero aquello no era un simple chisme ni algo que pudiera borrarse solo con el

silencio. Raúl tenía razón: no podíamos vivir de espaldas a la ley por más que calláramos. Al final, tanta mentira nos perseguiría de por vida.

—Bien —me dijo mientras me acariciaba la rodilla sin soltar el volante con la otra mano—. Será duro, pero no tengas miedo. Estaremos juntos hasta el final.

—No dejo de pensar en Sonia, va a ser horrible para ella. Anoche, no sé..., tuve la sensación de que prefería quitarse la vida antes que someterse a un juicio. Me hizo pensar, de alguna manera me sentí responsable. Le prometí que no hablaría y eso la tranquilizó.

—Tal vez le agradó comprobar que serías capaz de no denunciarla, pero ella me conoce y sabe que yo sí lo haré. Lo sabe, Ani; sabe que le quedan pocos días de libertad y estoy seguro de que estará pensando en qué hacer con su madre mucho más que en sí misma. Así es Sonia.

—Creo que siempre ha estado enamorada de mí.

—Lo sé.

—¿Tú lo sabías?

—No hace falta ser muy listo para darse cuenta. Pero me lo contó en una ocasión. Ella sabía que no me atrevía a pedirte que salieras conmigo para no hacerle daño y me dijo que lo suyo era un imposible y que no esperara más. Es curioso, yo también pensaba que lo mío era un imposible.

—Es tan injusto... Me siento fatal por ella.

—Es una asesina, no lo olvides. Debe rendir cuentas por sus actos. Sé que tenía motivos sobrados para acabar con la vida de esos animales, pero ninguno lo justifica.

—Lo sé. Para ti debe de ser espantoso. ¿Cómo estás?

—Hecho polvo. No tardaremos en recibir noticias de Salomar.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, espero equivocarme.

—Prometió llamarme cuando llegásemos a Madrid.

—Si te lo prometió, lo hará. Ella siempre cumple sus promesas.

Vi como una tímida lágrima caía desde su párpado a los labios. Creo que ya lloraba por ella.

Guardamos silencio durante el resto del camino, incluso cuando paramos para comer, ya cerca de Madrid, justo cuando se despertó Daniel.

\*\*\*\*

Cumplió su promesa, esa misma tarde recibí una llamada de Sonia.

—Hola —la saludé sin poder ocultar mi melancolía.

—Hola, Ani. ¿Qué tal habéis llegado? ¿Cómo está ese granuja?

—Bien, los tres estamos bien, aunque muy cansados. Ha sido un fin de semana intenso. Me alegra recibir tu llamada. ¿Cómo estás tú?

—Tranquila, hacía tiempo que no sentía tanta paz.

—No sé si alegrarme.

—Pues deberías, estoy de cojones.

—Qué bruta eres.

—Oye, tengo que irme. Dale un abrazo muy fuerte a mi primo.

—Eso está hecho. Te llamo en estos días.

—Claro. Adiós, Ani.

—Chao.

## CAPÍTULO 36

El lunes siguiente fue devastador para nosotros. Hasta tal punto requirió de nuestra energía y lucidez, que tuvimos que ahogar nuestra profunda pesadumbre para solventar los problemas más inmediatos.

Aprovechando que Daniel no llegaría del colegio hasta las cinco, fuimos a almorzar a casa de mis padres con la intención de exponerles nuestra decisión de denunciar todo lo que había pasado desde que me violaron. Estábamos decididos y ellos lo entendieron. Me sorprendió que mis padres ya conocieran toda la verdad. Sonia me lo había dicho, pero comprobarlo escuchándolo de sus labios era muy distinto.

—De acuerdo —dijo mi madre—, os ayudaré en todo lo que me sea posible. Naturalmente, me apartarán del caso, pero tengo muchos amigos que nos echarán una mano.

—¿Qué pasará con vosotras? ¿Qué pena crees que podrían imponeros? —le pregunté con verdadera preocupación.

—Es difícil contestar a esa pregunta ahora, habrá un juicio y podrían pasar mil cosas. Con un poco de suerte, puede que Manuela y yo nos libremos de ir a prisión, pero a Sonia le esperan muchos años encerrada. Casi con seguridad, será una señora mayor cuando salga. Estos juicios suelen ser largos y penosos, haré lo que pueda por que termine lo antes posible o nos destrozará. Lo siento, nunca pensé que todo acabara de este modo. Me dejé llevar por el odio hacia esos criminales...

—Tú más que nadie sabes cómo terminan estas cosas. Pero de nada sirve ya sentirlo, ahora toca cumplir con nuestro deber y acabar con esta tortura de una vez —intervino mi padre.

Raúl era un hombre bastante considerado y no solía atender el móvil cuando estaba en compañía, y menos en aquella situación tan delicada. Sin embargo, durante el almuerzo, que apenas probamos ninguno de los cuatro, lo sacaba disimuladamente del bolsillo para mirarlo de reojo. Era como si esperara alguna noticia importante. En una de las ocasiones observé que su rostro adoptaba un gesto aún más grave del que ya mostraba a causa de la conversación y que leía en su móvil sin importarle su falta de consideración al resto. Después hizo varios intentos de llamada, sin levantarse de la mesa siquiera. No obtuvo respuesta e inmediatamente decidió acelerar la despedida, ya que lo importante estaba dicho y alargándola solo conseguíamos hacernos daño. Todos necesitábamos silencio y soledad, pero especialmente él.

—Deberíamos marcharnos —dijo Raúl poniéndose en pie—. Sé que es mal momento, pero ¿le importaría recoger a Daniel del colegio? Vendré a por él en un par de horas — siguió, dirigiéndose a mi padre.

—Claro. No te preocupes, os lo llevaré yo mismo a casa.

—Gracias.

\*\*\*\*

—¿Qué pasa, Raúl? —le pregunté ya en el ascensor.

Él se echó sobre el espejo que tenía detrás y se apretó los lagrimales con los dedos índice y pulgar, como reteniendo el agua amarga que pujaba por desbordarse.

—Lo sabía, sabía que lo haría —musitó con la voz ahogada.

—¿Qué? ¿Qué haría? —pregunté por lo evidente, esperando estar equivocada.

Se abrieron las puertas del ascensor y un matrimonio vecino de toda la vida nos saludó con cordialidad. No pudimos responder.

Eran casi las cuatro de la tarde y caminábamos bajo un sol de agosto que aquel día manifestaba su instinto más asesino. El trayecto hacia nuestra casa me pareció interminable, a los dos nos faltaba el aire.

Siempre íbamos cogidos de la mano o de la cintura, pero esa calurosa tarde él iba con las manos en los bolsillos y la vista fija en sus pasos.

—Es Sonia, ¿verdad? Lo ha hecho.

Sacudió levemente la cabeza y volvió a cerrar los ojos y enjugarse los lagrimales con los dedos. Yo también comencé a llorar, pero con menos pudor. Lo cierto es que no había ni un alma en la calle. Lo cogí del brazo y seguí sus lentos pasos a pesar de que el sol invitaba a buscar una sombra de inmediato.

—Tengo que ir a Salomar cuanto antes —susurró.

—Iré contigo. Cogemos el próximo AVE y luego un taxi hasta Salomar, no estamos en condiciones de conducir. Estaremos allí esta noche. ¿Te parece bien?

Movió la cabeza para asentir.

—Voy a llamar a mis padres para que se ocupen de Daniel.

\*\*\*\*

Raúl lo sabía desde el mismo momento en el que le conté lo que había hablado la noche del sábado con mi amiga. Se conocían muy bien desde pequeños. Sonia no albergó ninguna duda de que, cuando Raúl conociera los hechos, los denunciaría a pesar de las terribles consecuencias, y él no dudó de que Sonia no se hubiese sometido a un juicio por nada del mundo. Por ella, por su madre y por su tía. Ya habían sufrido demasiado. Era un espíritu libre atrapado en sus propios sentimientos; alguien que siempre quiso volar muy lejos, pero no abrió las alas por amor a los suyos. Ante la ley, sus crímenes no tenían justificación; pero ella, que sabía la clase de monstruos que eran Salas, Simón y sus secuaces y cuánto daño habían hecho a sus familias, a su pueblo y, sobre todo, a ella, a mí y a Raúl, no podía permitir que continuaran a su libre albedrío mientras sus víctimas vivían aterradas. Confieso que, al pensar en la sangre fría que debió de tener mientras asesinaba a Manu, a Víctor, a Luis y a Salas, sentía que en cierto modo era igual de cruel que sus víctimas. No se aprende a planificar un asesinato de repente, hay que tener una insensibilidad innata. La tenía, había crecido entre aquellas malas bestias que le habían hecho lo mismo que a mí. No solo atentaron contra su cuerpo; además, ultrajaron sus sentimientos más íntimos: la violaron para hacerla callar y por el morbo que les producía que fuese lesbiana. Todo eso y más saldría en el juicio, y sabía que a su madre y a su tía les rompería el corazón. El suyo ya estaba roto.

Sonia le envió un largo mensaje de despedida:

Hola, primo. Cuando leas esto espero estar ya dormida profundamente. Tú sabías que lo haría y yo que te negarías a vivir a espaldas de la ley. No estés triste, estoy convencida de que lo que me espera en la otra vida no puede ser peor de lo que he sufrido en esta. Estoy cansada y no podría soportar exponerme a un juicio y a los cotillas de este maldito pueblo. Aunque lo que de verdad me haría morir de pena y rabia es el sufrimiento que les

causaría a mi madre y a mi tía. Solo de pensarlo se me para el corazón. No puedo, y tú lo sabes.

Pero no podía despedirme sin pedirte algo muy importante: por favor, haz lo imposible para que mi madre y mi tía no tengan que testificar, seguro que los padres de Ani te ayudan. Mantenlas fuera del circo que se espera en Salomar, no permitas que las destrocen. Y, oigan lo que oigan, convéncelas de que simplemente fallecí mientras dormía.

Otra cosa: ellas ya están muy mayores y sufridas, no creo que aguanten mucho cuidándose solas; así que te pido que, cuando llegue el momento, te ocupes de vender sus casas y el huerto y les busques una buena residencia donde las cuiden bien los días que les queden de vida. Ahora solo te tienen a ti. Sé que lo harás.

Adiós, mi querido primo. Dale un abrazo a Ani y toda la felicidad que se merece.

## CAPÍTULO 37

Han sido diecinueve meses espantosos. Durante este tiempo, Raúl, mis padres y yo hemos tenido que revivir una y otra vez los momentos más escabrosos de nuestras vidas. En ocasiones, la tensión entre nosotros era tal que casi llegamos a perdernos el respeto. Salieron todos los trapos sucios de mi familia. Nos enteramos de hechos que desconocíamos. Supe que mi madre tuvo una aventura cuando yo tenía tres años; que mi padre había tenido serios problemas con Hacienda; que antes de conocer a su marido y mientras trabajaba para nosotros, Manuela había tenido relaciones sexuales con empresarios y políticos conocidos; que mi abuelo Isaac, al que tanto adoraba de pequeña, comenzó su carrera empresarial administrando burdeles que visitaba como cliente desde muy joven... Todo salió a la luz. Visto con perspectiva, cualquiera podría pensar que éramos una familia de peligrosos mafiosos y criminales. Parecía olvidarse que todo comenzó porque cinco malnacidos me violaron una noche en Calachica, me forzaron con crueldad y violencia, como fieras en celo. Nosotros éramos las víctimas de una sociedad corrupta que había permitido que un simple guardia civil sembrara la maldad en Salomar y la desconfianza de sus habitantes en la justicia amenazando, chantajeando y alimentando a la peor escoria conocida. Creo que en los momentos más delicados aguantamos por Daniel. Nos obsesionaba que pudiera salir de su feliz mundo, propio de un niño de cinco años. Pero Manuela y Paco no soportaron la presión y su relación se rompió.

Después de todo, no salimos malparados de una situación que podría habernos destrozado la vida. A mi madre y a Manuela las condenaron a dos años de prisión que, al no tener antecedentes penales, no tuvieron que cumplir. Aunque mi madre fue inhabilitada como fiscal durante cinco años y su expediente quedó tan manchado que tomó la decisión de no volver a ejercer. También les impusieron penas de multa: cinco mil euros para mi padre por ocultación de pruebas, siete mil para Manuela y setenta mil para mi madre.

La madre de Raúl y su tía están en una buena residencia en Madrid, a pocos kilómetros de donde vivimos, y las visitamos todas las semanas. No fue difícil ocultarle a la madre de Sonia la verdad sobre la muerte de su hija. Por suerte para ella, su alzhéimer ya la tenía bastante alejada de la dura realidad.

No somos los mismos que veraneaban en su lujoso chalé en Salomar. Nunca olvidaremos lo que pasó y nos cuesta relacionarnos con la misma confianza y naturalidad que antes.

En cambio, Raúl y yo fortalecimos nuestra relación; habíamos pasado pruebas muy duras que nos obligaron a madurar. A pesar de la difícil situación, él sigue estudiando la carrera de Historia y ahora está dirigiendo las secciones de cultura y sociedad de un importante periódico digital. Además, ha comenzado a escribir una novela histórica. Yo sigo trabajando como redactora, pero en una televisión nacional. Dentro de dos meses nacerá nuestro segundo hijo, nos parece mentira estar viviendo este embarazo juntos. No cambiaríamos nuestra vida por nada del mundo.

## BIOGRAFÍA DE LA AUTORA

Mercedes Pinto Maldonado nació en Granada, aunque actualmente reside en Málaga, España. Estudió Medicina, pero lo dejó para dedicarse a la literatura. Escribe desde que aprendió, pero hace quince años que se dedica a tiempo completo a la literatura, a leer y novelar.

Tiene doce libros publicados: con Ediciones B, *El talento de Nano*, novela juvenil, *La última vuelta del scaife*, novela histórica, *Maldita*, novela contemporánea y *Pretérito Imperfecto*, novela romántica; con Ediciones Cilck de Planeta de libros, *El fotógrafo de paisajes*, novela de suspense; con Amazon Publishing, *Cartas a una extraña* (finalista del Concurso Indie 2015), novela negra y romántica, *Mensajes desde el lago*, novela negra y romántica y *Una de las tres*, novela negra; y autoeditadas en Amazon KDP, *Hijos de Atenea*, novela histórica, *Tinta roja*, novela negra, *La caja mágica*, cuento para niños, *Melodía para un forense*, novela negra y *Perlas y pimienta*, libro de relatos y reflexiones.

Aunque es una escritora híbrida, reconoce que la mayoría de sus lectores conocieron sus obras gracias a la publicación independiente, que le dio la oportunidad de que tres de sus novelas fueran bestsellers en varios países y estuvieran más de un año en el Top 100 de Amazon.

Se considera una escritora humanista para la que cualquier género puede ser el escenario de sus historias.

# PÁGINAS DE LA AUTORA

Web oficial:

[www.mercedespinto.com](http://www.mercedespinto.com)

Blog Soy mi palabra:

<http://mercedespinto.wordpress.com/>

Facebook personal:

<https://www.facebook.com/mpintomaldonado>

Facebook profesional:

<https://www.facebook.com/mercedespintomaldonado>

Twitter:

<https://twitter.com/MercedesPintoM>

Página de autora en Amazon y todas las obras en digital y papel:

<https://Author.to/MercedesPintoMaldonado>